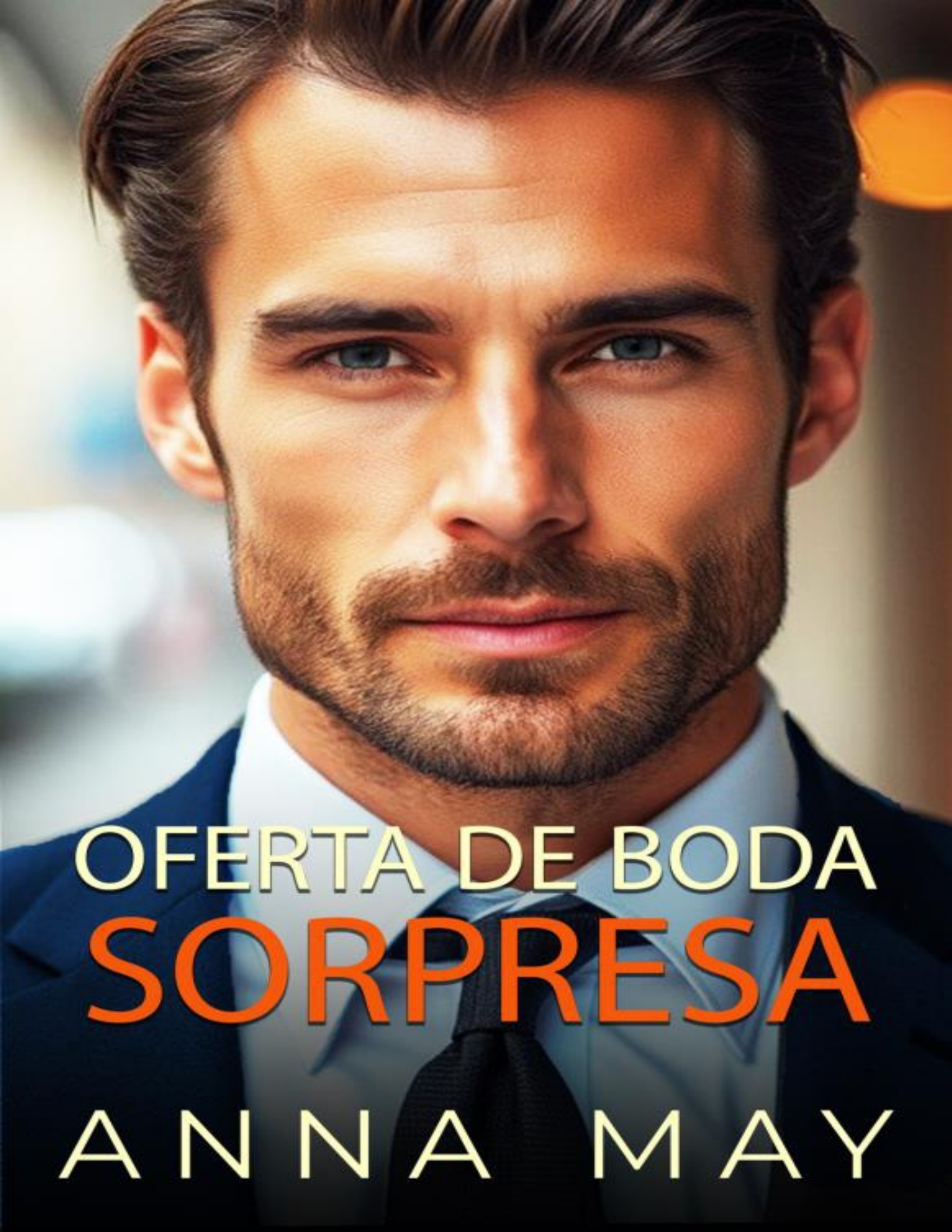

OFERTA DE BODA
SORPRESA
ANNA MAY

Oferta de boda sorpresa

Una novela romántica sobre bebés multimillonarios sorpresa

Anna May

Anna May

1ª edición 2025

Diseño de portada: Luv & Lee Publishing

Traducción y redacción: Luv & Lee Publishing

Para estar al día de mis novedades y promociones, sígueme en mi página de autora de Amazon: https://www.amazon.es/stores/Anna-May/author/B08Q4HFPK3

Todos los derechos reservados. Prohibida la reimpresión total o parcial.

Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida, duplicada o distribuida de ninguna forma sin la autorización escrita del autor. Este libro es pura ficción. Todas las acciones y personajes descritas en este libro son ficticias. Cualquier parecido con personas reales vivas o fallecidas es mera coincidencia y no intencional. Este libro contiene escenas explícitas y no es apto para lectores menores de 18 años.

LUV & LEE PUBLISHING LLC
3833 Powerline Road Suite 101
Fort Lauderdale, FL. US 33309

Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24

Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Leer más...

Capítulo 1

Gabby

"Vamos", murmuré para mis adentros mientras tiraba de la cremallera de mi vestido nuevo, contoneándome y retorciéndome en la estrecha oficina trasera de *La Taberna de Murphy*. Las lentejuelas captaban la tenue luz del techo, esparciendo pequeños reflejos por la habitación como una bola de discoteca verde. Tenía que parecer magia, pero los nervios y la excitación me revolvían el estómago. Esta noche era mi reunión con mis ex compañeros del instituto después de diez años de habernos graduado, una oportunidad para demostrar a todo el mundo, incluida yo misma, que había hecho algo por mí desde mi graduación. Si conseguía ponerme el vestido y salir a tiempo de esta oficina...

Respiraba entrecortadamente mientras me retorcía para subir la cremallera, pero lo conseguí. En lugar del grito triunfal que quería soltar, me puse la mano en el pecho y esperé a que mi respiración volviera a la normalidad. O, al menos, a lo que estos días se consideraba normal. No podía volver al bar jadeando, no sólo porque era vergonzoso, sino porque no quería preocupar a papá ni a mi hermano Scott. Me pasé los dedos distraídamente por la cicatriz que tenía debajo de la clavícula.

Llevaba semanas ahorrando para comprarme este vestido, que incluso era de segunda mano y me había salido caro. Había cogido turnos extra, renunciado a las botas nuevas que tanto quería e ignorado el agujero de mi impermeable. Era de un verde esmeralda intenso con un brillo digno de un escenario, el tipo de cosa que te hacía sentir que podías conquistar el mundo o, al menos, llegar a la reunión del instituto sin sentir que tenías un cartel de neón que decía "fracaso" sobre tu cabeza.

"Vale", susurré, tanto para prepararme como para comprobar que tenía aire suficiente en mis dañados pulmones para salir al bar sin alertar a nadie de que algo tan sencillo como subirme la cremallera de un vestido me había dejado sin aliento.

Miré hacia abajo y me di cuenta de que uno de los tirantes estaba más suelto que el otro. Por suerte, los tirantes eran más fáciles de alcanzar que la cremallera, pero no se movían con tanta facilidad. Tiré un poco demasiado fuerte y me encontré con el sonido estremecedor de la tela rasgándose.

Miré hacia abajo y gemí. El tirante se había desgarrado del corpiño y colgaba de unos hilos endebles.

"Genial", murmuré para mis adentros. Pero ya no podía hacer nada. Ya me quedaba poco tiempo, y a mi novio, Óscar, no le gustaba esperar.

Recogí mi ropa de trabajo del suelo y la arrojé sobre la silla de la oficina, pero fallé y aterrizó sobre el escritorio, directamente en un plato de patatas fritas frías cubiertas de kétchup.

Cerré los ojos y suspiré. Scott siempre dejaba platos de comida a medio comer en la oficina. Mi hermano se tomaba muy en serio su papel de gerente y, al parecer, eso significaba que nunca podía terminar una comida antes de salir corriendo a hacer otra cosa. Recogí mi ropa, la hice un ovillo y la metí en mi bolso. Ya me ocuparía del kétchup en otro momento.

Al salir de la oficina, intenté fingir una sonrisa de confianza, pero las comisuras de mis labios se crisparon nerviosamente. Mi padre fue el primero en fijarse en mí.

"¡Estás estupenda, cariño! Esta noche vas a deslumbrar a todo el mundo", me dijo, con una amplia sonrisa bajo el bigote. Mi padre, Don, pasaba un par de noches a la semana en el bar, si no más. Lo hacía desde que éramos niños. Su mejor amigo, Billy Murphy, era el dueño del bar, y era como un tío para Scott y para mí. Prácticamente habíamos crecido en este lugar antes de empezar a trabajar aquí.

Billy asintió desde detrás de la barra y su rostro canoso esbozó una rara sonrisa. Incluso Scott hizo una pausa en la limpieza de la barra para saludarme. Me invadió un cálido sentimiento de gratitud, pero no fue suficiente para calmar mi preocupación.

"No tengo buen aspecto", suspiré, levantando el tirante flácido para que lo vieran. "Se me ha roto el vestido. Me lo acabo de poner, y la maldita cosa se rasgó como si estuviera hecha de papel de seda".

Hubo miradas de preocupación, no sólo de papá, Scott y Billy, sino también de algunos de los habituales. Llevaba semanas hablando de mi reunión. No era una reunión cualquiera; haría una presentación con mi banda. Puede que mi carrera musical no fuera como yo esperaba, pero mi pasión no se había desvanecido. Cantar me hacía sentir viva, y todos aquí lo sabían.

Billy hizo un ruido de simpatía y Elva, una de nuestras clientas habituales -una dulce señora de unos sesenta años capaz de beberse a cualquiera por debajo de la mesa- se inclinó desde su taburete.

"Cariño, tengo aguja e hilo en el bolso. Puedo arreglarlo en un santiamén", se ofreció.

Dudé.

"Gracias, pero..." Miré hacia la puerta. "Oscar me está esperando, y no quiero llegar tarde".

Hubo un trío de gemidos de papá, Scott y Billy. Su antipatía por Oscar no había hecho más que crecer con los años.

"No puedo creer que hayas vuelto con ese perdedor", dijo Scott poniendo los ojos en blanco.

Me mordí el labio. Oscar y yo llevábamos cuatro años de idas y venidas, pero nos conocíamos desde el instituto. Había intentado salir con otros chicos, pero si había muchos peces en el mar, la mayoría eran tiburones. Oscar distaba mucho de ser perfecto, pero teníamos una historia, y eso ya era algo.

"Quítate ese vestido y dámelo. Lo dejaré como nuevo", dijo Elva de aquella forma tan cariñosa e insistente que imaginé maternal.

"No tengo tiempo", protesté, pero Elva no se dio por aludida.

"Oh, tonterías", me dijo. "Me llevará dos minutos".

"Escucha a Elva, cariño", dijo papá. "Llevas semanas esperando este día, no dejes que una correa rota y un par de minutos lo impidan".

"Vale, vale", cedí.

Volví corriendo a la oficina trasera. No podía ponerme la camiseta de tirantes cubierta de kétchup, así que cogí la camisa abotonada de Scott del respaldo de la silla. Me la puse de un tirón, me la abroché rápidamente y me puse los pantalones cortos. Volví corriendo al bar, sintiéndome un poco ridícula.

"Toma", dije, entregándole el vestido a Elva. "Me has salvado la vida".

"No te preocupes, querida", dijo, enhebrando ya su aguja. Respiré hondo y me volví hacia el bar, intentando ser útil mientras tanto. Casi las cinco de la tarde de un sábado significaba que el bar estaba abarrotado. Me puse manos a la obra, sirviendo copas, charlando con los clientes habituales y siguiendo el patrón habitual. Llevaba trabajando en el bar desde los veintiún años; para mí era tan fácil como respirar. O más fácil, según el día.

Y entonces me detuve en seco cuando lo vi.

Beckett Sullivan.

De todos los bares de Boston, tenía que entrar en el mío. La última vez que lo había visto fue en la boda de Molly y Grant, hacía dos semanas. Molly, mi mejor amiga, se había casado con su hermano, Grant, y yo me había pasado todo el día intentando no mirar fijamente a Beckett desde el otro lado de la habitación. Él era el padrino y yo la dama de honor, y parecía salido directamente de una novela romántica: el pelo perfectamente despeinado, la mandíbula afilada y un aire de confianza en sí mismo. Ahora estaba sentado en la barra con un traje de diseño que, en comparación, hacía que *La Taberna de Murphy* pareciera aún más destartalada.

Puse mi mejor sonrisa.

"¿Qué hace un Sullivan aquí?" Pregunté, deslizando un posavasos delante de él.

Sonrió, sus ojos marrones brillaban de diversión. "Tratando de esconderme, gracias a toda la mierda en los tabloides".

Enarqué una ceja. "¿Tabloides? He estado demasiado ocupada preocupándome por mi reunión del instituto como para ponerme al día de los últimos cotilleos. ¿De qué tratas de esconderte?"

Se echó hacia atrás y una sonrisa irónica se dibujó en su rostro. "¿Quieres la versión sensacionalista de la historia o la mía?"

"¿Cuál es la verdadera?" Pregunté inclinando la cabeza.

Beckett se echó a reír, con la diversión bailándole en los ojos.

"Supongo que eso depende de tu punto de vista, pero te haré un resumen", dijo, antes de hacer una pausa para dar un largo sorbo a su bebida. Bourbon, por la vista y el olfato. Una de las botellas del estante superior que acumulaba más polvo que clientes, seguramente. Había visto el tipo de cosas que bebían los Sullivan en la boda de Molly. "Mi ex es una cantante de música country. Dice que le rompí el corazón; yo digo que nunca fue tan serio. Acaba de sacar un álbum lleno de canciones y yo soy el tema de cada una de ellas. Llevo días esquivando peticiones de entrevistas".

"Ah, sí, todos hemos pasado por eso", dije con fingida seriedad. "Cosas clásicas, de verdad".

"Sólo un día en la vida", se rió.

"Bueno, si buscas esconderte, has elegido el lugar adecuado. Tenemos un montón de rincones para enfurruñarse".

"Es bueno saberlo", dijo, y entonces sus ojos se desviaron hacia abajo y su ceño se frunció divertido. "¿Siempre trabajas sin pantalones, o hoy es un día especial?"

Miré hacia abajo y me di cuenta de que, con la camisa de gran tamaño de Scott colgando hasta mis muslos, parecía que no llevaba pantalones.

"Es una nueva moda", bromeé, con la cara acalorada.

Antes de que pudiera seguir explicándome, Elva gritó: "¡Tu vestido está listo, Gabby!"

Le dirigí una sonrisa a Beckett. "Tengo que irme, voy a una reunión del instituto. Voy a tocar en la banda, lo creas o no. Con mi novio".

¿Parece Beckett decepcionado?

"Buena suerte, entonces", me dedicó una sonrisa deslumbrante. "Espero que los hagas brincar y cantar a todos".

Debe haber sido mi imaginación. Era Beckett Sullivan, después de todo. Salía con grandes estrellas como Courtney Shay; nunca podría estar interesado en una humilde camarera de un bar de clase trabajadora como éste. Y nada de eso importaba porque yo estaba con Oscar.

"Gracias. Y buena suerte a ti también. Puede que la necesites más que yo, esquivando las entrevistas".

Con eso, me apresuré a cambiarme. Esta vez conocía el truco de la cremallera, y ponerme el vestido fue menos complicado. Al cabo de un minuto, estaba caminando de nuevo hacia el bar. Esta vez, papá y el pequeño grupo de clientes habituales prorrumpieron en una pequeña ovación. Me cubrí la cara de vergüenza, pero también sentí el cariño.

Mi padre me dio un rápido abrazo.

"Estoy orgulloso de ti, hija", dijo con voz ronca por la emoción.

"Vamos, papá, sólo es una reunión del instituto", le dije, a pesar de que los ojos se me llenaban de lágrimas.

"Lo sé, pero cuando pienso en el accidente de tu último año... ni siquiera pudiste ir a tu graduación", dijo, con los ojos llenos de dolor.

Tragué saliva. No quería pensar en esos recuerdos. Estaba a punto de crear otros nuevos.

"Pero ahora estoy bien", le dije, una frase que le había repetido infinidad de veces. Aunque ambos sabíamos que nunca me recuperaría del todo.

"Por supuesto", dijo, manteniendo la ilusión. "Ve y sorpréndelos, hija".

"Lo intentaré", solté una risita.

Billy me animó con un pulgar hacia arriba, y Scott asintió. Esta era mi familia. Este era mi hogar. Y por mucho que les quisiera, estaba lista para dar un paso al frente y demostrar que podía ser algo más que "Gabby la camarera de *La Taberna de Murphy"*.

Me dirigí a la puerta y miré las caras sonrientes de todas las personas que me deseaban lo mejor. Pero mis ojos se posaron en una en particular. Los ojos de Beckett estaban fijos en mí. Levantó su copa y me hizo un gesto con la cabeza y mi corazón latió un poco más rápido. Me despedí con la mano y salí por la puerta. Al llegar a la acera, vi a Oscar apoyado en su furgoneta llena de nuestro equipo, con la cara como un trueno.

"Llegas tarde", se quejó. "Otra vez".

"Lo siento", dije rápidamente. "Me rasgué el vestido, y luego Elva dijo que podía arreglarlo, así que ayudé a Scott detrás de la barra mientras ella..."

"No he pedido explicaciones", dijo, mirándome con dureza. "Los chicos están atrás. Vámonos".

Los otros dos miembros de la banda, Jimmy, el batería, y Hank, el bajista, también habían ido al instituto con nosotros. No dieron su opinión cuando subí a la furgoneta.

Suspiré, pero no podía dejar que el humor de Oscar arruinara el mío. Tenía una noche que conquistar y no iba a dejar que un vestido roto o un novio gruñón se interpusieran en mi camino. Sólo tenía que recordar quién era. Gabby Johnson. La chica que se había enfrentado a la muerte y podía soportar la hora feliz en *La Taberna de Murphy* y a los borrachos a las dos de la madrugada cerrando. No sabía qué era más difícil.

Oscar se sentó en el asiento del conductor y condujo un poco demasiado rápido para mi gusto, pero me concentré en la noche que nos esperaba. Sólo tocábamos unas pocas noches al año, pero yo apreciaba esos momentos en el escenario. Todo lo demás desaparecía cuando me ponía delante de un micrófono, y ésta era mi oportunidad de brillar. Aunque solo fuera por una noche.

Capítulo 2

Gabby

El reflector me quemaba los ojos, parpadeante y demasiado brillante. Mis antiguos compañeros de clase, la mayoría con pareja y muchos ya casados y con hijos, se reunieron frente al escenario. Cuando me enteré de que la reunión se celebraba en una antigua fábrica de astilleros, esperaba un ambiente industrial elegante. Pero el lugar había visto días mejores: las vigas estaban oxidadas y las paredes desconchadas apenas quedaban disimuladas por las cuerdas de luces y la decoración barata de la fiesta. Podía sentir el sudor acumulado bajo mi vestido mientras intentaba ajustar el micrófono, entrecerrando los ojos a través de la neblina de cerveza y calor corporal. Hacía un calor inusual para finales de mayo. El aire acondicionado se había estropeado hacía horas, pero al público no parecía importarle, se balanceaba y reía como si aquel local destartalado fuera el lugar más de moda de la ciudad.

Ojalá yo pudiera sentir lo mismo.

Debería haberlo sabido. La reunión no iba a ser la noche mágica y agradable que había imaginado cuando confirmé mi asistencia hacía meses. El barril de cerveza de la esquina -sí, un barril para toda una clase de casi doscientos ex alumnos- se estaba agotando, y el ponche sabía más a agua azucarada con una pizca de arrepentimiento. Los altavoces crujían cada pocos minutos, y el equipo de la banda había estado a punto de fundirse toda la noche. Cada vez que ajustaba el micrófono, estaba segura de que me iba a electrocutar.

Aun así, lo intenté. Intenté contagiarme del espíritu de todo aquello, intenté seguir la corriente como si esto no se estuviera convirtiendo en un desastre. Pero Oscar, como siempre, tenía otros planes.

"Estás cantando bajo", gruñó enfadado a mi lado, lo bastante alto para que le oyera por encima de la banda que afinaba. Su voz me rechinaba, sus palabras eran como pequeñas astillas bajo mi piel.

"Por favor, no me hables así", le susurré, tratando de mantener una sonrisa en mi rostro para la multitud, la mitad de la cual tenía teléfonos, grabando cada momento fuera de lo común de la noche. "No delante de todo el mundo. Ya me criticas bastante cuando estamos solos, ¿de verdad tienes que hacerlo también en público?"

"Quizá si practicaras más, yo no tendría que hacerlo".

Su mirada ni siquiera se cruzó con la mía, centrada en cambio en la mancha que estaba limpiando de su guitarra, como si importara más que yo. Más que esto.

Se me quedó un suspiro en la garganta mientras lo miraba, con la frustración apretándome el pecho. Llevábamos discutiendo desde que llegamos o, si quería ser sincera, llevábamos semanas discutiendo. Todo lo que hacía estaba mal últimamente. Mi forma de cantar. Mi ritmo. Mi existencia.

El batería se inclinó sobre su set, golpeando sus baquetas con impaciencia. "¿Qué sigue?"

Sugerí una canción, tratando de ignorar el último suspiro de desaprobación de Oscar. El que decía que, una vez más, no estaba a la altura de sus estándares imposibles. "Tocaremos 'Don't Stop Believin'".

Oscar se burló. "¿En serio? Apenas has practicado esa canción. Tu voz está desafinada".

Apreté los dientes y cogí el micrófono con fuerza. "Es un éxito para el público. A la gente le encanta".

"Dejará de encantarles si sigues cantando así".

La canción empezó antes de que pudiera discutir, los acordes familiares llenaron la sala demasiado caliente y el público se animó de inmediato. Dejé que la música me inundara, esperando que ahogara la tensión entre Oscar y yo. La gente bailaba, animaba y, por supuesto, apuntaba sus teléfonos al escenario. Al fin y al cabo, éramos su entretenimiento del sábado por la noche.

Pero incluso a mitad de la canción, la irritación de Oscar era tangible, ya que seguía aumentando. No estaba cantando. Me estaba observando, analizando cada nota como si yo fuera una concursante de un reality show a la que estaba dispuesto a hacer desaparecer. Entonces, sin previo aviso, le hizo señas al batería para que parara.

La música se cortó bruscamente, dejando la habitación en un silencio denso e incómodo. Se me revolvió el estómago.

"Estás desafinando otra vez, Gabby", dijo Óscar, sin apartarse del micrófono. Fue alto y claro para que todos lo oyeran. El público se movió incómodo, mirándose unos a otros, sin saber si aquello formaba parte de la actuación.

Tragué saliva y me obligué a mantener la calma. "Hago lo que puedo. Pero tú tampoco das exactamente con todas las notas".

"Quizás si no llegaras siempre tarde a los ensayos..."

Se me aceleró el pulso, la ira burbujeando al encuentro de mi frustración. "La única razón por la que llegué tarde fue porque pasé a recoger la receta médica de tu madre. Ya sabes, ese favor que me pediste".

"Y ni siquiera pudiste hacerlo bien; tuve que volver y conseguir el resto de las medicinas", gruñó, como si un viaje a la farmacia fuera un destino peor que la muerte.

"No es culpa mía que no tuvieran existencias", protesté automáticamente. El peso de la mirada del público era tan fuerte como una avalancha. Bajé la voz mientras me inclinaba más hacia él, tratando de evitar que la tensión entre nosotros explotara aún más. "Tu micrófono está encendido. Todo el mundo puede oírnos".

Oscar apenas parpadeó. "Y deberían. Quizá entonces entiendan por qué esto no funciona".

Me quedé mirándole, con el corazón latiéndome con fuerza. "¿Qué se supone que significa eso?"

Inclinó ligeramente la cabeza, elevando más el micrófono, dirigiéndose no sólo a mí, sino a toda la sala. "Significa que he terminado, Gabby. He terminado con esto..." Agitó la mano entre nosotros, con ojos fríos. "He terminado contigo".

La sala jadeó al unísono y todos los ojos se clavaron en mí. Se me cortó la respiración. Esto no podía estar pasando. Aquí no. No así.

Abrí la boca para decir algo, cualquier cosa, pero todo lo que salió fue un susurro ahogado. "¿En serio estás terminando conmigo... ahora mismo?"

Oscar se encogió de hombros, mirando a la multitud, indiferente a los susurros y a los teléfonos sostenidos un poco más alto, captando cada humillante segundo. "Hace tiempo que se acabó. Sólo lo estoy diciendo en voz alta".

Hubo un murmullo entre el público: algunos abuchearon, algunos aplaudieron, otros estaban demasiado aturdidos para reaccionar. Quería hundirme en el escenario y desaparecer, rebobinar el tiempo y quedarme en casa, donde esto nunca podría haber ocurrido. Me ardía la cara, se me aceleraba el corazón y lo único que podía pensar era: *¿cómo he podido llegar a este extremo?*

Pero no iba a darle esa satisfacción. Me cuadré de hombros y le miré directamente a los ojos. "Me alegro de que haya terminado. Me ahorra la molestia de decirlo primero".

Oscar entrecerró los ojos: "Bien. Porque estoy harto de tu mierda, Gabby. Siempre trabajando hasta tarde en el bar y sin tener tiempo para mí. Dejando que tu estúpido bulldog comparta la cama con nosotros. Esa cosa apesta. Debería haberme deshecho de ti hace mucho tiempo".

Mi labio empezó a temblar. La humillación que podía soportar tenía un límite, y yo ya lo había sobrepasado. Con los ojos empañados por las lágrimas, me di la vuelta, dispuesta a largarme de allí. Pero mi tacón se enganchó en un cable suelto y, de repente, caí hacia delante y me golpeé contra el escenario con un ruido sordo y sin gracia.

Las carcajadas recorrieron la multitud y lágrimas calientes corrieron por mis mejillas mientras me ponía en pie. Me temblaban las manos y el dolor en el pecho era casi insoportable mientras intentaba respirar entrecortadamente, pero me obligué a ponerme en pie, a caminar, a alejarme de la escena lo antes posible.

Me apresuré a salir del escenario, empujando la puerta de salida hacia el aire fresco de la noche. El sonido sordo de la banda volvió a sonar detrás de mí. Continuaban sin mí. Pero no importaba. Lo único que quería era huir lo más lejos posible de Oscar y del humillante espectáculo.

La pesada puerta de madera de *La Taberna de Murphy* crujió cuando la empujé para abrirla, el familiar ruido de los vasos y el murmullo de la charla me golpearon como un muro de normalidad. Por un segundo, deseé fundirme con el ruido y convertirme en una cara más entre la multitud. Pero el escozor de lo ocurrido en la reunión aún estaba fresco: me ardían las mejillas y el corazón me latía descontroladamente. No fue sólo la humillación. Fue la forma en que lo hizo, lo frío que había sido Oscar, cómo no le importó en absoluto que yo estuviera allí de pie, derrumbándome delante de todo el mundo.

Las tenues luces de la taberna contrastaban con las duras luces fluorescentes del escenario de antes. Mis hombros se hundieron mientras seguía caminando, esperando que nadie hiciera demasiadas preguntas.

"Hola, Gabby", la voz de Scott se abrió paso entre el clamor, saludándome desde detrás de la barra. Estaba sirviendo copas y sus manos se movían con rapidez, lo que demostraba lo lleno que estaba el local esta noche. La multitud habitual de clientes había disminuido: papá y Billy, y la mayoría de los más veteranos, se habían ido a casa hacía horas. Ahora sólo quedaban los más jóvenes, los que podían quedarse despiertos y llegar sin problemas al brunch del día siguiente.

Me deslicé sobre uno de los taburetes, con la espalda rígida por el peso de todo lo que intentaba mantener unido. Scott levantó la vista mientras entregaba una cerveza a alguien de la fila y frunció el ceño cuando me vio bien. "Tienes un aspecto horrible".

Dejé escapar un suspiro tembloroso. "Gracias".

Se acercó y, con los brazos cruzados sobre la barra, me estudió, con una expresión de preocupación que ensombrecía su habitual semblante serio. "¿Qué ha pasado?"

Se me hizo un nudo en la garganta, pero forcé las palabras. "Oscar me dejó. En el escenario. En mitad de una canción".

Scott apretó la mandíbula y se agarró con fuerza al borde de la barra. "¿Qué? ¿Hablas en serio?"

"Muy en serio", no pude evitar el temblor en mi voz mientras hablaba. "Me dijo que se acabó hace tiempo... lo dijo por el micrófono. Delante de todos".

Scott soltó un silbido bajo, sacudiendo la cabeza. "Ese tipo es un gilipollas. Nunca te trató bien. Te lo dije desde el primer día".

Suspiré y me pasé las manos por la cara, intentando borrar la vergüenza que se me pegaba como una segunda piel. "Lo sé. Es que... no sé por qué me quedé con él tanto tiempo".

Había intentado salir con otros chicos. Todos eran unos gilipollas egocéntricos. El último chico con el que había tenido una cita antes de volver con Oscar había estado hablando de su colección de Hot Wheels toda la noche. Oscar me había prometido que esta vez sería diferente, que me trataría bien. Pero había sido peor que nunca y yo era la tonta que seguía esperando que cambiara.

"Te mereces algo mejor", dijo Scott, con voz firme y sin rodeos. Cogió un vaso, lo llenó de agua y me lo acercó. "Toma. Bebe esto".

Hice lo que me dijo y bebí un largo sorbo. No me había dado cuenta de lo seca que tenía la garganta. Dejé el vaso y me froté el pecho. La caída en el escenario no me había hecho ningún favor. Me quedé mirando el vaso, con mi reflejo ondulando en el agua. "Ahora mismo no quiero ni pensar en ello. ¿Puedo…? ¿Puedo ayudar? Necesito algo que me distraiga".

Scott enarcó una ceja. "¿Quieres trabajar? ¿Ahora mismo?"

Asentí, ansiosa por hacer algo que no implicara sentarme sola y revolcarme en mi humillación. "Sí. Me vendría bien la distracción".

Scott no discutió. Me hizo un rápido gesto con la cabeza y señaló hacia la pila de vasos que se había ido amontonando cerca del final de la barra. "Bien. Empieza a apilarlos y te avisaré si necesito algo más".

Me puse a trabajar de inmediato, dejando que el ritmo familiar del bar se apoderara de mí: apilar, limpiar, organizar. Mis manos se movían en piloto automático mientras mi mente intentaba sacudirse la humillación de la noche. Scott hablaba con los clientes, y el murmullo de las risas y la música de fondo era constante, pero nada de eso me llegaba realmente.

Estaba a punto de apilar otro juego de vasos cuando sentí que alguien me observaba. Levanté la cabeza y miré hacia el otro extremo de la barra.

Beckett Sullivan todavía estaba aquí.

Sus ojos estaban fijos en mí, con la bebida medio olvidada delante de él. Me dedicó una pequeña inclinación de cabeza, como un reconocimiento de que era consciente de mi estado de ánimo,

incluso sin preguntar.

Aparté rápidamente la mirada y el calor volvió a subir a mis mejillas. De todas las personas que iban a presenciar las secuelas de esta noche, Beckett era probablemente la última que quería que me viera así. Vulnerable. Avergonzada. Derrotada.

Pero cuando volví a levantar la vista, seguía allí. Y a pesar de todo lo que había pasado, había algo firme en su mirada, como si no me mirara con lástima, sino con comprensión. Rápidamente volví a concentrarme en apilar los vasos, tratando de deshacerme del aleteo en el pecho que su atención había provocado.

Recién salida de una ruptura humillante, lo último que necesitaba era ir en busca de mi próximo error y no tenía ninguna duda de que alguien como Beckett Sullivan sería precisamente eso.

Capítulo 3

Beckett

La Taberna de Murphy estaba abarrotada, el ruido y el calor eran sofocantes. Debería haberme ido hace una hora, pero algo me mantenía pegado a este taburete. O más bien, alguien.

Gabby.

Volvía a llevar el mismo vestido de lentejuelas de antes, pero ahora había algo que no encajaba. Tenía el maquillaje corrido, como si se hubiera limpiado los ojos deprisa. La forma en que se movía -rápida, casi frenética- dejaba claro que algo había ocurrido. Algo malo. En la boca del estómago se me formó una espiral de curiosidad y... algo más.

No debería preguntar. No es asunto mío. Después de todo lo ocurrido con Courtney, ¿involucrarse en la vida de otra persona? Sí, no es una gran idea.

Pero maldita sea, quería saber qué había pasado. Quería saber quién la hizo llorar.

Capté fragmentos de la conversación que mantenía con el tipo de detrás de la barra, Scott, creo que se llamaba. Parecían parientes. Quizá su hermano. Él se inclinó hacia ella para preguntarle algo y ella mencionó un nombre: Oscar. Lo dijo como si supiera amargo. Luego, algo sobre la reunión del instituto.

Oscar. Debe haber sido el tipo que la ha liado esta noche.

¿El novio que había mencionado?

Apreté la mandíbula, ese estúpido instinto protector que no tenía derecho a sentir se apoderó de mí.

Aun así, permanecí en silencio, diciéndome a mí mismo que no debería involucrarme. Yo era sólo un tipo sentado en el bar. No era...

"Hola", dije, sorprendiéndome incluso a mí mismo. No quería involucrarme, pero la palabra se me escapó antes de que pudiera evitarlo.

Tanto Gabby como Scott se volvieron hacia mí y, por un momento, casi me arrepentí. Casi. Gabby parecía sorprendida, como si no se hubiera dado cuenta de que yo seguía aquí. Sus labios formaban una fina línea como si intentara mantener la compostura.

"¿Una noche dura?" Pregunté, aunque era obvio.

"Podría decirse que sí", murmuró ella, apilando vasos con manos temblorosas.

Scott enarcó una ceja, estudiándome como si estuviera tratando de averiguar si yo era un problema o no. Parecía protector, quizá con razón. Pero luego pareció decidir que yo no era una amenaza.

"Oscar siempre ha sido un imbécil", murmuró, lo suficientemente alto como para que yo lo oyera. "No sé por qué volviste con él, Gabs".

Gabby no dijo nada, siguió trabajando.

Scott me miró y se encogió de hombros. "Empezaron a salir en el instituto. Su relación ha sido inestable desde entonces. Nunca ha ido bien entre ellos".

Novios del instituto. Eso explicaba muchas cosas. "Suena como una situación complicada".

"Esa es una manera suave de decirlo", la voz de Scott volvía a tener ese tono protector, pero no parecía enfadado conmigo. Sólo frustrado con todo el asunto.

"¿Y esta noche?" Pregunté, procurando mantener un tono neutro. "¿Qué ha pasado?"

Gabby dejó escapar un suspiro tembloroso y por fin me miró a los ojos. "Me dejó. Justo en medio de una canción en la reunión. Delante de todos".

Apreté los dientes, sintiendo una rabia que no tenía derecho a sentir. ¿Dejarla así? ¿Qué clase de persona le hace eso a alguien?

"Gilipollas", murmuré en voz baja antes de poder contenerme.

"Dímelo a mí", dijo con una débil sonrisa, pero no había humor real detrás de ella, sólo cansancio.

Scott negó con la cabeza, agarrando una bandeja de botellas de cerveza. "Estás mejor sin él, Gabs. Siempre lo has estado", luego se volvió hacia mí, algo cambió en su expresión. "¿Qué hay de ti? ¿Qué te trae por aquí esta noche?"

Me encogí de hombros, dando un sorbo a mi bebida. "Un amigo me sugirió el bar. Conoce a Billy Murphy. Pensé en venir a conocer el lugar".

Johnny Parsons era un productor musical del que me había hecho amigo. Incluso antes de Courtney, había pasado mucho tiempo entre bastidores en los conciertos. El mejor asiento de la sala era siempre el lado del escenario. Y Courtney no era la primera artista con la que me involucraba. Pensándolo bien, tenía un tipo. Las artistas tempestuosas eran petardas en el dormitorio, según mi experiencia.

"Espero que haya estado a la altura", dijo Scott sin ironía. De las pocas horas que pasé en el bar deduje que era el encargado. No era mi tipo de local habitual. Estaba acostumbrado a los cócteles de cincuenta dólares y al bourbon de alta gama. Sin embargo, era el bar en el que me había sentido más cómodo.

Asentí con la cabeza. "Ha sido exactamente lo que necesitaba", miré a Gabby. "Pensé en tomar algo, aclarar mis ideas. No esperaba encontrar este lugar lleno".

"Bueno, has elegido una noche ajetreada", dijo Gabby, apoyándose en la barra. "Siempre es así los sábados".

Scott se excusó para reponer algunos artículos de la parte de atrás, dejándonos solos a Gabby y a mí.

"Así que, primero, una camisa sin pantalones y ahora un vestido de lentejuelas. ¿Siempre haces cambios de vestuario tan drásticos durante la noche?" Pregunté, tratando de mantener la conversación ligera.

"Intento mantener a los clientes en vilo", rió suavemente, un ligero sonido que se coló entre el ruido del bar. "Aportar un poco de glamour a sus vidas".

"Bueno, al menos estás haciendo un buen trabajo animándome", dije, intentando bromear, pero acercándome demasiado a la verdad. Había algo en la energía de Gabby que me levantaba el ánimo, incluso cuando estaba deprimida.

"Me alegro", dijo, esbozando una sonrisa. La satisfacción se apoderó de mi pecho. Al parecer, yo también la estaba animando.

"¿Alguna vez has dado espectáculos aquí? ¿Mencionaste que tocabas en una banda?" Pregunté, esperando no estar desviando las cosas a un tema delicado.

"Si cuentas la noche de karaoke", se encogió de hombros, con los ojos apagados.

Maldita sea.

"Estoy seguro que cantas genial", le dije. "Debería pasarme una noche de karaoke para comprobarlo".

Me dedicó una sonrisa cansada y se inclinó hacia delante para coger un poco de hielo. El escote de su vestido se abrió lo suficiente para que pudiera ver parte de sus pechos. Me vinieron a la cabeza imágenes de cómo se vería desnuda. Tenía una figura increíble, curvilínea y esbelta, unos pechos turgentes que cabrían perfectamente en mis manos. Tuve que apartar la mirada antes de ponerme en ridículo. Pero incluso sin el estímulo visual, no podía detener las imágenes de ella que invadían mi mente: cómo se vería apretada contra la barra, con el vestido subiendo por esos muslos tonificados.

Me aclaré la garganta. Este no era el lugar para tener esas fantasías, y el momento era aún peor.

"Si te gustaría volver", dijo, cambiando de tema, "tenemos una promoción el próximo fin de semana. Vendrá un representante de tequilas y los chupitos serán gratis de nueve a once. El local va a estar aún más lleno que esta noche".

Me reí entre dientes, negando con la cabeza. "¿Chupitos de tequila y yo? No es una buena combinación".

Ella se rió, y esta vez sonó más fuerte. "Sí, tampoco lo es conmigo. La última vez que tomé chupitos de tequila, estaba en un viaje de chicas en Florida. Casi pierdo la parte de arriba del bikini en la piscina esa noche".

Sus palabras despertaron una vívida imagen en mi cabeza -Gabby, en la playa, con el bikini mojado apenas colgando, los pezones duros y suplicantes de ser tocados- y tuve que contener un gemido. La imagen era demasiado clara. "Suena que fue un gran viaje", dije en voz baja.

Ella sonrió, claramente divertida por la expresión de mi cara. "Así fue. Pero he renunciado al tequila desde entonces".

"Probablemente sea una decisión inteligente", dije, aunque mi mente seguía en esa imagen de ella, el agua goteando de su cuerpo, el sol en su piel. "No querrás arriesgarte a exhibirte ante la gente... ¿verdad?"

"Supongo que dependerá de la persona", dijo mirándome con interés. Pero se serenó rápidamente. Acababa de tener una mala ruptura, no era la noche para eso, y yo lo sabía. Para ninguno de los dos.

Se irguió un poco más y echó un vistazo al bar mientras el ruido volvía a aumentar. "Bueno, con tequila o sin tequila, estaré aquí la semana que viene. Espero que con menos desastres".

"Espero que así sea", dije levantando mi copa. "¿Y quién sabe? A lo mejor aparezco para esos chupitos gratis".

Su sonrisa se suavizó. "Tal vez deberías".

Había algo entre nosotros, una atracción tácita, pero ninguno de los dos hizo nada. Los dos estábamos demasiado jodidos ahora mismo, los dos éramos demasiado cautelosos.

"Debería volver al trabajo", dijo, pero su voz era más suave, más relajada que antes.

Asentí, levantándome de la barra. "Sí, probablemente debería irme ya".

Sonrió, y supe que no estaba imaginando la forma en que sus ojos se detuvieron en mí. "Gracias. Por hablar. Me... ayudó".

"Cuando quieras", le dije, echándole una última mirada antes de darme la vuelta para marcharme.

Pero antes de salir por la puerta, miré hacia atrás, incapaz de resistirme. Ella también me miraba, sus ojos me seguían mientras me iba. Y eso me hizo sonreír.

Aun así, mientras caminaba hacia la noche, me recordé por qué no podía involucrarme. El lío con Courtney ya había sido bastante malo. No estaba buscando más drama, y Gabby... bueno, ella tenía su propia batalla.

Por mucho que quisiera, involucrarme no era una opción.

Capítulo 4

Gabby

Una semana después de la terrible experiencia de la reunión, el tiempo en Boston a principios de junio se asemejaba a mi estado de ánimo, nublado y lúgubre. Llovía, y el olor a pavimento mojado subía desde la calle mientras caminaba a paso ligero por la acera. El agua flotaba en el aire, fría y húmeda, pegada a mi piel como los recuerdos de aquella horrible noche. Me ajusté la bufanda con la esperanza de que las enormes gafas de sol y el disfraz improvisado me hicieran invisible. Lo último que necesitaba era que más desconocidos me señalaran, se rieran o, peor aún, me reconocieran por aquel estúpido vídeo viral.

La Taberna de Murphy estaba delante, su vieja fachada de ladrillo parecía un remanso en un mar de vergüenza. Todo lo que tenía que hacer era atravesar la última manzana sin llamar la atención. Me metí las manos en los bolsillos de la chaqueta, tratando de encogerme mientras avanzaba a toda prisa.

Pero, por supuesto, nada en mi vida había ido bien últimamente.

"¡Eh! ¡Eres la chica del vídeo de la ruptura!" Gritó una voz detrás de mí. Me dio un vuelco el corazón. Miré a un grupo de adolescentes en una parada de autobús y una de ellas me señaló con el dedo.

No. Hoy no.

El resto del grupo giró la cabeza, con los ojos muy abiertos por el reconocimiento. Aceleré el

paso, pero no lo suficiente. Todas estallaron en risitas y susurros, y el sonido atravesó el aire húmedo.

"¡Canta la canción!" Gritó una de ellas, y se me cayó el estómago cuando otra chica empezó a cantar la letra de la canción que yo había estado cantando en el escenario justo antes de que Oscar rompiera conmigo. Mi banda sonora personal de uno de los peores momentos de mi vida. A diferencia de la letra de la canción, no era un sentimiento al que quisiera aferrarme.

Seguí caminando, mis pies se movían más rápido mientras mis mejillas se sonrojaban por el calor. ¿Por qué tenía que pasarme esto a mí? ¿Por qué Internet no podía dejarme revolcarme tranquilamente en mi miseria sin reproducir mi peor momento en bucle para que el mundo lo viera? La última vez que lo comprobé, el vídeo había alcanzado 1,4 millones de visitas y seguía subiendo. *La ruptura más vergonzosa de todos los tiempos*, decía el pie de foto. Quería meterme en un agujero y no salir nunca.

Doblé la esquina, ya estaba cerca de *La Taberna de Murphy*, cuando oí más voces de reconocimiento. Dos tipos esta vez, caminando en la dirección opuesta. Capté sus miradas de reojo, sus sonrisas cómplices. Uno de ellos sacó su teléfono, y supe exactamente lo que iba a pasar antes de que ocurriera.

"Amigo, mira, es ella", susurró.

En cuestión de segundos, lo oí. El inconfundible sonido de mi ruptura sonando desde su teléfono. La crítica de Oscar había quedado inmortalizada. El vídeo, reproduciéndose de nuevo, como si necesitara un recordatorio de mi humillación pública.

"Oye, ¿dónde está ese bulldog tuyo?" Me preguntó uno de los tipos. Había llegado a un punto en el que sólo sacaba a pasear a mi perro, Bentley, por la noche o de madrugada. Ya era demasiado reconocible, y Bentley había gruñido al último tipo que se acercó demasiado después de verme.

Me mordí el interior de la mejilla y miré fijamente hacia delante, dando los últimos pasos antes de llegar a la puerta del bar. Ya no era solo la lluvia lo que me empapaba, también la vergüenza.

Finalmente, atravesé la puerta y el calor familiar de la taberna me envolvió mientras me quitaba la bufanda y las gafas de sol. Mis pulmones liberaron un aliento que no me había dado cuenta de que había estado conteniendo. Estaba a salvo. Bueno, tan a salvo como podría estar en un mundo donde Internet nunca olvida.

Scott estaba detrás de la barra, limpiando un mostrador, cuando me vio. Su expresión se suavizó

a la manera suya de hermano mayor, pero era lo último que quería ver en ese momento. Siempre que Scott tenía esa mirada, sabía que estaba a punto de tener una opinión.

"¿Funcionó tu disfraz?" Me preguntó, enarcando una ceja cuando dejé el pañuelo y las gafas sobre la encimera.

Me quejé. "Para nada. Hoy ha sido peor que nunca. Te juro que me ha visto más gente que de costumbre. No sé cuánto más podré aguantar. Nunca debí ir a esa estúpida reunión. No sé lo que estaba tratando de demostrar".

Una ruptura horrible ya era bastante mala. Los comentarios de Oscar me daban ganas de hacerme un ovillo. Pero ¿que el mundo entero no sólo fuera testigo de mi humillación, sino que se riera de ella? Antes pensaba que quería ser el centro de atención, pero ahora ansiaba el anonimato.

Scott me miró con simpatía. "Lo siento, Gabs. Pero, sinceramente... Esto no es culpa tuya. Tu problema fue Oscar. Fue un imbécil desde el primer día. El que haya tramado una ruptura como esa, fue bastante predecible".

Suspiré, dejándome caer en uno de los taburetes. "Sí, pero me hubiera gustado que Oscar no hubiera terminado conmigo en público, ¿sabes? Ahora no puedo ir a ningún sitio sin que la gente me reconozca. La lástima es tan mala como la risa".

"Que se joda esa gente y que se joda Oscar", Scott dejó el trapo y se inclinó sobre la barra. "Eres demasiado buena para él, lo sabes, ¿verdad? Oscar nunca te mereció. El hecho de que rompiera contigo delante de todo el mundo sólo demuestra lo cobarde que es".

"Eso no cambia el hecho de que soy la chica del vídeo de la ruptura", murmuré. Había estado intentando que no me afectara, pero después de días de miradas constantes, susurros y grabaciones telefónicas sonando de fondo, me estaba agotando.

Scott suspiró, pasándose una mano por el pelo. "Mira, Gabby, he estado pensando en esto, y estoy harto de verte deprimida. Voy a arreglar esto".

Parpadeé, sin saber a dónde quería llegar. "¿Arreglar qué?"

"Tu vida. Has estado aguantando mierda durante demasiado tiempo, y es hora de que conozcas a algunos chicos decentes. Chicos que no te traten como lo hizo Oscar".

"Scott", gemí, enterrando la cara entre las manos. "No soy un coche roto. No puedes juguetear y hacer que mi vida funcione sin problemas".

"Oh, sí que puedo. Y ya he empezado", dijo con suficiencia, cruzando los brazos sobre el pecho.

Me asomé de entre mis dedos. "¿Qué quieres decir con que ya empezaste?"

Su sonrisa se ensanchó. "Te arreglé dos citas. Una con Danny, el chico que reparte cerveza aquí, y otra con Ethan, mi compañero de gimnasio. Ambos son buenos chicos y ambos son agradables. A diferencia de Oscar".

Me incorporé y el corazón me dio un vuelco de incredulidad. "¿Que has hecho qué?"

Scott se encogió de hombros como si no fuera para tanto. "De nada".

"¡Scott!" Siseé, bajando la voz cuando un par de clientes habituales del bar me miraron. "¡De ninguna manera voy a salir con dos tipos al azar! Me acaban de dejar hace una semana".

"Exactamente. Es por eso que estoy tomando el asunto en mis propias manos. Es hora de seguir adelante, Gabs. Te mereces algo mejor".

"No estoy preparada para esto. No puedes decidir dirigir mi vida por mí", protesté, con un nudo en el estómago. ¿Salir con alguien? ¿Después de Oscar? ¿Después de todo lo que ha pasado? De ninguna manera.

"Demasiado tarde. Ya está hecho", dijo Scott con un gesto enloquecedoramente despreocupado de la mano. "Comprueba el horario en la oficina de atrás. Te he apuntado los detalles".

Me quedé boquiabierta. "Puedes ser el gerente del bar, pero no puedes manejar mi vida personal".

Scott sonrió, cogiendo una caja de vasos de chupito que acababan de entregarle. "Bueno, tal vez alguien debería. Llevas años dejando que ese idiota de Oscar la dirija".

Entorné los ojos hacia él, pero ya se dirigía al almacén con la caja al hombro. Típico de Scott: pensaba que podía arreglarlo todo con un gesto de la mano. ¿Y lo peor? Probablemente él creía que así era.

Con un resoplido, me bajé del taburete y me dirigí a la oficina trasera. El suelo de madera crujió bajo mis botas cuando empujé la puerta y me encontré con el habitual desorden de papeles, horarios y recibos esparcidos por el escritorio. Y allí, justo en medio de todo, estaba el horario. Efectivamente, garabateados con la desordenada letra de Scott estaban los detalles de mis "citas". Donde todo el personal del bar podía ver. Como si mi humillación no hubiera sido suficiente...

Gemí, frotándome la frente como si eso pudiera borrar de algún modo el desastre que Scott acababa de echarme encima. Dos citas. Dos completos extraños. No estaba preparada para esto. Para nada.

Me hundí en la vieja y chirriante silla de oficina y me quedé mirando el horario, con el miedo invadiéndome. No era sólo la vergüenza de que me reconocieran allá donde iba; ahora tenía que enfrentarme a la incomodidad de las primeras citas. ¿En qué estaría pensando Scott? Claro, quizás Oscar había sido un idiota, pero eso no significaba que estuviera preparada para volver a lanzarme a la piscina de las citas. Ni siquiera había tenido tiempo de asimilar la ruptura, y mucho menos de averiguar qué era lo siguiente que quería.

Volver a salir me parecía imposible. Era como intentar correr una maratón después de tropezar en la línea de salida. Y aunque Scott tenía buenas intenciones, no estaba convencida de que tener un par de citas con "chicos majos" fuera a arreglar nada.

Exhalé un largo suspiro, intentando deshacerme de la sensación de malestar que me oprimía el pecho. El vídeo de la ruptura, la humillación, los extraños susurrando y riendo... todo era demasiado. Quería seguir adelante, de verdad, pero no así. No porque Scott decidiera que era el momento.

Los menús del bar no se iban a limpiar solos. Eso es lo que me repetía a mí misma mientras pasaba el trapo por uno de ellos por tercera vez, frotando una mancha imaginaria. Pero el problema no eran los menús. Mi cerebro zumbaba demasiado como para concentrarme en nada, mi mente volvía en espiral a la acera, las miradas y el estúpido vídeo. El sonido de las risas de aquellas chicas aún resonaba en mi cabeza, y el recuerdo de aquel tipo reproduciendo la escena de la ruptura en su teléfono me revolvía el estómago. No podía creer -todavía no podía creerlo- que mi momento más embarazoso se hubiera hecho viral. El reencuentro. Oscar. Esa horrible y humillante escena... todo ahí fuera para que lo viera todo el mundo.

Sacudí la cabeza y tiré el trapo a un lado. Esto no estaba funcionando.

Por el rabillo del ojo, vi a papá al final de la barra, hojeando el periódico como si fuera una tarde tranquila más. Verlo allí, tranquilo y firme como siempre, me reconfortó como siempre lo hacía. Mi padre tenía ese efecto en mí: podía ser una roca cuando todo lo demás parecía desmoronarse. Me acerqué y me apoyé en la encimera, a su lado, con los brazos cruzados.

"Scott está siendo un pesado otra vez", murmuré, sintiendo el peso de su mirada sin necesidad de levantar la vista.

Papá bajó el periódico lo suficiente para mirarme por encima. "¿Ah, sí?"

"Se está entrometiendo", suspiré, la frustración se filtró en mi voz. "Consiguiéndome citas, creyendo que puede arreglar mi vida como si fuera uno de sus coches averiados".

Papá sonrió amablemente, dobló el papel y lo dejó a un lado. "Scott sólo está siendo tu hermano mayor protector, Gabby. Ya sabes cómo es. Cuando ve que estás sufriendo, quiere ayudar".

Bajé la mirada hacia la barra, hurgando en una mancha de la madera, reacia a mirarle a los ojos. "No necesito ayuda. Estoy bien".

"No estás bien", su voz era suave pero firme, como si estuviera señalando algo obvio. "Scott puede verlo. El resto de nosotros también. Últimamente no eres tú misma".

Tragué saliva con dificultad, sintiendo esa familiar punzada de incomodidad. Odiaba esto: que me vieran, que se compadecieran de mí. Desde... bueno, desde el accidente, tenía la sensación de que la gente siempre me miraba así. Todo mi futuro se desvaneció en una fracción de segundo. Mi mano se movió instintivamente para tocar la cicatriz de mi clavícula. Ya estaba borrosa, aunque aún se notaba, pero había cicatrizado en blanco en su mayoría. Eran las cicatrices más profundas las que me molestaban.

"No quiero compasión, papá", murmuré, apartando la mano como si el propio recuerdo me hubiera quemado. "No soy un proyecto que Scott necesite arreglar. Y definitivamente no quiero tener citas estúpidas con chicos al azar".

Papá se reclinó en su silla y me estudió un momento como sólo él podía hacerlo. "Lo entiendo. Oscar te ha hecho daño. Eso no es algo de lo que puedas desentenderte".

"¡Eso es lo que he estado tratando de decirle a Scott! ¡Sólo ha pasado una semana!" Levanté las manos, exasperada. "No estoy preparada para nada nuevo. Me va a llevar tiempo superar lo que

pasó. Es que... no quiero precipitarme".

Se oyó una risita desde el otro lado de la barra y me volví para ver a Billy acercándose a un taburete, con los cubiertos y las servilletas en la mano. Empezó a envolverlos, deslizándolos en pequeños paquetes con la facilidad de alguien que lo ha hecho un millón de veces antes. "Así que te retiras del mercado, ¿eh?" Me dedicó una sonrisa burlona, con los ojos arrugados.

No pude evitar sonreír, sacudiendo la cabeza mientras cogía un montón de servilletas para ayudarle. Nunca me gustó estar de brazos cruzados. "Sí, por un rato al menos. Necesito algo de tiempo".

Billy asintió, aunque el brillo travieso de sus ojos no desapareció. "¿Crees que eso te protegerá de que te hagan daño?"

Hice una pausa, doblando una servilleta con más cuidado del necesario. "Si no salgo con nadie, no pueden volver a hacerme daño, ¿verdad?"

Se encogió de hombros, la expresión de su cara me decía que no se tragaba esa lógica. "Suena solitario. ¿Cuánto tiempo piensas permanecer fuera del mercado, entonces?"

Tenía razón, por mucho que me mareara la idea de volver a salir con alguien, no quería estar sola para siempre. Lo consideré por un momento y luego respondí: "Un año. Un año debería bastar".

Billy se rió, sacudiendo la cabeza. "Bueno, será mejor que le cuentes a Scott tu plan porque creo que acabo de oírle en la oficina preparando otra cita para ti".

Me quejé, inclinándome hacia delante y dejando que mi frente se apoyara en la encimera. "¿Qué le pasa? ¿Cree que soy incapaz de encontrar una cita por mí propia cuenta?"

Billy silbó por lo bajo. "Así es Scott. No soporta ver un problema que no pueda solucionar. Está abordando tu vida amorosa como si fuera su misión personal".

Papá, que había estado escuchando en silencio, volvió a hablar. "Sabes, cariño, vas a tener que superar tu miedo al rechazo. Cuanto antes, mejor".

Fruncí el ceño y levanté la cabeza lo justo para mirarle a los ojos. "Papá, no tengo miedo al rechazo. Es sólo que no quiero volver a pasar por eso. Todo ese... lío con Oscar..." Me

interrumpí, incapaz de terminar la frase. "Además, ¡sólo ha pasado una semana!"

Todavía me escocía como aquella primera noche. El recuerdo de esa noche en la reunión, la cara de suficiencia de Oscar, y la forma en que había terminado conmigo públicamente como si yo no fuera nada. "Necesito tiempo".

"No puedes esconderte del amor sólo porque tienes miedo de que te vuelvan a hacer daño", intervino Billy, todavía envolviendo cubiertos. "Esa no es forma de vivir, Gabby. Tarde o temprano, tendrás que volver a salir".

Resoplé, medio en broma. "Esconderme me parece un plan bastante sólido. Si Scott me deja, claro".

"Hablo en serio", dijo Billy, suavizando su tono. "Te mereces algo mejor que lo que Oscar te dio, y lo sabes. Pero nunca vas a encontrarlo si estás demasiado ocupada escondiéndote de lo que podría ser".

No contesté, mi mente se agitaba con pensamientos contradictorios. Tal vez Billy tuviera razón, pero la idea de volver a salir ahí fuera tan pronto... Era como pedirme que saltara a aguas infestadas de tiburones. No estaba preparada para ello. Era difícil sentir que alguna vez lo estaría.

"No voy a salir con nadie", dije finalmente, más para mí misma que para los demás. "No durante al menos un año".

Billy se rió de nuevo. "Buena suerte diciéndole eso a Scott".

"¡No es asunto de Scott!"

Papá se inclinó hacia delante, apoyando los brazos en la barra. "Sabes, cariño, la única forma de que Scott deje de entrometerse es que piense que estás saliendo con alguien".

Parpadeé, sorprendida. "¿Qué?"

Papá me miró con complicidad. "Scott sólo quiere que seas feliz. Quiere que vuelvas a sonreír, a reír, a ser tú misma. Mientras piense que sigues sufriendo, seguirá intentando arreglar las cosas. Estás deprimida, y él va a seguir organizándote citas".

Suspiré, llena de una mezcla de culpa y frustración. No quería estar deprimida, pero papá tenía razón. Últimamente no había sido yo misma, no desde el accidente. No había sido yo misma en diez años y no creía que fuera a recuperar esa versión de mí, por mucho que todos a mi alrededor quisieran recuperar a esa soñadora despreocupada. "Entonces, ¿qué hago? ¿Fingir que estoy saliendo con alguien?"

"No", dijo papá con suavidad. "Pero tienes que demostrarle que estás bien. No tienes que lanzarte a una relación sólo para que él deje de preocuparse, pero tampoco puedes seguir dando vueltas como si se acabara el mundo".

Podía entender su punto de vista, aunque eso no hacía que la situación fuera más fácil de manejar. "Ya se me ocurrirá algo", murmuré, más para convencerme a mí misma que para otra cosa.

Billy me miró con una sonrisa socarrona. "Mientras tanto, puede que quieras hablar con Scott antes de que te consiga una cita con el electricista que está aquí arreglando esa luz defectuosa en los baños".

Volví a gemir, dejando caer la cabeza sobre la barra. "¿Qué hay de malo en mi vida?"

Papá y Billy se rieron, pero por debajo de sus burlas, sabía que tenían razón. No podía esconderme para siempre. La cuestión era cómo iba a enfrentarme de nuevo al mundo sin que me hicieran daño por todas partes.

Capítulo 5

Beckett

Los músculos me ardían agradablemente al entrar en mi ático. El baloncesto con mi hermano, Grant, era algo semanal, pero yo había jugado más duro de lo normal. Mi mente había estado dando vueltas todo el día, repitiendo la forma en que Gabby se había inclinado sobre la barra. Una semana y todavía no podía sacármela de la cabeza. La curvatura de sus pechos, la tentadora visión de su escote... Se me hacía un nudo en la garganta sólo de pensarlo. Apenas me fijé en Grant, que estaba dos pasos detrás de mí, parloteando sobre algo. Algo que probablemente tenía que ver con la responsabilidad, la familia o el matrimonio.

"¿Me estás escuchando?" La voz de Grant atravesó mi neblina como una ducha fría.

Parpadeé, obligando a mi cerebro a volver al presente. "Sí, te he oído".

Me lanzó una mirada. "Mentira. No has oído ni una palabra de lo que he dicho".

No se equivocaba. No había podido concentrarme en casi nada desde que vi a Gabby en *La Taberna de Murphy*. Me decía a mí mismo que el problema era que no había tenido sexo en un par de semanas -no desde el fiasco de Courtney- y que por eso no podía dejar de pensar en ella. Tenía que ser la falta de acción. Nunca me había sentido tan consumido por una mujer.

Grant me echó otro vistazo, con los ojos entrecerrados. "Estás fuera de juego. Esta situación con Courtney te tiene todo retorcido, ¿eh?"

Me encogí de hombros, no estaba dispuesto a darle más que eso. "Sólo he estado pasando desapercibido, ¿sabes? Manteniéndome al margen de la tormenta mediática".

Eso era sólo una parte de la historia. ¿La verdad? No quería admitir ante nadie que, por alguna razón, una burbujeante camarera rubia con un cuerpo propio de las fantasías se había instalado en mi cerebro. Y menos a Grant, que ya se había propuesto como misión mantenernos a todos en el buen camino, como si casarse con Molly lo convirtiera en la autoridad en materia de relaciones. Antes de conocerla, era tan contrario a las relaciones como yo. Y entonces papá había dado su ultimátum.

Antes de que Grant pudiera continuar con su sermón, la puerta se abrió y entraron Porter y Jonas, ruidosos y chulescos como siempre. A mis dos hermanos pequeños no les gustaba el baloncesto, pero a menudo se reunían con nosotros después de un partido para echar unas risas.

"¿Es aquí donde es la fiesta?" Dijo Jonas con una sonrisa en los labios. "¿O sólo están tomados de la mano, susurrando cosas dulces?"

Porter le dio un codazo a Jonas y sonrió, con su típica muestra de dominio escrita en la cara. "Si alguien está susurrando cosas dulces, es Grant. Probablemente esté recitando las reglas de etiqueta de los negocios mientras sermonea a Beckett sobre opciones vitales".

Grant, como era de esperar, se cruzó de brazos y se apoyó en la isla de la cocina, imperturbable. "Alguien tiene que mantener a raya a esta familia".

Porter se burló, cogiendo una cerveza de la nevera. "A mí nadie me mantiene a raya".

"Eso lo dices ahora", murmuró Grant en voz baja.

La dinámica entre nosotros siempre había sido así: Grant, el serio, que llevaba el peso del apellido Sullivan como un manto; Porter, arrogante y prepotente, siempre necesitado de demostrar su valía; Jonas, el rebelde que nunca seguía las reglas; y yo, en algún punto intermedio, intentando vivir mi vida. Y luego estaba Quinton, nuestro siempre escurridizo hermano menor, que siempre se iba a algún sitio sin decírnoslo.

"Bueno", dije, rodando los hombros y abriendo una botella de agua. "Al menos uno de nosotros se lo está tomando en serio", miré a Grant: "Y no soy yo".

"Claramente", contestó Grant. "Ni siquiera has tenido una cita desde que dejaste a Courtney".

Porter entrecerró los ojos y dejó la cerveza. "Courtney era una mala opción. Estás mejor sin ella".

Asentí con la cabeza, pero no pude evitar que se me escapara el pensamiento fugaz de Gabby. La forma en que había curvado los labios al reír, la suavidad de su voz. Era lo opuesto a Courtney. Pero eso no significaba que debiera pensar en ella.

"Entonces, ¿cuál es tu plan, Beckett?" Preguntó Jonas, apoyándose en el mostrador, con los brazos cruzados. "Quedan siete meses, y si ninguno de nosotros está casado para Nochevieja, lo perdemos todo".

Sentí que aumentaba la presión familiar. A principios de año, nuestro padre había anunciado su jubilación y las condiciones de nuestra herencia. A cada uno nos correspondía una de sus empresas y mil millones de dólares. Pero había una condición. En su extraña mente, un hombre de negocios necesitaba una esposa en casa que se ocupara de todo, que mantuviera el fuerte como lo había hecho mamá. Ella había sido su secretaria antes de casarse, y habían sido sus dotes organizativas y su utilidad las que le habían hecho elegirla, no el amor. Papá quería que el nombre de la familia continuara, y quería que cada uno de sus hijos lo hiciera. Mil millones de dólares, el negocio, el legado... todo estaba en juego. Grant ya estaba casado, ¿pero el resto de nosotros? Ni de lejos.

"Mira", dije, tratando de actuar con calma. "No es que no esté pensando en ello".

Grant enarcó una ceja. "No actúas como tal. Eres el segundo mayor. Yo he cumplido con mi deber; es hora de que des el ejemplo".

Me apoyé en la encimera de la cocina y me miré los zapatos un segundo antes de volver a mirar a Grant a los ojos. "Sé lo que está en juego, ¿vale? Quiero mi herencia tanto como tú. Sullivan Resorts ha sido mi bebé desde que papá me puso en la junta hace diez años, y no voy a dejar que mi duro trabajo se desperdicie. Pero no me voy a casar con la primera mujer que aparezca. Si lo hubiera hecho, ya estaría casado con Courtney, y creo que todos estamos de acuerdo en que habría sido un desastre".

Se burló Porter. "Nadie está diciendo que debas conformarte. Pero no has estado pensando exactamente con el cerebro. No eres el primer ex del que Courtney Shay ha escrito un álbum. Quiero decir, está buena, así que lo entiendo, pero todos sabemos que tomas decisiones con la polla".

Cerebro o polla, ahora mismo sólo había una persona en mi radar. Mi mirada se desvió de nuevo hacia el suelo mientras la imagen de Gabby, con sus ondas rubias cayendo en cascada por su

espalda, volvía a bailar en mi mente. Lo que daría por llevarla de paseo.

Tal vez Porter tenía razón. Gabby no era parte del plan. Había renunciado a las relaciones después de Courtney, pensando que seguiría los pasos de mi padre y elegiría una esposa sensata. Sin pasión, sólo conveniencia. ¿Y Gabby? Ella era demasiado pastel de manzana para todo esto, y no eran pensamientos de matrimonio los que llenaban mi mente cuando la veía.

"Sólo digo", añadió Grant, con voz grave pero severa, "que si no das un paso al frente, Beckett, todos saldremos perdiendo".

No necesitaba que me lo recordaran. Había mucho en juego. Pero no pude evitarlo. Mis pensamientos volvieron a Gabby, como habían hecho toda la semana. Mataría por tenerla en mi cama, aunque sólo fuera una vez. Aparté el pensamiento, intentando centrarme en la conversación.

Beckett Sullivan no se enredaba con mujeres como Gabby Johnson. Y, sin embargo, la idea de enredarme en unas sábanas con ella me aceleraba el pulso a pesar de mí mismo.

"No es como si yo fuera el único que todavía tiene que casarse", señalé, desviando la atención de mí mismo y tratando de apartar a Gabby de mi mente.

"No me voy a casar hasta que sepa que existe la posibilidad de que realmente heredaremos algo", dijo Jonas, levantando las manos en señal de defensa. "Lo último que necesito es acabar casado sin motivo".

"Sí, tío, tú primero", sonrió Porter.

"Lo juro, pareciera que todavía tienen cinco años con demasiado miedo para saltar del balcón a la piscina hasta que yo lo haga", puse los ojos en blanco.

"Te rompiste el brazo; creo que estamos justificados", negó Jonás con la cabeza.

"Sólo porque tú me empujaste", protesté.

"Vale, vale, dejemos de hablar de esto antes de que se convierta en una discusión de lo que sí y lo que no", intervino Grant. "¿Por qué no tenemos todos en cuenta lo que está en juego aquí y empezamos a esforzarnos? El matrimonio no es tan malo si encuentras a la mujer adecuada".

"Acabas de volver de tu luna de miel, así que discúlpame si me lo tomo con humor", se burló Porter. Se hizo eco de mis sentimientos.

"No lo critiques hasta que lo pruebes", sonrió Grant con un gesto triunfador.

"Ugh," gruñí. "Saca tu culo de felicidad conyugal de aquí y llévate a nuestros molestos hermanitos contigo. Necesito ducharme".

"Piénsalo. En serio", insistió Grant, mientras acompañaba a Porter y a Jonas a la puerta.

"Sí, sí", suspiré. Grant era como un perro con un hueso.

Suspiré aliviado cuando me quedé solo. Quería a mis hermanos, pero la presión me estaba afectando.

Me quité la ropa mientras caminaba, me dirigí al cuarto de baño y encendí la ducha. Los múltiples cabezales de ducha fueron el factor decisivo para comprar mi ático. Cubrían todos los ángulos, era como si me estuvieran masajeando por todos lados. Esperé hasta que saliera vapor de la cabina con paredes de mármol antes de entrar. Me gustaba la ducha caliente y al instante empecé a relajarme mientras el agua se llevaba el día.

Como venía siendo habitual desde hacía una semana, mi mente no vagaba tanto como corría hacia Gabby. La imagen mental de su escote me bastó para empezar a empalmarme. Me acaricié ligeramente, acelerando el proceso mientras dejaba volar mi imaginación.

Me la imaginé en el bar con su vestido verde de lentejuelas. Pero esta vez estábamos solos. Tal vez me había quedado después del cierre, y ella me seguía la corriente. O sentía la misma tensión que yo. Me uní a ella detrás de la barra con la excusa de ayudarla, pero no tardé en acercarme a ella para besarla. Sus labios carnosos, rosados y dulces, se movían desesperadamente contra los míos. Me di cuenta de cuánto me deseaba.

Medio empalmado, apreté mi polla mientras me sacudía. Me recosté contra el mármol blanco y gris y el agua me golpeaba la cabeza, el pecho y la polla.

No estaba seguro de qué era lo siguiente que quería: los labios de Gabby alrededor de mi polla o inclinarla sobre la barra. Decidí no negármelo; tenía tiempo para ambas cosas.

En mi mente, ella se puso de rodillas. Me bajó la cremallera y me sacó la polla. Empezó con pequeños lametones de gatita, prestando atención a la cabeza y sacando su lengua rosada. Pero no tardó en envolverme con sus hermosos labios y chupármela hasta el fondo. ¿Hasta dónde podía llevarme? ¿Agarraría la base o me dejaría llegar hasta el fondo de su garganta?

Apreté la cabeza de mi polla y comencé a frotarla, imaginando que era Gabby. Ella podría gemir alrededor de mi polla, o tararear feliz. Pero no era suficiente ni en mi mente ni en la realidad. Necesitaba más. Tenía la polla dura como una roca y me moría por estar dentro de ella.

Me masturbé cada vez más fuerte mientras imaginaba que tiraba de Gabby por el pelo rubio y la ponía de pie. La hice girar y la incliné sobre la barra. Ella arqueó la espalda, moviéndome el culo a modo de invitación. Le subí el vestido para dejármela al descubierto. No llevaba bragas.

Me imaginé cómo sería su coño. Rosa, probablemente, como sus labios. ¿Estaba depilada o dejaba una franja de vello púbico? Me alegré de cualquier manera. En mi mente, estaba empapada, brillando a la luz tenue del bar, y desesperada por tener mi polla dentro de ella. Me sentiría tan bien alineándome, recogiendo su humedad en mi polla antes de deslizarme dentro de ella.

"Joder", dije, con la polla palpitando en mi mano ante la idea de penetrarla.

No sería capaz de tomármelo con calma, no cuando estaba enterrado en el dulce coño de Gabby, mis manos en sus caderas, su perfecto melocotón de culo llenando mi visión.

En mi fantasía, la penetré con fuerza y rapidez. Ella gemía, disfrutando cada segundo mientras yo la follaba como nadie lo había hecho antes. El golpe de mis caderas contra su culo resonaba en el bar, creando una banda sonora erótica sólo para mí.

Imité los movimientos en mi imaginación, follándome la mano con la misma velocidad e intensidad que me follaba a Gabby. Estaba cerca, al filo de la navaja.

Incluso en mis pensamientos, yo era un caballero, acercándome para frotar el clítoris de Gabby y empujarla conmigo más allá del horizonte del placer. Ese pequeño y resbaladizo nódulo se sentiría tan bien bajo mis dedos, y su coño empezaría a apretarse.

Gemí cuando me corrí, todo mi cuerpo se tensó mientras el orgasmo me golpeaba con fuerza. Mi cuerpo palpitaba de placer, oleada tras oleada, haciendo que mi estómago se tensara y mis muslos temblaran. Intenté mantener la imagen mental, apretando la mano alrededor de mi polla para imitar el orgasmo de Gabby. Imaginé sus gritos de placer, sintiendo la satisfacción de ser yo

quien la hacía perder el control. Pero pronto el éxtasis se apoderó de mi cerebro, apagándolo y dejando sólo placer a su paso.

Me acaricié hasta que no me quedó nada, demasiado sensible incluso para tocarme. Apoyé la cabeza contra la fría pared de mármol, disfrutando de las réplicas mientras el agua limpiaba el desastre que había hecho. Cuando mi orgasmo se desvaneció, regresó la imagen de Gabby. Me permití un último capricho: la imagen de darle la vuelta y besarla sin aliento, disfrutando juntos de nuestro éxtasis post orgásmico.



No debería haber venido aquí esta noche. Lo supe en cuanto aparqué, pero maldita sea, no pude evitarlo. *La Taberna de Murphy* había estado en mi mente todo el día. Bueno, no tanto en el bar en sí, sino en la mujer detrás de él. Gabby.

Me recosté en el asiento, golpeando el volante con los dedos, intentando justificar mi decisión. No estaba aquí *sólo* por ella. Claro que era guapa y tenía un cuerpo capaz de parar el tráfico, pero yo no quería involucrarme. Sólo estaba aquí para tomar una copa. Y para evitar a los paparazzi. Este lugar estaba tan deteriorado que nadie esperaría encontrar a un Sullivan escondido aquí. Los lugares habituales que frecuentaba estaban llenos de cámaras y preguntas que no quería responder. *¿La Taberna de Murphy*? A nadie le importaba. Era un lugar sensato para beber. Gabby era sólo un extra.

Salí de mi coche y entré al bar. Pero todos mis esfuerzos por convencerme de que era inocente se esfumaron cuando la vi, moviéndose detrás de la barra. Llevaba las ondas rubias recogidas en una coleta desordenada, con esa sonrisa característica en la cara mientras limpiaba el mostrador. Gabby me vio y su sonrisa se ensanchó.

Esa maldita sonrisa.

Eran las nueve en punto de la noche y ya había mucha gente. Había un representante de tequilas en una mesa cerca de la entrada, listo para repartir chupitos gratis, como había dicho Gabby. El local estaba abarrotado. Me abrí paso entre la gente y finalmente llegué a la barra.

Gabby se inclinó rápidamente y acercó sus labios a mi oído para que pudiera oírla por encima del ruido. Su hombro rozó el mío al moverse y percibí un aroma a vainilla y algo dulce.

"No pensé que fueras un buscador de gangas, Beckett", bromeó, con voz divertida.

Tuve que contenerme para no mirar el escote que dejaba entrever su camiseta de tirantes al echársela hacia atrás, pero era difícil no fijarse en la forma en que se ceñía a ella. Llevaba un sujetador que asomaba justo por debajo de los tirantes, satén oscuro contra su piel. Necesité todo mi autocontrol para mantener la mirada fija en su rostro.

"Quizá no sean los chupitos gratis lo que busco", dije sonriendo, inclinándome lo suficiente para mantener la conversación. "Este lugar tiene una forma de atraerme. Es... acogedor".

Gabby puso los ojos en blanco, pero volvió a esbozar una sonrisa. "Acogedor, ¿eh? Más bien nadie te va a fotografiar aquí".

Me encogí de hombros. "Eso también. ¿En un sitio como éste? Nadie espera encontrarme en los barrios bajos".

"Tú y tu elegante sensibilidad de Sullivan", se rió, sacudiendo la cabeza.

"Me alegro de verte con pantalones esta vez", comenté, sin poder evitarlo.

Sacudió la cabeza con una risita: "Sí, me enteré de que un ricachón iba a venir esta noche y pensé que debía hacer un esfuerzo, ya que él iría a los *barrios bajos*. No quería que pensara que este era el tipo de bar con chicas desnudas".

La imagen que conjuró fue suficiente para enviar calor a mi polla. Me alegré de haberme corrido tan fuerte antes en la ducha, o podría haber acabado en un aprieto. Lo veía tan claro: Gabby en tanga, con los pechos a la vista mientras servía copas. Pero la fantasía se rompió cuando me di cuenta de que eso significaría que todos los demás clientes también la verían.

"Me gusta la vista que tengo", dije, menos informalmente de lo que pretendía.

Se detuvo y sus ojos se clavaron en los míos. Un escalofrío de electricidad pasó entre nosotros. El momento se prolongó.

"Por cierto", dijo, sacándome de mis pensamientos, "por fin he podido escuchar ese álbum", su tono cambió, más serio ahora. "Courtney Shay, ¿verdad? Realmente la dejaste en ridículo".

Hice un gesto de dolor, pero me encogí de hombros. "No era mi intención".

Gabby enarcó una ceja. "Pero ocurrió de todos modos".

"Sí", me pasé una mano por el pelo, sintiendo cómo cambiaba el tono de la conversación. "Courtney... se lo tomó más a pecho de lo que esperaba. Pensé que era una aventura. ¿Pero para ella? Fue algo serio. Amor. Debí haberlo terminado antes, pero no lo hice. Y para cuando lo hice, ella estaba demasiado enamorada".

"¿Qué quieres decir?" Preguntó Gabby, genuinamente curiosa pero sin juzgar. "He visto algunos artículos al respecto, pero me gustaría oír tu versión de los hechos, no sólo informes sensacionalistas".

"Terminó apareciendo en mi casa. A todas horas. Gritando y llorando. No importaba lo que hiciera o cómo intentara convencerla, no paraba. Tuve que pedir una orden de alejamiento, y eso lo estropeó todo. De repente, soy el villano en todos los tabloides. Luego sacó un álbum entero sobre mí", sacudí la cabeza. "Dio entrevista tras entrevista sobre lo mucho que la lastimé".

Los ojos de Gabby se ablandaron y se apoyó en la barra, más cerca ahora, como haciéndome saber que lo entendía. "Debe haber sido duro. He tenido mi propia experiencia de notoriedad esta semana, y fue horrible".

"¿Qué quieres decir?" Pregunté, haciéndome eco de su pregunta anterior.

El dolor se reflejó en su rostro e, incluso sin conocer aún los detalles, me sentí identificado.

"Un vídeo de mi ruptura se hizo viral", admitió en voz tan baja como le permitía el ruidoso bar. "Llevo toda la semana con desconocidos acosándome por ello. Sólo puedo imaginar lo que ha sido para ti. Esto de Courtney lleva meses, ¿verdad?"

"Lo siento", dije, sintiendo realmente lástima por Gabby. Parecía que teníamos más en común de lo que pensaba. "Sí, no ha sido divertido. Realmente no quería hacerle daño. Ella sólo quería algo que yo no podía darle".

"No es culpa tuya que se volviera loca por ti", dijo. "Tómalo de alguien a quien le rompieron el corazón de la manera más humillante. Sólo que yo no voy a ir a casa de mi ex a montar una escena".

Eso ayudó a aliviar parte de mi culpa.

Suspiré, frotándome la mandíbula. "Pero me enseñó una lección. No voy a volver a jugar con el amor. No merece la pena".

Su mirada parpadeó, pero asintió. "No puedo culparte por ello. A veces es más fácil... mantenerlo casual, ¿sabes?"

"Exacto", sentí que la tensión se relajaba un poco. "Ser soltero de por vida no suena tan mal".

Si no tuviera el decreto de mi padre colgando sobre mi cabeza. No es sólo mi herencia en juego. También la de mis hermanos.

"Estoy de acuerdo contigo", dijo ella, con voz ligera. "Planeo estar soltera al menos durante el próximo año".

Sonreí al oír eso, pero antes de que pudiera responder, alguien llamó a Gabby desde la cocina, apartándola para que atendiera un pedido. Me guiñó un ojo al marcharse y no pude evitar verla alejarse, con la mente en blanco.

¿Este asunto con Gabby? Ella no buscaba el amor. Pero mientras la miraba trabajar, con sus caderas balanceándose ligeramente mientras se movía entre la multitud, tuve que admitir que hacía muy difícil mantener las cosas informales.

Capítulo 6

Gabby

Entregué una hamburguesa con patatas fritas en una mesa al fondo del bar y me limpié las manos en el delantal mientras dejaba a los comensales con su comida. Pero a pesar de lo ocupada que estaba, mi mente no se apartaba de Beckett, y era imposible evitar que mis ojos se desviaran hacia él, sentado en la barra. Su presencia era magnética, como si una fuerza tácita me atrajera, y cada vez que nuestras miradas se cruzaban, esa atracción parecía hacerse más fuerte.

Y, sí, me pilló mirándole más de una vez. Cada vez, yo apartaba la mirada, fingiendo ajustar algo en la bandeja o mirar el móvil, pero no engañaba a nadie, y menos a mí misma.

Una parte de mí se alegró de que apareciera esta noche. Una gran parte, en realidad. Después de la incómoda reunión del instituto y todo lo de Oscar, ver a Beckett fue como un soplo de aire fresco. Tenía esa manera de calmarme los nervios sin esfuerzo, incluso haciéndome vibrar con una electricidad desconocida.

El problema era que me había hecho una promesa. Permanecer soltera. Centrarme en el trabajo. Organizar mi vida. Sin chicos, sin distracciones.

Bastante fácil, ¿verdad? Pero cada vez que miraba a Beckett, esa promesa parecía más y más endeble, como un castillo de arena construido demasiado cerca de la marea.

Intenté deshacerme de la sensación y me dediqué a limpiar algunas mesas. Pero cuando volví a levantar la vista, allí estaba él, recostado en su asiento, con las largas piernas estiradas hacia

delante mientras daba un perezoso sorbo a su bebida. Sus ojos se cruzaron con los míos y, maldita sea, esa sonrisita suya hizo que se me revolviera el estómago.

"Gabby, vas a hacer un agujero en esa mesa si sigues limpiándola", la voz de Billy se coló en mis pensamientos, devolviéndome a la realidad.

Parpadeé y miré hacia la mesa, dándome cuenta de que llevaba un minuto fregando el mismo sitio.

"Sólo me mantengo ocupada", murmuré, esperando que Billy no notara el rubor que me subía por el cuello.

Sin embargo, no se dejó engañar. Ladeó la cabeza hacia la barra, donde Beckett estaba hablando con uno de los clientes habituales. "Tu determinación de permanecer soltera podría no durar mucho si sigues mirándole así".

"¿Mirándole cómo?" Respondí, intentando sonar despreocupada, pero mi voz me traicionó con un leve chasquido.

Billy sonrió, secándose las manos en una toalla. "Como una niña mirando la última galleta del tarro".

Puse los ojos en blanco, esperando que eso desviara el calor que subía a mis mejillas. "Durará", insistí. "Lo digo en serio. No más chicos durante al menos un año".

Billy enarcó una ceja, claramente divertido. "Ajá. Claro, chica".

"¡Lo digo en serio!" Protesté, pero incluso para mí, las palabras parecían huecas. Billy me dirigió una última mirada cómplice antes de marcharse a atender la barra, dejándome allí de pie, sintiéndome tan expuesta como ridícula.

Tiré el trapo a la papelera y respiré hondo, sacudiéndome la conversación. Esta era mi vida ahora: trabajar, simplificar las cosas, sin distracciones. Y nada de Beckett Sullivan.

A las diez y media, el bar se había llenado con el público habitual de los sábados por la noche. El representante de tequilas se sentía como en casa, repartiendo chupitos como si fuera el dueño del local, y el nivel de ruido había subido unos cuantos grados a medida que la gente se ponía más

ruidosa, el zumbido del alcohol hacía su magia.

Me quité el delantal, lo colgué en el gancho de detrás de la barra y estiré los brazos por encima de la cabeza. Un par de clientes habituales me llamaron, señalando la pequeña pila de vasos de chupito que el representante de tequilas había dejado en su mesa. No me gustaban mucho los chupitos, pero esta noche... bueno, esta noche era diferente.

Me acerqué, cogiendo uno de los vasos, cuando oí la voz de Beckett detrás de mí, suave y juguetona como siempre.

"Esto no te hará perder la parte de arriba del bikini, ¿verdad?"

Me giré y allí estaba él, de pie a unos metros, con una sonrisa amplia y traviesa. Parecía demasiado sexy para su propio bien, y esa chispa en sus ojos fue suficiente para encender un fuego bajo mi piel.

"Eso quisieras", le respondí, sin poder resistirme a sonreír. Las bromas surgieron con naturalidad, el tipo de broma que hacía que mi corazón latiera un poco más rápido.

Se rió y se sentó a mi lado como si hubiera estado allí toda la noche. "No se puede culpar a un hombre por tener esperanzas".

Puse los ojos en blanco, pero no se me borró la sonrisa. Levanté mi vaso de chupito en un brindis simulado. "Por las ilusiones".

Nuestros vasos tintinearon y me bebí el tequila de un trago, con el ardor golpeándome la garganta y extendiéndome calor por el pecho. Beckett hizo lo mismo e hizo una leve mueca al dejar el vaso sobre la mesa.

"Esto sabe a malas decisiones", dijo, sacudiendo la cabeza con una carcajada. "Recuérdame que no vuelva a beber tequila".

Me reí, sintiendo que el zumbido empezaba a asentarse, aflojando la tensión de mis hombros. "Lo dices como si no fueras a tomarte otro en unos cinco minutos".

Me miró con fingida seriedad. "Ya me conoces demasiado bien".

"Peligroso, ¿verdad?" Bromeé, cogiendo otro chupito de la bandeja mientras el representante de tequilas hacía otra ronda.

Beckett me miró, algo parpadeando detrás de sus ojos antes de tomar su propio trago. "Tú eres el peligro".

Enarqué una ceja, curiosa. "¿Yo? ¿Qué te hace decir eso?"

Se inclinó un poco y bajó un poco la voz. "Porque haces que un hombre quiera romper todas las reglas".

Tragué saliva, de pronto hiperconsciente de lo cerca que estaba, de cómo su mirada parecía detenerse en mis labios un segundo más de la cuenta. Las bromas burlonas seguían ahí, pero ahora estaban impregnadas de algo más pesado.

"¿Y qué reglas son esas?" Pregunté, tratando de mantener un tono ligero.

"Autoimpuestas", dijo, con una sonrisa enigmática.

"Como no beber tequila", ofrecí, pero parecía que había más.

Se reclinó en la silla y su expresión cambió ligeramente, como si estuviera a punto de decir algo serio. "No es sólo el tequila", admitió, pasándose una mano por el pelo. "Tengo muchas cosas en la cabeza".

Le miré, sorprendida por el repentino cambio de tono. "¿Cómo qué?"

Hizo una pausa y dejó caer las últimas gotas de su chupito en el vaso antes de dejarlo. "Grant no ha dejado de insistirme. Quiere que sea el próximo Sullivan en casarse".

"¿Casarse?" Parpadeé, sorprendida. "Espera, ¿en serio?"

"Sí", dejó escapar un largo suspiro, su frustración evidente. "Tenemos este... asunto familiar. Mis hermanos y yo tenemos que estar casados antes de fin de año si queremos tener alguna oportunidad de recibir nuestra herencia".

Me quedé mirándole, intentando procesar lo que acababa de decir. "Entonces, espera... ¿te están obligando a casarte por dinero?"

"Más o menos", se reclinó en su asiento, cruzando los brazos sobre el pecho. "Pero no es que vaya a precipitarme en algo sólo para hacer feliz a mi familia. Yo no soy así. Después de lo de Courtney, he decidido dejar de lado las relaciones".

¿Es esa la regla que piensa romper? No, probablemente sólo me estoy halagando a mí misma.

Asentí lentamente, comprendiendo más de lo que quería admitir. "Sí... Lo entiendo. Mi hermano ha estado intentando emparejarme con el 'chico perfecto'. Como si eso existiera".

Ambos miramos a Scott, que estaba detrás de la barra charlando con un grupo de chicos. Uno de ellos, un tipo alto y de hombros anchos de más o menos mi edad, se estaba riendo de algo que había dicho Scott. Qué bien. Otro montaje en marcha.

"¿Ves a ese tipo?" Susurré, inclinándome más cerca de Beckett. "Ahora mismo, mi hermano está conspirando para salvarme de mí misma".

Beckett enarcó una ceja. "¿Ese es el tipo perfecto?"

Me burlé. "Por favor. Mi hermano cree que sabe lo que es mejor para mí. Pero la verdad es que sólo quiere que siente la cabeza para dejar de preocuparse".

Beckett asintió, con una pequeña sonrisa dibujada en los labios. "Sí. Me suena".

Ambos nos sumimos en un cómodo silencio durante un momento, observando cómo el bar bullía de vida a nuestro alrededor. Las risas, el tintineo de las copas, el murmullo de las conversaciones. Pero por debajo de todo eso, había algo latente entre nosotros, algo tácito, pero innegable.

"Entonces", dije, rompiendo el silencio, "¿cuál es tu plan?"

Se encogió de hombros, aunque había un brillo en sus ojos que me decía que ya estaba pensando en el futuro. "En realidad, no hay plan. Sólo... espero que mi familia se eche atrás con el tiempo".

Bajé la mirada hacia mi bebida, sintiendo una extraña solidaridad con él. "Sí. También yo".

Y entonces, de la nada, se me ocurrió la idea. Era ridículo, pero también... algo perfecto.

"¿Qué pasaría si", empecé mirándole, "fingimos estar juntos?"

Beckett parpadeó, claramente sorprendido. "Espera, ¿qué?"

Me encogí de hombros, sintiéndome un poco más audaz ahora, gracias al tequila. "Piénsalo. Si mi hermano cree que salgo con alguien, dejará de intentar emparejarme con alguien. Y si tu familia cree que estás saliendo con alguien, tal vez aflojen la presión del matrimonio".

Me miró durante un largo momento, con expresión ilegible. "¿Hablas en serio?"

Asentí con la cabeza. "Es sólo una pequeña mentira piadosa. Sin ataduras, sin compromiso. Fingimos que somos pareja y nuestros problemas desaparecerán".

"Te das cuenta de que, para que yo reciba mi herencia, tenemos que casarnos", dijo con tono de advertencia.

Me mordí el labio. Pero ya fuera por el tequila que corría por mis venas o por la forma en que Beckett me miraba con un atisbo de esperanza y hambre en los ojos, me encontré diciendo: "Entonces nos casamos. No pasa nada. Podemos divorciarnos cuando llegue el momento; inventa alguna historia sobre nuestra ruptura".

Beckett se lo pensó un momento y soltó una risita. "Sabes... eso podría ser lo suficientemente loco como para funcionar".

"Entonces... ¿lo hacemos?" Pregunté, medio en broma pero también medio esperanzada.

La mirada de Beckett se suavizó y se inclinó un poco más hacia mí. "Sí", dijo, con voz baja y segura. "Hagámoslo".

"Esto merece otra ronda para celebrar nuestras próximas nupcias", dije, cogiendo dos chupitos más de tequila.

Le di uno a Beckett y chocamos los vasos.

"Por seguir solteros y casarnos", me reí por lo absurdo. Beckett se hizo eco de mi brindis y bebimos. "¿Esto significa que estamos comprometidos?"

"Hmm, no del todo".

Beckett sonrió y cogió una pajita de plástico de la mesa. Con un par de movimientos rápidos, la transformó en un anillo improvisado y me lo puso en el dedo con una floritura exagerada. "Ahora lo estamos".

Me reí, sacudiendo la cabeza, porque el tequila lo había vuelto todo un poco confuso. Pero había algo en la forma en que me miraba -algo hambriento, eléctrico- que me aceleró el pulso.

Me quedé mirando el ridículo intento de anillo, mientras una vocecita en el fondo de mi mente me susurraba que estaba jugando con fuego. Beckett era peligroso, demasiado tentador para su propio bien. O para el mío.

¿En qué me estoy metiendo?

Capítulo 7

Gabby

Me desperté con un dolor de cabeza palpitante, de esos que me gritaban por cada mala decisión que había tomado la noche anterior. La luz del sol que entraba por las persianas era demasiado brillante, demasiado agresiva para el estado en que me encontraba. Gemí y cerré los ojos, deseando que el mundo dejara de girar. Bentley, mi siempre leal bulldog, me dio un insistente golpe con el hocico, emitiendo suaves resoplidos contra las sábanas.

"Vale, vale", murmuré, extendiendo la mano a ciegas para acariciar su arrugada cabeza. "Cinco minutos más, amigo".

Al moverme hacia un lado de la cama, algo frío y plástico se clavó en mi dedo. Entrecerré los ojos y parpadeé. Allí, enrollado alrededor de mi dedo anular, había un anillo de compromiso improvisado. Una pajita. Una pajita de plástico atada con un lazo. Y el recuerdo de cómo había llegado hasta allí me golpeó en la cara como una bofetada.

Beckett.

Un destello borroso de la noche anterior me vino a la mente: chupitos, risas y Beckett entregándome ese ridículo anillo de plástico, su sonrisa toda encanto y picardía mientras lo deslizaba en mi dedo.

Solté un gemido que no tenía nada que ver con mi dolor de cabeza. ¿De verdad había aceptado casarme de mentira con un tipo al que apenas conocía? No era cualquier tipo: un playboy rico y

arrogante que probablemente pensaba que la vida era un juego.

Me senté en la cama, intentando recordar los detalles. Beckett y yo habíamos estado hablando de sus problemas de "compromiso", o mejor dicho, de su falta de deseo de tener uno. Planeaba quedarse soltero el resto de su vida, y todo el asunto del matrimonio no era más que una fachada para poder seguir haciendo exactamente eso. ¿Había sido realmente idea mía?

¿En qué había estado pensando? Oh, cierto, no había estado pensando en absoluto. Llevaba varios tragos, y en el momento, había sonado... algo brillante, en realidad. Sin compromiso real, sin ataduras, sólo una solución rápida a nuestros problemas individuales. Sabía que el tequila era peligroso; tenía recuerdos borrosos de Florida que lo demostraban. Nunca le había contado a Beckett toda la historia, que en la bruma del alcohol y recién recuperada de mi accidente, había sido el estereotipo desordenado de chica borracha. Casi perder la parte de arriba del bikini y exhibirme ante todos no había parecido una mala idea en aquel momento. Pero no tenía nada que envidiar a proponer un falso matrimonio.

Antes de que pudiera seguir pensando en mis errores de borracha, Bentley volvió a darme un golpe, recordándome que aún estaba esperando para desayunar. Gruñí y me levanté de la cama; el movimiento repentino me produjo una oleada de náuseas. Me estaba arrepintiendo oficialmente de cada uno de esos tragos.

Bentley trotó tras de mí mientras yo me dirigía a la cocina y apenas conseguí servirle unas croquetas antes de desplomarme de nuevo en el sofá. Vi mi vaso de agua medio lleno de anoche en la mesita y lo cogí con impaciencia, tragándomelo de un trago. Pero en cuanto intenté volver a tumbarme, un golpe seco resonó en la puerta de la entrada y me hizo palpitar aún más la cabeza.

"¿En serio?" Murmuré, frotándome las sienes. ¿Quién podría estar llamando a estas horas? Maldije en voz baja mientras me arrastraba hasta la puerta. Cuando la abrí, había un repartidor con una cajita en la mano.

"Paquete para Gabby Johnson", dijo el hombre alegremente como si no estuviera entregando esta caja en mi infierno personal de resaca.

Parpadeé y mi cerebro tardó en ponerse al día. "Gracias", murmuré con el ceño fruncido, cogiendo la caja. No esperaba ninguna entrega.

Tras cerrar la puerta, me desplomé de nuevo en el sofá y abrí la caja. Dentro, sobre un lecho de terciopelo, había un anillo de diamantes. Un anillo de diamantes gigante.

Casi se me cae la mandíbula. Aquello era enorme. ¿Era real? Lo acerqué a la luz del sol y giré la mano. La luz rebotó en la piedra, lanzando destellos por todas partes. De ninguna manera. Tenía que ser una broma. Una imitación. Era imposible que alguien me hubiera enviado un anillo así.

Mientras miraba el anillo, intentando comprender la situación, mi teléfono zumbó sobre la mesita. Miré el identificador de llamadas, pero no reconocí el número. Dudé un segundo, aún medio dormida, pero contesté con la voz áspera por la falta de sueño.

"¿Hola?"

"Buenos días, esposa", llegó una voz demasiado alegre para esta hora del día. "¿Supongo que estás maldiciendo esos últimos tragos en este momento?"

Gemí. "Beckett. ¿Cómo lo supiste?"

Se rió, bajo y fácil. "Porque yo he hecho lo mismo hace unas dos horas. Excepto que he tenido una larga sesión de sauna, me he rehidratado y luego he salido a correr. Ahora me siento fantástico".

Me pellizqué el puente de la nariz, deseando tener energía para fulminarle con la mirada a través del teléfono. "Genial para ti. ¿Tienes algún consejo para el resto de nosotros, simples mortales?"

"Hidrátate, tómate un ibuprofeno y evita el tequila la próxima vez", respondió, claramente divertido.

Puse los ojos en blanco, aunque él no podía verme. "Gracias, Sr. Obvio".

"De nada", se rió entre dientes.

"¿Me has enviado un anillo?" Pregunté. Era lo único que tenía sentido.

"Qué bien, ya llegó", comentó como si me hubiera enviado algo sencillo y barato.

Volví a mirar el diamante, sosteniéndolo a la luz una vez más. "Sí... Esta cosa es ridícula, por cierto. Es enorme".

Me puse el anillo para probarlo, sustituyendo el anillo de pajita de anoche. Encajaba perfectamente.

"Bueno, esa es la cuestión, ¿no?" Dijo Beckett despreocupadamente como si no fuera gran cosa. "Queremos que la gente se crea el acto".

"Espera", bajé la mano, con la mente todavía nublada. "Esto es una imitación, ¿verdad? Es imposible que me hayas enviado un diamante real de este tamaño".

Volvió a reír, con un sonido rico y despreocupado. "No. Es real".

Casi se me cae el teléfono. "¡¿Qué?!"

"Lo compré esta mañana", dijo como si estuviera hablando de hacer la compra. "Pensé que si vamos a hacer esto, deberíamos hacerlo bien. Deberías llevarlo, ya sabes, vender la historia".

"Espera, Beckett, en realidad no estamos haciendo esto, ¿verdad? Estábamos borrachos. ¿Fingir un matrimonio? Es una locura. Una completa locura. Nadie hace eso", me reí nerviosamente, esperando que estuviera de acuerdo y todo esto se olvidara.

"Sí, estábamos borrachos", admitió. "Pero piénsalo, Gabby. La lógica aún se mantiene. Tu lógica. Necesito que mi familia deje de presionarme y la tuya también. Podemos ayudarnos mutuamente".

Abrí la boca para protestar, pero antes de que me salieran las palabras, soltó la bomba.

"Te daré quinientos mil dólares si sigues adelante con esto".

Me quedé boquiabierta. "Quinientos... ¿Hablas en serio?"

"Completamente. Y te quedas con el anillo después de divorciarnos. Vale un par de millones. No es un mal trato, ¿verdad?"

Por un momento, no pude respirar. Me quedé mirando el anillo, que de repente me pareció que pesaba una tonelada en el dedo. ¿Unos cuantos millones de dólares? Lanzaba cifras como si no significaran nada. Esto no era la vida real. No podía serlo.

Pero lo era.

"Yo... ni siquiera sé qué decir", tartamudeé, con el corazón acelerado. ¿Medio millón de dólares? ¿Y el anillo? Era como si me ofreciera un billete dorado para escapar de todas mis preocupaciones económicas. Tenía muchas facturas médicas que aún estaba pagando. Papá se había endeudado mucho por mi accidente. Y en una conversación, Beckett me estaba dando la salida. Era una locura. Una completa locura.

Y, sin embargo, la idea de rechazarlo parecía aún más loca.

Beckett continuó como si fuera la conversación más normal del mundo. "Firmaremos contratos, lo prepararemos todo legalmente. Nos vemos en mi oficina en el centro en una hora y podremos empezar".

Parpadeé, intentando procesarlo todo. "¿En una hora? Acabo de despertarme, todavía estoy en la cama..."

"Estoy seguro de que te las arreglarás", dijo con ligereza.

"Beckett", dije en tono de advertencia, "aún no estoy segura de qué pensar de tu oferta".

"Sólo tienes que estar en mi oficina en una hora, ¿de acuerdo? Lo prepararemos todo".

Antes de que pudiera responder, la línea se cortó.

Me quedé mirando el teléfono un momento, todavía en estado de shock, y luego estaba el diamante gigante que llevaba en el dedo. Medio millón de dólares, un anillo de diamantes que valía millones y la despreocupada seguridad de Beckett de que podríamos llevarlo a cabo como si fuera una especie de negocio.

La cabeza me daba vueltas, y no sólo por la resaca. ¿En qué me estaba metiendo?

Bentley volvió a darme un golpe, recordándome que la vida, normal o completamente loca, seguía avanzando. Me apresuré a ir a mi dormitorio y me puse la primera ropa que encontré.

Una hora. Tenía una hora para decidir si realmente iba a seguir adelante con esto. Pero, ¿cómo podía decir que no?

Capítulo 8

Gabby

Me apoyé en el frío poste metálico del interior del metro, intentando ignorar el dolor de cabeza que aún me latía en las sienes. El ritmo del metro, normalmente relajante, parecía como si alguien estuviera tocando un tambor al compás de mi dolor de cabeza. Entrecerré los ojos y miré el móvil.

10:47 a.m.

Llegaba tarde.

Golpeé ansiosamente el suelo con el pie, con la esperanza de que, por algún milagro, el metro cogiera velocidad y me salvara de llegar a la oficina de Beckett después de la hora que había fijado. No tenía ni idea de por qué me preocupaba ahora por la puntualidad. Nunca había sido buena con ella, y Beckett -a quien claramente no le importaban los horarios en el sentido normal, dado lo despreocupado que había estado antes por teléfono- probablemente ni siquiera se daría cuenta si llegaba cinco, diez o quince minutos tarde.

Pero, aun así. Había algo en el hecho de reunirme con él en este entorno tan profesional que me hacía querer parecer al menos medio arreglada. No como el desastre que había sido en la reunión del instituto o la mujer con resaca en la cama esta mañana.

La voz crítica de Oscar llenó mi cabeza. *Siempre tarde. No eres lo suficientemente buena.*

Una repentina sacudida detuvo el metro y salí despedida hacia delante, agarrando con más fuerza el poste mientras los pasajeros se quejaban a mi alrededor. "Tiene que ser una broma", murmuré

en voz baja. Por supuesto, precisamente hoy, el metro decidía arrastrarse como un caracol por el centro de Boston. Mis ojos se dirigieron rápidamente hacia el cartel, donde los *Retrasos Esperados* parpadeaban en neón.

Estupendo. No hay café. Sin comida. Y ahora, iba a llegar aún más tarde.

Respiré hondo, tratando de centrarme, mientras mi mirada se desviaba hacia el anillo que llevaba en el dedo. El diamante, grande y brillante bajo la luz del metro, volvió a captar mi atención y lo miré con incredulidad. ¿Cómo podía ser real? ¿Cómo era posible? Beckett Sullivan, un playboy multimillonario, me ofrecía una cantidad absurda de dinero para que fingiera ser su esposa, y yo me lo estaba planteando seriamente.

Giré un poco el anillo, observando cómo la luz se refractaba a través del diamante. Ni siquiera sentía que perteneciera a mi mano. Como si no fuera yo. Yo era Gabby Johnson, la chica que se había criado en un bar, trabajaba por las noches en *La Taberna de Murphy* y algunos meses apenas podía pagar el alquiler. ¿Qué hacía yo llevando un anillo de compromiso que valía más que toda mi vida?

Estaba tan ensimismada en mis pensamientos que ni siquiera me di cuenta de que una chica universitaria se deslizaba por el espacio a mi lado hasta que se aclaró la garganta.

"Disculpa", empezó a decir, con voz vacilante, como si preguntara por una dirección. La miré y asentí con la cabeza. "¿Te importa si te hago una pregunta?"

Aquí viene. Se me revolvió el estómago. Me preparé para lo inevitable, pensando que me había reconocido del vídeo viral de Óscar y yo. Esa estúpida y vergonzosa ruptura que estaba segura de que me perseguiría para siempre.

Pero en lugar de eso, sus ojos se centraron en mi mano. Concretamente, en el anillo.

"Eso es... wow. Es impresionante", dijo con los ojos muy abiertos. "¿Es real?"

Parpadeé, sorprendida por el cumplido. El alivio me recorrió, aliviando parte de la tensión de mi cuerpo. Al menos no estaba hablando del video. "Sí", murmuré, bajando la vista hacia el diamante como si tuviera que comprobarlo. "Es... es real".

"Vaya", volvió a respirar la chica, inclinándose para verlo mejor. "Quien te haya dado eso debe quererte de verdad".

Sí, sobre eso...

Sin pensarlo, solté una carcajada seca. "Sí... se podría decir eso".

Ladeó la cabeza, curiosa. "¿Te importa si te pregunto... es un anillo de compromiso? Sin presiones ni nada... Es sólo que ese anillo es como de otro mundo".

Mi cerebro, aún aletargado por la falta de cafeína y los restos de mi resaca, hizo cortocircuito por un momento. Y antes de darme cuenta, solté: "Sí, esos Sullivan están locos, no puedo creer que Beckett me haya regalado un anillo tan caro".

La chica abrió los ojos sorprendida y se quedó boquiabierta. "¿Beckett... Sullivan? ¿El multimillonario sobre el que escribió Courtney Shay?" Su voz se elevó con excitación, llamando la atención de algunos pasajeros cercanos.

Me maldije internamente. ¿Por qué dije eso? Podría haber dicho que era un regalo de un... novio o alguna otra vaga explicación. Pero no, mi cerebro, que no funcionaba del todo bien debido a los acontecimientos de anoche, decidió soltar el nombre de Beckett como si nada.

"Sí..." Respondí lentamente, pateándome mentalmente por este desliz. "Pero es... es complicado".

"Dios mío", exclamó la chica, ignorando por completo mi último comentario. Buscó a tientas su teléfono y me lo tendió. "¿Te importa si hago una foto? Mis amigos no se lo van a creer".

Se me cayó el estómago, pero antes de que pudiera negarme, me hizo una foto rápida con el anillo en primer plano.

Mierda. Mierda, mierda, mierda.

Ya estaba tecleando en su teléfono, probablemente colgando la foto en Internet o enviándosela a todo su grupo de amigos. "¡Muchas gracias!" Dijo con una sonrisa radiante, sus dedos moviéndose rápidamente sobre la pantalla. "Eres la chica más afortunada del mundo".

Esbocé una débil sonrisa y asentí con la cabeza, aún procesando lo que acababa de ocurrir. "Sí... claro".

Volví a mirar el reloj. Eran las 10:52 de la mañana. El metro seguía avanzando. Ojalá hubiera

mantenido la boca cerrada y no hubiera mencionado a Beckett. Ya había demasiada atención sobre nosotros dos.

Dios, ¿y si cuelga la foto en Internet o la envía a los medios?

La realidad me cayó como un balde de agua fría, pero, extrañamente, estaba más entumecida que aterrada. Al fin y al cabo, el día ya se había descontrolado. ¿Qué más podía salir mal?



Parpadeé contra el sol brillante mientras bajaba del metro y serpenteaba por las calles del centro de Boston. El edificio Sullivan se alzaba ante mí, con sus elegantes paredes de cristal brillando bajo el sol del mediodía. Volví a comprobar la dirección en mi teléfono. Sí, era aquí. Se me aceleró el corazón, no sólo porque llegaba tarde, sino porque estaba a punto de entrar en el mundo de Beckett Sullivan. La idea me produjo un escalofrío de nervios.

Cuando abrí las puertas, el vestíbulo era aún más impresionante de lo que esperaba. Suelos de mármol, techos altos y el zumbido de gente importante caminando a paso ligero. Incluso en domingo, el lugar estaba lleno de gente. Un amable recepcionista me hizo subir a la última planta, donde estaba el despacho de Beckett. El trayecto en ascensor se me hizo eterno y salí a una recepción más grande que mi piso e incluso más elegante que el vestíbulo. Una recepcionista me sonrió amablemente desde detrás de un escritorio pulido.

"Buenos días, Srta. Johnson", dijo con sorprendente familiaridad. "Usted debe ser la prometida del Sr. Sullivan".

Parpadeé. Prometida. Me iba a costar acostumbrarme.

"Sí, soy yo", dije, esperando no sonar tan insegura como me sentía. "¿Sabes mi nombre, pero yo no sé el tuyo...?"

"Pauline Chambers", la cara de la recepcionista se iluminó. "¡Es un placer conocerle! El Sr. Sullivan mencionó que vendría. Déjeme traerle algo de beber mientras espera".

Antes de que pudiera protestar, apareció ante mí un capuchino perfectamente elaborado, junto con un cruasán que parecía que lo habían horneado unos ángeles. No había tomado café en toda la mañana y me moría de hambre. Mi estómago gruñó en respuesta.

"Vaya, gracias, Pauline", dije, realmente conmovida por su amabilidad. No pude evitar dedicarle una gran sonrisa. "Esto se ve increíble".

"De nada", dijo ella, con una sonrisa aún más brillante.

"¿Siempre trabajas los domingos?" Pregunté, esperando que la dulce mujer no trabajara siete días a la semana. Yo trabajaba muchas horas en el bar, pero incluso tenía libres los lunes y tiempo libre por las mañanas.

Se sorprendió ante mi pregunta, enarcó las cejas y una suave sonrisa se dibujó en sus labios.

"Sólo cuando el Sr. Sullivan me necesita", respondió. "Es un gran jefe; no me importa".

"Eso está bien", sonreí. Me alegraba saber que Beckett no era uno de esos jefes demasiado exigentes y de pesadilla de los que hablaba la gente. "¿Qué haces cuando Beckett no te obliga a venir un domingo?"

"Probablemente pensará que tengo treinta y pico, pero mi marido y yo somos aficionados a la observación de aves, así que solemos pasar los fines de semana haciéndolo", confesó con una tímida sonrisa.

"Qué guay", le contesté. La observación de aves no era lo mío, pero me encantaba celebrar la pasión de los demás. "¿Se observan muchas aves buenas en la ciudad?"

"En algunos lugares, si sabes dónde buscar", dijo, cada vez más segura ahora que no me había burlado de ella por su afición. "A veces vamos a Winthrop, y nos quedamos allí un fin de semana".

"Tendrás que darme algunos consejos sobre dónde encontrar la mejor avifauna", dije, pero antes de que Pauline pudiera darme la primicia, sonó su interfono. Cogió el auricular y, tras una breve conversación, se levantó.

"El Sr. Sullivan está listo para recibirla", dijo, haciéndome un gesto para que la siguiera.

Me levanté, tiré las migas del cruasán al plato y me llevé el café. Cuando nos acercamos al despacho, se inclinó hacia mí con aire de conspiración. "La mayoría de la gente es tan fría cuando entra. Es agradable ver a una persona cálida para variar".

Me agradaba mucho esta mujer. "La bondad nunca se desperdicia".

"Pero es raro", me dijo guiñándome un ojo antes de conducirme a través de unas puertas dobles.

Y así, sin más, entré en el mundo de Beckett.

La oficina era impresionante: ventanales que iban del suelo al techo, muebles elegantes y obras de arte que te hacían sentir como en un museo. ¿Qué fue lo primero que pensé? Podría acostumbrarme a esto. No era sólo el lujoso entorno; había algo en la serena fuerza del lugar que me hacía sentir como si entrara en otro universo.

Entonces lo vi.

Beckett Sullivan, detrás de un enorme escritorio de madera, parecía todo un multimillonario. Su traje perfectamente entallado ceñía sus anchos hombros y la corbata que llevaba hacía juego con el cielo azul del exterior. Tenía una expresión en los ojos que no supe descifrar del todo, tal vez picardía, pero al verle se me hizo un nudo en la garganta.

"Gabby", dijo, poniéndose en pie en cuanto me vio. Su voz profunda me estremeció y tuve que recordarme a mí misma que debía respirar. "Me alegro de que hayas venido".

Conseguí sonreír. "A duras penas. El metro no estaba de mi lado esta mañana".

Su boca se torció en esa media sonrisa que empezaba a reconocer. "¿Culpa del tequila? ¿O sólo el caos habitual de los domingos por la mañana?"

Me encogí de hombros, tratando de hacerme la interesante. "Un poco de ambos".

Se rió entre dientes, sin apartar los ojos de los míos mientras me hacía señas para que le siguiera. "Vayamos al grano. Llevo toda la mañana ocupado con mis abogados redactando el contrato".

El despacho de Beckett era tan grande -y yo estaba tan distraída con él- que no me había fijado en los cuatro hombres con trajes negros casi idénticos que había en la gran mesa de la esquina. Nos esperaban con montones de papeles. Era intimidante, pero sólo tenía que mirar a Beckett y mis nervios se calmaban, sustituidos por otro tipo de energía.

Cada vez que me dirigía una mirada, había algo tácito en sus ojos, un calor latente bajo la

superficie. Incluso en una sala llena de profesionales, no pude evitar fijarme en el modo en que su mirada se detenía en mí un segundo más de la cuenta, en la ligera curva ascendente de sus labios, como si supiera exactamente el efecto que estaba causando en mí. Tragué saliva y agarré el bolígrafo con más fuerza de la necesaria.

"Así que", dijo Beckett, su voz baja y burlona, cortando las formalidades. "¿Cómo fue el resto de tu noche?"

Levanté la vista y me encontré con sus ojos. Brillaban con picardía. Se me aceleró el pulso. ¿Estaba buscando detalles? ¿Recordaba más que yo? Intenté leerle -su tono, la forma en que levantaba ligeramente la frente, divertido-, pero Beckett era imposible de leer. Siempre tenía esa sonrisa juguetona y reservada, como si guardara un secreto.

Incliné la cabeza, mordiéndome el labio. "Podría preguntarte lo mismo. ¿A qué hora llegaste a casa?"

"Demasiado tarde", dijo con una sonrisa de satisfacción, su voz suave como el terciopelo. Se reclinó en la silla, miró brevemente a los abogados antes de volver a mirarme. "El tequila tiene ese efecto".

Solté una pequeña carcajada, intentando ignorar el aleteo de mi pecho. "Sí, el tequila siempre da problemas".

Por un momento, fue como si fuéramos las dos únicas personas en la sala. El equipo jurídico hablaba, pasando páginas hacia nosotros, pero yo sólo podía pensar en la noche anterior. Nuestra conversación, la forma en que me hizo reír, el vago recuerdo de su mano rozando la mía. ¿Pasó algo entre nosotros? Repasé la noche mentalmente, pero no recordé nada definitivo: sólo fragmentos de bromas compartidas, su voz grave retumbando en la penumbra del bar. ¿Nos habíamos besado? No lo creía. Pero la forma en que me miraba ahora me hacía dudar.

"Señorita Johnson", me interrumpió uno de los abogados, devolviéndome a la realidad. Me di cuenta de que había estado sosteniendo el bolígrafo en el aire, flotando sobre el contrato durante demasiado tiempo.

"Vale", murmuré, aclarándome la garganta. Firmé donde me indicaban, tratando de mantener la mano firme. A mi lado, Beckett también estaba firmando, sus manos grandes y fuertes se movían sin esfuerzo por las páginas. Sentía su presencia a mi lado, su calor, y me resultaba imposible concentrarme.

Me removí en el asiento y sentí calor. Sin pensarlo, me quité el jersey y me quedé con un sencillo top de cuello redondo. Dejé caer el jersey sobre el respaldo de la silla e intenté concentrarme en la jerga jurídica, pero sentí los ojos de Beckett clavados en mí durante una fracción de segundo más de lo necesario.

Mientras los papeles se barajaban y pasaban entre nosotros, volví a mirarle. El hoyuelo de su mejilla se hizo más profundo cuando sonrió por algo que dijo uno de los abogados, y casi me dejó sin aliento. ¿Cómo podía alguien estar tan devastadoramente guapo mientras discutía algo tan aburrido como un contrato de negocios? Parecía casi surrealista, sentada aquí, fingiendo que todo esto era sólo profesional, cuando en el fondo había una atracción entre nosotros. Una química demasiado fuerte para ignorarla.

Los abogados no paraban de explicar los detalles del acuerdo. Algo sobre un acuerdo de confidencialidad, algo sobre llevar el anillo de compromiso en público. Todo se confundió cuando la pierna de Beckett rozó la mía bajo la mesa, provocándome una onda expansiva. ¿Fue intencionado? Se me sonrojó la cara e intenté concentrarme de nuevo en los papeles, pero la tensión en el aire era densa y crepitaba con una atracción tácita.

"¿Entiendes todo lo que dice el contrato?" Preguntó uno de los abogados.

"Um, tengo que llevar el anillo en todo momento, y no puedo decirle a nadie la verdadera naturaleza del acuerdo", resumí. Todo era muy serio, pero, de nuevo, técnicamente se trataba de un acuerdo comercial y nada más.

"Correcto", asintió el abogado. "La boda está fijada para finales de mes. Y se espera que actúes dentro de tu capacidad como prometida de Beckett y luego esposa".

Mis ojos se abrieron de par en par.

"Lo que quiere decir es que asistirás a los eventos conmigo", me aseguró Beckett, pero sus ojos volvieron a brillar con picardía. O sabía que mi mente estaba en la cuneta, o la suya también.

"Por supuesto", dije, fingiendo que siempre lo había sabido.

"Creo que eso es todo", dijo otro de los abogados, cerrando su carpeta con una firmeza que hizo que la sala se quedara en silencio.

Firmé el último papel, y la voz de Beckett rompió el silencio. "Bueno, ahora que eso está

resuelto..."

Los abogados aprovecharon la ocasión para marcharse. Salieron arrastrando los pies y nos dejaron solos en el amplio despacho. El silencio entre nosotros se hizo más denso y sentí cómo se me calentaban las mejillas al ponerme de pie.

"¿Pasó algo... anoche?" Pregunté.

"¿Además de comprometernos?" Se rió entre dientes.

"Sí, ¿quizás el tequila me hizo decir algo que no debía, o... hacer algo?"

"Creo que eso depende de lo que creas que debes o no debes hacer..." Beckett estaba claramente disfrutando. "Pero no, no hiciste nada que yo clasificaría como vergonzoso. Sólo hablamos un poco después del compromiso y nos fuimos a casa".

"Ah", así que no había pasado nada entre nosotros. No estaba segura de si eso me alegraba o no. Por un lado, me había prometido a mí misma mantenerme alejada de cualquier relación romántica. Pero por otro... Bueno, una sola mirada a Beckett bastaba para que cualquiera entendiera por qué podría haber querido que pasara algo entre nosotros.

Ahora estaba cerca y la habitación parecía más pequeña, más íntima. La forma en que me miraba, como si compartiéramos un secreto, que... quizá era cierto, me produjo un escalofrío.

"Bueno", dije, tratando de ignorar la creciente tensión entre nosotros, "la próxima vez, tomaré sólo agua".

"¿La próxima vez?" Enarcó una ceja y su sonrisa se ensanchó un poco. Otra vez aquel hoyuelo, y odié lo mucho que lo había notado.

Me aclaré la garganta, obligándome a mantener la profesionalidad. "Sí, la próxima vez. Si este compromiso nuestro no me mata primero".

Se rió y retrocedió un poco, pero la tensión entre nosotros no se disipó. Seguía ahí, zumbando bajo la superficie. "Sobrevivirás, Gabby. Te lo prometo".

"Te tomo la palabra", le dije, manteniéndole la mirada.

Se aclaró la garganta.

"Nuestra primera prueba es la semana que viene", dijo. "Tengo que asistir a una gala benéfica, y lo más apropiado es que me acompañe mi nueva prometida".

"¡Oh! Nunca he estado en una gala", comenté, con los nervios revoloteando incómodamente en mi estómago. Esto se estaba volviendo más y más real a cada segundo.

"Normalmente son bastante aburridas y estiradas", admitió. "Pero quizá con buena compañía, la disfrute más".

Antes de que pudiera responder al cumplido, sonó su teléfono. Beckett miró la pantalla y su expresión cambió ligeramente, aún juguetona pero más concentrada.

"Bueno, parece que ya estamos en los titulares", dijo, desplazándose por sus notificaciones.

Se me cayó el estómago. "¿Qué quieres decir?"

Levantó su teléfono y me enseñó la pantalla. Efectivamente, ahí estaba: una foto mía en el metro, con mi anillo de compromiso en primer plano. El pie de foto decía: ¿La misteriosa prometida de Beckett Sullivan?

Gruñí, enterrando la cara entre las manos. "Hubo una chica que preguntó por mi anillo, accidentalmente se me escapó que tú me lo habías dado... me hizo una foto en el metro. No pensé..."

"En algún momento iba a ocurrir", dijo Beckett, restándole importancia. "Esto lo hace... orgánico".

Estaba tan acostumbrada a que Oscar estallara contra mí por cualquier nimiedad que la respuesta de Beckett fue un sorprendente soplo de aire fresco.

Le miré a través de los dedos. "¿Orgánico? Es una buena forma de decirlo".

Se rió. "La prensa lo creerá. Ahora tenemos que darles una buena historia".

"¿Una historia?"

"Sobre cómo nos conocimos", aclaró. "Relaciones Públicas me está pidiendo un comunicado de prensa. Necesitamos una historia sólida, que suene creíble".

La historia real no me parecía creíble, y era yo quien la estaba viviendo. Era difícil seguir el ritmo de los acontecimientos surrealistas. Un compromiso falso, un anillo muy real, abogados y acuerdos de confidencialidad, ¿y ahora esto? Había caído en lo más profundo y era hora de hundirse o nadar.

Capítulo 9

Beckett

Sentado en mi despacho, mirando fijamente el borrador en blanco del correo electrónico que tenía delante, solté un leve suspiro. Elaborar una historia falsa sobre cómo nos conocimos Gabby y yo no era precisamente mi idea de una tarde productiva. Relaciones Públicas necesitaba una versión de los hechos que me hiciera parecer menos un tipo al que todos los principales medios de entretenimiento del país habían llamado recientemente rompecorazones y más un tipo que estaba locamente enamorado.

Escribí una sola frase y luego me detuve, mirando fijamente el cursor parpadeante.

"No tienes que inventarte nada", bromeó Gabby desde el otro lado de la mesa. La miré, sentada allí despreocupadamente, como si no fuera a ayudarme a llevar a cabo uno de los mayores engaños de mi vida. "Podemos decir la verdad: usa la historia de cuando viniste a *La Taberna de Murphy* la semana pasada. Es suficiente, ¿verdad?"

"¿Qué opinas si mencionamos a Grant y Molly?" Pregunté, aunque no me agradaba la idea de atribuir públicamente a mi hermano mayor la búsqueda de mi "esposa".

"Acabo de tener una ruptura muy pública", hizo una mueca. "No quiero que la gente me acuse también de ser infiel".

"Entiendo", dije asintiendo con la cabeza. Ninguno de los dos necesitaba ya mala prensa.

"Sí", dijo, sin mirarme a los ojos.

Pero había un problema con su sugerencia.

La miré secamente. "¿Así que sólo nos conocíamos de una semana antes de que te propusiera matrimonio? Sí, eso realmente venderá a la prensa".

Se rió, con un sonido ligero y juguetón. "Oye, con una mujer como yo, una semana es tiempo más que suficiente para que te des cuenta de que estás locamente enamorado".

No estaba siendo arrogante. Lo dijo como si la idea de que alguien se enamorara de ella fuera una broma. Yo no creía en el amor a primera vista, pero ella se estaba vendiendo mal. Pero no podía decírselo.

Sonreí con satisfacción, reclinándome en la silla. "¿Ah, sí?"

"Por supuesto", se revolvió el pelo con fingido orgullo. "Los hombres se enamoran de mí al instante".

"Bueno, en una cosa tienes razón", me incliné hacia delante, bajando la voz mientras bromeaba: "Me enamoré al instante, cuando te vi detrás de la barra con esa camisa gigante y sin pantalones".

Se sonrojó y soltó una risita, tapándose la boca con la mano. Se había convertido en una broma que no podía dejar pasar. No cuando había aparecido en mis fantasías con tanta frecuencia.

"Vale, vale, pero en serio", se recompuso, aún sonriendo, "la historia en *La Taberna de Murphy* no es tan mala. Nos habíamos visto antes, pero nunca habíamos hablado hasta que viniste a tomar un trago y conectamos. Saltaron chispas, los corazones se aceleraron..."

"Claro", añadí, tecleando mientras hablaba. "Te vi y supe inmediatamente que eras la elegida. Fue amor a primera vista".

Incluso conseguí decirlo sin atragantarme.

"Exacto", asintió ella, sonriendo de lo absurdo que estábamos haciendo esto. "La verdad mezclada con un poco de ficción... funciona. Además, seremos tan buenos contando esta historia

que parecerá real".

"Fui bastante encantador, por supuesto", dije, con la historia desarrollándose en mi mente. "Te enamoré inmediatamente".

"¿Cómo iba a resistirme? Cuando entraste en el bar con tu elegante traje y esa actitud tan suave", soltó una risita. "Acabamos hablando toda la noche".

"Hicimos algo más que hablar, si no recuerdo mal", dije, preguntándome si estaba forzando demasiado los límites. Me estaba acercando peligrosamente a una de mis fantasías pajilleras.

"¿Cómo sabes que soy ese tipo de chica?" Preguntó, lanzándome una mirada de reproche.

"Una semana para comprometernos significa que nos movimos rápido", le recordé. "No es que el comunicado de prensa insinúe nada sexual".

"Y aun así, lo mencionaste", replicó ella, con sus ojos azules brillando divertidos.

"Sólo me estoy metiendo en el personaje", le lancé una mirada inocente. No se lo creyó.

"Ajá", negó con la cabeza. "Y no olvidemos lo romántico que fuiste. Al día siguiente entregaste una docena de rosas en mi puerta y una caja entera de pasteles franceses".

"Sí, ese es mi estilo", me reí por lo absurdo. "Me enamoré de ti. No podía sacarte de mi cabeza".

"Habría sido patético... Si no me hubiera enamorado tan profundamente", dijo con un suspiro exagerado y lleno de amor. "Pasábamos todos los días juntos, conociéndonos a un nivel profundo".

"Sí, nos estábamos conociendo bien", dije, imaginando un festival sexual de una semana.

"Intercambiamos nuestros secretos más profundos", continuó, ignorando mis intentos de llevar la conversación a los bajos fondos.

"Enredados en las sábanas", añadí.

"Mirándonos a los ojos, a nuestras almas".

"Conociendo nuestras partes más... íntimas..."

"Enamorándonos más y más con cada minuto que pasa".

Estaba disfrutando demasiado. Había algo en la forma en que rebotábamos el uno en el otro: juguetones, ligeros, pero con ese trasfondo de atracción que flotaba en el aire. Era fácil, demasiado fácil.

Aparté la vista del ordenador sólo para encontrarla mirándome, con sus ojos azules brillantes y curiosos. Un calor desconocido se instaló en mi pecho.

"Creo que lo tenemos", dije, volviendo al ordenador y tecleando la verdad cargada de ficción.

"Entonces..." Se reclinó en su silla, estirando los brazos por encima de su cabeza antes de dejarlos caer sobre su regazo. "¿Cómo me preparo para nuestra primera salida pública? ¿Necesito practicar para ser la prometida perfecta?"

Me encogí de hombros, incapaz de contener el tono burlón de mi voz. "No es para tanto. Sólo ponte un vestido sencillo, sonríe cuando sea necesario y luce... apropiada".

Enarcó una ceja. "Apropiada, ¿eh? Supongo que no tengo nada lo bastante bonito para eso".

Era la primera vez que aludía a la disparidad entre nuestros mundos, con un tono más autodespectivo de lo que me gustaba. Fruncí el ceño. "Estoy seguro de que te las arreglarás".

"Claro, si por 'arreglártelas' te refieres a asaltar mi armario y esperar encontrar algo decente", forzó una risa, pero había un destello de algo vulnerable bajo la broma.

Antes de que pudiera responder, mi teléfono zumbó sobre el escritorio. Miré el texto de la pantalla.

Papá: urgente, llámame.

Me quedé mirando la pantalla, con una oleada de tensión subiendo por mi espina dorsal. Cuando

Slater Sullivan decía que algo era urgente, no era de los que exageraban. Admiraba al hombre -después de todo, había construido este imperio-, pero su sentido del tiempo era una absoluta mierda.

"Tengo que ocuparme de esto", dije, con tono cortante. Ya estaba distraído por la urgencia del texto. "Deberías irte. Yo me encargo del resto".

Su expresión cambió, la alegría se desvaneció cuando mis palabras calaron hondo. Se levantó despacio, cogió su bolso y se lo echó al hombro.

"Claro. Por supuesto", hizo una pausa, mirándome con una pizca de dolor en los ojos. "Ahora sólo soy una empleada, ¿no? Sólo estoy aquí por negocios".

Algo en la forma en que lo dijo me molestó, pero no tuve tiempo de desentrañarlo. "Eso no es lo que quise decir".

"Está bien", murmuró, más para sí misma que para mí, mientras recogía sus cosas. "Está bien. No estoy buscando una relación de todos modos, debemos mantener las cosas profesionales. Sólo... hago mi trabajo".

No supe qué decir a eso. Mi teléfono volvió a sonar. Lo miré fijamente, dividido entre la conversación con Gabby y la urgencia del mensaje de mi padre. "Te llamaré para hablar sobre el evento benéfico", dije, intentando cerrar la conversación.

Me dedicó una sonrisa tensa y asintió. "Por supuesto. Lo que necesites".

Salió de la oficina y vi a través de las ventanas de cristal cómo charlaba con Pauline, mi recepcionista. Se reían como viejas amigas. Gabby tenía ese efecto: podía caerle bien a cualquiera, incluso a mí. Me obligué a apartar la mirada, recordándome que sólo eran negocios. No podía permitir que se convirtiera en otra cosa.

Pulsé el botón de llamada de mi teléfono y mi padre contestó al segundo timbrazo.

"Papá, ¿qué pasa? Estaba en una reunión".

"Se trata de Sullivan Resorts en la República Dominicana", dijo sin preámbulos. "Nos están inundando con críticas negativas. Las reservas están cayendo en picado".

"¿Críticas negativas? ¿De dónde?"

"En todas partes. Yelp, TripAdvisor, las redes sociales. Es una pesadilla de relaciones públicas. Y creo que es deliberado".

Me pasé una mano por el pelo, sintiendo ya el dolor de cabeza. "¿Deliberado?"

"Ha habido un descenso constante en las últimas semanas, pero este fin de semana es una avalancha de quejas. Alguien nos tiene en el punto de mira, Beckett. Esto no es sólo un mal servicio o clientes insatisfechos".

"Lo investigaré".

"Harás más que eso", espetó. "Te quiero en un avión hacia la República Dominicana lo antes posible. Llega al fondo de esto antes de que destruya la marca".

Mientras mi padre hablaba, yo miraba por la ventana y mi mente volvía a Gabby. Seguía de pie junto al ascensor, charlando. Su presencia despreocupada contrastaba con el desastre que me esperaba.

Entonces caí en la cuenta: no le había contado a papá lo del compromiso. Dudé, preguntándome si debía hacerlo. Pronto se enteraría, así que mejor ahora que después.

"Papá, hay algo más", le dije.

"¿Qué?"

"Estoy comprometido".

Silencio.

"¿Estás qué?"

"Comprometido", repetí, esperando su reacción.

"¿Cuándo demonios ocurrió eso? ¿Y por qué no lo sabía?"

"Recientemente. Y ahora lo sabes".

"Esto no es algo que dejes caer casualmente, Beckett. Quiero conocerla".

Me froté las sienes. "Podemos acordarlo antes de que me vaya a la República Dominicana".

"Bien. Pero no creas que esto te libra de lidiar con el resort. Tienes que averiguar qué está pasando allí".

"Yo me encargo", dije, con la voz tensa. "Y llevaré a Gabby conmigo".

"Más vale que no sea una distracción", advirtió, sonando más a mi jefe que a mi padre. Aunque, con él, era lo mismo.

"No lo será", le aseguré, pero no estaba seguro al cien por cien.

Colgamos y miré por la ventana. Gabby seguía allí, a punto de entrar en el ascensor. Me di cuenta de que se había dejado el jersey en una de las sillas.

"¡Espera!" Grité, cogiendo el jersey y dirigiéndome a la puerta.

Se giró justo cuando se abrían las puertas del ascensor. "Olvidaste esto".

"Gracias", dijo en voz baja mientras se ponía el jersey por encima de la cabeza. Al hacerlo, me fijé en una larga cicatriz que le cruzaba el pecho, justo por debajo de la clavícula, desapareciendo en el hombro. En la penumbra del bar, no me había fijado en ella. Me vio y se aclaró la garganta.

"Accidente de esquí", explicó, apretándose más el jersey para ocultarla. "Hace diez años. Me perforé un pulmón. Tuve que pasar mucho tiempo en el hospital".

El frío me invadió como una avalancha. Durante una fracción de segundo, me vino a la memoria un accidente de esquí que yo había provocado. También diez años atrás. Una mujer con la que había chocado en las pistas. Llevaba casco y gafas, y nunca le vi la cara.

¿Podría haber sido Gabby?

El ascensor sonó y ella entró, mirándome por última vez antes de que se cerraran las puertas. Me quedé de pie, atónito por un momento, antes de sacudir la cabeza. Las posibilidades eran muy escasas. Incluso ridículas. La coincidencia era excesiva. La gente se accidentaba esquiando todo el tiempo. Y la mujer con la que había chocado se había ido esquiando. Ella no pudo haber hecho eso con un pulmón perforado.

Aun así, no podía deshacerme de la sensación de temor.

Volví a mi despacho, me senté y me quedé mirando el correo electrónico en mi pantalla. Nuestra historia de amor. Después de un momento, pulsé enviar.

Capítulo 10

Gabby

No tenía ni idea de lo que estaba haciendo. Tenía el brazo entrelazado con el de Beckett e intentaba mantener el equilibrio con los tacones que él había insistido en que llevara. No es que fueran incómodos, es que... estaban fuera de mi alcance habitual. Como todo lo de esta noche, en realidad.

El *Donovan Place* se alzaba ante mí, lleno de relucientes lámparas de araña y elegantes suelos de mármol, el tipo de lugar que sólo había visto en las películas. Y ahora, aquí estaba yo, entrando en el salón de baile de uno de los locales más elegantes de Boston, con un vestido que probablemente costaba más que un mes de alquiler en mi piso. Había sido un día surrealista cuando Beckett envió a mi casa una entrega de vestidos de diseño, como una especie de Papá Noel de la alta costura. Me pasé horas probándomelos todos, girando frente al espejo, riéndome de lo exagerado que me parecía todo.

Ahora, en medio de los fotógrafos, no parecía Navidad. Era como entrar en otro mundo. El vestido me envolvía como una segunda piel, liso y lujoso, con un tejido suave que me cubría los hombros y me rozaba ligeramente la clavícula, donde se escondía la cicatriz. No era el tipo de vestido que Gabby, la camarera de un bar, debería llevar. Era de un azul zafiro profundo, el tipo de color intenso que hacía que mis ojos resaltaran. El escote era elegante pero modesto, un suave escote redondo que insinuaba curvas sin revelar demasiado. La mayoría de los vestidos que Beckett me había enviado eran mucho más reveladores.

"¿Van a venir tus hermanos?" Pregunté en voz baja, esperando que no se me notaran los nervios.

Beckett me dedicó una sonrisa tranquilizadora. "Todos ellos, excepto Quinton. Está de viaje, como siempre. Mis padres también asistirán", me miró y bajó la voz. "Recuerda que a quien tienes que convencer de verdad es a mi padre. Tiene que creer que esto es auténtico; él controla si recibo mi herencia. De lo contrario, todo esto será en vano".

Me dio un vuelco el corazón. Había oído hablar lo suficiente de Slater Sullivan como para saber que no era alguien con quien quisiera llevarme mal. "¿Y si soy terrible en esto? No soy exactamente una actriz".

Beckett me apretó la mano, con voz baja y tranquila. "Lo estás haciendo bien. Relájate".

Como si pudiera relajarme con todos los ojos puestos en nosotros. Los flashes de los fotógrafos eran constantes, estallidos de luz blanca que danzaban sobre mi vista.

"¡Beckett! Por aquí", gritó uno de los periodistas, acercándose. "¡Danos una foto de ti besando a la futura novia!"

Oh, Dios.

Me quedé helada. Esto no formaba parte del plan, ¿verdad? Nunca había besado a nadie en público, no para exhibirme, y menos con cien cámaras apuntándome.

Antes de que pudiera decir nada, Beckett me sonrió, con ese brillo travieso en los ojos. "Supongo que tenemos que darle a la prensa lo que quiere".

Y sin más, su brazo se deslizó alrededor de mi cintura y me inclinó hacia atrás. La habitación giró un segundo y entonces sus labios se posaron en los míos, cálidos y seguros. No fue el ligero beso que esperaba. Su beso fue lento y profundo, y me produjo un calor vertiginoso que hizo que me flaquearan las rodillas. Me aferré a él, perdida en su sabor, en la forma en que sus labios se movían contra los míos como si ya lo hubiéramos hecho mil veces.

Cuando se retiró, me quedé sin aliento. La multitud que nos rodeaba estalló en aplausos y silbidos. Beckett sonrió con una sonrisa de suficiencia imposible.

"¿Ves?" Me susurró al oído. "Te dije que no sería tan difícil actuar".

Parpadeé, intentando recuperar el aliento. Si eso era actuar, acababa de ganar un Oscar. Pero no

podía negar el calor del beso en mi pecho. Tenía razón, no había sido nada difícil. Quizá demasiado fácil.

Entramos en el salón de baile, donde circulaban bandejas con champán y pequeños aperitivos de lujo. Tomé una copa de champán y las burbujas estallaron cuando me la llevé a los labios. El sabor era fresco, más dulce que el de cualquier burbujeante que hubiera probado antes.

"Permíteme presentarte a mis hermanos", dijo Beckett, dirigiéndome hacia un grupo de hombres que parecían haber salido directamente de las páginas de GQ. Todos eran altos y guapos, y todos me miraban con la misma curiosidad.

"Gabby, ya conoces a Grant. Y ellos son Jonas y Porter".

Me saludaron cordialmente, me estrecharon la mano y le dedicaron a Beckett esa sonrisa burlona y fraternal mientras me evaluaban. Me sentía un poco fuera de lugar, pero fueron muy amables.

"¿Ha venido Molly contigo esta noche?" Le pregunté a Grant, esperando tener una aliada. Ella tenía más práctica que yo, yendo a eventos con Grant. Pero venía del mismo tipo de fondo, y éramos amigas. No nos habíamos visto mucho últimamente, debido a su boda y su luna de miel.

"No ha podido venir", respondió con un brillo de preocupación en los ojos. "Está en el segundo trimestre y no ha sido fácil para ella. Insistió en que viniera, y mi padre también".

"Siento oír eso", dije, compadeciéndome de Molly. Estaba embarazada de gemelos, y sólo podía imaginar lo que debía ser. "Por favor, envíale mi amor".

"Lo haré", dijo Grant asintiendo con la cabeza. "¿Qué te parece el evento?"

"Oh, es..." Hice una pausa, echando un vistazo a las arañas ornamentadas de arriba. "No se parece a nada en lo que haya estado antes".

Jonas se rió entre dientes. "Ya lo creo. No es exactamente una noche de sábado normal, ¿eh?"

Sonreí. "Para nada. Mira estos aperitivos. ¿Quién iba a decir que la comida podía ser tan elegante? ¿Qué es esto?" Levanté un pequeño bocado que parecía más arte que comida.

Porter se inclinó hacia él, sonriendo. "Eso es foie gras. Un nombre elegante para el hígado de

pato".

Parpadeé, casi dejándolo caer. "¿Hígado de pato?"

Todos se rieron y, a pesar de que yo no tenía ni idea, parecían encantados.

"Beckett, eres muy afortunado", dijo Grant, dándole una palmada en la espalda a su hermano. "Es una buena chica".

Beckett me miró de reojo, con una sonrisa un poco más suave, menos burlona.

Mientras charlábamos, la conversación se centró en Quinton, el hermano menor. Al parecer, no sólo se había embarcado en una aventura, sino que era completamente inalcanzable.

"Si no nos casamos todos antes de fin de año", explicó Porter, mientras daba vueltas a su champán, "lo perdemos todo. Ese es el trato".

Fruncí el ceño. "Espera, ¿todos tienen que estar casados? ¿A finales de este año?"

Grant asintió, con una sonrisa irónica en los labios. "Cláusula de herencia familiar. Si uno de nosotros no cumple el plazo, los demás también estamos fuera".

Me quedé mirándoles, con los ojos muy abiertos. "¿Qué pasa si no pueden encontrar a Quinton?"

"Lo encontraremos", dijo Jonas, aunque había un deje de preocupación en su voz. "Tenemos que hacerlo".

Escuché cómo hablaban de aviones privados, lugares exóticos y planes para encontrar a su hermano. Era un nivel de riqueza y poder que ni siquiera podía imaginarme, pero ellos hablaban de ello como si no fuera gran cosa.

Mientras tanto, no podía dejar de pensar en ese beso. Y en el hecho de que el padre de Beckett estaba en algún lugar de esta habitación, mirándonos.

Una hora después de comenzar el evento, el *Donovan Place* estaba lleno de risas y charlas, pero mi mirada se desviaba hacia una parte del recinto que estaba acordonada, con una pesada cortina de terciopelo que bloqueaba la vista. Me incliné un poco más hacia Beckett, intentando ver mejor sin ser demasiado evidente.

Beckett soltó una risita, con los ojos brillantes de picardía. "Tienes curiosidad por saber qué hay ahí detrás, ¿verdad?"

"Tal vez", admití, mirándole. "Veo un bonito revestimiento y quiero saber qué hay debajo. ¿No conoces esa sensación? ¿El deseo de asomarse detrás de las puertas cerradas, de descubrir lo que está oculto a la mirada pública?"

Mientras hablaba, mi mirada se desvió hacia el traje de Beckett.

Hablando de bonitos revestimientos.

"Creo que me identifico", dijo, pero sus ojos estaban fijos en mí. "Hay algo en los envoltorios bonitos que me hace querer rasgarlos para abrirlos".

"Sin duda", dije, con un aleteo de excitación recorriéndome. "¿Y si es algo increíble?"

Beckett se inclinó más cerca, su voz baja y burlona. "Bueno, ¿qué tal si lo averiguamos?"

Sin esperar respuesta, me cogió de la mano y me condujo hacia la sección cerrada del lugar. Se me aceleró el corazón ante la emoción de colarme en lo desconocido. Nos dirigimos hacia un guardia de seguridad, que enarcó una ceja mientras nos acercábamos.

"¿Podrías darnos unos minutos a solas? Haré que merezca la pena", Beckett le deslizó un grueso fajo de billetes, y no pude evitar maravillarme ante la despreocupación con que lo hizo, como si fuera un día más en su mundo.

El guardia se hizo a un lado con una sonrisa y Beckett me arrastró a través de la cortina hasta un pequeño pasillo que conducía a un impresionante jardín. Parecía un mundo aparte del ostentoso evento del que acabábamos de salir. El aire nocturno era más fresco, perfumado con flores y lleno del suave susurro de las hojas en la brisa. Me quedé boquiabierta al ver las luces parpadeantes colgadas de los árboles, que proyectaban un resplandor mágico sobre todo.

"Guau", expresé, completamente encantada. "Esto es hermoso".

"Me alegro de que te guste", dijo, acercándose. "¿Quién habría imaginado que esto estaba aquí atrás?"

El horizonte de la ciudad se divisaba más allá de los árboles y el aroma del jazmín permanecía en el aire. Era precioso. Y allí estaba Beckett, tan cerca que podía sentir el calor de su cuerpo junto a mí. Le miré, con el corazón todavía acelerado por todo lo que había pasado antes.

"Lo hicimos", dije, rompiendo el silencio. "Sobrevivimos a nuestro primer beso delante de las cámaras".

Sonrió con satisfacción, levantando la comisura de los labios de esa forma chulesca y casi perezosa que tenía. "Lo hicimos. Aunque creo que podría haber sido mejor".

Enarqué una ceja, ladeando la cabeza. "¿Mejor? ¿Quieres decir que toda esa pasión pública no fue suficiente para ti?"

Soltó una suave carcajada, se acercó y sus ojos se clavaron en los míos.

"Estuvo bien", dijo, con voz grave, "pero quizá necesitemos más práctica. Ya sabes, para perfeccionarlo de verdad".

No pude evitar la sonrisa que se dibujó en mi cara. "Más práctica, ¿eh? ¿Esa es tu solución?"

"Oye, no soy nada si no me dedico a mi oficio".

Estábamos a centímetros de distancia, y las bromas burlonas dieron paso a algo más pesado, algo más... intenso. Se me aceleró el pulso cuando su mirada se posó en mis labios, y entonces oí su voz, un susurro que me produjo un escalofrío.

"¿Quieres que te enseñe cómo se hace?"

Su aliento era cálido en mi piel, estaba tan cerca que sólo tenía que inclinarme hacia él y volvería a sentir sus labios sobre los míos. El corazón me martilleaba en el pecho y tragué saliva, con la voz apenas más que un murmullo.

"Quiero que me beses otra vez".

Por un momento, pensé que lo haría. Él estaba justo ahí. Pero entonces se echó hacia atrás, sólo una fracción, sus ojos brillando con la misma diversión arrogante. "Paciencia, Gabby".

Solté una carcajada suave y exasperada. "¿De verdad? ¿Me vas a hacer esperar ahora?"

Se encogió de hombros, con una sonrisa de oreja a oreja. "La anticipación es la mitad de la diversión. Además, no hay que precipitarse en algo así".

No se equivocaba, pero aun así. La forma en que me miraba, cómo bajaba la voz al hablar... me estaba volviendo loca, y él lo sabía.

Me crucé de brazos, fingiendo fastidio. "Bien, pero no me culpes si nuestros futuros besos son mediocres".

"Oh, no lo haré", dijo, dando un paso atrás pero sólo lo suficiente para darme un respiro. "Pero hablando de prisas... tenemos que hablar sobre nuestro viaje a la República Dominicana".

Mi mente tardó un momento en ponerse al día. Bien. El viaje.

"¿Cuándo nos vamos?" Pregunté, haciendo todo lo posible por concentrarme, aunque sólo podía pensar en la forma en que sus manos se habían sentido en mi cintura antes, tirando de mí para ese primer beso.

"En dos días", dijo, su tono cambió ligeramente, volviendo a los negocios. "Estaremos allí al menos unos días, quizá más. El tiempo que haga falta para revisar los complejos y arreglar este lío de relaciones públicas".

La mención de las relaciones públicas me devolvió a la realidad. "El álbum de Courtney no ha ayudado, ¿verdad?"

Su rostro se endureció, y había arrepentimiento allí, algo más complicado que pesaba sobre él. "No. No lo ha hecho. Le hice daño, Gabby. Debí haber terminado antes de que se encariñara tanto. No quería causarle tanto dolor. Y ahora está este gran lío público. Odio pensar que mis acciones no sólo la perjudicaron a ella, sino también al negocio".

Quería acercarme a él, cogerle la mano y hacerle sentir mejor. Pero me guardé las manos.

"Lo entiendo, a mi manera", dije en voz baja. "En Internet sigue circulando ese estúpido vídeo de la ruptura. Ayer, un tipo entró en el bar y me molestó por ello. Scott tuvo que echarlo. Pero acabó con el ambiente del resto de la noche. No podía dejar de disculparme con Billy por cómo mi lío está afectando a su negocio. Fue amable al respecto, pero... Sí, entiendo la culpa".

Sus ojos se ablandaron y, por un momento, nos quedamos allí de pie, sintiéndonos comprendidos. Ambos habíamos pasado por algo. Ambos intentábamos ser algo que no éramos.

"Razón de más para seguir soltero", dijo, con la voz más áspera que antes, como si se lo estuviera recordando a sí mismo tanto como a mí.

"Es mucho más seguro así", susurré, pero incluso mientras lo decía no estaba segura de creerlo.

El silencio se extendió entre nosotros, cargado de cosas sin decir. Y entonces, justo cuando creía que el momento pasaría, volvió a acercarse y sus dedos rozaron mi brazo, haciéndome saltar chispas por la piel.

"Entonces", murmuró, inclinándose lo suficiente para que sus labios se cernieran sobre los míos, "¿qué tal ese beso de práctica?"

Apenas tuve tiempo de responder antes de que su boca se posara en la mía, suave pero firme, como si estuviera saboreando cada segundo. Mi corazón se aceleró, mi cuerpo reaccionó antes de que mi cerebro pudiera ponerse al día. El beso se hizo más profundo, su mano se deslizó hasta acariciarme el cuello y, por un momento, el mundo que nos rodeaba desapareció. Ahora sólo estaba él: su calor, su fuerza, la forma en que me besaba, como si lo hubiera estado esperando.

Cuando por fin nos separamos, me quedé sin aliento, la mente me daba vueltas en una bruma de deseo. Beckett me miró y sus labios se curvaron en aquella sonrisa enloquecedora.

"¿Ves?" Dijo, con voz grave. "La práctica hace al maestro".

Me reí suavemente, aún intentando recuperar el aliento. "Definitivamente mejor que el primero".

Y eso ya era mucho decir.

No contestó, sólo me cogió de la mano y me llevó hacia el salón de baile, con sus dedos entrelazados con los míos. Le seguí, con la mente aún en vilo por el beso y por lo que me había hecho sentir.

Se suponía que todo esto era falso. ¿Pero ahora mismo? Se sentía muy real.

Capítulo 11

Beckett

"Bienvenida a Sullivan Resorts", dije mientras Gabby y yo subíamos las escaleras hasta el vestíbulo. Enclavado en lo alto de Playa Grande, en la costa norte de la República Dominicana, el complejo atendía a ricos y famosos y ofrecía un retiro idílico. Al menos, eso decían los folletos. Era difícil conectar con la belleza del lugar cuando tenía tantas cosas en la cabeza. Los días transcurridos desde la gala benéfica habían estado repletos de reuniones. Mi padre estaba agitado por las malas críticas y el declive del negocio.

"Beckett, este lugar es..." Gabby parecía quedarse sin palabras, con los ojos muy abiertos mientras miraba a su alrededor. El edificio principal, junto con las habitaciones, había sido diseñado por uno de los mejores equipos que el dinero podía comprar. Habían creado un equilibrio entre lujo y naturaleza que era un gran atractivo. Pero para mí, el principal atractivo era la playa.

Desde el vestíbulo, me llamaba la vista del Atlántico. Debajo de nosotros, las olas rompían contra la arena dorada, una invitación a relajarse que ansiaba aceptar.

Yo quería eso. Más que nada. Sentir el frescor del océano en mi piel, nadar en esas aguas turquesas, y... bueno, ver a Gabby en bikini tampoco sería precisamente una dificultad. Desde que había mencionado aquel viaje a Florida, donde casi había perdido la parte de arriba del bikini, había estado repitiendo esa imagen en mi mente. Y ahora, estaba casi al alcance de la mano. Pero primero, tenía que ocuparme de los negocios.

"Podemos explorar el lugar más tarde", prometí a Gabby y a mí. "Necesito hablar con el director primero".

Asintió con la cabeza, prestando más atención a lo que nos rodeaba que a mí.

Cuando nos acercamos a la recepción, Gabby no ocultó su asombro. Se quedó mirando los techos abovedados, enmarcados por vigas de madera local, y los ventanales que dejaban entrar el océano.

"Dios, qué olor", exclamó. "No hay nada como el aire del mar. ¡Y esas flores!"

El complejo estaba rodeado de naturaleza, y ésta se había integrado cuidadosamente en el terreno. Las flores tropicales crecían en abundancia, endulzando el aire salado del mar con un perfume natural.

Soplaba una ligera brisa que traía el sonido de olas lejanas y el parloteo del personal atendiendo a otros huéspedes. No sirvió de mucho para refrescarme. Me ajusté el cuello del traje, aún atrapado en él tras la reunión de última hora con mi padre y el personal del complejo antes de partir. El calor era sofocante. Estaba deseando ponerme el bañador, olvidarme del trabajo durante unas horas y pasar el día nadando con Gabby. Ya podía imaginarme su sonrisa mientras me chapoteaba en el agua, el sonido de su risa mezclándose con el susurro del océano. Pero antes tenía que ocuparme de unos asuntos.

Siempre negocios.

"Este lugar es irreal", dijo Gabby suavemente a mi lado, su voz me sacó de mis pensamientos. Miraba a su alrededor, contemplando las vistas con los ojos muy abiertos. Pero era ella, más que las vistas, lo que me atraía. La forma en que su vestido de verano se ceñía a ella en todos los lugares adecuados, cómo la brisa atrapaba su pelo, enviando suaves ondas doradas sobre sus hombros. Estaba preciosa, impresionante. Y ni siquiera tuvo que esforzarse.

"¿Te gusta?" Pregunté, mi voz traicionando lo mucho que quería su aprobación.

Su sonrisa iluminaba toda su cara, esa sonrisa fácil y desprevenida que yo empezaba a ansiar. "Es increíble, Beckett. Como una postal hecha realidad".

El leve aroma de su champú, algo fresco y cítrico, se mezclaba con el aire salado. Había algo en estar aquí con ella, en este trozo de paraíso, que hacía que todo pareciera... más ligero. Mejor. La

había traído para distraerme del trabajo, pero ella era algo más. Algo que no podía precisar, pero que estaba ahí, esa atracción entre nosotros que parecía ser más fuerte cada día.

"Históricamente, éste era el centro turístico que generaba más ingresos", dije, intentando centrarme en la razón por la que estábamos aquí. "Pero últimamente, las críticas se han disparado. Las reservas han bajado, los ingresos han bajado... no es bueno".

La vi mirar a su alrededor como si intentara imaginar cómo un lugar tan bonito podía recibir una mala crítica. Y honestamente, yo me preguntaba lo mismo. Pero si Courtney estaba involucrada, eso lo explicaría.

"Señor Sullivan", me saludó Juan, el director del complejo, con un tenso movimiento de cabeza. "Y usted debe ser la futura Sra. Sullivan".

Era un hombre alto, por lo general despreocupado. Un lugareño que llevaba décadas trabajando para nosotros. Dirigía el complejo con orgullo, y estaba claro que las malas críticas también le molestaban.

"Encantada de conocerte, Juan", dijo Gabby leyendo la etiqueta con su nombre. Le tendió la mano para estrechársela y Juan sonrió, aliviando parte de su tensión. Gabby parecía tener ese efecto en la gente. Sin duda lo tenía en mí. "Soy Gabby".

"Encantado de conocerle a usted también", contestó Juan. Se volvió hacia mí, volviendo a los negocios. "Preparé el registro de huéspedes como usted pidió, Sr. Sullivan".

Juan sacó los registros mientras yo estaba en la recepción, con el peso de los problemas del complejo presionándome. Gabby se quedó a mi lado, escudriñando los elegantes detalles del vestíbulo mientras yo hojeaba los últimos registros de huéspedes. Las críticas negativas habían sido las habituales -quejas sobre el servicio, la limpieza y la comida-, pero había detalles específicos enterrados en ellas que lo dejaban claro: quienquiera que estuviera detrás de ellas había estado aquí recientemente. No se lo estaban inventando.

"Busqué algunas críticas", dijo Gabby. "Tenía curiosidad, y pensé que ya que era por eso por lo que veníamos aquí, debería echarles un vistazo".

"¿Has visto las que hablaban sobre el spa?" Pregunté, mirando a Gabby.

"Sí, sobre que la sala de vapor estaba 'demasiado húmeda'. No sabía que eso fuera posible",

bromeó con ligereza, intentando cortar la tensión del ambiente. Pero yo no estaba de humor para reírme.

"Exacto. ¿Y lo de que los cócteles sabían a agua simple? El camarero fue mencionado por su nombre, eso no es información pública. Pero es el comentario sobre la música en directo lo que me hace sospechar. La crítica se quejaba de que el grupo era de segunda categoría", me volví hacia el director, que estaba a una distancia respetable, con el ceño fruncido por la preocupación. "Juan, ¿ha estado aquí últimamente alguien llamada Courtney Shay? Esta crítica tiene toda la pinta de ser un desvarío de esa persona".

Juan me miró con una mezcla de confusión y preocupación. "Déjeme ver, pero no recuerdo el nombre".

Tomó la pila de hojas, buscando rápidamente en los registros de huéspedes con facilidad. Mucho más rápido de lo que yo podía.

"No encuentro a nadie con ese nombre", confirmó.

"Maldita sea", murmuré. Me froté la barbilla, con la frustración atenazándome.

"¿Podría haber usado un alias?" Gabby sugirió.

"Tal vez, pero no sabría cuál", empezaba a preguntarme si estaba ladrando al árbol equivocado.

"¿Podemos enseñarte una foto, Juan?" Preguntó Gabby. "¿Quizá la reconozcas?"

Arrugó la frente, pero asintió.

"Es una idea brillante", dije, sacando mi teléfono y desplazándome por mis fotos hasta que encontré una de Courtney. Le enseñé la pantalla. "Ella. ¿La reconoces?"

Juan se quedó mirando la imagen un momento y luego sus ojos se iluminaron al reconocerla. "Sí, la recuerdo. Se quedó unos días el mes pasado. Pero no se llamaba... ¿cómo ha dicho que se llamaba?"

"Courtney Shay" Dije, con las tripas apretadas. "¿Qué nombre usó?"

"Ah, un momento" Juan fue al ordenador, tecleando rápidamente. "Aquí está… 'Alice Monroe'".

Eso lo selló. Tenía razón. Courtney estaba detrás de todo este lío. Apreté los dientes, intentando contener mi frustración. No podía olvidar nada: nuestra relación, la mala prensa y ahora estaba saboteando el negocio familiar.

"Gracias, Juan", dije, tratando de mantener el tono de voz. Me volví hacia Gabby. Tenía el ceño fruncido, pensativa.

"Ella realmente quiere arruinarte, ¿eh?" Dijo Gabby en voz baja, con los ojos llenos de preocupación.

Suspiré. "Sí. Ella no es del tipo que deja ir las cosas fácilmente".

"Supongo que eres así de buen partido", dijo bromeando para aligerar el ambiente. Al menos, supuse que estaba bromeando. Llevábamos mucho tiempo haciéndolo, piropos burlones que rozaban la línea entre la realidad y los papeles que representábamos. En cualquier caso, apreciaba su compañía. Tenía una forma de hacer las cosas más fáciles, más alegres.

Antes de que pudiera pensar en ello, dos miembros del personal llegaron para recoger nuestro equipaje, sonriendo alegremente.

"Le tengo preparada la suite nupcial, Sr.", dijo Juan.

"Supongo que será una buena práctica para la vida real", dijo Gabby, refiriéndose a la luna de miel. Pero yo sólo podía pensar en nuestro beso de práctica y en lo mucho que me gustaría practicar otras cosas con ella. El tipo de cosas que haríamos en una luna de miel si nuestra relación fuera real. "Gracias, Juan".

Sonrió cálidamente e hizo señas al personal para que nos acompañaran. Nos condujeron a nuestra suite, un edificio aislado en la parte delantera del complejo con las mejores vistas de la playa. Me moría de ganas de entrar y quitarme el traje.

"Vaya", Gabby susurró. "Nos están tratando como a la realeza".

Parpadeé sorprendido. No se lo iba a admitir, pero ni siquiera lo había notado. Tardé un segundo en darme cuenta de que se refería a la deferencia que nos mostraba el personal. Casi me río. Me

había acostumbrado tanto a este tipo de trato que ya me parecía de lo más normal.

"Así se hace en Sullivan Suites", dije con una sonrisa burlona.

Todo esto era nuevo para Gabby. Dio las gracias a todos los miembros del personal que cargaron nuestro equipaje, sonriéndoles amablemente y entablando pequeñas conversaciones mientras caminábamos. Su forma de tratar a la gente -genuina y amable- era diferente a las que había visto en otras personas en lugares como éste. No daba nada por sentado.

Cuando llegamos a nuestra suite, el personal nos dejó con un aire dramático: abrió la puerta para revelar una habitación sembrada de pétalos de rosa, una botella de champán enfriándose junto a la cama y una tenue música suave sonando de fondo. Los ojos de Gabby brillaban de alegría.

"Bueno, esto es muy romántico", se burló, volviéndose hacia mí con una sonrisa juguetona. "Podría acostumbrarme a ser la Sra. Sullivan fácilmente".

Me reí, pero se me quedó en la garganta. La idea de que Gabby fuera la Sra. Sullivan provocó una inesperada oleada de... algo... a través de mí. Algo que no tenía nada que ver con mi herencia. Encajaba con ella.

"Sí, realmente han hecho todo lo posible por nosotros", logré decir, tratando de mantenerlo ligero. Pero por dentro, mis pensamientos estaban en espiral. Si había alguien con quien podía imaginarme casado, era alguien como ella.

Gabby se dejó caer en la cama, sonriendo ante la exagerada exhibición. "¿Qué te parece, marido? ¿Abrimos el champán ahora o esperamos?"

"Marido, ¿eh?" Me crucé de brazos, apoyándome en la puerta. "Te estás metiendo demasiado en este papel. Y un poco por delante".

Ella se rió, y el sonido era puro, desprevenido. "Sólo estoy practicando".

Nos quedamos en un cómodo silencio antes de que mirara al largo sofá de la sala de estar. "Entonces, ¿quién se queda con la cama y quién con el sofá? Me da igual de cualquier manera".

Una pequeña parte de mí deseaba que sugiriera que compartiéramos la cama. Pero la respetaba demasiado como para presionarla. Además, no estaba seguro de poder pasar la noche a su lado

sin tocarla.

"Yo me quedo en el sofá", dije, tratando de sonar casual. "La cama es tuya".

"Trato hecho", sonrió, pero había un atisbo de alivio en sus ojos. Era la decisión correcta.

"¿Deberíamos bajar a la playa?" Pregunté, necesitando alejarme del romanticismo de la suite y todo lo que implicaba. "El champán puede esperar".

"Me encantaría", dijo fácilmente.

"Genial", dije, acercándome a mi maleta y sacando mi bañador.

Me metí en el baño principal para cambiarme. Me moría de ganas de meterme en el agua. Tal vez un baño con Gabby sería suficiente para olvidarme de todo. De Courtney. Del complejo. De... lo que fuera que estaba empezando a sentir por Gabby.

Cuando volví a salir, estaba de pie junto a la cama, de espaldas a mí. Desnuda salvo por la braguita del bikini que se ceñía a su perfecto culo de melocotón. La curva de su espalda me llamaba, rogándome que la siguiera con los dedos y la lengua.

"Vamos", murmuró, tanteando los cordones de la parte de arriba del bikini, intentando atárselos a la espalda.

"¿Necesitas ayuda?" Pregunté, mi voz salió más áspera de lo que pretendía.

Miró por encima del hombro y sus mejillas se sonrojaron un poco. "Sí, de hecho. Siempre me es difícil atarme esta parte del bikini".

Caminé detrás de ella, lo bastante cerca como para sentir el calor de su piel. Mis dedos rozaron los suyos mientras le quitaba las cuerdas de las manos y hacía un lazo con ellas, deseando que mis manos se quedaran allí. Se me hizo un nudo en la garganta. Su piel era tan suave bajo mis manos.

Cuando se volvió para mirarme, mi corazón parecía detenerse. El bikini no dejaba mucho a la imaginación y, por un segundo, olvidé cómo respirar. Sus pechos eran tan perfectos como los había imaginado, llenos y turgentes, suplicando ser acariciados. Su vientre plano era

tentadoramente suave, y todo lo que quería hacer era lamerlo. La braguita del bikini me ocultaba los detalles, pero sabía que su coño debía de ser igual de delicioso. Tuve que obligarme a apartar la mirada antes de cometer una estupidez.

"Gracias", dijo, ajena a la tormenta que se desataba en mi interior.

"No hay problema", me encogí de hombros.

"¿Estás listo para nadar?" Me preguntó, mostrándome una sonrisa juguetona.

Tragué con fuerza. ¿Listo? Ni de lejos. Pero asentí, forzando una sonrisa. "Sí. Vámonos".

Cuando se dirigió a la puerta, la seguí, preguntándome cómo demonios iba a sobrevivir a este viaje sin desmoronarme.

Capítulo 12

Gabby

El aire era cálido y suave en contacto con mi piel cuando me senté en la arena junto a Beckett, mientras los últimos rayos de sol se desvanecían sobre el océano. El cielo estaba pintado de suaves rosas y naranjas que se mezclaban con el azul cada vez más intenso. Era el tipo de belleza apacible que hace que todo lo demás parezca lejano, como si fuéramos las dos únicas personas en el mundo.

Pasamos toda la tarde en la playa, nadando en el agua caliente y tomando el sol. Beckett incluso hizo que nos trajeran una bandeja con comida para que no tuviéramos que volver al complejo. Llamarlo picnic es quedarse corto. Los canapés y la fruta fresca bellamente dispuesta parecían propios de un cóctel de alto nivel, no para comerlos con la arena en los pies y la sal del mar aún en los dedos.

El teléfono de Beckett zumbó, rompiendo el silencio. Se quejó.

"Es mi padre", no me miró mientras contestaba, y su voz bajó a ese tono plano y molesto que siempre utilizaba cuando hablaba con su padre.

"Sí, papá, lo he estado investigando", dijo.

No pude oír la conversación de Slater, pero hablaba largo y tendido, mientras que Beckett daba respuestas de una sola palabra.

Mientras hablaba, me incliné y empecé a dibujar una cara sonriente en la arena, utilizando los dedos para hacer rasgos exagerados. Me lanzó una mirada, mitad divertida, mitad de advertencia, pero yo aún no había terminado. Le saqué la lengua, cruzando los ojos como un personaje de dibujos animados, y Beckett crispó los labios. Sus ojos se apartaron de mí mientras trataba de mantenerse serio, pero pude ver la risa silenciosa detrás de ellos.

"Te escucho", le dijo a su padre. "Sólo llevo aquí unas horas; aún estoy ordenando las cosas... No, no estoy holgazaneando".

Dibujé otra cara en la arena, ésta con el ceño fruncido. Escribí la palabra "mentiroso" en su frente. Beckett tuvo que apretar los labios para no reírse.

"Te informaré más en cuanto pueda", dijo al teléfono. "Me lo tomo tan en serio como tú... Vale, adiós".

En cuanto colgó, sonreí. "Bueno, eso sonó divertido".

Sacudió la cabeza, pero la sonrisa estaba allí, apenas contenida. "Está molesto porque aún no he arreglado las cosas mágicamente".

"¿Cree que tienes una varita mágica?" Bromeé.

"Algunas personas han llamado a mi... varita... mágica", sonrió con satisfacción.

Puse los ojos en blanco, aunque la insinuación despertó en mí un interés que intentaba reprimir.

"Sí, seguro que la gente también escribe poemas sobre ello", puse un mal acento británico. "¡Pero bueno! Tu varita se cae triste y débil, pero ¿tu coraje también chirría? Atrévete a intentar luchar aquí, a menos que tu bastón sea demasiado blando".

El rostro de Beckett pasó por una serie de emociones, desde la ofensa a la diversión, pasando por la confusión.

"¿Acabas de acusarme de tener disfunción eréctil?" Preguntó, enarcando las cejas.

Solté un bufido muy poco femenino: "Sólo seguí a mi musa".

"¿Y puedes sacar un poema así, de cualquier manera?"

Escondí la cara entre las manos y se me escaparon más carcajadas. "Sí, fue una locura. Y soy compositora".

"Eres... ridícula", dijo, pero sonreía a su pesar. "Y para tu información, nunca he tenido problemas de *ese* tipo".

"Eso es lo que dicen todos los tíos", me reí, señalando la cara que había dibujado en la arena. La que decía "mentiroso".

Me miró con el ceño fruncido, pero aún había humor en sus ojos. "¿Cuál era la otra frase, algo sobre ser demasiado débil para luchar? ¿Era un desafío?"

Me lo había estado inventando de memoria, buscando rimas e insultos juguetones más que nada. Pero si Beckett quería un desafío...

"Sí", me encogí de hombros como si hubiera sido idea mía todo el tiempo. "Claro, puede que seas alto y ancho, pero apuesto a que podría ganarte en un combate de lucha libre".

"¿Lucha libre? ¿Tú?" Beckett enarcó una ceja, mostrando su lado competitivo. "¿Crees que puedes vencerme?"

Estiré los brazos por encima de la cabeza de forma dramática. "Por favor. Tengo a Scott como hermano. ¿Sabes lo fuerte que tuve que ser para sobrevivir creciendo con él? Soy prácticamente una experta en ganar".

Beckett sonrió satisfecho. "Tengo cuatro hermanos. Créeme, sé un par de cosas sobre ganar".

Le miré de arriba abajo, evaluándole de forma exagerada.

"Hmm, no lo sé", dije, golpeando mi dedo contra mis labios. "Creo que eres todo espectáculo y nada de sustancia".

Se rió. "*¿Realmente* crees que puedes conmigo, eh?"

"Por supuesto".

No me avisó antes de tirarme de la toalla a la arena.

"¡Oye!" Me quejé, empujando contra él. "Eso es hacer trampa".

"Eso es ganar", corrigió con una sonrisa burlona. Pero la sonrisa no duró mucho. Enganché mi pierna sobre él y conseguí voltearnos, pillándole desprevenido. No era el único que podía ser escurridizo. Pero mientras yo era rápida, él era fuerte. No pasó mucho tiempo antes de que rodáramos una, dos, tres veces en la arena, aterrizando con él encima de mí.

"¡Te tengo!" Dijo triunfante.

Me inmovilizó, con las manos apoyadas a ambos lados de mi cabeza y su cuerpo flotando justo encima del mío. El calor de su piel, espolvoreada con una fina capa de arena, me oprimía. Sus abdominales rozaban mi estómago, sólidos y reales, y sentía su pecho subir y bajar con cada respiración.

Se me aceleró el pulso y las bromas se desvanecieron al cambiar el aire entre nosotros. Los ojos de Beckett, enmarcados por unos mechones de pelo desordenados que le caían sobre la frente, se oscurecieron cuando se clavaron en los míos. La tensión aumentó en el espacio que nos separaba y las sonrisas burlonas fueron sustituidas por algo más profundo, más ardiente.

Podía sentir cada centímetro de él, la fuerza de sus músculos, el calor de su cuerpo contra el mío. Se me cortaba la respiración al mirar sus anchos hombros, cómo se flexionaban sus pectorales cuando se mantenía encima de mí y cómo su pecho apenas rozaba el mío.

Su voz era baja, áspera. "¿Estás bien?"

Tenía la garganta seca, pero conseguí susurrar: "Deberíamos volver. Está oscureciendo".

Pero ambos sabíamos que no era por eso por lo que quería volver. Si nos quedábamos aquí, enredados así, no tardaría en perder todo el control. El calor entre nosotros era insoportable.

Los ojos de Beckett brillaron con algo peligroso, algo que hizo que me diera un vuelco el corazón.

"Sí", aceptó, pero su voz estaba tensa y en su mirada se reflejaba el mismo hambre que yo sentía. Los dos nos levantamos, nos quitamos el polvo de la arena, recogimos nuestras cosas y empezamos a caminar de vuelta a nuestra suite, pero la tensión era muy fuerte entre nosotros.

Ninguno de los dos dijo mucho, pero no hacía falta. Ambos sabíamos lo cerca que habíamos estado de cruzar una línea y lo mucho que lo deseábamos.



De vuelta en la suite, me metí en la ducha, dejando que el agua me golpeara. Podía quitarme la arena, pero no la sensación de tener a Beckett contra mí. Todavía sentía un hormigueo de deseo en la piel. Cuando acepté venir con él, me imaginaba las vacaciones de mis sueños, no una prueba de mi fuerza de voluntad. Sólo llevábamos aquí menos de un día y ya ansiaba dejarme llevar y ceder a mis deseos.

Intenté concentrarme en otra cosa que no fuera Beckett, pero fue inútil. Las paredes eran de una piedra natural cuyo nombre desconocía; un beige cálido con una veta marrón oscuro que era exactamente igual al marrón de los ojos de Beckett. Era enorme, fácilmente lo bastante grande para dos personas, con un banco de teca que sugería el tipo de cosas que podría estar haciendo aquí aparte de asearme. El tipo de actividad que se esperaba que hicieran los verdaderos recién casados. Incluso el gel de ducha del hotel tenía toques de su colonia.

Nada de eso me ayudaba a calmarme. En cuanto mi mente divagaba, sólo podía pensar en él apretado contra mí en la arena. Piel contra piel. Cuánto anhelaba que las barreras de nuestros trajes de baño se desprendieran para poder sentirlo por completo.

Podría haberme tocado en la ducha para calmarme, pero Beckett estaba fuera, en la suite, y cuanto más tardara, más podría sospechar algo.

Con un suspiro, cerré el grifo. Me sequé con la toalla más esponjosa que había tocado nunca, disfrutando del suave tejido contra mi piel y deseando que fueran los dedos de Beckett en su lugar.

Vale, necesito controlarme.

Me puse las bragas y me puse un camisón. Normalmente dormía con una camiseta raída y unos pantalones anchos, pero como sabía que compartiría habitación con Beckett, me había puesto algo bonito para dormir. Ahora casi me arrepentía. Era revelador, pero era lo único que tenía. Me

di cuenta de que mi parche anticonceptivo no estaba en mi brazo donde debería haber estado. Debía de haberse caído mientras nadaba en el mar. Me puse un parche nuevo y miré mi reflejo en el espejo. El camisón no ocultaba gran cosa.

Salí del baño y miré a mi alrededor en busca de Beckett. Lo vi en el salón de la suite, sentado en el sofá de espaldas a mí. Pude deslizarme hasta el dormitorio sin que se diera cuenta.

No había prestado mucha atención al dormitorio cuando llegamos, pero ahora que podía asimilarlo todo, me dejó sin aliento. La cama grande estaba cubierta de suaves sábanas de algodón egipcio que me invitaban a tirarme en ella. El cabecero era de madera tallada, con intrincados diseños de pájaros tropicales y motivos tribales tan hermosos que parecían pertenecer a una galería. Y las vistas. Podía ver hasta la playa, sin más obstáculos que unas palmeras perfectas. La luna estaba en lo alto, casi llena, cubriendo las olas con un dorado plateado.

Apagué las luces y me metí en la cama, hiperconsciente de que Beckett se movía en la habitación de al lado. Las olas que rompían en la playa casi ahogaban el ruido, pero los golpes amortiguados me preocupaban.

¿Qué demonios hace ahí fuera?

Sus pasos sonaban con fuerza en el suelo de madera, cada vez más cerca. La puerta se abrió, dejando ver su alta silueta.

"Gabby, ¿estás despierta?" Llegó su susurro escénico.

"Sí", me senté en la cama, las sábanas me rodeaban la cintura.

Beckett entró en la habitación y la luna le iluminó lo suficiente como para verle la cara. No me pasó desapercibida la forma en que sus ojos bajaron hasta mis pechos.

"Ese sofá es demasiado incómodo para dormir en él", dijo. "No podría ni dormir media hora en él; mañana voy a hablar con la dirección para que me lo cambien. Te lo juro, es como de cartón".

Se me hizo un nudo en el estómago. Sabía que, si le dejaba dormir a mi lado, la tentación sería demasiado grande para resistirme. Pero no podía hacerle dormir en un sofá incómodo. Mi conciencia no me lo permitiría. Incluso si eso significaba jugar con fuego.

"Puedes dormir aquí", dije, con la voz más entrecortada de lo que me hubiera gustado.

No dudó en cruzar el espacio entre la puerta y la cama. Llevaba camiseta y calzoncillos. Intenté no mirar, pero cuando se metió en la cama, la luz le dio justo en el punto exacto para que pudiera ver el contorno de su abdomen. El deseo me invadió como un tsunami. Se me cortó la respiración y esperé que el susurro al meterse bajo las sábanas lo ocultara.

Incluso en lados opuestos de la cama grande, su calor corporal era como el sol, llamándome a tomar el sol en sus rayos. Sus dedos rozaron los míos. No sabría decir si él me buscaba a mí o yo a él. Tal vez las dos cosas. Una sacudida me recorrió la espina dorsal, acumulándose cálidamente entre mis piernas.

"Gabby", dijo, su voz por encima de un susurro.

Me puse de lado para mirarle.

"¿Sí?" Pregunté.

Un latido de silencio, pesado por la atracción tácita entre nosotros.

"No tienes ni idea de cuánto te deseo", dijo, una confesión y una súplica, todo en uno.

No sabía si era la libertad de estar de vacaciones o simplemente la última fuerza de voluntad que me quedaba, pero no podía resistirme a él. No quería hacerlo. Ya no quería.

Los dos nos movimos al mismo tiempo, cerrando la brecha que nos separaba. Me abrazó y me estrechó contra su pecho mientras nuestros labios se encontraban. No hubo relajación, ni timidez. Sólo una necesidad pura y absoluta. Nuestros labios encajaron como si estuvieran hechos el uno para el otro. Mientras nos besábamos, su mano acarició mi costado y bajó por mi pierna. El tacto de su mano sobre mi piel era eléctrico, chispeante y ardiente, de una forma que me hacía desear más.

Me acerqué más, mis piernas chocaron contra las suyas mientras colaba mi mano por debajo de su camiseta y notaba esos músculos tonificados que me habían apretado en la playa.

"Beckett", susurré, deteniendo el beso un momento mientras mi cabeza daba vueltas. Mis manos siguieron explorando su espalda para sentir sus fuertes músculos.

"¿Sí?" Preguntó. Tampoco se detenía, me subía el camisón, las yemas de sus dedos jugueteaban sobre el borde de mis bragas.

"¿De verdad vamos a hacer esto?" Pregunté, aunque la respuesta era obvia. No podía parar ahora, no cuando por fin se habían abierto las compuertas.

"¿Lo quieres?" Preguntó, deslizando su mano por mi culo y apretando, acercándome aún más.

"Sí", dije, la palabra sonó casi como un gemido.

Me separó las piernas, me pasó la mano por el muslo y lo enganchó en su cintura mientras apretaba su pierna entre las mías. Solo el contacto de su muslo contra mis bragas me hizo estremecer.

"Entonces, ¿cuál es el problema?" Preguntó, acercándose más, moviendo las caderas para que su muslo rozara mi clítoris. Me estaba mojando, mis bragas empezaban a humedecerse. Acabarían empapadas si seguía así.

Era una buena pregunta, y apenas podía pensar en la respuesta, mis caderas se movían por sí solas, rechinando contra el fuerte músculo de su muslo.

"Sólo necesito saber a qué atenerme; ambos dijimos que no queríamos una relación", señalé, aunque me maldije por haber dicho esto. No quería recordarle a Beckett por qué era una mala idea. Tampoco quería recordármelo a mí misma. Pero nunca había tenido un rollo de una noche o una relación casual y necesitaba claridad si quería dejarme llevar y disfrutar. Por mucho que me atrajera Beckett, no buscaba compromiso. Las cicatrices que Oscar había dejado aún eran profundas.

"Esto no tiene por qué ser serio", dijo, animando mis caderas con su mano, apretando y guiando. "Sólo una liberación de presión".

Al estrecharme contra él, rocé su polla cada vez más dura. Otra oleada de deseo me invadió, ahuyentando cualquier objeción que pudiera haber en mi mente.

"Dios", gemí.

"Te dije que tu poema era algo ridículo", dijo, medio riendo, medio gimiendo.

"Deberías demandarme por difamación", bromeé sin aliento. Se balanceó contra mí, con la polla cada vez más dura. Era grande, se notaba incluso a través de la ropa interior. Me dolía de necesidad.

"Joder, puedo sentir lo mojada que estás", gimió. "Estás empapando tus bragas en mi muslo".

Su muslo no era suficiente. Necesitaba contacto piel con piel; lo necesitaba dentro de mí. Nunca me había sentido tan desesperada por un hombre.

"Sí, sólo una descarga de presión", dije, retomando el hilo de la conversación. "Una aventura de vacaciones".

"Exacto", dijo, subiendo la mano por mi espalda, siguiendo la línea de mi columna vertebral. "Algo así como 'lo que pasa en el Caribe se queda en el Caribe'".

"Y cuando lleguemos a casa... ¿volveremos a la normalidad?" Pregunté, sabiendo que era la única forma de superar esta farsa de relación con la cordura intacta. Podríamos sacar todo nuestro deseo reprimido mientras estuviéramos fuera y, una vez de vuelta en Boston, toda la tensión desaparecería y la normalidad se reanudaría de nuevo.

"Sí", aceptó, apretando su polla contra mí con más urgencia. "No hay necesidad de que las cosas se compliquen. Ambos sabemos a qué atenernos".

"Trato hecho", dije, tirando de su camiseta. "Ahora necesito que te quites esto, o voy a explotar".

Consiguió una risita sin aliento: "¿Vas a explotar? Llevo soñando con este momento desde que te vi en el bar sin pantalones".

El corazón me dio un vuelco. No me había permitido pensar en eso aquella tarde. Todavía estaba con Oscar y mi cerebro no funcionaba así. Era leal hasta la médula. ¿Pero saber que Beckett había estado pensando en mí desde entonces? Mi pecho se hinchó con un sentimiento que no podía nombrar.

"Llevaba pantalones cortos", señalé.

"Ojalá no llevaras nada", su polla palpitaba contra mí.

"Entonces deja de hablar y empieza a actuar", le insté, con mi frustración sexual en aumento.

No necesitaba que se lo dijeran dos veces. Me arrancó la ropa y yo le ayudé. Primero me quitó el camisón, que tiró a un lado de la cama, y luego las bragas. Pero Beckett se tomó un momento para sujetarlas.

"Dios, hueles tan bien que podría enterrar mi cara en ti durante horas", confesó, haciendo que mi coño se apretara de necesidad. Pero por increíble que sonara, necesitaba algo más que su boca después de tanta provocación. Lo necesitaba todo de él.

"La próxima vez", dije, deslizando mi mano hacia abajo sobre su polla cubierta de tela.

Dejó escapar un suspiro tembloroso y asintió.

Su ropa fue la siguiente, su camiseta se unió a mi ropa en el suelo y reveló su pecho tonificado y sus abdominales. Y luego sus calzoncillos, la última barrera entre lo que tan desesperadamente deseaba y yo. Parecía aún más grande ahora que estaba desnudo, casi intimidante. Gemí al ver su polla acercándose a mí.

Tiré de él hacia mí y nuestros labios se encontraron en un beso ardiente. No había delicadeza, sólo pasión y necesidad. Me empujó de nuevo contra la cama, inmovilizándome como lo había hecho en la playa, con las manos en mis muñecas. Pero esta vez no se cernía sobre mí. Su peso, su piel, el vello de su pecho contra mis pezones duros, su polla dejando una mancha de humedad contra mi muslo; todo ello sirvió para enloquecerme. Me sacudí contra él, empujándolo entre mis muslos.

"Te gusta esta posición, ¿eh?" Sonrió con satisfacción.

Estaba demasiado lejos para hacer una broma. "Me gustaría más si estuvieras dentro de mí".

Su polla palpitó contra mí, dejando otro chorro de semen caliente y sensual sobre mi piel. Era agradable saber que podía volverlo igual de loco.

"Tus deseos son órdenes para mí", dijo soltándome las muñecas. Se apoyó en una mano mientras me abría las piernas con la otra. Pero entonces hizo una pausa.

"¿Por qué te detienes?" Le pregunté. Si se burlaba más de mí, iba a tomar cartas en el asunto.

"Acabo de darme cuenta de que no he traído condones", dijo, echándose hacia atrás. "Joder. Voy a tener que ver si alguien del personal puede traer algunos a la habitación".

"No", dije rápidamente, agarrándolo por los hombros para que no pudiera apartarse de mí. De ninguna manera iba a pasar por la vergüenza de pedir preservativos a los empleados de Beckett, y estaba demasiado excitada para esperar. "Llevo un parche anticonceptivo. ¿No tenemos que preocuparnos por las consecuencias a menos que tengas algo que revelar?"

"Dios, no, estoy perfectamente sano", me miró, con la esperanza y la responsabilidad en guerra en su rostro. "¿Estás segura?"

Asentí con la cabeza. "Por favor, no quiero esperar".

"Gracias a Dios", gimió, inclinándose para besarme.

El ambiente se restableció en segundos, y Beckett reanudó su tarea anterior, abriéndome las piernas y acomodándose entre ellas. Enganché mi pierna sobre su cintura, imitando la posición en la que habíamos estado antes cuando nos estábamos frotando. Esto era mucho mejor.

Beckett se agarró la polla y se alineó. Me miró en busca de confirmación y yo asentí. A pesar de su tamaño, yo estaba preparada para él. Jadeé cuando cedí ante él, el satisfactorio estiramiento me hizo estremecer.

"¿Estás bien?" Comprobó.

"Muy bien, no pares", dije, casi balbuceando.

Y no lo hizo, deslizándose dentro de mí en una larga presión hasta que sus caderas estuvieron contra las mías. Era un alivio vertiginoso estar llena, que Beckett me llenara de la forma más íntima. Podría convertirme rápidamente en una adicta.

"Te sientes tan bien", dijo en un tono que reflejaba lo que yo sentía. Sonaba aturdido, casi borracho.

"Tú también", respondí, apoyando la cabeza en la almohada y permitiéndome sentir.

Beckett aprovechó la oportunidad para besarme el cuello, todo labios, lengua y dientes, buscando

los puntos que me hacían estremecer. Empujó lenta y superficialmente al principio, asegurándose de que yo sintiera cada pequeño movimiento.

"Más", le insistí, más allá del punto de poder soportar las burlas. Quería perderme en él.

Respondió feliz, acelerando sus embestidas y succionando besos babosos en mi cuello. Me aferré a él, con la cabeza nadando de placer y el cuerpo cantando de alegría.

Beckett bajó por mi cuello hasta mi pecho y se llevó uno de mis pechos a la boca con la mano.

"No sabes cuánto tiempo he pensado en hacer esto", me dijo antes de chuparme el pezón con la boca.

No supe qué decir, demasiado halagada y excitada para formar palabras. En su lugar, enredé la mano en su pelo, acercándolo a mí y animándolo. La doble estimulación me hizo mover las caderas, salvaje como las olas que rompían en la playa.

Beckett prestó la misma atención a mis pechos, lamiéndolos, chupándolos, mordisqueándolos, sin romper nunca el ritmo mientras me practicaba el mejor sexo de mi vida.

Apreté mi mano en su pelo. "Estoy tan cerca".

No podía creer lo rápido que me llevó al límite. Nunca nadie me había hecho sentir tan bien.

Me soltó los pechos y levantó la cabeza, mirándome a los ojos.

"Quiero que aguantes todo lo que puedas", gruñó, y sus embestidas se hicieron más duras, más agudas.

"¿Qué?" Jadeé, sin estar segura de lo que me estaba diciendo.

"No te corras hasta que yo te lo diga", me ordenó, su voz profunda me hizo apretarme a su alrededor. "Quiero correrme contigo".

Me mordí el labio y asentí.

"Buena chica", dijo, manteniendo sus ojos fijos en los míos mientras me agarraba de la cadera para hacer más palanca.

No sabía cómo evitar correrme, pero quería hacer lo que él decía. Quería tener ese momento en el que nos acercáramos juntos al borde.

Le rodeé el cuello con los brazos, acercándolo a mí. Prácticamente me dobló por la mitad, manteniendo el ritmo de sus caderas firme y exigente.

"No sé cuánto tiempo podré aguantar", confesé, sintiendo cómo la presión aumentaba en mi estómago. Mis muslos empezaron a temblar.

"Joder", gruñó, sus caderas temblando por primera vez. "Yo también estoy cerca".

Me mordí el labio, casi temiendo morderme de más. Y entonces deslizó una mano entre nosotros, sus dedos encontraron mi clítoris.

"Oh, Dios", grité, arqueando la espalda. Estaba tan cerca, tan malditamente cerca.

"Sólo un poco más", gimió. "Eso es, nena, lo estás haciendo muy bien".

Mi cerebro falló, las palabras de Beckett me llevaron a un nivel de éxtasis que no sabía qué era posible.

"Por favor", gimoteé, ni siquiera segura de lo que estaba pidiendo. "Por favor, por favor, por favor".

Gimió y empujó con más fuerza, sus dedos volando sobre mi clítoris.

"Buena chica, córrete para mí", gruñó. "Muéstrame lo bien que te hago sentir. *¡Córrete para mí*!"

Mi cuerpo respondió antes de que mi cerebro tuviera tiempo de ponerse al día. La luz estalló tras mis ojos, fuegos artificiales de placer recorrieron mi cuerpo como el 4 de julio. Mi espalda se arqueó, mis caderas chasquearon, mi coño sufrió espasmos. Una y otra vez.

Y Beckett estaba a mi lado, sus gemidos se mezclaban con mis gritos mientras bombeaba dentro

y fuera, haciendo que mi placer se disparara junto con el suyo. No dejaba de frotarme el clítoris mientras se estremecía contra mí.

Nunca me había corrido tan fuerte ni había durado tanto. Los segundos pasaron como horas hasta que me aferré a Beckett como si fuera una balsa salvavidas, mi única ancla al mundo mientras mi placer me dejaba a la deriva.

Volver a bajar fue como flotar hasta el suelo, como una pluma flotando en la brisa. Beckett ralentizó sus caderas y sus dedos, frotándome en círculos suaves y lentos, facilitándome el momento en que por fin se detuvo. Se tumbó encima de mí mientras yo le abrazaba, hundiendo la cara en mi cuello.

"Mierda", jadeó.

"¿Supongo que fue tan bueno para ti como lo fue para mí?" Pregunté, sorprendida de poder formar una frase completa.

Asintió y pasó otro largo rato antes de que se moviera. Se apartó de mí y eché de menos su peso y la sensación de tenerlo dentro. Pero pronto lo remedié cuando me atrajo contra su pecho, acurrucándome. Me rodeó con sus fuertes brazos y su peso me mantuvo firme.

"Ahora voy a dormir muy bien", murmuró, acurrucándose un momento en mi pelo.

"Yo también", dije, trazando patrones sin sentido con mis dedos en sus antebrazos. "¿Y Beckett? Quizá deberías esperar para cambiar el sofá".

Lo último que oí antes de dormirme fue su risita.

Capítulo 13

Beckett

Gabby: ¿Por qué tardas tanto? Vuelve a la habitación, me siento sola.

El calor se acumuló en mi abdomen. Sabía exactamente lo que Gabby estaba insinuando.

Estas últimas ocho semanas en la isla habían sido increíbles, una mezcla de días de playa, noches hasta tarde y más sexo del que creía posible. Avancé por el vestíbulo del complejo, con pasos rápidos y decididos, ansioso por volver con Gabby.

Beckett: Voy para allá. Necesitaba hacer algo de trabajo, a pesar de tus esfuerzos por distraerme.

Sólo podía pensar en ella esperándome en la cama, caliente y suave tras la siesta. La primera noche me había acostado con ella porque no podía dormir, pero ahora ninguno de los dos dormía mucho, demasiado atrapados el uno en el otro como para dejar pasar una noche sin perdernos en el placer. Gabby tenía una forma de hacer que cada momento con ella pareciera insuficiente. La deseaba de nuevo, ahora mismo.

Gabby: No es mi culpa que seas tan fácil de distraer...

Se suponía que era un viaje de trabajo, pero el trabajo había sido mínimo. No había habido más críticas negativas desde que habíamos llegado y, aparte de hacer peticiones formales en los sitios web de críticas para que retiraran las críticas maliciosas, no había mucho que pudiera hacer, lo

cual me venía muy bien. Podía disfrutar de mi tiempo con Gabby sin sentirme culpable.

Justo cuando me acercaba a las puertas que daban al camino que conducía a nuestra habitación, Juan, el director del complejo, se puso delante de mí.

"Señor Sullivan", empezó, su tono lo suficientemente serio como para sacarme de mi aturdimiento.

Me detuve, apretando los dientes con frustración. "¿Qué pasa?"

Se movió nervioso. "Siento molestarle, señor, pero pensé que querría saberlo. La Sra. Courtney Shay ha llegado al complejo. Ha vuelto a reservar con un nombre falso".

Se me cayó el estómago. Se me escapó una maldición antes de que pudiera detenerla. Me pellizqué el puente de la nariz, tratando de alejar la repentina tensión que se acumulaba en mi pecho. Por supuesto, ella estaba aquí. No podía dejarlo pasar, ¿verdad?

"Preguntó en qué habitación se alojaba", continuó Juan, claramente inquieto. "Pero no le dimos esa información sin consultarle antes. Sabe que usted está aquí con su encantadora futura esposa, ¿verdad?"

Dejé escapar un suspiro, con la mandíbula tensa. "Ella no se habría perdido el anuncio o la prensa que hemos estado recibiendo. Probablemente por eso está aquí".

El director asintió. "Parecía... disgustada".

Disgustada era decir poco. Sabía que Courtney no se tomaría bien la noticia del compromiso. Diablos, una parte de mí había estado esperando algo así desde que el falso compromiso apareció en los tabloides. Sólo esperaba que no se pusiera más feo de lo que ya estaba.

"¿Quiere que intervenga seguridad?" Preguntó el director, con cara de esperar que le dijera que cerrara todo el local. "Tenemos derecho a prohibirle la entrada".

Lo consideré brevemente, recordando la orden de alejamiento que tenía contra ella hacía unos meses. Había sido necesaria cuando no dejó de presentarse en mi casa sin avisar. Pero la había retirado después de que las cosas se calmaran.

"No", dije finalmente, aunque la palabra me supo amarga. "Si Courtney causa un problema, yo me encargaré. No necesitas involucrar a seguridad. Sólo causará más problemas si la echamos y no necesitamos más mala prensa. Sólo asegúrate de que se mantenga fuera de mi camino".

El director exhaló aliviado, pero sus hombros aún parecían tensos. "Una cosa más, señor. Ha habido una nueva crítica. Llegó hace unas horas, y, bueno... es muy negativa. La Sra. Shay afirma que nuestro personal fue grosero con ella en el check-in".

Fruncí el ceño, sabiendo exactamente qué tipo de truco estaba haciendo Courtney. Tenía el don de darle la vuelta a cualquier situación para parecer la víctima. "¿Supongo que es exagerado?"

El director se enderezó. "Completamente, señor. Mi personal la trató con el máximo respeto. Se lo juro".

"Te creo", le aseguré. "Nadie va a perder su trabajo por esto. Sé lo que intenta hacer".

La cara del director se iluminó de gratitud. "Gracias, Sr. Sullivan. Haré saber al personal que no tomará medidas basándose en las falsas acusaciones".

Se marchó a toda prisa, dejándome allí de pie, pasándome una mano por la cara. No podía creer que estuviera aquí, creando problemas. Había estado tan cerca de dejar atrás esa parte de mi vida y ahora Courtney volvía a arrastrarla a mi mundo como un mal hábito del que no podía deshacerme. La insistencia de mi padre en que me ocupara de esto yo mismo en lugar de dejárselo al equipo de relaciones públicas no estaba dando sus frutos, pero lo último que quería admitir era que estaba fuera de mi alcance.

Saqué mi teléfono y mi irritación se desvaneció por un momento cuando vi el segundo mensaje de Gabby.

Gabby: Tendré que empezar sin ti si tardas más...

La imagen de ella que me vino a la mente me calentó. Gabby, tumbada en la cama que apenas habíamos dejado, con la mano entre los muslos. Fue suficiente para hacerme querer esperar un momento sólo para poder entrar y verla haciéndolo. Ella me estaba esperando, y yo no deseaba otra cosa que volver a enterrarme en ella.

Volví a pensar en la noche anterior, en cómo jadeaba mi nombre, en cómo su cuerpo se arqueaba bajo el mío, en cómo no podía saciarme de ella, sin importar cuántas veces lo hubiéramos hecho.

Mi polla se agitaba sólo de pensarlo. Necesitaba volver con ella. Esta mierda de Courtney podía esperar.

Mientras avanzaba por el camino que llevaba a nuestra suite, sonó mi teléfono y el nombre de mi padre parpadeó en la pantalla... Slater Sullivan: El rey del mal momento.

Lo ignoré.

Nada se iba a interponer entre Gabby y yo ahora mismo. Ni Courtney, ni mi padre, nadie. Tenía cosas más importantes que hacer. Como enterrarme en el precioso coño de Gabby y olvidarme del resto del mundo.



Cuando abrí la puerta de la suite, lo primero que sentí fue el suave sonido del océano a través de las ventanas abiertas, seguido de la imagen de Gabby acurrucada en la cama, esperando. Tenía un brazo sobre la almohada, el pelo le caía por los hombros y sus ojos se clavaron en los míos en cuanto entré.

"Te he estado esperando", me dijo, en voz baja pero con ese tono burlón que me aceleró el pulso.

Una sonrisa se extendió por mi cara. No podía decepcionarme de que no se estuviera tocando ya, no cuando era yo quien la desnudaba, quien la excitaba. No había nada que me gustara más que tener a Gabby mojada y preparada. Dejé caer el móvil sobre la mesilla y me dirigí directamente a la cama, quitándome los zapatos de una patada. "No quería hacerte esperar".

Me subí a la cama y sentí que la tensión de la última hora desaparecía al acercar mis labios a los suyos. Su sabor era cálido, familiar y adictivo. Sus manos recorrían mis hombros, tirando del dobladillo de mi camisa, y no podía saciarme de ella. Cada vez que la tocaba, era como si la descubriera de nuevo.

Nuestras ropas empezaron a caer pieza por pieza. Normalmente, no podía moverme lo bastante rápido, ansioso por poner mis manos y mis labios sobre Gabby, por enterrarme en su coño perfecto. Pero algo en el cálido sol de la tarde que se colaba por la ventana, la brisa marina que soplaba un poco más fuerte, me daba pereza. Me hizo querer tomarme mi tiempo.

Le quité la blusa a Gabby y le besé el cuello hasta el hombro. Cuando tiré del tirante de su sujetador hacia un lado, mis dedos rozaron la cicatriz que tenía justo debajo de la clavícula.

Hice una pausa. Había enterrado mi preocupación por el origen de su cicatriz. Siempre que estábamos desnudos juntos, era fácil perderse en su cuerpo y olvidarse de ella. Pero ahora, pasé el pulgar suavemente sobre ella. Tenía que saber más. Besé su hombro.

"¿Dijiste que te lo hiciste en un accidente de esquí?" Pregunté, mi voz suave contra su piel.

Gabby se movió debajo de mí, creando espacio entre nosotros. Su expresión cambió al mirar la cicatriz. Pude ver cómo afloraba el dolor de los recuerdos.

"Sí", dijo en voz baja. "Tenía diecisiete años. No era algo que hiciéramos a menudo; esquiar es una afición cara. Mi familia no tenía dinero suficiente para hacerlo, pero un amigo de la familia, Johnny, me llevó unas cuantas veces. Era lo suyo. Ahora es alguien importante en la industria musical. Un productor".

Algo hizo clic en mi cabeza. "¿Johnny... Parsons?"

Sus ojos se abrieron de par en par. "¿Conoces a Johnny?"

Me apoyé en el codo y la miré con una sonrisa en la comisura de los labios. "Johnny es amigo mío. Él fue quien me recomendó que fuera a *La Taberna de Murphy*".

Gabby se quedó boquiabierta y negó con la cabeza. "¡No puede ser! No puedo creer que seas amigo de Johnny".

"Sí", dije. "Gracias a mi padre, tiene habitaciones gratuitas en Sullivan Resorts de por vida. Incluso fue él quien me presentó a Courtney hace tiempo. Produjo uno de sus álbumes".

La expresión de Gabby se suavizó al comprenderlo. "¡Qué pequeño es el mundo!"

"Una locura, ¿verdad?" Dije, fingiendo el asombro que sabía que debía sentir. No podía disfrutarlo, no cuando aún tenía preguntas sin respuesta sobre el accidente de Gabby.

"Johnny siempre ha sido generoso", continuó Gabby, sin darse cuenta de mi tensión. "Conoce a Billy y a mi padre desde siempre; solía enganchar a Billy con las mejores actuaciones pequeñas para tocar en el bar; por eso pudimos usar esa casa de esquí en Vermont".

"Huh, ¿has estado en la casa de esquí de Johnny?" Pregunté, frunciendo el ceño. "Yo también he

estado allí. Demonios, Johnny es el que me hizo practicar esquí en primer lugar".

Gabby se movió, apoyando la cabeza en su codo mientras me miraba fijamente, con el rostro lejano, viajando en sus recuerdos. "Nos quedamos allí unas cuantas veces. De hecho, el accidente ocurrió allí. Como te dije, choqué con alguien en las pistas. El tipo ni siquiera se detuvo".

Sentí que se me oprimía el pecho.

"¿No se detuvo?" Dije con la incredulidad que sabía que se esperaba de mí.

Yo tampoco me había detenido porque iba tan rápido que no podía. No hasta que estaba a mitad de la pendiente. Y cuando volví, la chica que había chocado ya no estaba.

"No", su voz estaba impregnada de frustración, pero mantenía un tono ligero y practicado. La forma en que la gente sonaba cuando te contaban algo traumático, pero no querían que te preocuparas por ellos. "Me hice mucho daño. Mi amigo me ayudó a bajar la montaña hasta la patrulla de esquí, pero tuvieron que llevarme de urgencia al hospital. Tenía heridas internas, costillas rotas y un pulmón perforado. Me llevaron en avión a un hospital más grande para operarme. La primera operación de muchas", hizo una pausa y se pasó un dedo por la cicatriz: "Así es como la obtuve. Tuvieron que abrirme más de una vez para reparar los daños. La primera operación por la clavícula rota no fue suficiente".

No dije nada; me limité a escuchar mientras una sensación de hundimiento empezaba a formarse en mis entrañas.

"Se suponía que iba a ir a Juilliard después de graduarme en el instituto", continuó, ahora con voz suave. "Johnny llevaba años diciéndome que podría triunfar en la industria musical, que tenía voz. Pero después de la operación... no volví a ser la misma. Mis pulmones nunca se recuperaron del todo y ya no podía alcanzar las notas como antes. Demonios, pasaron años antes de que pudiera respirar profundamente. Tuve que posponer mi plaza en Juilliard, y al año siguiente, todavía no estaba lo suficientemente bien. Perdí mi beca, y bueno... eso es todo".

Sus palabras flotaban en el aire. Tragué con fuerza y se me secó la garganta. "Lo siento, Gabby. Es... es horrible".

Sonrió, pero no le llegó a los ojos. "Fue hace mucho tiempo. Ya lo he aceptado".

Pero el peso en mi pecho no hacía más que crecer. Intenté sacudirme el pensamiento que se

arrastraba en el fondo de mi mente, pero era imposible. No podía seguir negándolo, no a mí mismo.

La miré fijamente, con el corazón martilleándome en el pecho. Quería decir algo, confesar, contarle la verdad. Pero las palabras se me atascaban en la garganta como grava. ¿Qué demonios iba a hacer ahora?

Llevaba diez años cargando con la culpa de lo que había hecho, pero mi culpa no podía devolverle sus sueños, todo ese tiempo perdido, todo ese dolor. Si le contaba mis sospechas, la única persona que saldría beneficiada sería yo. Me desahogaría, pero la estaría perjudicando en el proceso. ¿Verdad? En el mejor de los casos... ella me perdonaría. Pero, ¿merecía yo su perdón? ¿En el peor de los casos? Ella no querría volver a verme. Sólo le causaría más dolor. Y ya la había herido lo suficiente.

"Aún lo siento", me repetí. Lo más cerca que podía estar de la verdad sin arruinarlo todo. "No te merecías esto".

Su mirada se suavizó y, por un momento, sentí que compartíamos algo más profundo que la atracción física.

"Puedes compensarme", bromeó, con el deseo brillando de nuevo en sus ojos azul mar. Pero sus palabras resultaron mucho más cercanas de lo que ella creía.

"¿Ah, sí?" Pregunté, forzando una sonrisa y rechazando la culpa, el miedo y la vergüenza que me oprimían el corazón como un vicio. Añadí un tono burlón a mi voz. "¿Cómo puedo hacerlo?"

"Se me ocurren varias maneras", me dijo, acercándose a mí para darme un beso.

Sus labios contenían una gracia que yo no merecía, pero que acepté a pesar de todo.

La melodía discordante de mi teléfono sonando me hizo sobresaltarme.

"Joder", me quejé. Me incliné para comprobarlo y el nombre de mi padre volvió a parpadear en la pantalla. Lo último que necesitaba era hablar con él ahora mismo. Me estiré y silencié la llamada. "Ahora, ¿dónde estábamos?"

"Estabas a punto de hacerme tuya", dijo Gabby, medio en broma.

"Desde luego que sí", asentí, dispuesto a perderme en ella.

Vertí en mis actos lo que no podía decir. La besé como la disculpa que se merecía, profunda, sincera y llena de penitencia. Dejé que mis manos hablaran, acariciándola con dulzura y cuidado. No podía borrar el pasado, pero podía hacer que su presente fuera increíble. Empezando por esto.

Reanudé mi misión anterior, quitándole el sujetador. Llevábamos más de una semana acostándonos y seguía sin saciarme de sus pechos. Dejé que mis manos vagaran mientras le besaba el pecho, intentando no pensar en las cicatrices que no podía ver. Le acaricié las caderas, los muslos, mientras con los dedos me acercaba a mi verdadero objetivo, rozándola a través de las bragas hasta que empezaron a humedecerse.

"Sabes", dije bromeando. "Probablemente debería volver al trabajo antes de que mi padre llame de nuevo".

Gabby me rodeó la mano con los muslos y me acercó la cara.

"De ninguna manera dejaré que te vayas", susurró, sus ojos conteniendo un fuego que me atravesó. "No hasta que esté satisfecha".

"¿Cómo puedo decir que no a eso?" Sonreí con sorna. Esta vez no tuve que forzarlo.

Capítulo 14

Gabby

Me recosté en la cama mientras Beckett reanudaba sus atenciones con aún más vigor. Le encantaba provocarme a través de las bragas, ver cómo se humedecían, y yo no me quejaba. Pero había otra razón por la que quería que se quedara, no sólo por la promesa de un orgasmo increíble.

Había adquirido el hábito de consultar las páginas de las redes sociales de Courtney Shay. Quería encontrar una forma de ayudar a Beckett y pensé que podría darme alguna idea. Él ponía buena cara, pero era obvio lo mucho que le afectaban las críticas negativas. Y entonces, hace una hora, Courtney había publicado que estaba en la República Dominicana, con una segunda publicación poco después. Ella estaba en el resort. No me correspondía preocuparme, pero lo estaba. Quería preguntárselo a Beckett, cuáles eran sus intenciones y si debía preocuparme. Pero no sabía cómo.

"Las cosas que te voy a hacer", dijo Beckett, devolviéndome al presente.

El hambre en sus ojos era tan fuerte que me dejó sin aliento. Desde que le conté más cosas sobre mi accidente, su forma de mirarme tenía un punto de tensión, algo intenso. Nos estábamos acercando cada vez más y empezaba a preguntarme si había algo más entre nosotros que una aventura de vacaciones.

"Muéstrame", dije con una mirada desafiante. Beckett había desbloqueado un lado de mí que no sabía que existía. Cuanto más sexo teníamos, más lo deseaba. No sabía que podía ser tan atrevida.

"Oh, sólo espera", ronroneó. Reto aceptado.

Ya estaba en calzoncillos, así que me bajó las bragas, mientras yo levantaba las caderas para ayudarle. Eliminada la última barrera, Beckett volvió a deslizar su mano entre mis muslos, esta vez sin impedimentos. Sus dedos encontraron mi clítoris, ya duro y sensible. Frotó en pequeños círculos mientras su boca encontraba mi pezón. Se lo metió en la boca, imitando con la lengua la acción que hacían sus dedos sobre mi duro capullo. Una y otra vez, con una lentitud dolorosa, pero tan eficaz.

"Más", gemí, ya necesitada.

Cambió de pezones, prestándoles la misma atención, incluso mientras aceleraba sus dedos y su lengua. Había aprendido todo sobre mi cuerpo rápidamente, notando lo que me gustaba y lo que podía hacer para darme más placer. No estaba acostumbrada a que me trataran con tanta atención, y disfruté cada minuto de ello.

Los dedos de Beckett abandonaron mi clítoris, y me habría quejado, de no ser porque los pasó entre mis pliegues, burlándose de mi entrada.

"¿Te he dicho alguna vez lo mucho que me gusta tu coño?" Preguntó, presionando con la punta de los dedos.

Mi corazón y mi coño se apretaron al mismo tiempo.

"Dímelo", dije, incluso mientras mis mejillas se calentaban.

"¿Por qué no mejor te lo enseño?" Sonrió.

Bajó arrastrando los pies por la cama, dejando un rastro de besos a lo largo de mi vientre hasta llegar a su destino. Me miró desde entre mis piernas, con tanto deseo que quise esconder la cara. Pero no lo hice. Sostuve su mirada incluso cuando bajó la boca hacia mí, abriéndome con las manos hasta que mi clítoris apuntó hacia él. El cálido deslizamiento de su lengua me produjo sacudidas de placer, casi insoportables. Luego me rodeó con los labios y chupó.

Mi espalda se arqueó como si me hubieran electrocutado, el intenso placer fue suficiente para hacerme gemir. No cedió en su empeño y apretó su boca contra mí con avidez. Pasó las manos por debajo de mi culo, levantándome hacia su cara como si no pudiera saciarse de mí. Besó mi coño, con la lengua y los labios trabajando en tándem para volverme loca.

"Se siente tan bien", gemí, agarrando las sábanas debajo de mí. "Joder, Beckett".

"Me encanta cuando dices mi nombre así", gruñó dentro de mi coño.

No podía formular una respuesta, no cuando estaba deslizando su lengua dentro de mí, gimiendo, follándome con ella. Sus dedos se clavaron en mi piel, acercándome a su boca mientras lamía mi humedad, saboreándome desde la fuente.

Cuando pareció satisfecho, volvió a mi clítoris, prestándole la misma atención y haciéndome retorcer. Era como una mujer poseída, salvaje y atrapada en un torbellino de placer del que no quería salir nunca.

"No pares, no pares", repetía como un cántico, una plegaria.

La presión empezó a subir en mi estómago, mi inminente orgasmo se hacía más fuerte con cada vuelta de su lengua.

"Voy a correrme", gemí, a segundos de lo que sabía que iba a ser un orgasmo estremecedor.

De repente, se apartó, dejando mi coño apretándose sin alivio. Solté un gemido ahogado, al borde del orgasmo, pero incapaz de superarlo.

"Todavía no", me dijo en un tono que me hizo doler, profundo y autoritario.

"Beckett", gemí, sin importarme si sonaba patética. El pecho me latía con la energía de un orgasmo no consumado. Apenas tenía pensamientos más allá de que necesitaba correrme. "Por favor, necesito más".

"Quiero estar dentro de ti cuando te corras", dijo, jadeando de necesidad. Me bajó a la cama y miré su polla tensa. Me pareció una muy buena idea.

"Sí, por favor", me apresuré a decir. Me había reducido a un desastre necesitado. Hice una nota mental para vengarme de este momento, pero no podía pensar en ello ahora.

Se deslizó por mi cuerpo, asegurándose de que sintiera cada desliz de mi piel, y giró las caderas mientras su polla se arrastraba contra mí, dejando escapar un suspiro de satisfacción.

"Voy a hacer que te corras tan fuerte que olvidarás todo menos mi nombre", me prometió con voz aterciopelada.

Su polla se deslizó contra mi coño, la sensación fue suficiente para recordarme mi orgasmo arruinado.

"Por favor", gimoteé. Era un desastre suplicante, y había llegado demasiado lejos como para sentirme avergonzada.

"Te tengo", me dijo tranquilizador, siguiendo sus palabras con la acción. Encontró mi entrada con la cabeza de su polla y presionó dentro. Lo hizo con una lentitud angustiosa, haciéndome sentir cada centímetro de su considerable longitud. El ritmo lento y constante era tan placentero como excitante. Beckett parecía decidido a volverme loca. Y estaba haciendo un buen trabajo.

No se detuvo hasta que estuvo completamente enfundado, e incluso entonces, apretó más como si no pudiera penetrarme lo suficiente. Me levantó las piernas y las puso sobre sus hombros, cambiando el ángulo y haciéndome jadear.

"Dios", dije, con la respiración agitada. Me sentía aún más llena en aquella postura, y la presión sobre mi clítoris era lo bastante satisfactoria como para hacerme contonear contra él.

"Me gusta que me llames así", dijo Beckett con una sonrisa juguetona. Pero yo estaba demasiado necesitada para jugar. Lo único que quería era sentir.

"Fóllame", le insté.

No me hizo esperar más. Agarrándose a mis piernas, empezó con embestidas largas y profundas. Al igual que cuando me penetró, me estaba haciendo sentir cada maldito centímetro.

Grité, agarrándome a sus manos, donde sujetaban mis piernas, buscando un ancla. Mi orgasmo había remitido ligeramente, pero aún persistía, ya en aumento. Cada embestida era como un cable en tensión que unía mi cerebro a mi coño, arqueándose de un lado a otro.

"Eres tan hermosa así", dijo Beckett, sus ojos recorriendo mi cuerpo, deteniéndose un momento en mis pechos que rebotaban mientras me follaba y finalmente posándose en mi cara donde se quedaron. "Tan malditamente hermosa".

Empujó con más fuerza, más profundamente, robándome la capacidad de responder. Unió sus dedos a los míos, acercándose más y presionando aún más mi clítoris.

"¿Crees que puedes correrte así?" Preguntó. "¿Sólo con mi polla?"

Me estremecí al pensarlo, mi coño se apretó y mis caderas se agitaron.

"Tomaré eso como un sí", dijo, sus ojos marrones ardiendo de excitación.

Nunca me había corrido sólo con la penetración. La idea de volver a ser negada me mordía los talones. Pero confiaba en que él me llevaría hasta allí. Asentí con la cabeza.

Gruñendo, las caderas de Beckett chasquearon contra mí, llenando la habitación de los sonidos más eróticos. Rítmicos, como el océano en la orilla. Y como una poderosa ola, mi orgasmo creció, ganando impulso con cada empuje de sus caderas.

Entró en mí como una marea viva, subiendo cada vez más hasta que me golpeó con toda la fuerza del océano y me arrastró. Me aferré a las manos de Beckett mientras era arrastrada bajo el agua, caía y daba vueltas hasta que ya no sabía por dónde subir. Mis pulmones ardían con la fuerza de mis gritos, jadeando y ahogándome de placer. Mi visión se volvió blanca.

Y todo el tiempo, Beckett estaba allí, aferrándose a mí, bombeando dentro de mí. No tardó en unirse a mí, gimiendo y jadeando. Cada embestida que se debilitaba me producía otra descarga de placer, como un bucle de retroalimentación de su placer en el mío y viceversa. Una y otra vez hasta que nos quedamos exhaustos y sin aliento por la saciedad.

Me bajó las piernas con cuidado y le eché de menos cuando se retiró. Pero entonces se tumbó a mi lado y me estrechó entre sus brazos. Me acurruqué en su pecho y nos quedamos tumbados juntos. Sin necesidad de palabras. Simplemente disfrutando en silencio de nuestra felicidad.

De vez en cuando, sus brazos se estrechaban, me abrazaban más fuerte, me envolvían como un capullo seguro, y yo suspiraba satisfecha, olvidando momentáneamente el mundo fuera de nuestra suite.

Poco a poco, la niebla del placer se disipó a medida que pasaban los minutos. Le acaricié el pecho con la nariz, disfrutando de su vello. Dibujó trazos en mi espalda, remolinos de afecto sin sentido. Respiró como si quisiera hablar, pero no dijo nada. Me aparté lo suficiente para verle la cara y le miré interrogante.

"Quizá deberíamos ducharnos y luego ir a la playa", sugirió apartándome un mechón de pelo de la cara.

"Me parece perfecto", respondí, pero cuando las palabras salieron de mi boca, un destello de ansiedad se apoderó de mí. Había un mundo fuera de nuestra suite, y una complicación en el complejo. "¿Crees que nos encontraremos con Courtney?"

Beckett se puso un poco rígido y la sorpresa brilló en sus ojos. "¿Sabes que Courtney está aquí?"

"Sí, acecho sus redes sociales", intenté mantener un tono ligero, incluso burlón. "¿Debería estar celosa? Después de todo, es tu ex".

No quería parecer insegura, pero la idea de su presencia ensombrecía nuestra despreocupada aventura navideña.

Su expresión cambió, con una pizca de fastidio. "No siento nada por Courtney. Pero sí, ella es un problema, y estoy seguro de que no está encantada con nuestro 'compromiso'. Sólo... ten cuidado si nos encontramos con ella. Es una buscapleitos".

Asentí, con el malestar acumulándose en mi estómago. Justo cuando creía que podía olvidarme de mis preocupaciones, estas volvieron a apoderarse de mí, entrelazándose con mi deseo.

Antes de que pudiera decir nada más, su teléfono zumbó, interrumpiendo nuestro momento. Lo cogió y miró la pantalla antes de contestar. Escuché su versión de la conversación y se me aceleró el corazón al pensar en posibles complicaciones.

"¿Qué?" Expresó Beckett, frunciendo el ceño sorprendido. "No me lo esperaba".

Una pausa.

"No, no, sólo asegúrate de que lo atiendan; llegaré pronto".

Cuando colgó, me miró con el ceño fruncido. "Era el director. Johnny Parsons acaba de llegar".

"¿Johnny? Eso sí que es una coincidencia".

"Está en el comedor y quiere verme. Al parecer, tiene algunas noticias".

"¿Qué noticias podría tener?" Pregunté, picada por la curiosidad.

"No lo sé, pero también me ha dicho que quiere ver a la futura Sra. Sullivan", dijo Beckett, con un deje de diversión en el tono.

El título hizo que me diera un vuelco el corazón.

"Futura Sra. Sullivan", repetí en voz baja, con la realidad volviendo a golpearme. Se suponía que era una actuación, una escapada temporal.

"¿Estás lista para seguir actuando?" Preguntó con un brillo juguetón en los ojos.

Tragué saliva con fuerza, con la excitación y la ansiedad arremolinándose en mi interior en una tormenta nauseabunda.

"Sí, claro", respondí, intentando parecer segura. Pero en el fondo me preguntaba cuánto tiempo más podría seguir fingiendo.

Puse una sonrisa en mi cara. "Vamos a asearnos y a ver qué quiere".

Ser la falsa prometida de Beckett y su aventura de vacaciones empezaba a parecer cada vez menos una actuación y mucho más real...

Capítulo 15

Beckett

Johnny Parsons era el tipo de hombre que siempre dejaba una impresión, incluso cuando no lo intentaba. Cuando Gabby y yo entramos en la zona de comedor del Sullivan Resorts, mis ojos se posaron inmediatamente en él: sentado a una mesa con comida suficiente para alimentar a un pequeño ejército, con su siempre presente pipa entre los labios. Su camisa hawaiana y sus gafas de sol en forma de corazón completaban el conjunto. Para ser un hombre de unos sesenta años, se le veía fresco sin esfuerzo. Prácticamente irradiaba tranquilidad, el tipo de comodidad que sólo se consigue cuando te tratan como a un rey dondequiera que vayas.

Y en Sullivan Resorts, Johnny era de la realeza.

Levantó la vista de su comida y me saludó con una sonrisa. "Beckett, mi hombre. Has tardado bastante".

Puse los ojos en blanco mientras Gabby y yo nos dirigíamos a su mesa. "Sí, sí. Ya sabes cómo es. Un día ocupado".

Johnny sonrió satisfecho, reclinándose en su silla. "¿No es siempre así?"

Me reí entre dientes y asentí como respuesta.

"Y Gabby, cuánto tiempo sin verte", dijo con una cálida sonrisa.

"Hola Johnny, ¿cómo estás?" Preguntó.

"Oh, ya sabes, la vida es una playa y yo sólo estoy disfrutando de la ola", dijo riendo.

Gabby se sentó a mi lado y su muslo rozó el mío. La calidez de su contacto me hizo sentir una rápida sacudida, pero la aparté y traté de concentrarme. Después de todo, estábamos aquí por una razón, y no era perdernos en lo que fuera que se estuviera gestando entre Gabby y yo. Aunque acabáramos de practicar un sexo alucinante que me hizo desear quedarme en la cama todo el día.

Aun así, eso no impidió que su mano se posara casualmente en mi pierna bajo la mesa, sus dedos enroscándose sobre la tela de mis pantalones. Sólo un gesto amistoso, ¿no? Nada que interpretar. Excepto que su pulgar empezó a trazar lentos círculos y sentí el ardor de su contacto como si hubiera encendido una cerilla contra mi piel.

"Entonces", dije, obligándome a mirar a Johnny y no a la mano errante de Gabby, "¿de qué tenías tantas ganas de hablar conmigo?"

Johnny dio una calada a su pipa, exhalando el humo en una corriente perezosa mientras nos miraba a los dos. "Bueno, en primer lugar, felicidades. ¿Se han comprometido? Eso es enorme. No sabía que ambos se conocían".

Me quedé inmóvil un segundo, entre las ganas de reírme de lo ridículo que era todo aquello y el hecho de que la mano de Gabby subía cada vez más por mi muslo. No estaba jugando limpio. En absoluto. Me aclaré la garganta, tratando de concentrarme. Me había corrido hacía menos de una hora y Gabby ya me la estaba poniendo dura otra vez.

"Sí, queríamos mantenerlo en secreto por un tiempo", dije suavemente. "Pero, ya sabes cómo va esto. Es difícil mantener las cosas en secreto por mucho tiempo".

Johnny asintió sabiamente, como si entendiera exactamente lo que quería decir, aunque todo aquello fuera mentira. Gabby sonrió, inclinándose un poco más hacia mí al unirse a la conversación. Sus dedos se deslizaron un poco más arriba y tragué saliva.

"Fue difícil mantenerse alejada de él", dijo, con voz dulce y burlona a la vez. "Quiero decir, mírale. ¿Cómo podía resistirme? Técnicamente, nos conocimos a través de Grant y Molly, pero no fue hasta que Beckett entró en *La Taberna de Murphy* que realmente... conectamos".

Su mano rozó mi semi y tuve que morderme el interior de la mejilla para no reaccionar. El calor

me recorrió por dentro y me removí en el asiento, desesperado por sentir algún tipo de alivio. Sabía perfectamente lo que hacía: no había sido un accidente.

Johnny se rió entre dientes, completamente ajeno a la tortura por la que estaba pasando. "Ya lo veo. Beckett es un buen partido. Aunque admito que no me lo imaginaba como el tipo que sienta la cabeza".

Solté una carcajada, aunque salió forzada. "Yo tampoco. En realidad, tenemos que agradecértelo, Johnny. Si no me hubieras sugerido que fuera a *La Taberna de Murphy*, nada de esto habría pasado".

La mano de Gabby volvió a moverse y tuve que luchar para mantener la calma. Estaba poniendo a prueba mis límites y cada vez me costaba más resistir el impulso de meterla debajo de la mesa y besarla, olvidándome de la gente que nos rodeaba.

"Nunca pensé que haría de casamentero", se rió Johnny. Dio otra calada a su pipa. "Pero no me den demasiado crédito. Ustedes son los que han hecho todo el trabajo".

Gabby me miró, sus ojos brillando con picardía, mientras hablaba con Johnny. "Es difícil de entenderlo, pero una vez que lo hice, supe que tenía que tenerlo".

Su mano me acariciaba ahora, lenta y deliberadamente, y tuve que hacer todo lo que estaba en mí para no gemir en voz alta. Carraspeé de nuevo y me removí en el asiento. "Supe que estaba en problemas en el momento en que la vi".

Johnny levantó una ceja, mirando entre los dos con una sonrisa cómplice. "Ese es el verdadero negocio, entonces".

"Oh, sí", dije, tratando de evitar que mis dientes rechinaran mientras los dedos de Gabby burlaban el borde de mi cordura. "Sin duda alguna".

"Así que", continuó Johnny, aparentemente ajeno a mi batalla interna, "he venido porque quería hablar con ustedes dos sobre la música de su boda. No sabía que les había ayudado a lo largo del camino, así que es aún más apropiado. Pensé que sería más fácil discutirlo aquí, lejos de todo el ruido".

Gabby se movió a mi lado y su mano se retiró un poco. "Eres muy amable, Johnny. Es bueno alejarse de la rutina habitual, ¿sabes? Estar en una isla... da a una persona la oportunidad de hacer

cosas que normalmente no haría".

Sus palabras fueron cargadas, y le lancé una mirada, advirtiéndole que bajara el tono. Yo pendía de un hilo y ella parecía empeñada en cortarlo. Se limitó a sonreír, completamente indiferente a mi silenciosa petición de clemencia.

Johnny asintió, dando otra calada a su pipa. "No podría estar más de acuerdo. Las islas son buenas para el alma. Despejan la mente, refrescan el espíritu. Todo ese aire de mar, el estilo de vida lento..."

La mano de Gabby reanudó su tortura, sus dedos acariciando lentamente mi muslo arriba y abajo. "Y dan permiso a la gente para actuar... de forma diferente a como lo harían en casa".

Volví a moverme, intentando concentrarme en otra cosa que no fuera su tacto. Mi voz salió más áspera de lo que pretendía. "Sí, definitivamente es diferente aquí".

Johnny sonrió, claramente satisfecho de sí mismo. "Me alegro de que ambos estén disfrutando de su tiempo aquí. Tu familia ha hecho mucho por mí, Beckett. Y siempre te he apreciado, Gabby, ya lo sabes. Bueno, se siente como un momento de círculo completo. Sería un honor poner la banda para la recepción. Darles a los dos la mejor alineación musical que nadie haya oído nunca".

Gabby le sonrió. "Eso sería increíble, Johnny. Nos encantaría".

"Perfecto", dijo Johnny, dando golpecitos a su pipa. "Considérenlo hecho".

Sonó su teléfono, con una alegre melodía de steel drum que tuve que suponer que había elegido para sus vacaciones. Aunque, dada la afición de Johnny a las camisas hawaianas -a todo lo hawaiano, en realidad-, no era algo seguro.

Se levantó y sacó su teléfono. "Tengo que atender esta llamada, pero hablaremos más tarde", nos sonrió a los dos.

En cuanto Johnny se alejó, me volví hacia Gabby, con la voz baja y llena de frustración. "Si no tienes cuidado, voy a perder el control aquí mismo en la mesa".

Sonrió, malvada y dulce a la vez. "Quizá sea eso lo que quiero. Considéralo una venganza por no

dejarme correrme cuando me estabas comiendo".

Apreté la mandíbula, intentando contener la oleada de deseo que me invadía. "Gabby, este lugar es mío. Todos los ojos están puestos en mí".

Su mano subió más. Me apretó la polla con un ritmo que me hizo jadear. Su aliento era cálido contra mi oído mientras susurraba: "Entonces vayamos a algún sitio donde nadie nos vea".

Un gruñido bajo escapó de mi garganta antes de que pudiera detenerlo. "Eres peligrosa, ¿lo sabías?"

"Estoy jugando limpio", susurró, rozando mi cuello con sus labios.

No podía aguantar más. "Tengo el lugar perfecto en mente".

Estábamos a punto de levantarnos cuando Johnny reapareció, guardándose el teléfono en el bolsillo. "Ah, ¿dónde estábamos?"

"Estábamos hablando de música de boda", dije.

Gabby sonrió, mientras acariciaba la cabeza de mi polla con el pulgar. "Y discutiendo lo divertido que es estar en una isla".

Johnny se rió, acomodándose en su silla. "Las islas son mágicas, eso es seguro".

No podía discutirlo. Gabby me tenía completamente envuelto alrededor de su dedo, y no había escapatoria. No es que quisiera una.

Johnny volvió a hablar de un concierto que tenía preparado, pero yo estaba en otra parte. Sólo podía pensar en Gabby, su mano sobre mí, su sonrisa, la forma en que me miraba como si yo fuera lo único que importaba en el mundo.

La miré y capté el brillo de sus ojos mientras escuchaba hablar a Johnny. Ella estaba aquí por la misma razón que yo: para llevar a cabo este falso compromiso y mantener las apariencias. Pero en algún momento, algo había cambiado entre nosotros.

Ya no tenía ganas de fingir.

Gabby se volvió para mirarme, sus labios se curvaron en una pequeña sonrisa como si pudiera leer mis pensamientos. Quizá podía.

"¿No es cierto, Beckett?" La voz de Johnny me devolvió al presente y parpadeé, dándome cuenta de que me había desconectado por completo.

"Sí", dije, aclarándome la garganta. "Absolutamente".

Johnny sonrió, claramente satisfecho de lo que acababa de decir. "Me alegra oírlo. Van a tener la mejor boda que nadie haya visto nunca".

Forcé una sonrisa, asintiendo mientras Johnny seguía hablando, pero mi mente estaba a miles de kilómetros de distancia. O quizá sólo a unos metros, donde estaba sentada Gabby, con su mano aún apoyada en mi pierna y su presencia ocupando cada centímetro de mi mente.

Se suponía que este viaje era por trabajo. Sobre mantener las cosas profesionales. Pero mientras estaba allí sentado, escuchando a Johnny divagar sobre música y planes de boda, me di cuenta de algo.

Con Gabby a mi lado, nada iba a salir según lo previsto.

Y por una vez, no me importó.

Capítulo 16

Gabby

En cuanto pudimos, Beckett y yo presentamos nuestras excusas a Johnny. Cuando salimos del comedor, ambos nos reíamos por lo bajo de las alocadas historias de Johnny.

"Ese tipo debería tener su propio programa", dije, todavía riéndome. "Es como un episodio andante de algo ridículo".

Beckett sonrió y me puso la mano en la espalda mientras avanzábamos por los senderos exteriores del complejo. El aire cálido del atardecer nos envolvía, una mezcla de sal y dulces aromas tropicales llenaba mis pulmones. Me sentía... borracha. Pero no por la bebida con ron que tomé mientras Johnny nos entretenía con sus historias. No, esto era diferente.

"Me siento borracha", admití, llamando la atención de Beckett. "Pero no por la bebida. Si no... por todo esto", señalé a nuestro alrededor el hermoso complejo, el océano a lo lejos, las palmeras meciéndose perezosamente con la brisa. "No quiero volver a casa".

Las palabras se me escaparon antes de que pudiera detenerlas, y en el momento en que lo hicieron, una tristeza me oprimió el pecho. A casa. ¿Por qué estas vacaciones me parecían tan lejanas, incluso cuando aún no había vuelto?

Beckett no pareció darse cuenta de mi cambio de humor. En lugar de eso, me abrazó con más fuerza y susurró: "Menos mal que nos quedaremos aquí un rato más".

Intenté deshacerme de la pesadez, concentrándome en el ahora, en lo cerca que estábamos, en la forma en que su pulgar rozaba mi cintura mientras caminábamos. Pero cuando vi a Courtney a lo lejos, se me retorció el estómago. Se dirigía hacia nosotros con una guitarra en la mano y el pelo rubio oscuro reflejando los últimos rayos del atardecer.

Le di un codazo a Beckett suavemente. "Parece que estamos a punto de tener un encuentro con Courtney".

El rostro de Beckett se ensombreció. "No quiero verla. Y no tenemos que hacerlo".

Antes de que pudiera preguntarle a qué se refería, tiró de mí hacia otro pasillo, alejado de los caminos principales, y me metió en una zona más privada. Sus dedos me rodearon la muñeca mientras me guiaba, moviéndose con un propósito que me estremeció. Me encantaba la forma en que tomaba las riendas, cómo parecía saber siempre exactamente adónde iba, como si todo fuera suyo y yo sólo tuviera la suerte de acompañarle.

Nos detuvimos frente a una puerta y Beckett sacó una tarjeta llave, mostrándome una sonrisa malévola.

"Te dije que tenía un buen sitio para escondernos", dijo en voz baja. Abrió la puerta y descubrió una habitación con luz tenue y una bañera de hidromasaje privada, con vapor elevándose suavemente en el aire y una pequeña piscina al lado. Estaba aislada, oculta del resto del complejo. Perfecto.

Apenas tuve tiempo de asimilar la habitación cuando Beckett ya me apretaba contra la pared y me rodeaba la cintura con las manos. "¿Sabes?", murmuró contra mi cuello, "ha sido muy difícil concentrarme cuando me tocabas así por debajo de la mesa".

Sentí que el rubor subía a mis mejillas. "No estuve tan mal".

Estar cerca de Beckett me hacía impulsiva, incluso salvaje. Estar con él me daba una sensación de libertad que nunca antes había conocido. De alguna manera, era más yo. Desinhibida y dispuesta a correr riesgos.

Sus labios rozaron mi oreja. "Estuviste más que mal".

Sus manos me agarraron de las caderas, acercándome mientras susurraba: "Y ahora voy a enseñarte lo que quería hacerte en ese momento".

Antes de que pudiera responder, su boca estaba sobre la mía, caliente y exigente. El mundo fuera de aquella habitación dejó de existir: ni Courtney, ni el personal, ni otros huéspedes, sólo Beckett y yo, perdidos en nuestro pequeño rincón del universo. Mis manos se dirigieron a su camisa, tirando de ella, mientras sus dedos hacían un rápido trabajo con mi ropa. Cada movimiento era eléctrico, la tensión que se había ido creando entre nosotros desde que nos sentamos con Johnny acabó por estallar cuando me arrinconó contra la pared una vez que estuvimos desnudos.

"Te has portado muy mal", ronroneó Beckett, sus dientes mordisqueando mi cuello. "Debería azotarte".

Me recorrió un estremecimiento de deseo. "No te atreverías".

Se apartó lo suficiente para que viera lo serio que iba. "Por supuesto que sí".

Aspiré con fuerza.

"Pero", dijo, incluso mientras su mano se escabullía por detrás de mí, encontrando mi culo y pellizcándolo ligeramente, "ahora mismo te deseo demasiado como para hacer otra cosa que no sea estar dentro de ti".

La humedad entre mis muslos crecía. Estaba insaciable con Beckett. Nunca me cansaba de tenerlo dentro de mí.

"Mmm, así que puedo provocar y cosechar las recompensas, qué suerte la mía", dije, aunque sabía que estaba jugando con fuego. Beckett cumpliría su "amenaza" si le presionaba.

"Pequeña descarada", gruñó antes de atrapar mis labios entre los suyos. Me besó como si fuera una exigencia, mordisqueando con los dientes y deslizando la lengua en mi boca como si fuera mi dueño.

Su otra mano también me agarró el culo y, con un movimiento suave, Beckett me levantó y me apretó contra la pared. Le rodeé la cintura con las piernas y le rodeé el cuello con los brazos. Me dejó completamente a su merced. Y no desaprovechó la oportunidad.

Me penetró hasta la empuñadura con un movimiento suave que me dejó jadeando. Normalmente lo hacía despacio, no sé si para que me adaptara a su tamaño o porque lo prefería. Pero que me llenara tan deprisa, casi sin avisar, era una experiencia totalmente nueva de la que creía que nunca me cansaría.

"Dios, no tienes ni idea de lo que me haces", gimió en mi oído, ya retirándose, sólo para volver a empujar con la misma fuerza y rapidez.

"Creo que me hago una idea", gemí, con el coño apretándose alrededor de su polla mientras cada embestida me producía oleadas de placer.

Sus labios encontraron mi cuello, succionando besos en mi piel que me hicieron preocuparme de que estuviera dejando marcas. Y, sin embargo, una parte de mí esperaba que lo hiciera. Quería que la gente supiera que yo era suya de una forma que el enorme diamante de mi dedo no podía mostrar. Era un símbolo de nuestro engaño, pero las marcas que dejaba en mi piel eran reales.

Apreté más las piernas a su alrededor como si necesitara que estuviera más cerca, que se quedara a mi lado.

"No puedo creer que te hayas corrido antes en mi polla", murmuró en mi piel. "Eso fue tan jodidamente caliente".

"Nunca lo había hecho", confesé.

Las caderas de Beckett tartamudeaban mientras un gemido ahogado salía de su garganta. "Joder, ¿estás intentando que me corra?"

Saber que podía hacerle perder el control fue un subidón de ego.

"¿Me vas a dejar colgada si lo haces?" Pregunté, sospechando ya la respuesta. Beckett era todo lo contrario a un amante egoísta, y había pasado los últimos ocho días demostrándolo.

Empujó con más fuerza, golpeando dentro de mí, profundo e implacable.

"No", dijo. La respuesta que esperaba. Pero no había terminado. "Si me corro antes que tú, haré todo lo posible para que llegues al orgasmo. Te comeré hasta que grites. Te meteré los dedos hasta que estés tan sensible que no puedas más".

Sus palabras fueron directas a mi coño, una descarga de excitación exacerbada que provocó un chorro de humedad. Casi como un mini orgasmo.

"Joder", gemí, momentáneamente perdida en la imagen mental. "No me estás incentivando para

que te lo ponga fácil".

Las manos de Beckett me apretaron el culo, posesivas y exigentes.

"¿Prefieres correrte con mi boca y mis dedos o con mi polla?" Preguntó.

Era como si me preguntaran si quería un millón de dólares en efectivo o en oro. Seguía siendo un millón de dólares.

"Todas las anteriores", respondí con una risita ahogada.

"Elige una", me instó. "Y dime por qué".

Respiré hondo. Era difícil pensar con Beckett golpeándome. Toda mi energía se iba en éxtasis, y quedaba muy poco para pensar. Pero él esperaba mi decisión y yo no quería decepcionarlo.

"Con tu polla", respondí por fin, con las mejillas encendidas. "Me encanta lo llena que me pones; me encanta lo que siento al apretarte cuando me corro. Es tan satisfactorio y me hace sentir conectada a ti".

No quería que se me escapara esa última parte. Apenas sabía lo que sentía hasta que pronuncié las palabras. Pero si Beckett se dio cuenta, no lo demostró.

"Me encanta correrme dentro de ti", gimió. "Dios, es irreal lo bien que se siente. Tu coño dando espasmos, ordeñando mi polla. La forma en que te arqueas y retuerces".

Gemí, casi sin sentido, por los elogios y el placer que me recorrían.

"Me haces sentir..." Me quedé a medio camino, demasiado perdida en el momento como para articular lo que quería decir.

"¿Sí?" Me obligó a continuar.

Hubo un momento de silencio entre nosotros, interrumpido por los eróticos sonidos de sus embestidas.

"Me haces sentirlo todo", terminé. No tenía otras palabras para describirlo.

"Te lo mereces", dijo, y tuve que preguntarme si habíamos dejado de hablar de sexo y habíamos pasado a algo más profundo.

Pero no tuve oportunidad de seguir el pensamiento. Beckett me apretó aún más contra la pared y movió una de sus manos entre nosotros para poder frotarme el clítoris con el pulgar. Después de eso, no tuve oportunidad de pensar.

"Córrete para mí", dijo Beckett, una orden y una súplica a la vez. "Estoy tan cerca. Quiero que te corras en mí. Recuérdame cómo se siente ese coño perfecto".

Grité, mi cuerpo le respondía como si tuviera línea directa con mi coño. Mi orgasmo estaba ahí, listo para llevarme al límite solo porque Beckett lo dijera.

"Yo también estoy cerca", conseguí decir.

"Entonces córrete, nena, déjate llevar", me dijo, con el pulgar volando sobre mi clítoris, al ritmo de sus caderas. "Hazlo por mí".

Eso fue todo lo que necesité. Enterré la cara en su cuello para no gritar mientras el orgasmo me desgarraba. Estaba casi sin sentido, sintiendo nada más que felicidad y a Beckett. Su fuerza manteniéndome en pie, su pulgar exprimiendo todo el placer de mi clítoris, su polla. *Dios*, su polla.

"Joder", gimió Beckett, y supe que él también se corría. Se retorcía y sacudía dentro de mí, elevando mi placer cada vez más hasta que estuve a punto de saltar por los aires.

Pero entonces los labios de Beckett estaban allí, buscando los míos, uniéndome con movimientos suaves y descuidados. Habíamos superado el punto de la delicadeza; esto era primitivo y puro.

Cuando por fin me bajó al suelo, fue una sorpresa comprobar que el resto del mundo seguía allí. Que no habíamos ascendido a otro plano de existencia.

"Beckett", dije, más por sentir su nombre en mis labios que por otra cosa.

Me besó de nuevo, despacio y lleno de emoción.

Me apoyé en él sobre piernas temblorosas, dejando que soportara mi peso mientras volvía a la tierra. Me acarició la espalda, con movimientos suaves y relajantes que me dejaron lánguida y cariñosa. Me acurruqué en su pecho y le besé suavemente los pectorales.

Dejé escapar un profundo suspiro de satisfacción. Estaba lista para volver al mundo. Inclinándome hacia atrás, con el cuerpo aún zumbando por el subidón de estar con él, no pude evitar preguntar: "¿Y qué es este lugar?"

Beckett sonrió perezosamente, mientras su mano trazaba dibujos ausentes en la parte baja de mi espalda.

"Una zona VIP", dijo. "Hay unas cuantas repartidas por todo el complejo. Privadas, exclusivas, alejadas de la multitud".

"¿Eres el único con acceso?" Pregunté.

"No, el personal y otros invitados VIP también tienen acceso".

Enarqué una ceja. "¿Podría haber entrado alguien aquí mientras estábamos...?"

"¿No es eso parte de la emoción?" Sonrió satisfecho. "No me digas que te estás poniendo tímida ahora después de que prácticamente me hiciste una paja en público".

"Eso fue diferente", me sonrojé. "No estábamos completamente desnudos. Imagínate que nos hubiera pillado alguien del personal".

Beckett se encogió de hombros, completamente desconcertado. Pero parecía que la mención del personal le devolvía la mente al trabajo.

"Tengo unas cuantas reuniones con Juan y los otros subdirectores del complejo mientras estamos aquí. Me aseguraré de que todo está a punto, que las quejas de las críticas no son nada real".

Le pasé los dedos por el pelo de la base de su cráneo, observando su rostro mientras hablaba. Aún le quedaban unos días para terminar el trabajo. Nos íbamos a casa el próximo viernes. Ocho días. El recordatorio me produjo un escalofrío.

Tragué saliva. "El próximo viernes parece... cercano".

Beckett giró la cabeza para mirarme, con el ceño ligeramente fruncido. "Todavía tenemos tiempo".

Pero no lo parecía. La sombra de nuestro regreso a casa se cernía sobre nosotros, pesada e inevitable. Pensé en el trato que habíamos hecho: en que esto entre nosotros era sólo durante nuestra estancia en la isla. Sólo una aventura. Una vez que volviéramos a casa, todo volvería a ser "negocios". Se me oprimió el pecho al pensarlo. ¿Podría realmente alejarme de él, de esto?

"Supongo que deberíamos vestirnos y volver ahí fuera", dije.

Beckett no respondió de inmediato. Se limitó a acercarme, estrechándome contra su pecho. Y por un momento, no necesitamos palabras. Nos quedamos allí, en la tranquilidad de aquella habitación oculta, sabiendo que todo lo que teníamos aquí, en esta isla, pronto no sería más que un recuerdo.

Capítulo 17

Beckett

El viento me tiraba de la camisa mientras caminaba por la playa, con los granos de arena moviéndose bajo mis pies. Mañana, Gabby y yo dejaríamos la isla. Temía ese momento. No quería volver a la fría y dura realidad de Boston. Las últimas dos semanas con Gabby habían sido más de lo que jamás hubiera imaginado. No quería que terminaran.

Se avecinaba una tormenta sobre el océano, con nubes oscuras que se arremolinaban ominosamente en la distancia. Había que avisar al personal del complejo; parte de mi trabajo consistía en asegurarme de que todo funcionara a la perfección, incluso cuando la naturaleza decidía estropearlo todo. Pero al acercarme al patio, el sonido de la música llegó hasta mí, arrastrado por la brisa. Una guitarra hermosa pero melancólica. Y luego estaba su voz, suave, rica y tan condenadamente hermosa que me detuvo en seco.

Gabby.

Me quedé paralizado, medio escondido detrás de un grupo de palmeras. Ella estaba sentada en el patio, escondida donde nadie pudiera verla ni oírla. Estaba completamente absorta en el momento, rasgueando una guitarra y cantando para sí misma como si no le importara nada. No sabía de dónde había sacado la guitarra. No podía estar en su maleta, eso lo sabía.

Se me oprimió el pecho al verla y, por un segundo, olvidé por qué me dirigía al bar. Me había dicho que el accidente le había afectado su voz, que los daños en los pulmones le dificultaban respirar profundamente. Pero ahí estaba, dejando que esa voz -su voz- flotara en el aire como si

estuviera destinada a ser escuchada. Si esta era su voz después del accidente, no podía imaginar cómo había sido antes. Para mis oídos, era perfecta. Y había estado rodeado de suficientes músicos para saberlo.

Me sentí atraído por ella, una hermosa sirena en las rocas, y todo en mí anhelaba sentarme a sus pies y empaparme de su hermosa melodía. Pero no podía acercarme más. Si me veía, se detendría. La conocía lo suficiente como para saberlo. Se contendría, tal vez incluso bromearía al respecto, pero la magia del momento desaparecería. Así que me quedé donde estaba, oculto a su vista, y me limité a escuchar.

La culpa seguía carcomiéndome, ahora seguro de que había sido yo quien le había causado tanto dolor. Oírla cantar así, de alguna manera, lo profundizaba y lo atenuaba. Estaba claro que yo no le había quitado su talento aquel día en las pistas. No podía comparar su voz de antes con la de ahora, pero era increíble. Por otro lado, me hizo darme cuenta de lo mucho que le había robado aquel accidente. Gabby había nacido siendo una estrella. Debería haber sido mundialmente famosa, con una voz como esa.

Me acerqué, sabiendo que en cualquier momento podría verme y el hechizo se rompería. Pero no podía alejarme. Quería deleitarme con el sonido de su voz. Cantara lo que cantara, tenía que ser original. No sólo porque no reconocía la canción, sino porque era Gabby hasta la médula. La letra, la música. Su personalidad, su perspectiva, simplemente brillaban.

Esa guitarra que estaba tocando... era de Courtney. Esa cosa turquesa con destellos. No sabía cómo la había conseguido, pero la tocaba mejor que Courtney. Y también cantaba mejor. Era extraño ver a Gabby con ella ahora, mis dos mundos chocando. Pasado y presente. Quizás incluso el futuro... Sus dedos se movían con facilidad sobre las cuerdas y la melodía que tocaba parecía una extensión de lo que ella era: natural, sin esfuerzo, pura.

Dios, era buena. ¿Por qué dudaba de sí misma? Claro, el accidente le había dejado cicatrices de las que todavía se estaba curando, pero oyéndola ahora, no podía entender por qué pensaba que no tenía talento. Su voz era firme, con una profundidad que me atraía. No sólo admiración, aunque eso era parte de ello. No, era más que eso.

Antes de pensarlo mejor, saqué el móvil y grabé un poco de su canto. Probablemente me odiaría por ello, pero quería recordar ese momento. Era como capturar un trozo de su corazón, algo que rara vez compartía, y sabía que querría conservarlo.

El viento cambió de dirección y ella levantó la vista y me vio. Maldición. Volví a meterme el teléfono en el bolsillo justo a tiempo y le sonreí, tratando de disimular mientras salía de las sombras.

"Hola", dije, apoyándome en la barandilla del patio. "No quería interrumpir".

Las mejillas de Gabby se sonrojaron de un suave color rosado y dejó rápidamente la guitarra a un lado, casi como si se sintiera avergonzada. "No lo hiciste. Sólo estaba ensayando".

"¿Dónde conseguiste la guitarra?" Le pregunté.

"Estaba por ahí tirada, supuse que uno de los huéspedes se lo había dejado aquí e iba a llevarlo a recepción cuando me entraron ganas de tocar".

Decidí no estropear el momento diciéndole que era de Courtney.

"Eres buena", dije, acercándome. "Realmente buena. ¿Por qué no cantas más?"

Se rió, pero había un tono de nerviosismo en su voz. "No sé. No soy exactamente digna de un escenario".

"No estoy de acuerdo", me senté a su lado, mi rodilla rozando la suya. Su presencia era magnética, siempre me atraía. "Deberías pensar en darle otra oportunidad a la música".

Su expresión se suavizó y, por un momento, apartó la mirada para contemplar las olas. "Oscar solía decirme que no era lo suficientemente buena. Que debería dedicarme a la banda y dejar las cosas serias a gente que no hubiera... bueno, que no hubiera pasado por lo que yo he pasado".

Me hervía la sangre. Odiaba que hubieran tratado tan mal a Gabby. ¿Y que usaran sus heridas en su contra de esa manera? Nunca había sido un hombre violento, pero quería darle un puñetazo en toda la cara a ese tipo. Al final había visto el vídeo de su ruptura, cómo había humillado a Gabby delante de toda esa gente. Fue mucho peor de lo que ella había descrito.

Mi mandíbula se tensó. "Oscar es un maldito idiota".

Sonrió y sus ojos azules se iluminaron de una forma que siempre me hacía sentir que estaba haciendo algo bien. "Lo sé. Pero le hice caso. Es difícil no creer a alguien cuando te dice algo suficientes veces".

Extendí la mano y le pasé un mechón suelto por detrás de la oreja. "Tienes mucho talento, Gabby. No dejes que nadie, y menos un imbécil como él, te convenza de lo contrario. Te diré lo

increíble que eres todos los días hasta que te lo creas".

Me miró y parecía que estaba viendo algo nuevo. "Sabes, estar contigo... se siente diferente. He tenido relaciones antes, pero nunca fueron así. Me haces sentir... no lo sé. Como si valiera algo".

Sus palabras me golpearon más fuerte de lo que esperaba. Nunca había pensado mucho en cómo la hacía sentir, no en un sentido profundo, pero al oírla decirlo de esa manera se me apretó el corazón.

Tragué saliva, de repente más vulnerable de lo que nunca me había permitido ser con nadie.

"Yo tampoco sabía que podía ser así", admití. "Contigo... no sé, es como si viera las cosas de otra manera. Eres algo más que... quiero decir, sé que tenemos una relación física, pero también te estás convirtiendo en mi mejor amiga. Y eso es algo que nunca había tenido".

Sus labios se curvaron en una sonrisa y se inclinó hacia mí, apretándolos suavemente contra los míos. El beso no fue apresurado ni desesperado, sino lento y tierno, como si tuviéramos todo el tiempo del mundo. Y por un momento, sentí como si lo tuviéramos.

El viento se levantó de nuevo, susurrando entre los árboles, y recordé por qué estaba aquí en primer lugar. La tormenta. Pero ahora mismo, con Gabby sentada tan cerca, con su calor filtrándose en mi interior, la única tormenta que me importaba era la que se estaba formando entre nosotros, la que podría hundirnos si no teníamos cuidado.

Se apartó un poco y apoyó la frente en la mía. "Esto sienta bien, ¿verdad?"

"Sí", susurré. "De verdad que sí".

Nos quedamos sentados un momento, con los sonidos del océano llenando el silencio entre nosotros. Pero por mucho que quisiera quedarme en esta burbuja, había cosas de las que aún no nos habíamos ocupado. Cosas que no podíamos ignorar para siempre.

"Gabby", dije suavemente, "hay algo de lo que tenemos que hablar".

Sus cejas se fruncieron ligeramente, pero no se apartó. "¿Qué pasa?"

Dudé, las palabras me pesaban en la lengua. Quería contárselo todo, cómo estaba empezando a

sentir cosas que no me había permitido sentir en mucho tiempo, cómo tenía miedo de que todo esto se viniera abajo una vez que abandonáramos esta isla. Pero no podía. Todavía no.

En lugar de eso, asentí hacia el horizonte, donde las nubes de tormenta se habían vuelto más oscuras, espesas y pesadas. "Ya ha salido el sol, pero... se avecina una tormenta".

Gabby siguió mi mirada, con expresión pensativa. "Sí. Parece bastante intensa".

Volví a mirarla, a ver cómo el viento jugaba con su pelo, haciéndolo brillar como el oro bajo la luz mortecina. Era hermosa, más que hermosa. Lo era todo. Y, sin embargo, incluso mientras la miraba, no podía evitar la sensación de que esto era temporal. Que todo lo que teníamos ahora se pondría a prueba cuando volviéramos al mundo real.

"Quiero que esto dure", dije en voz baja. "Lo nuestro. No quiero que sea sólo algo que pasa en una isla".

Sus ojos se iluminaron y me cogió la mano. "Yo tampoco".

Pero incluso mientras lo decía, había dudas parpadeando en sus ojos. Había cosas que no habíamos superado, cosas que nos perseguirían de vuelta a casa. Los dos estábamos arruinados por malas relaciones. Todo se cernía sobre nosotros, como esas nubes de tormenta en el mar.

Por ahora, sin embargo, dejé todo eso a un lado. No quería centrarme en los porqués. Sólo quería disfrutar de la dicha que nos habíamos labrado. Apreté su mano, dejando que el calor de su piel me anclara al momento.

"Lo resolveremos", dijo en voz baja, como si leyera mis pensamientos.

"Sí", acepté. "Lo haremos".

Capítulo 18

Beckett

Las nubes se oscurecían y el viento arreciaba mientras me dirigía a mi destino original, antes de que Gabby me distrajera. Ella se había ido a comprobar algo dentro y yo había continuado mi camino para avisar al personal del tiempo que hacía. La tormenta que se avecinaba en alta mar me tenía en vilo: al estar en la costa, estas tormentas podían ponerse feas rápidamente. Hice señas a un miembro del personal del bar y lo aparté.

"Oye, se avecina una tormenta. Corran la voz y empiecen a prepararse, aseguren todo lo que esté suelto. Va a golpear fuerte".

Asintió, con los ojos muy abiertos, y se marchó a toda prisa. Yo me volví hacia el patio, justo cuando la puerta que había detrás de mí se abrió de golpe. No tuve que girarme para saber quién era. Conocía ese temperamento en cualquier parte.

Courtney.

Entró en el patio con su estilo habitual, la bolsa turquesa de la guitarra colgada del hombro y furia en los ojos. En cuanto vi esa expresión, supe que esto no iba a salir bien.

"¡Beckett!" Gritó, con voz lo bastante aguda como para atravesar el viento racheado.

Contuve la respiración, obligándome a mantener la calma. No quería una escena, no aquí. No

delante de todos estos huéspedes que habían venido a pasar una tarde tranquila junto al océano. Pero por la forma en que se acercó a mí, mantener esto en silencio no era una opción. Di un paso adelante, tratando de encontrarme con ella a mitad de camino y calmar las cosas antes de que llegaran demasiado lejos.

"Courtney, hola..."

"No me digas 'hola'", me espetó, con la voz más alta de lo que me hubiera gustado. La gente ya nos miraba y giraba la cabeza para ver a qué venía tanto alboroto. La presión aumentaba como la tormenta en el mar. "¿De verdad creías que podías pasearte con ella delante de mis narices?"

Exhalé lentamente. "Este no es el momento ni el lugar para esto, Courtney. Hay huéspedes por todas partes".

"¡Como si me importara!" Se burló, alzando aún más la voz. "No puedo creer que intentes sustituirme por esa imitación barata. Primero te roba a ti, ¿y luego mi guitarra? No puedo creer que le hayas dicho todas esas cosas que nunca me dijiste a mí. ¿Cómo puedes decir que nunca has tenido algo así, cuando lo tuviste conmigo?"

Eso me paró en seco. Debía de estar espiando. La idea de que estuviera allí, observando aquel momento privado entre Gabby y yo, me revolvió el estómago.

"Courtney, lo siento si..."

"Oh, ni se te ocurra", interrumpió ella, sus palabras mordaces. "Nunca fuiste ese hombre para mí, ¿verdad, Beckett? Esperé, esperé a que actuaras así conmigo, a que te preocuparas, a que fueras el hombre que yo quería. Pero no, no fui suficiente para ti".

Hice un gesto de dolor. Las palabras me golpearon más fuerte de lo que esperaba. Intenté mantener la voz firme y baja. "Sé que te hice daño. Lo he dicho antes y lo diré otra vez: lamento cómo terminaron las cosas entre nosotros".

Ella entrecerró los ojos, con el fuego ardiendo tras ellos. "Eso es lo único que sabes decir: lo lamentas. Deberías lamentarlo, porque vas a hacerle lo mismo a ella".

Se me retorcieron las tripas y apreté los puños a los lados, intentando mantener el control. "Courtney, no hagas esto".

"No, lo haré", espetó, con una voz lo bastante aguda como para cortar el viento que se levantaba. "No lo entiendes, ¿verdad? ¿Crees que ahora eres diferente? ¿Que sólo porque le hables dulcemente a Gabby y juegues a las casitas no le arruinarás la vida como hiciste con la mía?"

Mi mente daba vueltas. Yo ya no era así. No con Gabby. Lo que teníamos era real, algo más profundo, algo mejor de lo que nunca había tenido con Courtney... ni con nadie. Pero el veneno de las palabras de Courtney se me clavó en la piel y no pude evitar pensar que tal vez no se equivocaba.

"Courtney, por favor", dije, más suave ahora. "Esto no es justo para Gabby. Ella no se merece..."

"¿Justo? ¿Quieres hablar de lo justo?" Echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada amarga y rota. "Nunca se trata de justicia. Todo lo que haces es herir a gente que nunca hizo nada más que quererte".

"Te equivocas, Courtney", le dije, aunque se me revolvían las tripas. "Me preocupo por ella. Esta vez es diferente".

El labio de Courtney se curvó. "Crees que es diferente, pero sigues siendo el mismo tipo. Nunca fuiste capaz de amar a nadie, Beckett. Y si no tienes cuidado, vas a romperle el corazón a Gabby igual que hiciste con el mío. Espero que estés preparado para vivir con eso".

Sus palabras picaron, afiladas y precisas. La culpa empezó a roer los bordes de mi resolución. Porque, ¿y si tenía razón? ¿Y si esto con Gabby estaba condenado a desmoronarse, como todo lo demás en mi vida personal? Había arruinado a Courtney por no ser capaz de darle lo que necesitaba. Había sido tan dulce antes de que le pusiera mis sucias manos encima. ¿Y Gabby? A estas alturas estaba seguro de que ya le había jodido la vida, sólo que ella no lo sabía.

Antes de que pudiera responder, la puerta que teníamos detrás se abrió y Johnny salió al patio. A pesar de la tormenta que se avecinaba, parecía dispuesto a relajarse con su atrevida camisa de estampado tropical. Sus ojos nos miraron a Courtney y a mí, evaluando inmediatamente la situación. Courtney cogió su guitarra, me lanzó una última mirada mordaz y se marchó sin decir palabra.

Johnny enarcó una ceja al verla marcharse y se volvió hacia mí. "¿Qué demonios fue eso?"

Negué con la cabeza, pasándome una mano por el pelo. "Courtney. Está cabreada porque estoy con Gabby".

"Courtney siempre está enfadada por algo", se encogió de hombros, luego inclinó la cabeza hacia el horizonte, donde las nubes de la tormenta se acumulaban densas y rápidas. "Esa tormenta se acerca más rápido de lo que pensaba".

Miré al cielo cada vez más oscuro, pero ya no pensaba en el tiempo. Las palabras de Courtney seguían resonando en mis oídos, y el nudo de culpabilidad que había comenzado en mi pecho era ahora un dolor en toda regla. No podía deshacerme de él, por mucho que quisiera.

"Parece que te vendría bien un trago, hijo", dijo Johnny, dándome una palmada en el hombro.

Asentí, mientras veía a Courtney desaparecer detrás de las palmeras tras las que me había escondido antes, viendo cantar a Gabby.

Podría haber ido peor.

Aunque "peor" aún se sentía como un destino inevitable, especialmente con Courtney al acecho. Nunca debí haberme involucrado con ella. Tenía que preguntarme a cuántas mujeres más había dejado tan mal como a Courtney. Había tenido más aventuras de las que me correspondían y nunca había pensado en ellas después de que terminaran, y Courtney lo había sacado todo a la superficie porque tenía voz, una presencia visible en el mundo. Tal vez se había descontrolado, o tal vez eso era lo que yo le hacía a la gente.

"Aquí tienes", dijo Johnny, entregándome un cóctel y dirigiéndome a una de las mesas apartadas de los pocos huéspedes que seguían sentados en el patio. Me senté, agarrando con demasiada fuerza la fría copa de cóctel.

Johnny me había dado un daiquiri de fresa. Parecía que él estaba bebiendo una piña colada.

"¿En serio?" Le pregunté, indicándole la bebida.

No solía beber cócteles. Yo era más un hombre de bourbon. Y de vez en cuando tequila, si le preguntabas a Gabby. "Parecía que necesitabas un poco de dulzura en tu vida", se rió antes de dar un largo sorbo a su bebida. Soltó un suspiro de satisfacción y se recostó en la silla como si no le importara nada.

Le envidiaba.

"No tienes ni idea", murmuré. Tomé un sorbo vacilante de mi bebida. Carecía de sofisticación, pero su sencillez me aliviaba después del día que estaba teniendo.

"¿Problemas en el paraíso?" Dijo Johnny con una carcajada, mirando hacia la tormenta que aún se estaba gestando en el horizonte.

Mi estómago se tensó.

"Algo así", dije.

"¿Courtney o Gabby?" Me preguntó, y por primera vez desde que le conocía, había un atisbo de seriedad en su tono.

"Soy yo", admití. Estaba hecho un desastre. "Courtney todavía está muy mal por la ruptura, y yo sólo quiero hacer lo correcto por Gabby. Ella es... especial".

"Así que no la cagues", Johnny se encogió de hombros como si fuera tan sencillo.

"Lo intento", dije.

La voz de Gabby llenó mi cabeza mientras recordaba cuando me encontré con ella cantando. Ni siquiera el dulce daiquiri pudo calmar el agrio ardor de la vergüenza y la culpa. Le había robado su oportunidad. Pero tal vez pudiera arreglar las cosas.

"Oye", dije, sacando mi teléfono del bolsillo. "¿Has oído tocar a Gabby?"

Johnny enarcó una ceja, intrigado. "No desde su accidente".

"Es más que buena", le di un golpecito a la pantalla, mostrando el vídeo que había grabado de ella tocando la guitarra y cantando, con una voz clara y cruda, llena de esa determinación que tanto admiraba. "Deberías verlo".

Me quitó el teléfono de la mano, observando atentamente cómo la voz de Gabby llenaba el aire a nuestro alrededor. No era sólo la música, era su presencia, la forma en que te atraía sin intentarlo.

El rostro de Johnny se suavizó mientras escuchaba, asintiendo con la cabeza al ritmo. "Eso es

puro", dijo, casi para sí mismo. "Eso no se oye todos los días".

El orgullo me invadió. "Ella tiene algo especial, ¿verdad?"

Johnny siguió mirando, con los ojos fijos en la pantalla, como si estuviera reconstruyendo algo. Cuando sonó la última nota, me devolvió el teléfono y se inclinó hacia delante en su asiento. "Cuando volvamos a casa, dile que me llame. Creo que podríamos llegar a un acuerdo".

Oír esas palabras de *Johnny -el* Johnny Parsons- me golpeó fuerte. Gabby no tenía ni idea de lo que iba a pasar y me moría de ganas de ver su cara cuando se lo dijera. Se lo merecía. Se merecía mucho más de lo que la vida le había dado.

Pero entonces, como una sombra, el pasado volvió a aparecer. La emoción se apagó y fue sustituida por el conocido sentimiento de culpa. Me quedé mirando el teléfono en la mano, el peso de mi secreto de repente insoportable. Me había estado carcomiendo durante años, pero ahora, con el futuro de Gabby justo delante, ya no podía escapar de él.

"¿Puedo hablarte de algo?" Pregunté, mi voz más tranquila ahora. "Sobre Gabby... y el accidente".

Johnny se reclinó en su silla, observándome atentamente. No dijo nada; se limitó a esperar, como si ya supiera que esto no iba a ser gran cosa. Asintió con la cabeza.

Me obligué a mirarle. "Estoy bastante seguro de que estuve allí. En la montaña. El día que la hirieron".

Johnny frunció el ceño. "¿Qué quieres decir con 'estuve allí'?"

"Quiero decir..." Tragué con fuerza. "Estoy bastante seguro de que la golpeé. Fui yo quien chocó con ella. Es culpa mía que se hiciera daño, que se haya jodido el pulmón. Yo fui quien le costó la plaza en Juilliard. Arruiné sus posibilidades de tener la carrera musical que se merecía".

Decirlo en voz alta fue como arrancar una venda y descubrir que la herida no había cicatrizado. Se había enconado. La mirada de Johnny no ayudó. Conmoción. Incredulidad.

"¿Tú?" Dijo, como si necesitara que se lo confirmara otra vez. "¿Fuiste tú quien la golpeó? ¿Cómo lo supiste?"

Asentí con la cabeza, con la culpa arañándome y seguí explicándole lo de hacer coincidir fechas y alinear circunstancias. "En ese momento no sabía que era tan grave. No pude detenerme inmediatamente porque iba demasiado rápido, pero la busqué después. Cuando la encontré, estaba al pie de la pendiente, ya levantada, alejándose. Pensé que estaba bien. Papá se enteró de lo ocurrido y me interceptó antes de que pudiera ver cómo estaba. Yo sólo... pensé que como estaba caminando, no podía ser tan grave".

Johnny se frotó la mandíbula, asimilándolo todo. "Beckett, eso es... ¿Se lo has dicho?"

"No", la palabra sabía a ceniza. "No sabía cómo hacerlo. He pasado años fingiendo que no era culpa mía. Pero ahora, con todo... Tengo que decírselo. Tengo miedo de que me odie por ello".

La realidad me golpeó como un puñetazo en las tripas. Gabby, con toda su fuerza, todo su fuego, confiando en mí... y yo había sido quien destruyó su futuro sin que ella lo supiera.

Johnny negó con la cabeza, ahora con voz más suave. "Ella merece saberlo. Si te preocupas por ella, tienes que ser sincero".

Tenía razón. Gabby me importaba, más de lo que me permitía admitir. Pero eso no lo hacía más fácil. La idea de que me mirara con dolor en los ojos, sabiendo que yo había sido la causa de todo... era más de lo que podía soportar.

Antes de que pudiera responder, Johnny me lanzó una mirada mordaz. "La quieres, ¿verdad?"

Lo dijo como si fuera un hecho: después de todo, me iba a casar con ella. Si la amaba, tenía que decírselo. Él no sabía que eso tocaba el corazón de mi lucha.

La pregunta flotaba en el aire entre nosotros. Se me aceleró el corazón, pero no me atrevía a pronunciar la palabra. Todavía no. No estaba preparado para eso, no con todo lo demás.

"Yo..."

Una voz aguda interrumpió, cortando el momento como una cuchilla.

"Bueno, eso es algo interesante", dijo Courtney, caminando hacia la mesa con los brazos cruzados y una mirada de suficiencia en su rostro. "Sabía que lastimarías a Gabby. ¿Pero esto?" Ella sacudió la cabeza, la decepción falsa goteando de sus palabras. "Eres peor de lo que

pensaba, Beckett".

Podría haberme pateado por no asegurarme de que realmente se había ido. Tenía la costumbre de quedarse y escuchar conversaciones que no tenían nada que ver con ella. Pero mientras que escuchar la conversación entre Gabby y yo era una violación de la privacidad, que Courtney supiera mi secreto era mucho más peligroso. "Courtney, no te metas en mis asuntos".

Su sonrisa fina y venenosa. "Yo no soy el rompecorazones en esta ecuación, ¿verdad?"

Sus palabras eran una amenaza envuelta en miel, y no me fié de ella ni un segundo. Antes de que pudiera responder, se oyó otra voz, una que no esperaba oír.

"Beckett".

Me giré, y allí estaba mi padre, Slater Sullivan, con un aspecto tan afilado e imponente como siempre.

"¿Qué estás haciendo aquí?" Pregunté, completamente desprevenido.

"Tenemos que hablar", dijo Slater, su tono plano y frío. "Ahora".

Justo cuando pensaba que las cosas no podían empeorar.

Miré por última vez a Courtney, con su sonrisa de satisfacción aún dibujada en el rostro, sabiendo que la tormenta que se avecinaba sobre la isla era la menor de mis preocupaciones.

Capítulo 19

Gabby

La tumbona que tenía debajo estaba húmeda, incluso con la toalla que le había tendido. Quería aprovechar mis últimas horas en la isla antes de irnos. La tormenta había sido intensa pero breve, y el sol del atardecer era visible, bajo en el cielo, pero aún calentándome la piel. La lluvia había caído con fuerza, con truenos que sacudían el cielo, pero ahora todo volvía a ser tranquilo: el sonido del océano era un zumbido suave y distante. Pero a pesar de la calma que me rodeaba, no podía relajarme. Al día siguiente dejaría la isla y lo temía. Beckett y yo habíamos pasado las últimas semanas en una especie de éxtasis, diciéndonos lo mucho que disfrutábamos de nuestro tiempo juntos, pero la preocupación seguía acechándome.

¿Podía confiar en él?

Mis dedos se crisparon, trazando distraídamente una gota de agua a lo largo del reposabrazos. Beckett tenía una reputación, y no era precisamente reconfortante. Las mujeres acudían a él y los hombres parecían respetarlo por ello. ¿Y si todo lo que habíamos compartido aquí -nuestras risas, nuestras charlas nocturnas, la forma en que me hacía sentir que yo importaba- no era más que la versión de Beckett de vacaciones? ¿Un juego al que jugaba cuando había poco en juego, sólo para dejarme atrás cuando volviéramos a casa, a la vida real?

Suspiré y cerré los ojos un momento, dejando que el sol me calentara la cara. No quería pensar así. Pero no podía evitarlo. Una parte de mí siempre estaba en guardia, preparándose para la decepción.

Y no era lo único que me preocupaba. Se me había retrasado la regla. A veces ocurría, ya se me había retrasado antes. Pero era otra preocupación que añadir al montón.

"¿Disfrutando del sol?"

Una voz me sacudió y me sacó de mis pensamientos. Giré la cabeza y allí estaba Courtney, sentada en la tumbona junto a la mía, con una sonrisa de satisfacción en los labios. Ni siquiera la había oído acercarse.

"¿Qué quieres?" Pregunté, sin molestarme en ocultar mi irritación.

Courtney cruzó las piernas y se echó el pelo por encima del hombro.

"Pensé en hacerte un favor", me dijo despreocupadamente, como si se ofreciera a prestarme un libro o algo así. "Tengo información que creo que querrás escuchar".

Me senté más erguida, recelosa al instante. Incluso antes de involucrarme con Beckett, ya sabía que a ella le encantaba el drama y, a juzgar por el brillo de sus ojos, estaba a punto de soltar una bomba.

"Sólo dilo", dije, cruzándome de brazos.

Se inclinó como si estuviera compartiendo un jugoso secreto.

"Beckett fue el que chocó contigo cuando tuviste el accidente. La razón por la que no pudiste ir a Juilliard. Por eso estás aquí en vez de subir a un gran escenario", hizo una pausa, sus ojos brillaban de satisfacción. "Y seamos honestas, con ese pulmón dañado que tienes, nunca lo lograrás. Será mejor que te rindas ahora".

Las palabras golpearon fuerte, como si mi pulmón se hubiera colapsado de nuevo.

¿Beckett? ¿Él fue la razón por la que mi vida se desvió tan bruscamente del camino? ¿La razón por la que no podía cantar como antes? ¿Y de alguna manera, Courtney conocía todos los detalles?

Parpadeé, tratando de procesar, pero Courtney no había terminado.

"Te lo ha estado ocultando todo este tiempo, ¿verdad?" Su voz era venenosa ahora, cada palabra retorciendo el cuchillo más profundo. "También arruinó mi vida, ¿sabes? Ambas somos sus víctimas. Sólo sabe hacer daño a la gente".

No podía respirar. Se me oprimió el pecho a medida que sus palabras iban calando, una tras otra. Beckett era el responsable. La ira que había enterrado durante tanto tiempo -hacia el tipo que había arruinado mi oportunidad en Juilliard- de repente volvió a la vida. El accidente que había intentado olvidar, el dolor que había reprimido... todo era por su culpa. Y nunca me lo había dicho.

"¿Cuánto tiempo te ha estado ocultando esto?" Courtney preguntó, su tono casi burlón ahora. "O tal vez esperaba que nunca te enteraras. Típico de Beckett: nunca reconoce sus errores".

No quería creerle. No quería creer que Beckett pudiera ser tan irresponsable. Pero las dudas me asaltaban. Si era verdad, entonces... entonces todo entre nosotros estaba construido sobre una mentira.

Me levanté bruscamente, cogiendo mis cosas. No podía quedarme aquí sentada escuchándola regodearse.

"He terminado de escucharte", dije, mi voz temblando más de lo que quería. Me di la vuelta y crucé la zona de la piscina, desesperada por alejarme de ella, del veneno que me estaba metiendo en la cabeza. No podía confiar en ella; sabía que era problemática. Pero ¿cómo iba a saber lo de mi accidente o lo de Juilliard si no se lo había contado Beckett? ¿Y por qué demonios se lo había contado a ella?

Necesitaba respuestas. Y sólo había una persona que podía dármelas.

El vestíbulo estaba tranquilo cuando entré, el persistente olor a lluvia se mezclaba con el aire fresco del aire acondicionado. El corazón me latía con fuerza y la mente se me aceleraba. Necesitaba encontrar a Beckett. Necesitaba que me dijera que Courtney mentía, que nada de aquello era cierto.

Me acerqué a la recepción, tratando de mantener la voz firme. "Disculpe, ¿ha visto al Sr. Sullivan?"

El director, Juan, asintió cortésmente. "¿Pregunta por el Sr. Beckett Sullivan o por el Sr. Slater Sullivan?"

Hice una pausa, con el ceño fruncido por la confusión. "Espera, ¿Slater está aquí?"

El director asintió. "Sí, padre e hijo están ahora mismo en el patio. Llevan un rato discutiendo, incluso mientras golpeaba la tormenta. Parecía bastante importante, así que le aconsejaría precaución si piensa interrumpir".

Tragué saliva y se me retorció el estómago. Fuera lo que fuera de lo que estaban hablando, sonaba serio. Pero no podía irme sin más. No después de lo que Courtney había dicho.

Le di las gracias al director y me dirigí al patio. El aire estaba húmedo y el suelo aún mojado por la tormenta. El corazón me latía con fuerza al doblar la esquina y buscarle entre las mesas.

Y allí estaba.

Beckett estaba sentado solo en una mesita cerca del borde del patio, con la mirada fija en su portátil. Parecía sumido en sus pensamientos, con el ceño fruncido y una mano apoyada en el vaso de bourbon que tenía delante. Su mirada me tranquilizó por un momento, pero sólo por un momento. Necesitaba hablar con él, ahora.

Respiré hondo y me dirigí hacia él, pero antes de que pudiera gritar, alguien se interpuso en mi camino.

Slater Sullivan.

"Gabby", dijo suavemente, impidiéndome el paso con una sonrisa forzada. "Veo que estás ansiosa por hablar con Beckett, pero me temo que ahora no es un buen momento".

Me detuve en seco, con la frustración creciendo en mi interior. "Sólo necesito unos minutos. Hay algo importante que tengo que hablar con él".

La expresión de Slater se endureció; sus ojos fríos se clavaron en los míos. "Lo entiendo, pero Beckett tiene trabajo que hacer. Trabajo de verdad. Me preocupa que este... encaprichamiento contigo se esté convirtiendo en una distracción para él".

Encaprichamiento. La palabra me golpeó como una bofetada y me puse rígida. ¿Eso era todo para él? ¿Un encaprichamiento pasajero? No lo creía, no después de todo lo que habíamos compartido. Pero oír a Slater decirlo me hizo dudar.

"¿Qué se supone que significa eso?" Pregunté, con la voz más aguda de lo que pretendía. "¡Soy su prometida!"

La mirada de Slater no vaciló. "Beckett tiene responsabilidades aquí, en el complejo. Es un momento crítico para nosotros. Las críticas negativas se acumulan, las reservas van a la baja, y no puede permitirse distraerse por... asuntos personales".

"Lo entiendo", dije, con mi frustración hirviendo, "pero esto es importante. Necesito hablar con él, Sr. Sullivan".

Sacudió la cabeza, como si yo fuera una niña que no comprendiera la gravedad de la situación. "Tendrá que esperar, Gabby. Lo necesito concentrado. Cuando les dije a mis hijos que tenían que casarse, esperaba que fuera una fuerza tranquilizadora para ellos, no una excusa para eludir responsabilidades. Pero entonces, pensé que elegirían parejas adecuadas para ello".

Su insulto me quemó como una bofetada. Pero ésa era la menor de mis preocupaciones. Cada palabra que salía de la boca de Slater me parecía una barricada. Apreté los puños, sintiendo que chocaba contra un muro una y otra vez.

"Sólo necesito unos minutos", repetí, esta vez más desesperadamente. "Por favor, Sr. Sullivan, déjeme hablar con él".

Pero no se movía. Me dedicó la misma sonrisa tensa y se acercó un paso, alejándome del patio. "No. Me temo que eso no es posible ahora. Deberías dejarlo solo el resto de la noche. Beckett tiene trabajo que atender".

Empezó a guiarme hacia la entrada del complejo y se me encogió el corazón. No me lo podía creer. ¿Era esta la forma de Slater de controlar a Beckett, y de tomar decisiones por él? ¿O tenía razón? ¿Era sólo una distracción?

Volví a mirar a Beckett, que seguía sentado solo en la mesa, con un rostro ilegible desde aquella distancia. ¿Sabía siquiera que estaba aquí? ¿Le importaba?

La mano de Slater estaba firme sobre mi hombro mientras me guiaba a través de las puertas.

Tragué con fuerza, dividida entre mi necesidad de respuestas y la abrumadora sensación de que Slater me estaba dejando fuera, lejos de Beckett. Pero una cosa estaba clara: esta noche no iba a llegar a ninguna parte.

Me dolían los pulmones mientras avanzaba por el complejo. No podía aspirar suficiente aire. Las palabras de Courtney resonaban en mi cabeza.

Mi mente estaba en un ciclo giratorio. No quería creer lo que Courtney había dicho. Sabía que era inestable, pero tal vez tenía razón y Beckett lo causó. Beckett -el mismo hombre del que me he estado enamorando- fue la razón por la que lo perdí todo. La razón por la que no fui a Juilliard, la razón por la que he pasado los últimos diez años reconstruyendo mi vida.

Luché contra una nueva oleada de tristeza y se me hizo un nudo en la garganta cuando las lágrimas amenazaban con derramarse. No quería llorar en público, pero las emociones eran demasiado crudas, demasiado abrumadoras. Ni siquiera podía hablar con Beckett y, a cada minuto que pasaba, mis dudas se hacían más fuertes, arrastrándose como sombras de las que no podía librarme.

¿Era todo esto un retorcido juego para él? ¿Me había estado ocultando este horrible secreto todo este tiempo? ¿Y si sólo estaba... utilizándome? Ya estaba dispuesto a mentir a su padre para conseguir su herencia. ¿Qué le impedía mentirme a mí también? Él había expresado sentimientos más profundos, pero los hombres dicen todo tipo de mierda para mantener a las mujeres en el anzuelo. Había salido con Oscar durante años; lo sabía todo sobre ese ciclo. Las palabras dulces no significaban nada si las acciones no se cumplían.

Se me calentaron las mejillas cuando otra lágrima resbaló por mi cara y me la sequé rápidamente.

Empecé a caminar más deprisa, en dirección a la suite, con la esperanza de encontrar algo de intimidad. Pero justo cuando llegué al camino que conducía a ella, unos pasos aparecieron detrás de mí y una mujer gritó.

"¡Disculpe! ¿Está usted bien?"

Me di la vuelta, parpadeando entre lágrimas. La mujer había sacado el móvil. Antes de que pudiera reaccionar, el chasquido de una foto me pilló desprevenida.

"¿Qué demonios?" Dije, con la voz ronca.

"Soy de Entertainment News Nightly", me dijo, prácticamente salivando ante mi angustia. "¿Por qué está molesta? ¿Es por Beckett Sullivan?"

Oh, Dios. Una periodista. Por supuesto.

Sin responder, giré sobre mis talones y caminé rápidamente por el sendero. Era como volver a ver el vídeo de mi ruptura. Mis momentos más bajos parecían condenados a ser un entretenimiento.

Esto no puede estar pasando.

La suite. Tenía que llegar a la suite. Allí estaría a salvo, lejos de miradas indiscretas, lejos de todo ese ruido en mi cabeza. Un lugar donde pudiera sentarme y pensar qué hacer con toda esta información. Aceleré el paso y pasé por delante de algunos empleados curiosos mientras avanzaba por el sendero que conducía a la suite nupcial.

Había un hombre en mi camino, bloqueando la ruta hacia mi santuario. Estaba a punto de esquivarlo cuando lo reconocí. Johnny.

"Hola, Gabby", dijo con una sonrisa despreocupada, como si mi mundo entero no se estuviera desmoronando.

Me enjugué la cara rápidamente, intentando serenarme. Tal vez ésta fuera una oportunidad para obtener algunas respuestas. Johnny nos conocía a Beckett y a mí; había estado en Vermont cuando tuve el accidente. "Johnny, ¿tienes un segundo?"

Dudó pero asintió. "Claro, ¿qué pasa?"

Tragué saliva. "Es sobre el accidente de esquí... hace diez años", las palabras se sentían espesas en mi garganta.

Los ojos de Johnny parpadearon y, por un segundo, algo brilló en ellos, como culpa. "Mira, creo que sé de qué va esto. Pero tienes que entender la versión de Beckett".

El suelo parecía moverse bajo mis pies. Se me revolvió el estómago.

La expresión de Johnny se suavizó. "Gabby, no fue así. Beckett intentó encontrarte aquel día. Pensó que estabas bien cuando te vio caminando. Si lo hubiera sabido..."

"¿Si lo hubiera sabido?" Le corté. "Esa no es la cuestión, Johnny. La cuestión es que ha tenido

todo este tiempo para confesármelo y no lo ha hecho. ¿Qué dice eso de él?"

Tal vez Courtney tenía razón. Todo lo que Beckett hacía era herir a la gente. Y aparentemente, hablar con cualquiera menos conmigo.

"Mira, entiendo por qué estás enfadada, y no debería haberme involucrado", intentó aplacarme Johnny. "Pero vi el video y..."

Mi corazón se hundió. El video. En el que Oscar me dejó delante de todos y yo hice el ridículo en el escenario.

Se me retorció el estómago. "¿Lo has visto?"

Johnny frunció el ceño. "Sí. Beckett me lo enseñó".

Una sensación de vacío me recorrió el pecho y se me calentó la cara. Sacudí la cabeza con incredulidad. Al parecer, mi vergüenza no tenía límites.

"Claro que sí", murmuré amargamente. "Me alegro de haber podido entretenerlos a los dos".

Johnny arrugó la cara. "Entreten... no, Gabby, eso no es..."

Pero ya no escuchaba. Las piezas estaban encajando, y ninguna de ellas tenía sentido. ¿Beckett había compartido el momento más humillante de mi vida con Johnny? ¿Qué habían hecho: reírse de ello mientras tomaban unas copas?

No podía manejar esto ahora. No después de todo lo que acababa de saber sobre el accidente. Me dolía el pecho por la herida de la traición y estaba a punto de derrumbarme de nuevo.

"Tengo que irme", dije rápidamente, rozando a Johnny y caminando más rápido, sin darle la oportunidad de explicarse. No quería oír ninguna excusa.

La suite era mi único refugio. Beckett probablemente tenía que trabajar por el resto de la noche, pero eventualmente, volvería. Y cuando lo hiciera, yo estaría lista. Ya no iba a huir. Él iba a responder por el accidente. Por el video.

Por todo.

Capítulo 20

Beckett

La puerta de la suite se cerró tras de mí y solté un profundo suspiro. Había sido un día de torbellino, incluso literalmente con aquella breve tormenta. Me dolía todo el cuerpo por la tensión de las últimas horas, y lo único que quería era desplomarme en la cama y cerrar los ojos. Tratar con mi padre era agotador, y hoy incluso más que de costumbre. Había sido implacable, criticando cada decisión que había tomado, diseccionando cada número como si yo fuera un niño aprendiendo a llevar un puesto de limonada y no un hombre adulto que gestiona uno de los complejos turísticos más lujosos del país. Le decepcionaba que no hubiera dado un vuelco mágico al complejo durante mi estancia, como si yo tuviera algún control sobre las críticas o el número de reservas.

Sin embargo, tenía razón en una cosa. Gabby me había distraído. Estar con ella me había demostrado que la vida era algo más que trabajar y lo había aprovechado al máximo. Pero era hora de ponerse manos a la obra.

No era sólo el trabajo lo que me tenía atado de pies y manos. Había algo más profundo que me carcomía. No podía seguir huyendo de lo que le había hecho a Gabby. La conversación con Johnny había sacado todo a la luz. Ese día, presumiendo de esquiar demasiado rápido... todo estaba volviendo para atormentarme.

Y luego estaba Gabby.

No la había visto en toda la noche, y una parte de mí se había sentido aliviada. ¿Cómo demonios

iba a sacar el tema con ella? *"Oye, ¿recuerdas ese accidente que te cambió la vida y te arruinó todo? Sí, yo lo causé. Fue culpa mía"*.

Me pasé la mano por la cara, con la barba incipiente en la mandíbula pinchándome. Gabby merecía saberlo, pero el miedo a cómo reaccionaría me corroía por dentro como una bestia. ¿Me odiaría por ello? ¿Me perdonaría alguna vez? O peor aún, ¿me abandonaría?

Tenía que hablar con ella. No había forma de evitarlo.

Me adentré más en la suite, con la esperanza de poder facilitarle la conversación. Tal vez podría explicárselo de un modo que no arruinara por completo lo que teníamos. Pero en cuanto la vi sentada en el borde de la cama, con los brazos cruzados y la cara tensa por la ira, supe que la esperanza se había esfumado.

Sus ojos se clavaron en los míos y había algo en su mirada que me hizo sentir que el mundo había tocado fondo. No era sólo rabia, era dolor. Y eso era peor que cualquier otra cosa.

"Gabby", empecé, mi voz sonaba demasiado áspera, demasiado cansada.

"No..." Espetó ella, levantándose de la cama y caminando hacia la ventana. "No lo hagas, Beckett".

Me quedé helado, mirándola mientras contemplaba el océano oscuro, con la espalda rígida. Se me retorció el estómago.

"Sé lo del accidente", dijo, su voz apenas por encima de un susurro pero lo suficientemente aguda como para cortar el silencio. "Lo que hiciste".

Me dio un vuelco el corazón.

"Gabby, iba a decirte..."

"¿Ibas a decírmelo?" Se dio la vuelta, con los ojos brillantes. "¿Cuándo, Beckett? Porque hemos pasado mucho tiempo juntos en las últimas dos semanas. O tal vez estabas demasiado ocupada teniendo sexo conmigo como para preocuparte por mis sentimientos. En vez de eso, tuve que enterarme por Courtney Shay, de entre toda la gente".

Abrí la boca para explicarme, pero las palabras se atascaron. Ella tenía razón. Debería habérselo dicho. No era así como quería que fuera la conversación. Quería explicarle cuánto lo sentía, que no sabía lo mal que la había pasado. Pero ahora esas excusas me parecían pobres. Ella me miró fijamente, esperando una respuesta, pero lo único que pude hacer fue quedarme allí como un idiota, sintiendo que la distancia entre nosotros crecía por momentos.

"Increíble", murmuró, sacudiendo la cabeza mientras se volvía hacia la ventana. "Debería haber sabido que esto pasaría. Debería haber sabido que involucrarme contigo era un error".

Sus palabras me dolieron, pero ni siquiera podía culparla. Había metido la pata, eso era irrefutable.

"Nunca quise hacerte daño, Gabby", dije en voz baja, acercándome más. "Ese día... del accidente... no sabía..."

"¿No sabías?" Dejó escapar una risa amarga, cortándome. "¿No sabías que habías provocado el accidente? ¿O no sabías cómo decirme la verdad? Dejaste que te explicara el accidente, que divagara sobre lo peor que me había pasado y todo el tiempo... Y luego te acostaste conmigo como si nada. Tuviste muchas oportunidades de decírmelo, Beckett. Y no lo hiciste".

La voz se le quebró al pronunciar la última palabra y los ojos se le llenaron de lágrimas. Aquello le dolió más que cualquier otra cosa.

Me acerqué a ella, desesperado por arreglar esto de alguna manera, pero ella dio un paso atrás, cruzando los brazos con fuerza sobre el pecho como un escudo. "Eres como todos los demás, ¿verdad? Todas esas personas que me hicieron daño y nunca se molestaron en explicarme por qué. Pensé que tal vez eras diferente, pero..."

Se me apretó el corazón. Quería ser diferente. Quería ser el tipo que hiciera las cosas bien para ella, no peor.

"Lo siento, Gabby. Debería habértelo dicho desde el principio, pero tenía miedo de cómo reaccionarías. De perderte", mi voz bajó como si decirlo en voz alta hiciera que el miedo fuera más real.

Ella no dijo nada por un momento, y el silencio entre nosotros se hizo más pesado que nunca. Finalmente, dejó escapar un suspiro tembloroso.

"Debería haberme quedado en casa", susurró, más para sí misma que para mí. "Debería haber sabido que no debía venir aquí contigo. Nos dejamos llevar por toda esta fantasía: la isla, las puestas de sol, fingir que nada de esto importaba".

No podía discutir con ella. La isla había sido una burbuja, muy bonita, pero una burbuja al fin y al cabo. Nos habíamos dejado atrapar por ella, olvidando que la vida real nos esperaba justo fuera de los muros del complejo.

"Quizá tengas razón", dije, aunque sentía las palabras como ceniza en la boca. "Tal vez venir aquí juntos fue un error. Debería haber venido solo. Centrarme en los negocios, como se suponía que debía hacer".

Los ojos de Gabby se dirigieron a los míos, un parpadeo de sorpresa pasó por su rostro. Había tocado un nervio, pero no estaba seguro de que fuera el correcto.

"Sí", dijo ella, con la voz tensa. "Quizá entonces podrías haber vuelto a tu pequeña vida perfecta. Podrías haber seguido jugando al soltero, haciendo lo que te hace feliz, sin preocuparte por el desastre que dejas atrás".

La amargura de sus palabras me caló hondo y me puse a la defensiva. Yo no pedí este lío. No quería hacerle daño.

"¿Crees que esto es lo que quería?" Le respondí con un disparo, dejando escapar mi frustración. "No planeé nada de esto, Gabby. No quería nada de esto".

Sacudió la cabeza, las lágrimas se derramaron mientras se las enjugaba con rabia. "Supongo que sólo soy otro de tus errores, ¿verdad?"

La habitación se sumió en un tenso silencio. Sentía que estaba al borde de algo y que un movimiento en falso me derrumbaría. No quería hacerle más daño del que ya le había hecho. Era mejor mantener la boca cerrada.

Volvió a darme la espalda, con los hombros caídos. "De todas formas no importa. Nos vamos mañana, ¿no? ¿A qué hora sale el avión?"

Me quedé mirando su espalda, con un dolor hueco en el pecho. Se estaba alejando, se me escapaba de las manos, y no sabía cómo detenerla. O si debía hacerlo.

"Sí", dije en voz baja. "Nos iremos por la mañana. El vuelo es a las once. Son unas cinco horas de viaje de vuelta".

Asintió con la cabeza, sin mirarme. No pude soportarlo. La distancia. La frialdad.

"Esta noche dormiré en el sofá", dije, con voz robótica incluso para mis oídos. Las palabras eran como clavos clavados en un ataúd.

"Probablemente sea una buena idea", murmuró, con un tono plano.

Me quedé allí un momento más, con el aire entre nosotros cargado de todo lo que no nos decíamos. Luego me di la vuelta y me dirigí al salón. Cogí una manta del armario y la tiré en el sofá, hundiéndome en los cojines con una pesadez que parecía arrastrarme hacia abajo.

¿Cómo habían salido las cosas tan mal tan rápido? En un momento, todo estaba saliendo bien, Gabby y yo teníamos algo real. Y ahora... ahora todo se estaba deshaciendo, y yo no sabía cómo detenerlo.

Me quedé tumbado, mirando al techo, mientras el océano cantaba fuera. Mi mente se agitaba, repasando cada momento, cada elección que nos había llevado hasta aquí. Pero por mucho que intentara darle sentido, una verdad permanecía: Le había hecho daño. Le había ocultado la verdad y ahora estaba pagando el precio.

Lo peor era que ni siquiera podía discutir con ella. La había cagado y ahora veía cómo se me escapaba lo mejor que me había pasado en años.

Pensé en la primera vez que conocí a Gabby, en cómo su sonrisa había iluminado toda la maldita habitación, en cómo me había hecho sentir algo que no había sentido en tanto tiempo. Real. Con los pies en la tierra. Feliz.

Pero ahora, esa felicidad se sentía a un millón de kilómetros de distancia.

Y no tenía ni idea de cómo recuperarla.

Las horas se alargaban y el sueño nunca llegaba. El sofá había sido sustituido por algo más cómodo, pero eso no bastaba para acallar mis tumultuosos pensamientos. Mi mente no paraba de dar vueltas, repitiendo los acontecimientos del día, la mirada de Gabby, la forma en que se le

había quebrado la voz al pronunciar mi nombre.

Hacia medianoche, hubo movimiento en el dormitorio. Me incorporé, con el corazón palpitante. Tal vez Gabby venía a hablar. Tal vez resolviéramos esto antes del amanecer.

Pero no salió. La puerta permanecía cerrada y el único sonido era el leve crujido de las sábanas mientras ella se movía, probablemente intentando dormir igual que yo. Echaba de menos abrazarla, y no creía que fuera a tener la oportunidad de hacerlo nunca más.

Capítulo 29

Gabby

La luz del sol que se colaba por las finas cortinas me despertó, aunque no me sentía preparada para afrontar el día. Por un momento, dejé que mis ojos se cerraran de nuevo, deseando poder fingir que la noche anterior aún no había terminado. Pero la cama vacía me hizo recordar todo. La fría voz de Beckett. El dolor que no había podido ocultar.

Me froté la cara, con la cabeza palpitante por una noche agitada de dar vueltas en la cama. Me levanté y salí de puntillas al salón de la suite. Beckett ya no estaba en el sofá, y el sonido del agua corriente me indicó que estaba en la ducha. No me sentía mejor por lo que había pasado entre nosotros. La frialdad de su voz la noche anterior había destrozado algo frágil, algo que no sabía cómo arreglar. Quizá no debería intentarlo.

Con un gran suspiro, cogí el móvil de la mesilla de noche. Tenía una docena de mensajes y llamadas perdidas, y las notificaciones se acumulaban con urgencia. No quería ocuparme de nada ahora mismo, pero la curiosidad pudo más que yo. Junto con una letanía de mensajes, mi aplicación del ciclo menstrual me informó de que llevaba catorce días de retraso. Desplacé la notificación.

El primer mensaje era de Scott. Hice clic en él y se me revolvió el estómago al ver el enlace que me había enviado. Lo abrí y el titular me golpeó en la cara como una broma cruel.

"¿Problemas en el paraíso para Beckett Sullivan y su futura esposa?"

Allí, en primer plano, había una foto mía de la noche anterior, con lágrimas cayendo por mi cara, tensión en mis hombros, la tristeza que no había sido capaz de controlar mientras estaba de pie bajo el sol poniente fuera de la suite. Estaba acompañada de otra foto: el momento de la reunión del instituto en el que me derrumbé en el escenario.

"No. No, no, no..." Susurré, con el corazón latiéndome con fuerza en el pecho. Hojeé rápidamente el artículo, pero el daño ya estaba hecho. Había especulaciones, cotilleos y "fuentes" anónimas que se inventaban historias sobre por qué Beckett y yo estábamos peleando. No importaba que nada de eso fuera cierto. Lo que importaba era que el mundo pensaba que lo era.

Comprobé los demás mensajes. Más enlaces a artículos y un par de mensajes vagos de gente que me preguntaba si estaba bien. El mensaje de Scott era el único con sustancia: Llámame cuando recibas esto. Tenemos que hablar.

Dejé caer el teléfono sobre la cama, con las náuseas subiendo por mi garganta. Era como si el universo me estuviera gastando una broma cruel, sacando a relucir mi humillación pasada y las lágrimas que creía haber dejado atrás. ¿Por qué me seguía ocurriendo esto? ¿Por qué no podía vivir mi vida sin que el mundo me observara, esperando a que volviera a derrumbarme?

Balanceé las piernas sobre el borde de la cama y me llevé las manos al estómago. Me sentía mal, pero no sólo por el artículo. Me corroía una profunda sensación de pavor que llevaba tiempo rondándome por la cabeza. ¿Podría ser...?

Sacudí la cabeza, tratando de desechar el pensamiento. Pero no me dejaba en paz. Se me había retrasado la regla. Más de lo que se considera normal. No quería pensar en ello, y menos con todo lo que me estaba pasando. Pero ahora, con todo el estrés y la forma en que sentía mi cuerpo, ya no podía ignorarlo.

Me levanté rápidamente, necesitaba aire fresco o algo para despejarme. Cuando salí al sol, vi a una empleada del complejo en el camino. Era más joven, quizá de mi edad, y parecía bastante simpática. Sin pensármelo dos veces, me apresuré a acercarme a ella.

"Disculpa", le dije, con la voz un poco temblorosa. Se volvió hacia mí con una sonrisa cortés.

"¿Sí, Srta. Johnson? ¿Hay algo en lo que pueda ayudarla?"

"Um..." Dudé, mirando a mi alrededor para asegurarme de que no había nadie más cerca. Lo último que quería era que alguien me oyera. "¿Hay alguna tienda cerca donde pueda comprar algo... privado?"

Su expresión se suavizó y asintió con la cabeza, pareciendo entender lo que yo no decía. "Hay una pequeña tienda a unos diez minutos de aquí. ¿Qué necesita?"

Se me calentaron las mejillas, pero tuve que confesar: "Una prueba de embarazo".

Sus ojos se abrieron ligeramente, pero no hizo ninguna pregunta. "Puedo ir a buscar una si quiere. Lo haré discretamente".

Me sentí aliviada y cogí el bolso. "Gracias, te lo agradezco mucho. Sólo... toma", saqué todo el dinero que tenía, doscientos dólares, y se los di. "Sólo mantenlo en silencio, por favor".

Dudó, pero luego se embolsó el dinero asintiendo con la cabeza. "No se preocupe. Lo haré".

Se alejó y mi corazón latía con más fuerza. La realidad de todo me golpeó. En unos minutos podría tener la respuesta a una pregunta que no estaba segura de estar preparada para afrontar. Pero tenía que saberlo. No podía seguir ignorándolo.

Me recosté contra un árbol y cerré los ojos un momento. Todo se estaba descontrolando. La pelea con Beckett, el frenesí mediático y ahora esta posibilidad que se avecinaba. ¿Cómo había salido todo tan mal?

Hace sólo unos días, las cosas habían sido casi... perfectas. Me había permitido creer que tal vez, sólo tal vez, podríamos resolver esto. Que Beckett y yo podríamos tener algo real a pesar de todo el desorden de nuestras vidas. ¿Pero ahora? Ahora estaba de vuelta en ese lugar oscuro y desesperanzado que tanto había intentado dejar atrás.

El sonido de unos pasos acercándose me hizo abrir los ojos. La chica regresó con una pequeña bolsa marrón en la mano. Me la entregó sin decir palabra, con expresión amable y comprensiva.

"Gracias", dije, con la voz apenas por encima de un susurro.

Ella asintió. "Buena suerte".

Volví a entrar en la suite, apretando la bolsa contra mi pecho como si fuera una especie de salvavidas. Beckett seguía en el baño principal y agradecí la privacidad. No podía ocuparme de él ahora, no con todo lo que me agobiaba.

Me metí en el cuarto de baño más pequeño que comunicaba con el dormitorio y cerré la puerta tras de mí. Me temblaron las manos al abrir el paquete y el corazón se me aceleró en el pecho. Había llegado el momento. En unos minutos sabría si mi vida estaba a punto de cambiar para siempre.

Seguí las instrucciones mecánicamente, con la mente acelerada. Orinar en el vaso. Sumergir la prueba. Volver a colocar el tapón para que estuviera estéril. Lavarme las manos. Los minutos pasaban y cada uno parecía una eternidad. No podía dejar de pensar en lo que esto podría significar. Un bebé. El bebé de Beckett. ¿Podría realmente manejar eso? ¿Podríamos ambos?

Cuando por fin sonó el cronómetro, me quedé mirando la prueba que tenía en la mano, con la respiración entrecortada.

Positivo.

Fue como si se me hubiera caído el suelo encima. Se me doblaron las rodillas y me senté con fuerza en el borde de la bañera, con la prueba aún agarrada en la mano. Esto no podía ser real. No podía estar ocurriendo.

Pero lo era.

Una lágrima resbaló por mi mejilla y no me molesté en secarla. Todo se había vuelto mil veces más complicado. Y no tenía ni idea de qué hacer a continuación.

Esperé hasta que la puerta se cerró, indicando que Beckett se había marchado, antes de salir del cuarto de baño. Me senté en el borde de la cama y me quedé mirando la prueba de embarazo que tenía en la mano, incapaz de asimilar lo que me decía. Positivo. Embarazada. La palabra bien podría haber estado en luces de neón, parpadeando hacia mí, negándose a dejarme apartar la mirada. El corazón me latía con fuerza y mis pensamientos iban en cien direcciones distintas, pero ninguna parecía tener sentido.

Embarazada. Del bebé de Beckett. El mismo Beckett que anoche había dejado claro que estábamos mejor separados.

Tenía un nudo en la garganta y apenas podía tragar el nudo de emociones que me ahogaba. Esto no se suponía que pasara. No se suponía que llegáramos tan lejos. No debía enamorarme de él. Y ahora... ahora estaba embarazada de él.

Era demasiado. Me arrastré completamente sobre la cama, con las rodillas levantadas hacia el pecho, agarrando la prueba con una mano como si sujetándola con más fuerza fuera a cambiar el resultado. Estaba aterrorizada. Completa y absolutamente aterrorizada. ¿Qué debía hacer ahora?

Un zumbido agudo de mi teléfono me sacó de mis pensamientos. Lo cogí de la mesilla. El nombre de Scott parpadeó en la pantalla y, por un segundo, me debatí entre dejarlo en el buzón de voz, pero algo en mí... se rompió. Necesitaba hablar con alguien. Necesitaba a mi hermano.

"Hola", dije en voz baja, apenas más que un susurro.

"Gabby, gracias a Dios. Llevo toda la mañana intentando localizarte. ¿Estás bien?" Su voz estaba llena de preocupación. "He visto las fotos en todas las redes sociales. Eres tendencia, y no en el buen sentido. ¿Qué ha pasado?"

Tragué saliva y me apoyé en el cabecero de la cama. Las lágrimas amenazaron de nuevo, pero las reprimí. No necesitaba derrumbarme ante Scott ahora mismo. Él necesitaba respuestas. Yo necesitaba respuestas. Y no tenía ninguna.

"No lo sé", empecé, mi voz temblando, "Yo... Es un desastre. Todo es un desastre, Scott".

"Me lo imaginaba. No acabas en las webs de cotilleos llorando en un resort sin que algo vaya mal. ¿Qué está pasando?"

Dudé, insegura de cómo decirlo. ¿Cómo decirle a tu hermano que todo se está desmoronando, que tu vida se ha convertido en algo irreconocible? Pero tenía que decirlo. Tenía que sacarlo.

"Este asunto con Beckett", tragué saliva. Había mentido a mi familia sobre nuestra relación, les había hecho creer que aquello era real. Había evitado pensar en ello, avergonzada de mí misma por no haber dicho nada. Lo justifiqué diciéndome que necesitaba quitarme a Scott de encima. Había firmado un acuerdo de confidencialidad y eso me libraba del problema. Pero necesitaba que alguien lo supiera, y Scott nunca me pondría en peligro. "No era real. Acepté fingir que tenía una relación con él por un estúpido ultimátum que le dio su padre. Pero mientras estábamos aquí, las cosas se volvieron... reales. No lo planeé, pero... No sé".

"Por Dios, Gabby", suspiró, su decepción clara.

Pero esa no era la única bomba que tenía que soltar.

"Y estoy embarazada", solté sin poder contenerme. Las palabras flotaron en el aire, pesadas y reales.

Hubo una larga pausa al otro lado de la línea. Demasiado larga. Casi pensé que había colgado. Entonces, por fin, Scott habló, con voz grave y seria. "¿Estás embarazada?"

"Sí", susurré, secándome las lágrimas que por fin habían empezado a caer. "Estoy embarazada, Scott. Y no sé qué demonios se supone que debo hacer".

"Oh, Gabby..." Exhaló ruidosamente, y pude oír cómo se movía de un lado a otro, probablemente paseándose como siempre hacía cuando estaba estresado. "¿De cuánto tiempo?"

"No lo sé. ¿Tal vez unas semanas? Ni siquiera he procesado esto todavía. Me acabo... de enterar esta mañana. Y estoy enloqueciendo", enterré la cara en la mano, con la prueba de embarazo aún apretada en el puño. "No sé qué voy a hacer, Scott. No sé cómo enfrentarme a esto. Anoche, Beckett y yo básicamente decidimos que estábamos mejor separados. Peleamos, y ahora estoy aquí, y estoy embarazada de él, y yo sólo..."

Las lágrimas brotaron más deprisa y no pude detenerlas. Salían de mí, crudas y desordenadas, como si todo lo que había estado guardando en mi interior por fin se estuviera liberando. Scott no dijo nada durante un minuto, probablemente para darme tiempo a llorar. Él sabía mejor que nadie cómo manejaba yo el estrés: siempre lo reprimía hasta que explotaba.

"Gabby", dijo, ahora con voz más suave, "no quiero parecer duro, pero tienes que ser realista. Estás embarazada del chico, y por todo lo que me has contado todo esto del matrimonio fue una farsa desde el principio..."

"Lo sé", sollocé. "Sé que fue estúpido, ¿vale? Pero no planeé esto. No planeé enamorarme de él".

El suspiro de Scott llegó a través del teléfono, largo y exasperado. "No actúes como si te sorprendiera que terminara así; tú misma te preparaste para salir lastimada, Gabby. Deberías haberlo visto venir. Deberías haber sabido qué clase de tipo es Beckett Sullivan".

Sus palabras dolían, pero no eran falsas. Yo misma me había preparado para esto. Me había dejado arrastrar por algo en lo que no debía confiar. Me había quedado con Oscar, esperando que cambiara, esperando que las cosas funcionaran mágicamente. Y ahora, con Beckett, me había permitido creer en algo que nunca debió ser.

"Tienes razón", admití, con la voz entrecortada. "Siempre he sido un desastre cuando se trata de relaciones. Me quedé con Oscar demasiado tiempo, y ahora esto. ¿En qué estaba pensando, Scott? Estoy embarazada, y Beckett y yo ni siquiera... ya no somos nada".

Scott volvió a suspirar, esta vez con menos frustración y más preocupación. "Gabby, eres mi hermana y te quiero. Pero tienes que dejar de ponerte en estas situaciones. Te mereces algo mejor que esto. Te mereces a alguien que esté ahí para ti. Y ahora mismo, tienes que pensar en lo que es mejor para ti y para ese bebé".

"Ni siquiera sé si puedo hacer esto", susurré, con el peso de todo presionándome. "Siempre he querido tener hijos, pero... no sé cómo ser madre. No es que haya tenido un ejemplo. Apenas tengo recuerdos de antes de que mamá muriera. No sé cómo hacer esto sola, Scott".

"No estarás sola", dijo con firmeza. "Me tienes a mí. Tienes a papá. Lo resolveremos. Pero tienes que venir a casa. Este asunto con Beckett ha terminado. No te quedes allí más tiempo del necesario".

Resoplé, secándome las lágrimas que seguían nublándome la vista. "Hoy vuelo de vuelta. El avión sale pronto y estaré en casa esta noche".

"Bien", dijo Scott, sonando ahora más como siempre. "Estaré en el aeropuerto para recogerte. Resolveremos esto juntos, ¿de acuerdo?"

"De acuerdo", asentí, aunque él no podía verme. Oír su voz, saber que no estaba completamente sola, me ayudó un poco. Pero el miedo seguía ahí, arañándome por dentro.

"Gabby", dijo Scott, suavizando de nuevo su tono, "vas a estar bien. Lo solucionaremos. Sólo... ten cuidado, ¿de acuerdo? No dejes que Beckett te afecte más. No le debes nada".

"Lo sé", dije, aunque las palabras me parecieron huecas. No estaba segura de lo que le debía a Beckett; si es que le debía algo, pero las líneas que nos separaban estaban más enredadas de lo que podía manejar en ese momento.

"Te veré esta noche", dijo Scott. "Y, Gabby... aguanta unas horas más".

"Gracias, Scott. Te veré esta noche".

Cuando terminó la llamada, dejé caer el teléfono en la cama a mi lado, con el pecho aún agitado por los restos de mis sollozos. Me llevé las palmas de las manos a los ojos, intentando detener el torrente de emociones que me invadía.

¿En qué me había metido?

¿Cómo había salido todo tan mal tan rápido?

Enterré la cara entre las manos, la prueba de embarazo seguía a mi lado en la cama como un cruel recordatorio del futuro para el que no estaba segura de estar preparada. Lo único que podía hacer era llorar y esperar que, de algún modo, encontraría la fuerza para afrontar lo que viniera después.

Capítulo 22

Gabby

Era difícil creer que había estado en la República Dominicana hacía sólo tres días. Los lunes por la tarde en *La Taberna de Murphy* solían ser tranquilos. Normalmente no trabajaba los lunes, pero después de pasarme el fin de semana encerrada en mi piso deprimida, necesitaba salir y hacer algo normal.

La cocina estaba vacía excepto por Scott y yo, y el sonido de los platos llenaba el pequeño espacio. Yo estaba de pie junto al fregadero, apilando platos, mirando de vez en cuando el anillo de compromiso que llevaba en el dedo, un peso tanto literal como emocional. Scott estaba en la encimera cortando naranjas y limones para el turno de tarde, sus movimientos eran eficientes y rítmicos.

No dejaba de mirarme la mano. El anillo de compromiso brillaba bajo la tenue luz de la cocina. Una parte de mí no quería quitármelo todavía. Por lo que yo sabía, el trato seguía en pie.

Negocios.

No había sabido nada de Beckett desde que regresamos a casa.

"¿Cuándo vas a devolver eso?" Scott preguntó, su voz cortando a través de mis pensamientos. No levantó la vista del limón que estaba cortando, pero estaba claramente molesto. Después de todo lo que había pasado, Beckett era el enemigo número uno para Scott, y no podía culparlo.

Suspiré, frotando el pulgar sobre el anillo frío. "Mañana", dije. "Lo devolveré mañana".

Scott finalmente levantó la vista; una ceja levantada. "¿Por qué no hoy?"

Me encogí de hombros. "Porque quiero un último día con él, ¿vale? Suena estúpido, lo sé, pero es que... Me gustaba cómo me hacía sentir. Durante unas semanas, me sentí como de la realeza", dejé escapar una pequeña risa, pero no era del todo feliz. "Deberías haberme visto, Scott. La gente en el metro se me quedaba mirando por esta cosa", levanté la mano, admirando cómo el diamante captaba la luz. "Era como ser otra persona. Alguien importante. Supongo que quiero aferrarme a eso un poco más".

Scott dejó el cuchillo y se volvió hacia mí. "Gabby, tú eres importante. No necesitas un anillo de Beckett Sullivan para sentirte así".

Sabía que tenía buenas intenciones, pero no se trataba del anillo en sí. Lo era todo: la breve evasión de la realidad, la aventura, el modo en que Beckett me había hecho sentir el centro de su mundo, aunque solo fuera temporalmente.

"Lo sé", dije en voz baja, mirando de nuevo el anillo. "Pero durante unas semanas, todo parecía... mágico. La República Dominicana era preciosa, Scott. Nos levantábamos, corríamos por la playa, nadábamos en el océano y nos tumbábamos en la arena hasta que se ponía el sol. Era... perfecto", se me quebró un poco la voz al pronunciar la última palabra y me tragué el nudo que se me había formado en la garganta.

Sobre todo, echaba de menos a Beckett. No el estilo de vida multimillonario y de alta sociedad, sino cómo me hacía sentir cuando estábamos solos, riéndonos de alguna tontería, o cuando me acercaba por la noche, con su cuerpo cálido contra el mío bajo aquellas sábanas blancas perfectas.

Scott se cruzó de brazos y su expresión se endureció. "¿No te ha hecho suficiente daño? Estás mejor sin él, Gabby. Lo sabes, ¿verdad?"

Me mordí el labio. Tenía razón, por supuesto. Beckett y yo habíamos acordado -no, decidido- que estábamos mejor separados. Y, sin embargo, aquí estaba yo, aferrada a ese estúpido anillo como si tuviera algún tipo de poder sobre mi corazón.

"No sé cómo voy a hacer esto, Scott", susurré, mirando los platos del fregadero. "¿Cómo se supone que voy a criar a un bebé yo sola? ¿Qué le digo a Beckett? ¿Cómo le digo que tiene un hijo en camino y que ahora tenemos que hablar de abogados y acuerdos de custodia? No quiero

que sea así. No quiero que sea tan... frío".

¿Qué sentiría al sentarme frente a él, rodeada de abogados, cuando sabía lo que era sentirme segura y cuidada en sus brazos? ¿Cuando supe lo que era experimentar el placer que sólo él podía darme? Todos esos momentos, enredados juntos en las sábanas, no era sólo el increíble sexo. Era la conexión.

Se me llenaron los ojos de lágrimas, pero las enjugué, decidida a no llorar. Aquí no. Ahora no.

Scott dejó escapar un pequeño suspiro y cogió otro limón. "Al menos Beckett está forrado. No tendrás que preocuparte por el dinero, y probablemente él dará un paso adelante como padre. Imagínate si te hubiera embarazado Oscar. Ese tío ni siquiera puede mantener un trabajo durante más de seis meses".

Me estremecí al oír hablar de Oscar. No hacía tanto tiempo que mi vida estaba ligada a la suya, e inmediatamente me puse a la defensiva ante la brusquedad de Scott. Pero él también tenía razón. Beckett era una opción mucho mejor a la hora de criar a un hijo, pero eso no hacía nada de esto más fácil.

"Sí, pero no quiero que se trate de eso", murmuré, frotándome las sienes. "Es que...", la voz se me atascó en la garganta, "no quiero sentirme fracasada".

"No eres un fracaso", dijo Scott, cortando otro limón. "Sólo estás... aprendiendo de la manera difícil. Lo resolverás. Y yo estaré ahí, pase lo que pase. Nos aseguraremos de que tú y el bebé estén bien".

Intenté sonreír, pero la sonrisa fue débil y forzada. "Gracias, Scott".

De repente, maldijo, y miré hacia él para verle levantando la mano, con un corte en el dedo del que manaba sangre. "Mierda, estoy sangrando".

"¡Dios, espera!" Rápidamente cogí una toalla limpia y la pasé por agua caliente, corriendo hacia él. "Déjame ver".

"No pasa nada; sólo es un pequeño corte", refunfuñó Scott, pero estaba claro que le dolía. Envolví la toalla alrededor de su dedo, presionando suavemente. "Tienes que tener más cuidado".

"Sí, bueno, tal vez si no estuviéramos hablando de toda esta mierda pesada, me concentraría mejor", murmuró, haciendo una mueca de dolor cuando apreté la toalla.

"Vale, vale", dije, intentando no reírme. "Sólo mantén la presión".

Me acerqué para cerrar el grifo, pero con las prisas tiré una botella de jabón al fregadero. Salpicó el agua caliente y las burbujas subieron a la superficie.

"Maldita sea", murmuré, hundiendo la mano en el agua jabonosa para recuperarla. Mientras buscaba el jabón, sentí un extraño vacío en el dedo.

Me quedé helada.

El anillo.

Mi anillo de compromiso. No estaba en mi dedo.

El pánico se apoderó de mí cuando saqué la mano del agua y me quedé mirando horrorizada el dedo desnudo. "Dios mío. Scott... Mi anillo. Ha desaparecido".

"¡¿Qué?!" Scott me miró, con los ojos muy abiertos. "¿Dónde diablos se fue?"

"¡No lo sé!" Grité, sumergiendo frenéticamente ambas manos en el agua jabonosa, tanteando en busca del anillo. "Se me debe haber caído cuando metí la mano en el fregadero. Oh no, no, no..."

Scott se puso rápidamente a mi lado y los dos empezamos a buscar en el fregadero, con las manos metidas en los platos enjabonados, pero no había ni rastro del anillo. El corazón me latía con fuerza en el pecho y respiraba entrecortadamente.

"Vaciemos el agua con cuidado", sugirió Scott. Siempre la voz de la calma. "Mantendremos la rejilla en su lugar, eso debería atraparlo".

"De acuerdo", acepté. Aunque me preocupaba que el anillo pudiera colarse por los agujeros de nuestro fregadero industrial, incluso con la rejilla colocada. Pero teníamos que hacer algo.

Poco a poco, fuimos vaciando el agua. Rebusqué en el agua jabonosa, pero incluso una vez

escurrida toda, no había rastro de él.

"Lo encontraremos", dijo Scott, tratando de mantener la calma. "Probablemente se atascó en el desagüe o algo así".

Pero el pavor se hundía en mi estómago. El anillo había desaparecido.

Se me llenaron los ojos de lágrimas al darme cuenta de la enormidad de lo que acababa de ocurrir. El anillo, lo único que me quedaba de mi tiempo con Beckett, había desaparecido.

"Lo siento mucho, Gabby", dijo Scott, con la voz baja. "Llamaremos a un fontanero. Tal vez puedan..."

"No es por el anillo", me atraganté, con lágrimas cayendo por mi cara. "No es por el anillo, Scott".

Hizo una pausa, observándome con preocupación. "¿Qué quieres decir?"

Enterré la cara entre las manos, los sollozos por fin se soltaron. "Es todo. Mi vida... fue perfecta durante un tiempo. Sólo por un tiempo. Y ahora... ahora todo está desordenado. Beckett, el bebé, todo... todo se está desmoronando".

Scott me puso una mano en el hombro, pero sus palabras no me llegaron. Estaba demasiado perdida en el torrente de emociones que llevaba días acumulando. El anillo fue la gota que colmó el vaso.

Había querido un día más para sentirme como una princesa, pero en lugar de eso, lo estaba perdiendo todo. Todo lo que una vez me había hecho sentir feliz, segura y completa se me había escapado de las manos, igual que aquel maldito anillo.

Y ahora, no sabía cómo recuperarlo.

Capítulo 23

Beckett

Me senté en un rincón de mi ático, bebiendo el mismo vaso de bourbon que había estado mirando durante más de una hora. El líquido ámbar se movía perezosamente en el vaso, reflejando la luz del atardecer que entraba por las ventanas del suelo al techo. Habían pasado tres días desde que volvimos de la República Dominicana y no podía concentrarme. No dejaba de pensar en Gabby y en cómo las cosas se habían descontrolado. Grant y Porter estaban sentados al otro lado de la habitación, hablando en voz baja sobre algo relacionado con el trabajo, pero yo no escuchaba. Tenía la cabeza demasiado ocupada con ella.

"¿Estás bien?" La voz de Porter se coló en mis pensamientos y levanté la vista, obligándome a asentir.

"Estoy bien", contesté. Pero todos sabíamos que estaba lejos de estarlo.

"Te he visto desgraciado antes", dijo Grant, reclinándose en su silla, "¿pero esto? Esto es otra cosa. ¿Cuál es el plan? ¿Vas a recuperar el anillo, o...?"

El anillo. El maldito anillo. Saqué el teléfono del bolsillo, mirando el nombre de Gabby en la pantalla. Debería quitarme la tirita. Ansiaba volver a verla, aunque sólo fuera para devolverme el anillo, pero la idea de verla me hacía doler el pecho, como si alguien le hubiera dado un mazazo. Tenía que buscar un lugar y una hora para reunirme con ella, pero ¿cómo demonios iba a hacerlo sin volver a arrastrar todo esto por el fango?

Suspiré, pasándome una mano por el pelo. "No sé, tío. Quiero decir, ¿qué se supone que debo decir? 'Oye, siento haberte arruinado la vida, ahora devuélveme el anillo'", la idea me puso enfermo.

La mirada de Grant se suavizó un poco. "No se trata del anillo. Todos lo sabemos".

Porter asintió con la cabeza. "Quieres verla. No se trata de la maldita joya. Así que... no sé, prepara la reunión. A ver qué pasa a partir de ahí".

Respiré hondo y escribí un mensaje.

Beckett: Oye, ¿podemos vernos mañana para que me devuelvas el anillo? Puedo ir a verte.

Me quedé sobre el botón de enviar más tiempo del que debería, con el corazón latiéndome como si estuviera a punto de saltar de un avión. Finalmente, le di a enviar. Los segundos pasaban como horas y mi pulso se aceleraba a cada instante.

Grant se inclinó hacia delante, observándome atentamente. "¿Le has mandado un mensaje?"

Asentí con la cabeza. "Justo ahora. Estoy esperando una respuesta".

Porter se levantó y se acercó a la ventana, con las manos metidas en los bolsillos. "Te estás machacando por esto, Beck. Lo comprendo. Pero no puedes deshacer el pasado. Lo que pasó con el accidente..."

"Debería haberle dicho la verdad hace semanas", mi voz salió más aguda de lo que pretendía. "Joder. No. Debería haberla buscado y haber asumido la responsabilidad. No lo hice. Dejé que el consejo de mierda de papá de 'mantenerlo en secreto' gobernara mi vida y mira adónde me llevó".

"No sabías que era ella", dijo Grant en voz baja. "Ni siquiera la conocías en ese entonces".

"Pero eso no cambia lo que hice. Y debería habérselo dicho en cuanto me di cuenta".

El móvil me zumbó en la mano y miré la pantalla. Se me revolvió el estómago al ver el nombre de Gabby. Abrí el mensaje con una mezcla de esperanza y temor.

Gabby: No puedo quedar mañana. Lo siento.

Eso fue todo. Ninguna explicación. Ninguna oferta de otro momento. Simplemente... nada.

"¿Qué ha dicho?" Preguntó Porter, apartándose de la ventana.

Tragué con fuerza, con un nudo en la garganta. "No puede reunirse conmigo mañana. No dice por qué", se me apretó el pecho y envié otro mensaje.

Beckett: ¿Hay algún día que puedas? Realmente necesito verte.

Me quedé mirando el teléfono, esperando, deseando que volviera a sonar. Pero nada. Los minutos pasaban y estaba claro que esta vez no iba a responder.

"Parece que me está postergando", murmuré, arrojando mi teléfono sobre la mesa. "No quiere verme".

Grant se recostó en la silla y cruzó los brazos sobre el pecho. "O tal vez simplemente no está preparada. Ambos han pasado por mucho".

"Lo sé, pero... pensé que al menos podríamos hablar, ¿sabes? Aunque sólo sea para devolverme el anillo", sacudí la cabeza, frotándome la cara con las manos. "Pero esto... esto se siente como si ella me cerrara completamente. Y no la culpo. Le causé mucho dolor, Grant. Casi la mato en aquel accidente".

"No sabías que estaba tan malherida después del accidente", dijo Porter con firmeza, caminando hacia mí. "No sabías que era con ella con quien habías chocado. Y aunque lo hubieras sabido, papá quería que guardaras silencio. No es como si hubieras tomado esa decisión por tu cuenta".

"Sí, bueno, eso no cambia lo que pasó, y no hace que esté bien. Ella lo perdió todo por mi culpa", mi voz se quebró, y odié lo débil que sonaba. Pero era la verdad, y no podía seguir escondiéndome de ella. "Juilliard, su carrera musical... todo se fue por mi culpa".

Hubo un largo silencio mientras mis dos hermanos asimilaban lo que escuchaban. Sabían lo que sentía. No necesitaba volver a explicarlo.

"Ella va a seguir adelante", dije, con la garganta apretada. "Y tengo que vivir con eso".

Grant se removió en su asiento. "¿Quieres que siga adelante?"

La pregunta me golpeó como un tren de mercancías y levanté la vista hacia él, con la mente en blanco. ¿Quería que Gabby siguiera adelante? ¿Realmente quería que encontrara la felicidad con otra persona? Se me revolvieron las tripas al pensarlo, y la imagen de ella en brazos de otro se me pasó por la cabeza. No. Pero, ¿qué otra opción tenía?

"No importa lo que yo quiera", dije finalmente, con la voz hueca. "Ya no se trata de mí".

Porter se sentó a mi lado y me puso una mano en el hombro. "Beckett, sientes algo por ella. No finjas que no lo haces. Así que quizá en vez de esperar a que ella decida qué pasa, deberías luchar por ella".

"Ni siquiera sé si querría que luchara por ella", murmuré, me dolía el pecho de pensarlo. "He metido la pata hasta el fondo".

Grant suspiró, inclinándose de nuevo hacia delante. "Sí, lo has hecho. Pero no eres el mismo de entonces. Has cambiado. Y quizá ella no esté preparada para oírlo ahora, pero en algún momento tendrás que decírselo".

"Lo intento", dije suavemente. "Pero si ni siquiera quiere verme..."

"Entonces dale tiempo", dijo Porter. "Pero no te rindas con ella. Todavía no".

Volví a mirar el teléfono. No sabía si Gabby querría volver a verme, pero la idea de marcharme sin más -de renunciar a ella- me parecía equivocada. En el fondo, sabía que tenía que intentarlo. Aunque me doliera muchísimo.

Justo cuando estaba a punto de servirme otra copa, mi teléfono zumbó en la encimera. Eché un vistazo a la pantalla. Johnny estaba llamando. No estaba de humor para conversar, pero no quería ignorar a Johnny. Deslicé el dedo por la pantalla y contesté.

"Johnny", dije, mi voz más áspera de lo que pretendía. "¿Qué pasa?"

"Beckett, tío, he estado escuchando ese vídeo de Gabby cantando una y otra vez", dijo Johnny, su voz era una mezcla de emoción e incredulidad. "Su voz... es maravillosa. Nunca había oído

nada igual. Antes sonaba totalmente diferente. Tiene esta calidad de respiración, cruda, probablemente debido a sus pulmones, ¿verdad? Las cicatrices, quiero decir. Pero es... maldición, es tan única".

No respondí de inmediato, apretando más fuerte mi vaso. Hablar de Gabby era como abrir una herida que ni siquiera había tenido tiempo de cicatrizar. Johnny, inconsciente de la mina emocional que estaba pisando, siguió adelante.

"Realmente quiero reunirme con ella, Beckett. Creo que tiene algo. Quiero decir, ella podría tener un verdadero futuro en la música si trabajamos juntos".

Se me hizo un nudo en el pecho. Por supuesto, Johnny vería ese potencial en Gabby. Sabía que era especial desde el momento en que la oí cantar. Pero yo no era la persona adecuada para hablar de su futuro. Ya no lo era.

"Ella me dejó, Johnny", dije, mi voz apenas por encima de un susurro. "Se acabó".

Se hizo el silencio al otro lado de la línea durante un segundo. Johnny no era de los que se andan con rodeos, así que algo se veía venir.

"¿No vas a casarte con ella?" Preguntó, con voz cautelosa pero directa, como si no quisiera pinchar la herida, pero no pudiera evitar preguntar.

Solté una carcajada amarga, más para mí mismo que para él. La idea del matrimonio, el futuro que había empezado a imaginar con Gabby, parecía pertenecer a una persona completamente distinta, una versión mejor de mí mismo que nunca había existido.

"Todo estaba condenado desde el principio", dije, con un nudo en la garganta. "Hago daño a la gente, Johnny. Eso es lo que hago".

Ni siquiera intenté ocultar el odio que sentía en mi voz. Era verdad. Le había hecho daño a Gabby, de una forma que ni siquiera podía empezar a compensar. Era como una maldición, algo que llevaba conmigo dondequiera que fuera.

"Beckett, no me vengas con esas gilipolleces", replicó Johnny, su tono más enérgico ahora. "Te conozco desde hace años. No eres perfecto, pero nadie lo es. Y Gabby, hombre, ella es rara. Es pura, inocente, amable. ¿Crees que mujeres como ella crecen en los árboles? No vas a encontrar otra como ella".

Sus palabras me dieron de lleno en las tripas. Por supuesto, sabía que Gabby era especial. Lo supe en cuanto la vi por primera vez en casa de Grant y Molly, y lo confirmé cuando volví a verla en *La Taberna de Murphy*. Pero eso sólo empeoró la situación. ¿Cómo podía justificar estar con ella después de todo lo que había hecho?

"No la viste, Johnny", dije, con la voz hueca. "Ya le arruiné la vida una vez con aquel accidente. Estuvo seis meses en el hospital por mi culpa. Perdió su oportunidad de ir a Juilliard -su sueño- porque no pude mantener mis malditos esquís en la pista. ¿Cómo te recuperas de eso?"

Johnny guardó silencio un momento, pero seguía respirando al otro lado de la línea. Probablemente estaba intentando encontrar las palabras adecuadas para atravesar la niebla de culpa que me nublaba la cabeza.

"Lo entiendo, tío", dijo finalmente Johnny, ahora con un tono más suave. "Pero lo estás enfocando todo mal. Eso fue hace años. Y sí, estuvo mal, pero no lo hiciste a propósito. Fue un accidente. No destruiste su vida, cometiste un error".

Negué con la cabeza, aunque él no podía verme. "Un error que le costó todo".

Johnny no se rendía. "No puedes seguir castigándote por algo que ya está hecho, Beckett. Lo que importa ahora es lo que hagas después. Y he visto la forma en que ustedes dos están juntos. Demonios, todo el mundo ha podido verlo. Te preocupas por ella, y ella se preocupa por ti. No tires eso por la borda sólo porque tienes miedo de cometer otro error".

"No quiere verme", dije con la voz ronca. "Intenté hacer planes para verla mañana, pero me dejó plantado. Le pregunté si había un mejor momento, y ella simplemente... no respondió. Supongo que esa es su respuesta".

Johnny volvió a hacer una pausa; esta vez habló con voz más pensativa. "Quizá necesite espacio. Pero eso no significa que se haya acabado, Beckett. A veces, la gente necesita tiempo para procesar las cosas, sobre todo cuando hay tanta historia. ¿Crees que no está confundida? ¿Herida? Probablemente se siente tan mal como tú".

Cerré los ojos. Quería creer que Johnny tenía razón, que aún había una posibilidad de que Gabby y yo pudiéramos encontrar el camino de vuelta el uno al otro. Pero todos mis instintos me gritaban que la dejara ir.

"No sé si puedo hacerlo, Johnny", dije en voz baja. "No quiero volver a hacerle daño. Lo mejor que puedo hacer por ella ahora mismo es dejarla en paz".

Johnny soltó un suspiro frustrado, y pude imaginármelo pasándose una mano por el pelo, exasperado. "Escucha, tío, entiendo que intentes protegerla, pero no puedes tomar esa decisión por ella. Si vale la pena luchar por ella -y créeme, lo vale-, al menos tienes que intentarlo. Habla con ella. Sé sincero. Dile lo que acabas de decirme. Dile cuánto lo sientes".

Apreté los puños y miré al suelo. Las palabras de Johnny tenían sentido, pero no cambiaban el hecho de que ya le había causado tanto dolor a Gabby. ¿Realmente podía ir tras ella, sabiendo lo que había hecho?

"No lo sé", volví a decir, más para mí mismo que para Johnny. "Simplemente no lo sé".

"Mira, tío, no digo que vaya a ser fácil", dijo Johnny, con tono serio. "Pero ella lo vale. Y tú también".

Ojalá pudiera creerle. Pero ahora mismo, sólo podía pensar en el daño que ya había hecho, en el futuro que Gabby había perdido por mi culpa. Quizá lo mejor que podía hacer era dejarla marchar y esperar que, algún día, encontrara la felicidad sin mí.

"Gracias, Johnny", murmuré, sin saber qué más decir.

"No te rindas con ella", dijo Johnny, con voz firme. "Todavía no".

Terminamos la llamada y colgué el teléfono, más confundido que nunca. Johnny tenía razón en una cosa: Gabby era especial. Y se merecía algo mejor de lo que yo le había dado. ¿Pero podía yo ser el hombre que ella necesitaba? ¿O estaba destinado a seguir estropeando las cosas una y otra vez?

No tenía las respuestas, pero la idea de no volver a verla era un dolor con el que no estaba seguro de poder vivir.

Apenas tuve tiempo de procesar la conversación con Johnny cuando llamaron a la puerta. Grant y Porter intercambiaron miradas y yo fruncí el ceño. No esperábamos a nadie. Cuando abrí la puerta, mi padre estaba de pie, con los brazos cruzados, y su presencia llenó inmediatamente la habitación de tensión. Qué bien. Justo lo que necesitaba.

"Qué conveniente que estén todos aquí", dijo, entrando sin esperar invitación. Sus ojos, fríos y

afilados como siempre, recorrieron la sala como si fuera a inspeccionar a las tropas. "Espero que estén todos preparados para recibir noticias".

Papá no era el tipo de hombre que da buenas noticias a menos que le beneficien de alguna manera, así que me preparé. Mis hombros se tensaron instintivamente cuando volví a sentarme en el sofá. Fuera lo que fuese, no iba a ser agradable.

"El resort en la República Dominicana cerrará sus puertas", dijo, con voz llana pero acusadora. "Con efecto inmediato".

Un pesado silencio llenó la habitación, y fue como si me hubieran chupado todo el aire.

La mirada de papá se posó en mí, y ya podía ver hacia dónde se dirigía esto. "Beckett", dijo, entrecerrando los ojos. "Se suponía que tenías que supervisar las operaciones allí. Era tu proyecto. Dejaste que se desmoronara".

Apreté la mandíbula, negándome a dejarle ver cuánto dolían sus palabras. Pero lo hicieron. Había fracasado. No sólo con el negocio, sino también con Gabby. Todo se estaba desmoronando a la vez, y que papá apareciera para darme una patada mientras estaba en el suelo no ayudaba.

"Lo sé", dije, con la voz tensa. "Metí la pata".

Mi padre se cruzó de brazos, claramente poco impresionado. "Meter la pata no vale en esta familia, Beckett. Nos has costado millones. ¿Tienes idea de lo que significa este fracaso? No puedes meter la pata y seguir adelante. Hay consecuencias".

Como si volviera a ser un niño, delante de papá después de una de mis muchas meteduras de pata adolescentes, esperando el inevitable sermón sobre cómo no estaba haciendo honor al apellido Sullivan. Pero ya no era un niño, y no iba a quedarme aquí parado y aceptarlo como solía hacer. No cuando todo lo demás en mi vida ya se estaba desmoronando a mi alrededor.

"Sí, lo entiendo", espeté, poniéndome de pie para mirarle. "Soy plenamente consciente de que he fallado, ¿de acuerdo? No tienes que sermonearme".

Papá enarcó una ceja, pero antes de que pudiera decir nada más, Grant se adelantó y me puso una mano en el hombro. "Beckett, ¿podemos hablar?"

Le lancé una mirada, pero él me miró con la expresión de naturalidad que le era familiar. Grant era el diplomático de la familia. Sabía jugar el juego de papá mejor que yo. A regañadientes, le seguí fuera de la habitación.

Una vez que estuvimos fuera del alcance del oído, Grant soltó la mano de mi hombro y se inclinó hacia mí, con la voz baja. "Sabes lo que esto significa para la herencia, ¿verdad?"

Me quedé mirándole un momento, mientras asimilaba sus palabras. Sí, claro. La herencia. La maldita estipulación de que todos teníamos que estar casados a finales de año o lo perderíamos todo. Y aquí estaba yo, no más cerca del altar de lo que había estado hacía un par de meses. De hecho, probablemente estaba más lejos.

"Lo sé", dije apretando los dientes. "Lo estoy arruinando para todos nosotros".

La mirada de Grant se suavizó, pero sólo ligeramente. "Todavía tienes tiempo. Puedes arreglar esto. Pero tienes que averiguar qué estás haciendo con Gabby, Beckett. Esto no puede ser otra relación fallida. Ya no podemos darnos el lujo de esperar, y la prensa hará su agosto con esto".

Me pasé una mano por el pelo, con la presión de todo encima. Gabby. La herencia. El resort en la República Dominicana. Todo era demasiado. Pero cuando pensaba en Gabby, en cómo habían terminado las cosas entre nosotros, nada de lo demás importaba tanto. La verdad es que no.

"Ahora mismo no me importa la herencia", murmuré, apoyándome en la pared. "Sólo puedo pensar en Gabby".

Grant me miró fijamente, con expresión ilegible. "Entonces arregla las cosas con ella".

"No quiere verme", dije negando con la cabeza.

Grant frunció el ceño. "¿Seguro que no es otra cosa? Quizá esté lidiando con sus propias cosas ahora mismo. Dale tiempo".

"Quizá haya terminado conmigo. Quizá sea mejor así", dije, más a mí mismo que a Grant.

Grant no respondió de inmediato; se quedó de pie, con los brazos cruzados, sumido en sus pensamientos. "Mira", dijo por fin, "no digo que no hayas metido la pata. Pero si Gabby significa tanto para ti, al menos debes intentarlo. Averigua por qué se está echando atrás. No asumas que

se acabó. Casi pierdo a Molly cuando cometí el mismo error".

"Ni siquiera sé si puedo arreglarlo", admití, con la voz más baja ahora.

"No lo sabrás si no lo intentas", dijo Grant con firmeza.

Aparté la mirada, contemplando por la ventana la luz mortecina de la tarde. Gabby estaba ahí fuera, en alguna parte, y lo único que quería era volver a abrazarla, deshacer de algún modo el lío que había montado. Pero no sabía si tenía fuerzas para luchar por ella, no después de todo lo que le había hecho pasar. No después de todos los fracasos que había cometido.

Sin embargo, la idea de no volver a verla... era algo con lo que no estaba seguro de poder vivir.

"Me lo pensaré", dije finalmente, aunque mi corazón ya se inclinaba hacia una decisión que no sabía si estaba preparado para tomar.

Capítulo 24

Gabby

Miré a mi cita, intentando concentrarme en lo que decía. Algo sobre su horario de trabajo, lo temprano que tenía que levantarse para cargar los camiones de cerveza. Asentí cortésmente, dando vueltas a mi vaso de agua, pero mi mente estaba lejos de esta cabina, lejos de *La Taberna de Murphy*, que bullía con su energía habitual. Para mí todo era ruido de fondo. Lo único que me rondaba por la cabeza era el mensaje que Beckett me había enviado ayer pidiéndome que le devolviera el anillo.

Mi cita -Charlie- era apacible, educado y seguro. El tipo de chico con el que tu madre te sugeriría que salieras si aún estuviera cerca para hacerlo. Pero carecía de cualquier ventaja, cualquier chispa. Nada que me hiciera querer acercarme o fingir interés. Su pulcra camisa estaba planchada con demasiada perfección y sus manos descansaban sobre la mesa como si estuviera haciendo una entrevista de trabajo, no intentando conectar conmigo. Forcé una sonrisa cuando me hizo otra pregunta anodina sobre mi comida favorita. La pregunta podría haber sido interesante, pero en este caso se trataba más bien de llenar el silencio.

Dios, ¿cómo he acabado aquí?

Fue idea de Scott, por supuesto. Acababa de salir de una mala ruptura y estaba embarazada, no sabía qué estaba pensando, pero le seguí la corriente. Le pillé mirándome desde detrás de la barra. Hacía todo lo posible por no ser obvio, pero me vigilaba, como el hermano sobreprotector que siempre había sido. Después de todo lo que había pasado últimamente, probablemente pensó que yo necesitaba un poco de "normalidad", o lo que fuera su idea de ella. Scott siempre tenía buenas intenciones, aunque me dieran ganas de tirar la servilleta y salir corriendo del bar ahora

mismo.

"Así que, sí, las rutas matutinas son duras. ¿Alguna vez te has levantado tan temprano para trabajar?" Charlie preguntó, su tono suave, al igual que todo lo demás acerca de él.

Parpadeé, dándome cuenta de que esperaba una respuesta. "Sí. Trabajar hasta tarde en la taberna a veces significa que todavía estoy despierta a esa hora", dije, forzando una sonrisa cortés.

"Ah, claro. Debe de ser duro", respondió, asintiendo como si realmente entendiera lo que significaba.

Miré hacia la barra. Scott seguía allí, fingiendo sacar brillo a un vaso, con los ojos discretamente puestos en mí. Creía saber lo que yo necesitaba. Alguien como Charlie, el tipo simpático y de confianza que repartía cerveza en la taberna. Excepto que no había absolutamente ninguna chispa entre nosotros. Ninguna. Nada.

"Sí, puede ser", murmuré. "Pero me gusta el trabajo".

Charlie se inclinó hacia delante, aparentemente ajeno a mi falta de entusiasmo. "¿Has estado alguna vez en las Montañas Blancas? Allí se puede hacer mucho senderismo. Voy casi todos los fines de semana".

"¿Senderismo? No, la verdad es que nunca he ido", dije, con la mente en Beckett y el torbellino de emociones que me inundaba cuando estaba cerca de él. Beckett no era de los que me preguntaban por rutas de senderismo o planes de fin de semana. Cuando estábamos juntos, era como si fuéramos las dos únicas personas del mundo. Con Charlie, era como si estuviéramos leyendo un guión, interpretando el papel de "cita" sin estar realmente en el momento.

"Deberías venir alguna vez", dijo, con una sonrisa esperanzada dibujándose en sus labios. "Es muy tranquilo. Es genial para despejarse".

Luché contra el impulso de poner los ojos en blanco. No podía despejarme la cabeza con Beckett allí metido. Lo único en lo que pensaba era en el embarazo. Nada, ninguna conversación educada ni ninguna cita aburrida, iba a cambiar eso.

No debería haber aceptado seguir con esta farsa. No es justo ni para mí ni para Charlie.

"Tal vez", dije, mirando hacia la barra. Scott me observaba, sus ojos me miraban antes de fingir que estaba ocupado limpiando el mostrador. No podía faltar a esta cita. No con él mirándome, no después de haberse tomado la molestia de organizarla después de que yo cancelara la última vez que lo había intentado, porque yo había llegado a un acuerdo con Beckett.

Charlie no pareció darse cuenta de la pausa en la conversación. "Entonces, ¿qué tipo de música escuchas?" Preguntó, otra pregunta genérica que me dio ganas de gritar.

Suspiré para mis adentros, pero intenté parecer interesada. "Oh, ya sabes, un poco de todo. Solía estar en una banda, así que escucho muchas cosas diferentes".

Sus cejas se alzaron. "¿Una banda? Qué guay. ¿Qué tipo de banda?"

"Tocamos covers, sobre todo. Pero yo canto y toco la guitarra", respondí. La conversación era tan rígida como si estuviéramos marcando casillas en un cuestionario de primera cita.

"Es increíble", dijo, aunque su entusiasmo sonaba forzado, como si realmente no lo entendiera. "Yo tocaba el clarinete en la secundaria, pero no era muy bueno. Me dediqué a los deportes".

Forcé otra sonrisa. "Sí, eso es genial".

Dios, ¿cuánto tiempo había pasado? ¿Diez minutos? ¿Veinte? Ya no lo sabía. Parecían horas. Tuve la tentación de mirar el móvil, pero Scott me estaba mirando y lo último que quería era ofenderle abandonando la cita antes de tiempo. Volví a echar un vistazo y me fijé en los ojos de Scott, que rápidamente apartó la mirada. Le importaba; lo sabía, aunque su versión de la preocupación significara emparejarme con el chico más aburrido del planeta.

Charlie estaba divagando de nuevo, algo sobre rutas de senderismo en New Hampshire. Su voz se desvanecía en el fondo mientras yo me desconectaba, pensando en Beckett, en el bebé, en todo.

"¿Gabby?"

Parpadeé. Charlie estaba esperando a que respondiera a algo que me había preguntado. "Perdona, ¿qué has dicho?"

"¿Te he preguntado si te gusta acampar?" Repitió, con la misma mirada esperanzada.

"Eh... no es realmente lo mío", dije, ofreciendo una débil sonrisa. La idea de pasar un fin de semana en el bosque con él me daba claustrofobia. Quería estar en cualquier sitio menos en esta cabina, fingiendo que me importaba acampar y hacer senderismo cuando lo único que realmente quería era a Beckett. No era culpa de Charlie que yo llevara cuatro días fuera de una relación... y embarazada. Lo sentía por él.

Mientras Charlie hablaba de sus lugares favoritos para acampar, mi atención volvió a desviarse. No fue intencionado -intenté estar presente, escuchar-, pero algo en su voz me sumió en una especie de niebla mental. Mis ojos recorrieron el bar, observando las caras familiares de los clientes habituales. *La Taberna de Murphy* había sido mi hogar desde que tenía memoria y, en noches como ésta, su previsibilidad me reconfortaba. Hasta que mi mirada se posó en la televisión detrás de la barra.

Me quedé helada.

Una imagen familiar apareció en la pantalla, deteniéndome en seco. Era yo. O al menos una versión de mí de otra vida. Allí estaba yo, de pie junto a Beckett, radiante con un vestido de gala en el acto del museo, con aspecto... feliz. Recordaba aquella noche, la emoción, el torbellino de estar con él en aquel glamuroso escenario. Iba de su brazo y, en aquel momento, sentí que éramos las dos únicas personas que importaban.

Pero entonces, la imagen empezó a cambiar. La pantalla se rasgó, una costura digital se rompió, y se me cayó el estómago cuando apareció un titular sobre nuestra ruptura. El texto ni siquiera era sutil.

"¿Beckett Sullivan y Gabby Johnson se separan? El secreto de su separación".

La versión sonriente y resplandeciente de nosotros fue sustituida por una toma de Beckett caminando solo, con aspecto sombrío y la imagen de mi llanto en el complejo.

Me agarré al borde de la mesa, con el pecho oprimido. La sonrisa que había estado forzando en beneficio de Charlie flaqueó cuando mis emociones se apoderaron de mí, indeseadas y abrumadoras. No necesitaba un recordatorio de nuestra ruptura, definitivamente no ahora, no aquí, con este tipo dolorosamente aburrido hablando de excursiones de fin de semana y hogueras. Pero ahí estaba, justo delante de mí, retorciendo el cuchillo.

Luché contra las ganas de llorar. Aquí no. No delante de Charlie. Tragué con fuerza y parpadeé rápidamente, deseando que las lágrimas se quedaran quietas.

"¿Estás bien?" Preguntó Charlie, levantando la vista de su menú. Sus cejas se fruncieron en señal de preocupación, pero no la que yo necesitaba. No del tipo que realmente pudiera entender lo que me estaba destrozando por dentro. "Te ves... no sé, un poco llorosa. ¿Eres alérgica a algo?"

"¿Alérgica?" Hice eco, parpadeando de nuevo para aclarar mi visión. "Oh, uh, sí. Lo soy".

Asintió con simpatía. "Sí, el polen ha sido bastante malo últimamente. Este año ha empeorado. ¿Necesitas un pañuelo o algo?"

Sacudí la cabeza rápidamente, forzando una sonrisa que esperaba no pareciera demasiado forzada. "No, estoy bien, de verdad".

Pero no estaba bien. Ni siquiera estaba cerca de estarlo. La imagen de nosotros dos, Beckett y yo, felices y juntos, me hizo un nudo en la garganta que no podía tragar. El corazón me pesaba como si alguien le hubiera atado unas pesas, arrastrándolo hacia abajo, hacia el pozo que había ido creciendo dentro de mí desde el momento en que terminamos.

Charlie hablaba de otra cosa, pero yo no le oía. Lo único en lo que podía pensar era en aquella foto, en la expresión de mi cara: tan despreocupada, tan felizmente inconsciente de todo lo que vendría después.

Pero Beckett se había ido. Y ningún cotilleo en la tele iba a cambiar eso.

Volví a echar un vistazo a la pantalla, donde seguía la noticia. Las voces de los presentadores estaban apagadas, pero los subtítulos de la parte inferior me decían todo lo que no quería saber. Especulaciones sobre lo que había salido mal. ¿Fue el negocio familiar? ¿Fue culpa de Beckett? ¿Fue culpa mía? Las palabras se arremolinaban y me mareaban. Aparté la mirada, incapaz de soportarlo por más tiempo.

"Lo siento, ¿qué estabas diciendo?" Le pregunté a Charlie, intentando retomar la conversación. Necesitaba concentrarme en algo, en cualquier cosa que no fuera ese titular y la sensación de que estaba a punto de desmoronarme.

"Oh, estaba diciendo que una vez fuimos de excursión al Monte Washington, un desastre total, por cierto, porque mi amigo olvidó el..."

Su voz volvió a apagarse, perdida en el ruido de mis propios pensamientos. El bar me parecía demasiado pequeño, el aire demasiado denso. Me ahogaba en recuerdos de Beckett y de la vida

que podríamos haber tenido juntos.

Le echaba de menos. Le echaba de menos más de lo que podía soportar, y fingir que no lo hacía -en esta cita con un tipo que ni siquiera le llegaba a la suela del zapato a Beckett- era agotador.

Miré hacia la barra y volví a fijarme en Scott. Me hizo un sutil gesto con la cabeza, animándome a aguantar. Pero, ¿cómo iba a hacerlo? ¿Cómo podía quedarme aquí sentada, actuando como si todo estuviera bien cuando mi corazón seguía enredado con alguien a quien no podía tener? Alguien cuyo bebé estaba esperando.

Me obligué a centrarme en Charlie, pero ya no podía más. Las conversaciones triviales, los silencios incómodos, los asentimientos educados... era demasiado. Charlie era dulce, claro, pero no era Beckett. Todo en esta noche había estado mal, desde el momento en que nos sentamos. Volví a mirar a Scott. Seguía detrás de la barra, sirviendo copas, vigilándome como un halcón sobreprotector, pero no podía aguantar ni un minuto más.

"Charlie", le interrumpí lo más suavemente que pude, con voz suave pero firme. Se detuvo a mitad de frase y parpadeó, sorprendido.

"¿Sí?"

"Lo siento mucho, pero no creo que esto funcione. Eres un buen tipo, y aprecio que hayas venido esta noche, pero..." Dudé, insegura de cómo decir lo que realmente quería decir. Que mi corazón no estaba en esto, que no podía darle lo que se merecía porque seguía enredada con otra persona. Que estaba embarazada. "No estoy en el momento adecuado para esto".

Su cara se descompuso ligeramente, pero para su crédito, se lo tomó con gracia. "Sin resentimientos, Gabby. Me dio esa sensación. ¿Quizás en otra ocasión?"

Asentí, agradecida por su comprensión, pero sabiendo que no habría otra ocasión. "Gracias por ser tan amable. Yo me encargo de las bebidas".

"No, no te preocupes", insistió, poniéndose de pie. "Yo me encargo. Y, oye, buena suerte con... lo que sea que tengas en mente".

Le dediqué una media sonrisa, sintiéndome un poco mal por haber terminado tan bruscamente, pero el alivio que sentí cuando salió por la puerta fue innegable. Respiré hondo, tratando de deshacerme de la culpa, y me dirigí a la barra, donde estaban reunidos algunos clientes

habituales.

Scott me miró mientras me sentaba en uno de los taburetes. "No ha tardado mucho", comentó, sin molestarse en ocultar la sonrisa que se dibujaba en sus labios.

"Scott, por favor", suspiré, apoyando los codos en la barra. "Simplemente no hubo conexión".

"Es un buen tipo, Gabby", dijo Scott, como si yo no lo supiera ya. "Normal. Estable".

"Sí, bueno, normal y estable no significa que tenga que forzarme a una cita dolorosa. Y es como si olvidaras que..." Me señalé la barriga y luego lo miré.

Scott negó con la cabeza, pero no insistió. En su lugar, señaló con la cabeza hacia la parte trasera de la taberna. "El fontanero está atrás. Sigue buscando el anillo".

Una punzada de ansiedad me recorrió. Ese estúpido anillo. "Espero que lo encuentre", murmuré, sobre todo para mí misma. Ya era bastante duro pensar en Beckett como para perder su recuerdo. Mi última conexión con la fantasía de que teníamos algo verdadero. Me llevé la mano al estómago. La realidad era mucho más seria. Tampoco sabía cuánto tiempo podría aplazarle la devolución.

Elva, la clienta habitual que me había ayudado a coser el vestido, se inclinó desde su taburete junto a mí, con los ojos brillantes.

"Es bueno que hayas tenido una cita; intenta seguir adelante, cariño. Después de lo que pasó con Beckett, necesitas seguir adelante. No puedes quedarte en el pasado".

"Lo sé", murmuré, revolviendo la bebida sin alcohol que Scott puso delante de mí. Sabía que tenía buenas intenciones, pero el nombre de Beckett hizo que me doliera el pecho otra vez. No estaba segura de poder seguir adelante.

Elva suspiró, una sonrisa comprensiva se dibujó en sus labios. "Aunque, imagino que será duro, volver a salir con alguien después de Beckett Sullivan. ¡Guau!" Se abanicó juguetonamente. "Ese sí que es guapo. No hay muchos hombres como él, ¿sabes?"

Me mordí el interior de la mejilla, intentando controlar mis emociones. Elva tenía razón: no había nadie como Beckett. Nunca lo habría. Pero no era sólo su aspecto o la forma en que podía

llenar una habitación con su presencia. Era la forma en que me hacía sentir cuando estaba con él, como si yo fuera la única persona en el mundo que importaba. En sus brazos, me sentía segura, amada, feliz. ¿Cómo iba a olvidarlo?

Elva me dio unas palmaditas suaves en el brazo. "Quizá sea mejor que intentes olvidarte de él. No querrás caer en la trampa de comparar a todo el mundo con Beckett Sullivan. Nadie estará a su altura si lo haces".

Logré esbozar una sonrisa tensa, pero por dentro me estaba deshaciendo. Olvidar a Beckett sería imposible. Era el hombre que me había enseñado lo que se sentía cuando te cuidaban de verdad, y ahora formaría parte de mi vida para siempre, lo quisiera o no. Estábamos unidos de una forma de la que ninguno de los dos podría escapar.

Porque Beckett no era sólo una parte de mi pasado. Era el padre de mi bebé.

Aún no había procesado del todo esa realidad, no había dicho las palabras en voz alta. Pero era la verdad, y nos uniría para el resto de nuestras vidas. Aunque las cosas nunca volvieran a ser iguales entre nosotros, no podía escapar de él.

Justo cuando estaba sumida en mis pensamientos, mi teléfono zumbó en la barra y el nombre de Johnny Parsons apareció en la pantalla.

¿Qué podría querer Johnny?

Capítulo 25

Gabby

"¿Johnny? Hola, ¿cómo estás?"

"¡Gabby! Me alegro de oír tu voz", dijo Johnny con un suave acento sureño, "¿Cómo está tu padre? ¿Y Billy? ¿La taberna sigue funcionando tan bien como siempre?"

Me moví en mi taburete y eché un vistazo a Scott, que conversaba con un par de clientes habituales. "Sí, todo el mundo está bien. Igual que siempre. Billy habla de retirarse por fin, pero ya sabes cómo va eso".

Se rió entre dientes. "Lo creeré cuando lo vea".

La pequeña charla me puso ansiosa. ¿A dónde quería llegar? ¿Por qué me llamaba así de repente? Golpeé la barra con los dedos, intentando sonar informal. "Así que... ¿qué pasa?"

Johnny dudó un momento y luego fue al grano. "Bueno, seré sincero. He estado pensando en ti. Y en tu voz".

Se me revolvió el estómago. "¿Mi voz?"

"Sí. Intenté decírtelo, Beckett me enseñó un vídeo tuyo, en la República Dominicana. Estabas

sentada allí, rasgando tu guitarra, cantando como si no te importara nada en el mundo. Tengo que decirlo, Gabby, tienes talento".

Mi corazón dio un extraño vuelco ante la mención de Beckett, ante la idea de que me grabara cuando creía que estaba sola. "¿Él... me grabó?"

Espera, ¿eso significa que no le mostró a Johnny el video de mi humillante ruptura?

Johnny se rió, sin darse cuenta de la tirantez de mi voz. "Sí, y me alegro de que lo hiciera. Me dijo que eras especial, ¿y sabes qué? Tenía razón. Quiero oír más. Quiero subirte a un escenario, ver lo que realmente puedes hacer".

Mi mente se quedó en blanco. La idea de volver a cantar en un escenario de verdad me traía muchos recuerdos, la mayoría malos. La última vez que canté fue con Oscar, en la reunión del instituto. "Johnny, no sé si..."

"Escucha, sé que estás ocupada", intervino Johnny, con tono suave pero firme. "Pero tengo una agenda apretada. Sólo estaré en la ciudad unos días. Mañana o pasado mañana podemos hacerlo. Sólo quiero ver lo que tienes en persona".

Eché un vistazo al horario en mi cabeza, mis horas en *La Taberna de Murphy* me tenían ocupada. "Estoy en el bar la mayor parte del día", le dije, sin buscar realmente una salida pero esperando que lo entendiera.

"Entonces iré a tu lado de la ciudad", dijo Johnny como si no fuera gran cosa. "Todo lo que necesito es un escenario, un micrófono y un poco de paz y tranquilidad. Cualquier sitio con altavoces servirá".

La Taberna de Murphy no era una opción, no con el zumbido constante de ruido que llenaba el lugar incluso en sus días tranquilos. Mi mente se agitó, buscando un lugar al que no fuera una pesadilla llegar. Y entonces irónicamente se me ocurrió el lugar donde había celebrado mi reunión del instituto. Era tranquilo, íntimo y local. "Hay un local cerca", me ofrecí, con dudas en la voz. "Ya canté allí una vez. Podríamos vernos mañana, sobre las dos, antes de que empiece mi turno".

Le di la dirección.

"Perfecto", dijo Johnny, y prácticamente pude oírle sonreír a través del teléfono. "Te veré allí".

Me mordí el labio, sintiendo una mezcla de temor y excitación. "Necesitaré que mi ex me preste un micro y amplificadores".

Hubo una pausa, y luego una risa suave de Johnny. "Oye, lo que haga falta, ¿no? Vas a arrasar, Gabby. Lo sé".

Colgué el teléfono y me quedé mirando la pantalla un momento, mi mente zumbaba con la idea de volver a pisar un escenario, sobre todo en aquel lugar donde Oscar me humilló. Ahora le pediría prestado el equipo para audicionar ante alguien que Beckett me había enviado. Un círculo completo en el peor de los sentidos.

Scott se acercó y levantó una ceja. "¿Qué fue eso?"

Sacudí la cabeza, todavía procesando. "Johnny Parsons. Quiere oírme cantar mañana".

Los ojos de Scott se abrieron de par en par. "Espera, algo así como... ¿una audición? ¿Vas a volver ahí fuera?"

"Sí, supongo que sí", murmuré, con la realidad asentándose finalmente sobre mí.

Al día siguiente, aparqué delante del piso de Óscar con el corazón latiéndome en el pecho. Hacía tiempo que no venía por aquí, y volver era como entrar en un lugar que creía superado. Pero aquí estaba, tomando prestado el equipo para algo que ni siquiera estaba segura de querer hacer.

Mientras subía las escaleras, me armé de valor. No se trataba de Oscar o del desastre entre nosotros. Se trataba de hacer la audición de hoy para Johnny. Eso era todo.

Llamé a la puerta, temiendo el familiar ceño fruncido de Oscar. En lugar de eso, abrió su compañero de piso, un tipo llamado Trevor, que parecía estar siempre echándose la siesta, a juzgar por su expresión atontada.

"Hola, eh, Trevor", le dediqué una media sonrisa. "¿Está Oscar en casa? Necesito coger algo de su equipo".

Trevor parpadeó lentamente, como si mi presencia aún no se hubiera notado. "No, no está aquí ahora. ¿Qué necesitas?"

"Sólo necesito que me preste el micrófono, el amplificador, unos altavoces... lo normal. Lo tendré todo de vuelta mañana".

Se frotó la nuca, inseguro. "Sí, no sé. Oscar no dijo nada de que fueras a venir. No creo que pueda entregarte sus cosas sin hablar antes con él".

Me mordí la frustración y me apoyé en el marco de la puerta, tratando de mantener un tono de voz ligero.

"Mira, lo entiendo. Pero realmente necesito ese equipo. Tengo una audición importante. Oscar me dejaría llevarlo. Sé que lo haría. ¡Y yo pagué la mitad por ese equipo! No es que no tenga derecho a él".

Trevor arrugó la cara, claramente desgarrado. "No sé, Gabby. No dijo nada, y no quiero meterme en problemas".

Suspiré, sintiendo la presión del paso del tiempo. "Trevor, vamos. Ya me conoces. No voy a salir corriendo con él ni nada de eso. Lo traeré todo de vuelta de una pieza, y Oscar puede gritarme después si quiere. Pero ahora mismo, realmente necesito tu ayuda".

Dudó un momento más y suspiró derrotado, pasándose una mano por el pelo revuelto. "Bien, pero si Oscar se enfada, te culparé a ti".

"Trato hecho", dije, agradecida por no tener que pasarme el resto de la noche convenciéndole. Entré y me dirigí al armario donde Oscar siempre guardaba su equipo.

Empecé a recoger el micrófono, los altavoces y los cables. El peso familiar de todo aquello me hizo retroceder en el tiempo hasta aquellos días en los que Oscar y yo cargábamos con todo aquello de concierto en concierto. Ahora me parecía más pesado, probablemente porque entonces tenía esperanza.

Trevor rondaba torpemente junto a la puerta, observándome mientras recogía lo que necesitaba. "Entonces... ¿Dónde es la audición? ¿Vas a volver a la música o algo así?"

No quería entrar en detalles, pero le debía al menos alguna explicación de por qué estaba asaltando su piso. "Algo así. Mañana tengo una audición en la antigua fábrica del astillero. Johnny Parsons está buscando talentos".

Silbó por lo bajo. "Vaya. No sabía que te movías en esos círculos. Aunque bien por ti".

Forcé una sonrisa. "Sí, bueno, es sólo una audición. Ya veremos cómo va".

Cogí el último altavoz y me lo colgué del hombro, con la mente acelerada por todo lo que aún tenía que preparar. Volví a dar las gracias a Trevor y le aseguré que lo traería todo pronto.

Al salir, el peso del equipo no era lo único que me presionaba. Había algo más pesado, un nudo en el pecho que se me apretaba a cada paso que me alejaba del piso de Óscar.

Mañana iba a ser un gran día. Sólo tenía que sobrevivir.



Volví a entrar en *La Taberna de Murphy*, con el familiar crujido de las tablas del suelo bajo mis pies, pero con la cabeza llena de pensamientos. No podía quitarme de la cabeza que Beckett me había grabado cantando y que lo había compartido con Johnny.

Se me revolvió el estómago de lo enfadada que había estado con él, todo porque lo había entendido mal.

Tal vez Beckett no era tan malo como lo había pintado en mi cabeza. Tal vez me había apresurado a alejarlo. Eso no excusaba el accidente o la mentira. Pero mi determinación estaba empezando a resquebrajarse.

Me dirigí hacia la barra, donde Billy limpiaba el mostrador y mi padre estaba sentado en su taburete habitual, charlando con un par de clientes habituales. El aire estaba cargado de olor a fritanga y cerveza, pero por una vez no me tranquilizó. Necesitaba un consejo, claridad, cualquier cosa que me ayudara a encontrarle sentido a todo esto.

"Hola, cariño", me saludó Billy mientras me deslizaba en el taburete junto a mi padre. "Parece que tienes algo en mente".

"Así de obvio, ¿eh?" Suspiré, apoyando los brazos en la barra.

Mi padre se volvió hacia mí, su expresión se suavizó. "¿Qué pasa, pequeña?"

Tomé aire, sintiendo la pesadez de todo -Beckett, el bebé, la música, todo- aplastándome. "Estoy... confundida. Creía que tenía todo resuelto con Beckett. Que no le importaba, que no era de los que se quedan. Pero ahora no estoy tan segura. En realidad... me apoyaba. Creía en mí".

Billy dejó el trapo que sostenía y se inclinó hacia mí, con su rostro curtido y lleno de la misma preocupación que había tenido por mí desde que yo era una niña. "Entonces, ¿cuál es la verdadera cuestión aquí, Gabby?"

Tragué saliva. "La ruptura con Beckett... fue más dura que con Oscar. Pensé que éramos amigos, al menos. Y ahora no sé qué pensar".

Billy intercambió una mirada con mi padre, que se limitó a asentir con la cabeza. "Quizá no se haya acabado", dijo Billy, con tono pensativo. "Quizá deberías hablar con él".

Dudé, con las manos jugueteando con el borde de una servilleta. Papá y Billy no sabían que estaba embarazada. Lo último que quería era decepcionarles. Pero no podía ocultarlo para siempre.

"Es más complicado que eso", dije. Se me revolvió el estómago. No sabía si eran las náuseas matutinas o la ansiedad. "Estoy... estoy embarazada".

Creí que las cejas de Billy iban a desaparecer de tanto levantarse. La reacción de papá fue más sutil, su rostro se tornó pétreo. Por un momento, la vergüenza amenazó con consumirme. Entonces papá me dio uno de sus abrazos de oso. Como los que solía darme cuando echaba de menos a mamá, o cuando me raspaba la rodilla de pequeña. De los que me hacían sentir que todo iba a salir bien.

"Sabes que te quiero y te apoyo pase lo que pase, ¿verdad?" Dijo papá, con voz ronca.

Asentí contra su pecho, con la garganta apretada por las lágrimas no derramadas.

"Yo también te quiero, papá", me atraganté.

Se apartó y me dio una reconfortante palmada en la espalda.

"Es toda una complicación", admitió Billy. "¿Él lo sabe?"

Sacudí la cabeza.

"¿No crees que eso merece una conversación?"

Tenía razón, pero no podía dejar de preocuparme.

"¿Y si no quiere ser padre? Me dijo cuando empezamos a salir que quería ser soltero para siempre", intenté explicarle. "No creo que haya sitio en ese panorama para un bebé, ni siquiera para una relación de verdad".

"¿Cómo lo sabes con seguridad?" Preguntó Billy, cruzándose de brazos mientras me miraba, con ojos agudos pero amables.

"No lo sé", admití, con la voz apenas por encima de un susurro. "Pero simplemente... parece que sí. Quiero decir, él nunca habló de tener una familia. Tenía muy claro que quería ser libre".

Billy se inclinó sobre la barra, con voz suave pero firme. "Cariño, no lo sabes a menos que preguntes. No puedes suponer lo que siente otra persona. Tienes que hablar con él. Aunque dé miedo, aunque pueda doler, tienes que afrontarlo de frente".

Mi padre asintió con la cabeza. "Billy tiene razón, Gabby. Has pasado por muchas cosas, pero no puedes dejar que el miedo te impida descubrir la verdad. Ya sea sobre el bebé, sobre Beckett o sobre cualquier otra cosa".

Me quedé mirando el mostrador, masticando sus palabras. Hablar con Beckett -enfrentarme a él de verdad- me aterrorizaba. ¿Y si decía todas las cosas que yo temía? ¿Y si me decía que la vida que empezaba a imaginar para nosotros no era posible?

Pero... ¿y si no? ¿Y si todavía había una oportunidad, aunque fuera pequeña?

"Tienen razón", dije finalmente, asintiendo con la cabeza mientras intentaba armarme de valor. "Tengo que hablar con él. Necesito saberlo con seguridad".

Billy sonrió, con los ojos arrugados en las comisuras. "Esa es mi chica".

Justo en ese momento, Scott salió de la cocina trasera, con la cara enrojecida por la emoción, sosteniendo algo pequeño en la mano. "No te lo vas a creer", dijo, cruzando la habitación rápidamente. "Tuvieron que derribar parte de la pared, pero lo encontraron".

Parpadeé, confusa. "¿Encontraron qué?"

Scott sonrió y me entregó algo brillante. "El anillo de compromiso. El fontanero tuvo que rebuscar en las tuberías durante horas, pero al final lo sacó".

Mis ojos se abrieron de par en par mientras miraba el anillo que tenía en la mano. Este anillo había causado tanto drama, había puesto en marcha tantas cosas.

"No me lo puedo creer", murmuré, dándole la vuelta al anillo en la palma de mi mano. Pero ahora no tenía tiempo para pensar en ello. Tenía que ir a una audición y Johnny me estaba esperando.

Me bajé del taburete, metí el anillo en un bolsillo con cremallera de mi bolso y les dediqué a Billy y a mi padre una sonrisa de agradecimiento. "Gracias a los dos. Yo... Hablaré con él. Pero antes, tengo una audición a la que ir".

Mientras me dirigía a la puerta, un destello de esperanza se encendió en mi pecho, débil pero presente. Quizá Beckett me sorprendería. Quizá, por primera vez desde que salí de la República Dominicana, podía permitirme esperar que las cosas fueran diferentes.

Aunque no lo supiera con certeza, merecía la pena averiguarlo.

Capítulo 26

Beckett

Me recosté en el fresco cuero del sofá de mi ático, el sol de la tarde entraba por las ventanas e iluminaba las motas de polvo que bailaban perezosamente en el aire. Grant estaba sentado frente a mí, con una pila de papeles sobre la mesita. Intentaba darle un giro positivo a la abrumadora tarea que nuestro padre nos había encomendado, pero yo simplemente no podía reunir la energía para preocuparme.

"Lo único que tienes que hacer es casarte", dijo Grant, con un tono aparentemente despreocupado mientras rebuscaba entre los papeles. "De todos modos, él no cree en el amor. A papá no le importa si amas a la mujer; sólo quiere verte casado".

Suspiré, con el peso de la responsabilidad colgando de mi cuello como un yugo. O una soga. La idea de encontrar una esposa que cumpliera los requisitos de papá era como una broma cruel. ¿Cómo podía siquiera pensar en eso cuando Gabby seguía tan vívidamente grabada en mi mente? No estaba dispuesto a lanzarme a un arreglo sin amor sólo para satisfacer los caprichos de papá.

Grant me estudió, una mirada de complicidad cruzó su rostro. "La quieres de verdad, ¿no es así?" No era una pregunta, era una afirmación, una simple verdad que flotaba en el aire entre nosotros.

"Sí", admití, con la voz apenas por encima de un susurro. La admisión fue una daga retorciéndose en mi corazón. Me enamoré de Gabby de una forma que nunca creí posible. Cada momento que pasaba con ella se repetía en mi mente: su risa, la calidez de su tacto, el brillo de sus ojos cuando cantaba.

Pero tan rápido como ese calor llenó mi pecho, un escalofrío entró, congelándome en el lugar. La había tenido y la había perdido. Justo en ese momento sonó mi teléfono, el identificador de llamadas se iluminó con el nombre de mi padre.

"Genial", murmuré en voz baja. Grant enarcó una ceja y le hice un gesto con la mano mientras respondía la llamada.

"Beckett", la voz de papá era aguda y cortante. "Necesito que te dirijas a la República Dominicana inmediatamente. Ha habido un acontecimiento en el resort que requiere tu atención. Puede que no tenga que cerrar, pero sólo si hay alguien allí para impresionar a algunos huéspedes VIP".

"¿Ahora mismo?" Pregunté, tratando de mantener la frustración fuera de mi voz. Quería discutir, decirle que tenía otras prioridades, pero era una batalla perdida.

"Sí, ahora. No tenemos tiempo para juegos", espetó. "El nombre Sullivan está en juego aquí. La imagen de la familia lo es todo, Beckett. Recuérdalo".

Sus palabras me golpearon como un puñetazo en las tripas. Todos esos años atrás, recordé cómo me había prohibido acercarme a Gabby después del accidente de esquí. Todo por el maldito apellido. La culpa me había arañado sin descanso. Lo único que había querido era ver cómo estaba, si se encontraba bien, pero papá me había convencido de que sólo conseguiría que la familia se hiciera mala publicidad. Que sería una admisión de culpa. Lo había hecho sonar como si me estuviera protegiendo. No había tenido el valor de enfrentarme a él.

"Lo recordaré", murmuré, cortando la llamada y tirando el teléfono sobre la mesita con una mezcla de rabia y desesperación.

Me desplomé contra el sofá y mis pensamientos se arremolinaron como una tempestad. Me arrastraban en dos direcciones: una me llevaba hacia Gabby, la mujer que había despertado en mí algo que creía muerto desde hacía mucho tiempo, y la otra me devolvía a las asfixiantes expectativas de mi familia.

"Tío, ¿estás bien?" Preguntó Grant, inclinándose hacia delante, con la preocupación grabada en sus rasgos.

"No", dije, con la voz apretada. "No estoy bien. Estoy agradecido por todo lo que me ha dado ser un Sullivan. Pero estoy harto de anteponer los intereses familiares a los míos".

"¿Qué vas a hacer?" Preguntó, cauteloso. Grant siempre había sido el más obediente de todos nosotros. Hasta que conoció a Molly.

Suspiré, con la frustración bullendo en mi pecho. "He estado manteniendo las distancias con Gabby porque me aterra causarle dolor. Pero la verdad es que ya lo he hecho. Lo peor ya ha pasado. Arruiné su vida, y ahora siento que sólo estoy prolongando la agonía".

"¿Qué quieres decir?" Preguntó Grant, frunciendo el ceño.

"Quiero decir que me he estado escondiendo de mis sentimientos. He dejado que el miedo de papá dicte mis decisiones. No puedo seguir haciendo eso. Tengo que arriesgarme a decirle lo que siento de verdad", mi voz era más firme de lo que sentía, pero tenía que seguir adelante.

"¿Y cómo te sientes?" Insistió Grant, despertando su interés.

No lo dudé. "Quiero una verdadera relación con Gabby. Una duradera. Compromiso. Quiero estar con ella, aunque no funcione. Al menos entonces sabré que lo intenté".

"Es un gran paso, Beckett", dijo Grant, con un tono mezcla de admiración y preocupación. "¿Y papá? Se va a volver loco cuando se entere".

"Que se vuelva loco", dije, con mi determinación endureciéndose. "Estoy cansado de tener miedo de lo que papá haga o diga. Me quiere en la República Dominicana y yo no quiero ir. Prefiero quedarme en Boston y buscar a Gabby. Es más importante que cualquier herencia o negocio familiar. Si no lo hago ahora, podría perder mi oportunidad para siempre".

"Claro que sí", dijo Grant, echándose hacia atrás y cruzándose de brazos. "Tienes que hacer lo que sea mejor para ti, no lo que sea mejor para la familia. Esta es tu vida, Beckett. Tú también mereces ser feliz. El tipo de felicidad que tengo con Molly".

Los muros de mi corazón empezaron a derrumbarse poco a poco, cada palabra de Grant astillaba los miedos que se habían acumulado a mi alrededor. "¿Y si no quiere que vuelva? ¿Y si llego demasiado tarde?"

Grant se encogió de hombros, con una pequeña sonrisa en la comisura de los labios. "Entonces al menos lo sabrás. No te pasarás la vida preguntándote 'y si...'. Te lo debes a ti mismo y a ella, averiguarlo".

"Sólo tengo que pensar qué decir", dije, frotándome las sienes como si eso fuera a desenredar de algún modo el nudo de mi mente. "¿Cómo empiezo siquiera?"

"Sé sincero", contestó Grant, con voz firme. "Dile lo que sientes. Ella se lo merece. Y tú te mereces ser sincero contigo mismo".

Una oleada de esperanza se encendió dentro de mí. Estaba harto de que el miedo me controlara. Si alguna vez iba a encontrar la felicidad, tenía que dar ese salto de fe. "De acuerdo", dije, con la resolución instalándose en mi pecho como un cálido abrazo. "Hablaré con ella. Encontraré la manera de arreglarlo".

"Bien. Te respaldaré", dijo Grant, con un deje de orgullo en la voz. "Para lo que necesites, aquí estoy".

Mientras miraba la pila de papeles sobre la mesita, mi mente se aclaró. No dejaría que las exigencias de papá dictaran mi futuro por más tiempo. Era hora de luchar por lo que quería, por lo que necesitaba.

"Gracias, Grant", dije, mi incertidumbre dispersándose un poco. "Creo que realmente necesitaba esta charla".

"Cuando quieras, hermano", respondió, con una sonrisa dibujándose en su cara. "Ahora ve a buscar a Gabby antes de que pierdas los nervios".

Con eso, me puse en pie, con la determinación corriendo por mis venas. Era hora de recuperar mi vida y el amor que había dejado escapar. Casi podía ver la cara de Gabby, oír su risa y sentir el calor de su presencia.

Y esta vez, no lo dejaría pasar.

Me tomé un momento para ordenar mis pensamientos antes de volver a llamar a mi padre. Cada vez que el timbre sonaba, se hacía eco de mi creciente aprensión. Cuando por fin descolgó, su tono era brusco, con el familiar filo cortando el aire. "¿Qué pasa, Beckett? Sabes que estoy ocupado".

"No voy a ir a la República Dominicana, papá", dije, con voz firme a pesar de la incertidumbre que se arremolinaba en mi interior.

"¿Qué?" Su irritación era palpable, una tormenta gestándose tras sus palabras.

Dudé, eligiendo cuidadosamente mis palabras. "Por una vez, sé qué es más importante que el negocio familiar, el dinero o cualquier cosa relacionada con mi herencia: el amor".

Al otro lado se hizo un silencio denso y pesado. Casi podía imaginármelo, con los engranajes girando en su mente, procesando lo que acababa de decir.

"¿Vas a por esa tal Gabby?" Cambió el tono de mi padre, lleno de incredulidad y preocupación. "Johnny me ha dicho que es la chica del accidente de esquí. ¿No le has causado ya suficientes disgustos, hijo? No querrás repetir lo que pasó con Courtney".

La mención de Courtney me hizo dudar. Recordé el caos, las consecuencias públicas y la culpa que me había consumido después. No podía olvidar la cara de Gabby por el daño que le había causado, y eso me hizo vacilar durante una fracción de segundo. Pero rápidamente aparté la duda. "Sé que es un riesgo", respondí, forzando la voz para mantenerme firme, "pero tengo que intentarlo. Gabby se merece esa oportunidad".

"Más te vale estar en el aeropuerto para volar conmigo a la República Dominicana a la hora acordada", advirtió mi padre, con la voz entrecortada por la decepción. "Estás cometiendo un error, Beckett".

La conversación terminó sin solución, con la tensión suspendida en el aire por la despedida no dicha. La línea se cortó y un vacío inquietante se apoderó de mí.

Grant, que había oído mi parte de la conversación, se apoyó en la pared, con los brazos cruzados. "Vaya, eso no salió según lo planeado".

Me pasé una mano por el pelo, paseándome por la habitación. "¿Qué demonios estoy haciendo, Grant? ¿Estoy cometiendo un gran error?"

Se apartó de la pared y se acercó. "Entiendo por qué tienes miedo. Pero tienes que pensar en lo que realmente quieres. ¿Quieres ir a buscar a Gabby o quieres ir a la República Dominicana porque lo dice papá?"

"Claro que quiero ir a buscar a Gabby", dije, mientras la frustración salía a la superficie.

"Tienes que trazar un plan para recuperarla", replicó Grant, con voz firme.

"Un plan..." Murmuré, los engranajes de mi mente empezaban a girar. "Necesito demostrarle que voy en serio, que quiero esto".

Mientras caminaba, en mi mente empezaron a formarse ideas, cada una de las cuales encendía un destello de esperanza. Encontraría la forma de llegar a Gabby, de demostrarle lo profundo de mis sentimientos. Era hora de dejar de esconderme y empezar a luchar por lo que de verdad me importaba.

Capítulo 27

Beckett

Me quedé de pie junto a la ventana, contemplando el horizonte mientras mi teléfono permanecía inútilmente en mi mano. Cuatro llamadas a Gabby. Cuatro veces directamente al buzón de voz. La fría voz automática que me decía que dejara un mensaje sólo conseguía alejarla aún más.

"¿Todavía no contesta?" Preguntó Grant desde el sofá, mirando algo en su teléfono pero sin dejar de mirarme. Había pedido refuerzos para arreglar el lío con papá. Jonas y Porter lo habían dejado todo para ayudar.

Negué con la cabeza, la tensión envolviéndome con más fuerza el pecho. "Nada. No contesta".

Grant suspiró. "Tal vez sólo está ocupada".

Ocupada. Sí, claro.

"Mira, probablemente esté en el trabajo, ¿no?" Jonas intervino desde la barra, donde daba vueltas distraídamente a un vaso de whisky que ni siquiera había bebido. "Si no contesta, podría ser un mal momento".

"O me está evitando", murmuré, paseando por la habitación. "De cualquier manera, tengo que encontrarla".

No estaba acostumbrado a sentirme tan indefenso. Era como intentar agarrarme al agua, que se me escapaba de las manos más rápido cuanto más lo intentaba. Cada parte de mí gritaba que arreglara las cosas con ella, que fuera a verla, que le dijera que lo sentía. Contarle todo.

"Ya sabes dónde podría estar", habló Porter desde la esquina más alejada de la habitación, apoyado en la pared con los brazos cruzados. *"La Taberna de Murphy*, ¿verdad? Si está trabajando hoy, ahí es donde estará".

"O en su piso", añadió Grant, sin dejar de observarme de cerca. "Tiene que estar en uno de esos dos lugares".

Asentí con la cabeza, intentando forzar algo de lógica a través de la neblina de frustración de mi mente. Gabby era una mujer de costumbres. O estaba en el trabajo o en casa. Y si no contestaba al teléfono, eso significaba que tenía que ir a verla. "Sí, tienes razón. Debe de estar en uno de esos lugares".

Grant se puso en pie, cogiendo ya su chaqueta. "Voy a comprobar su piso. Tú ve a la taberna".

El nudo de mi pecho se aflojó ligeramente. Un plan. No era mucho, pero al menos era algo. "Bien. Bien".

"Yo iré al aeropuerto y me ocuparé de papá", añadió Porter, apartándose de la pared. "Iré a la República Dominicana en su lugar. Me aseguraré de que el complejo esté bajo control".

Me invadió una oleada de gratitud. "Gracias, tío. Te lo agradezco".

Asintió brevemente. "Mantén la cabeza fría. No dejes que esto te fastidie".

"No lo haré", al menos, esperaba que no lo hiciera.

Jonas dejó por fin su bebida sin beber. "Yo me reuniré con el abogado y nuestro agente de relaciones públicas. La campaña de desprestigio de Courtney tiene que parar. Veré si podemos presentar algo para acabar con ella".

También estaba agradecido por eso, aunque ahora mismo Courtney era la menor de mis preocupaciones. Asentí agradecido por el apoyo de mis hermanos. A la hora de la verdad, nos cubríamos las espaldas mutuamente.

Grant ya estaba en la puerta, con las llaves en la mano. "Te avisaré si la encuentro. Tú céntrate en la taberna".

"Lo haré", dije, cogiendo mi propio abrigo y dirigiéndome a la puerta. "Gracias, chicos. De verdad".

Mientras nos separábamos, mi mente se agitaba. Gabby tenía que estar en *La Taberna de Murphy*, ¿dónde iba a ir si no? Me había dicho que era su refugio, el lugar al que siempre volvía cuando necesitaba consuelo. Y si no contestaba al teléfono, tal vez no quería hablar. Tal vez estaba tratando de resolver las cosas en su cabeza. Demonios, tal vez estaba esperando que yo viniera a ella.

Me subí al coche y salí del garaje con el corazón palpitante mientras conducía por las calles de Boston. El trayecto me pareció una eternidad y mis pensamientos no dejaban de dar vueltas. ¿Y si realmente no quería verme? ¿Y si ya la había perdido?



En cuanto llegué a *La Taberna de Murphy*, sentí esa opresión familiar en el pecho. El tenue letrero de neón parpadeaba como un faro, atrayéndome. Atravesé la puerta, esperando verla detrás de la barra o hablando con los clientes habituales. En lugar de eso, entré directamente en una pesadilla.

Courtney.

Estaba sentada al final de la barra como si fuera su sitio, con una sonrisa que me hizo estremecerme, aunque sus ojos se iluminaron cuando me vio.

"Beckett", dijo suavemente, agitando un vaso de algo oscuro. "Qué sorpresa".

Apreté la mandíbula, ya me arrepentía de haber venido. "Courtney. ¿Qué demonios estás haciendo aquí?"

Se recostó en el taburete y ladeó la cabeza, como si le divirtiera la pregunta. "Quise visitar el lugar después de que lo mencionaran en las noticias. Gabby se ha convertido en toda una celebridad. Camarera convertida en prometida de uno de los solteros más guapos de la ciudad y luego... ¡oh! De vuelta a camarera".

Su tono despectivo y su sonrisa cruel me hicieron desear haber guardado la orden de alejamiento.

"El lugar es realmente acogedor", añadió, echando un vistazo a la madera desgastada y las fotos descoloridas. "Un ambiente amigable. Creo que podría pasar más tiempo aquí. Quizá escriba mi próximo álbum en una de esas cabinas de allí".

Ignoré su pinchazo, tratando de contener la creciente frustración. "Obviamente no estoy aquí por ti, Courtney. Estoy buscando a Gabby. ¿La has visto?"

La expresión de Courtney cambió, algo más oscuro brilló en sus ojos. Dejó el vaso y se cruzó de brazos, inclinándose hacia delante como si tuviera algo importante que decir. "Deberías dejar a Gabby en paz, Beckett. ¿No le has causado ya suficiente dolor?"

Me puse rígido. "¿De qué estás hablando?"

Courtney bajó la voz, sus palabras lentas y deliberadas, destinadas a calar hondo. "Casi la matas en ese accidente de esquí".

Se me hizo un nudo en el estómago. El recuerdo de aquel día había permanecido enterrado durante años bajo capas de culpa, pero oír cómo me lo devolvían era como desgarrar una vieja herida.

Antes de que pudiera defenderme, una voz detrás de mí cortó el aire.

"Espera, ¿qué?" Scott, el hermano de Gabby, salió de la parte de atrás con cara de sorpresa y enfadado. Sus ojos se clavaron en mí. "¿Fuiste tú quien chocó contra ella?"

Se me secó la garganta. Scott me miraba como si fuera un monstruo y, en ese momento, me sentía como tal.

"No sabía..." Empecé, pero Scott no estaba interesado en escuchar mis excusas.

"¿Me estás tomando el pelo?" La voz de Scott se elevó, llena de furia. "Casi se muere. Tuve que sentarme junto a su cama de hospital durante semanas, viéndola luchar por respirar por tu culpa. Viendo cómo le arrancaban sus sueños por culpa de un idiota rico que ni siquiera se molestó en ver cómo estaba".

Intenté hablar, pero Scott no había terminado.

"Se perdió Juilliard, Beckett. ¿Sabes siquiera lo que eso significó para ella? ¿Te importa?" Sus puños se cerraron a los lados, y por un segundo, pensé que podría golpearme.

"No sabía que era ella, Scott", dije, con la voz ronca. "No tenía ni idea".

Scott me fulminó con la mirada, el dolor y la traición claros en sus ojos. "¿Sabes qué? Me importa un carajo. Casi la matas, luego le rompiste el corazón, ¿y ahora crees que puedes volver a su vida? No la mereces".

"No intento hacerle daño..." Empecé, pero me cortó de nuevo.

"Ella ha seguido adelante", dijo Scott, sus palabras frías y finales. "Ahora sale con otra persona".

Me sentí como si me hubieran disparado en el corazón. ¿Gabby me había superado? ¿Tan rápido? Ni siquiera había pasado una semana. No quería creerlo, pero la expresión de Scott no dejaba lugar a dudas.

"Así es", dijo una mujer mayor, con una voz enfermizamente dulce. "Bien por Gabby, seguir adelante después de todo lo que le hiciste pasar".

Scott asintió, claramente alterado. "Deja a mi hermana en paz, Beckett. Ya le has hecho suficiente daño".

Me quedé de pie, atónito, intentando procesar el aluvión de acusaciones que me lanzaban. Lo peor era que no tenía defensa. Yo había causado el accidente. Había hecho daño a Gabby, aunque no hubiera sido intencionado. Y ahora, al parecer, ya no era el único en su vida.

"Vete de aquí", dijo Scott, acercándose. "Y no vuelvas".

Abrí la boca para decir algo, lo que fuera, pero no salieron las palabras. El peso de todo lo que había hecho -de todo lo que no había hecho- me oprimía como una manta de plomo.

Courtney estaba prácticamente radiante de satisfacción, viendo mi mundo desmoronarse. Me di la vuelta para irme, con la mente acelerada, cuando sentí que me seguía fuera.

Una vez en la acera, me llamó. "Beckett, espera".

Me detuve, pero no me giré para mirarla. Lo último que quería era otra conversación con Courtney, pero tenía curiosidad por oír lo que tenía que decir.

"Sé dónde está Gabby", dijo despreocupadamente como si me estuviera diciendo la hora. "Johnny ha quedado con ella en un local abandonado. Es un lugar del que seguro que nunca has oído hablar".

Me giré entonces, entrecerrando los ojos hacia ella. "¿Por qué me cuentas esto?"

Courtney se encogió de hombros, demasiado satisfecha de sí misma. "Tal vez me siento generosa. O tal vez sólo me gusta verte retorcerte".

Busqué mi ira habitual cuando Courtney estaba involucrada, pero no estaba allí. Sólo sentí lástima por ella. "Courtney, cometí errores contigo. Era joven y estúpido cuando empezamos a salir. Debería haber terminado antes de lo que lo hice. Pero nunca quise lastimarte y lo siento".

Enarcó una ceja.

"Y tampoco quise hacerle daño a Gabby", continué, con la voz cruda. "La quiero. Y haré lo que sea para arreglar esto. Así que, si sabes dónde está, dímelo".

Por un momento, algo parpadeó en los ojos de Courtney. Un breve segundo en el que pensé que podría ayudarme. Pero entonces su rostro se endureció y esbozó una pequeña sonrisa amarga.

"No la mereces, Beckett", dijo suavemente. "Igual que no me merecías a mí".

"Puedo llamar a Johnny, de todos modos", alardeé.

"Tú y yo sabemos que Johnny no contesta al teléfono durante las audiciones".

Sin decir nada más, giró sobre sus talones y se marchó, dejándome allí de pie en el frío, sintiéndome más perdido que nunca.

Mientras la veía irse, una voz ronca me llamó desde atrás. "Beckett".

Me volví y vi a Billy, el dueño de *La Taberna de Murphy*, apoyado en el marco de la puerta del bar, limpiándose las manos con un trapo. Su rostro era solemne, pero había algo parecido a simpatía en sus ojos.

"¿Estás buscando a Gabby?" Preguntó.

"Sí", dije, con la garganta apretada. "¿Sabes dónde está?"

Billy suspiró, asintiendo lentamente. "Está en la Fábrica de Astilleros con Johnny".

Una pequeña chispa de esperanza parpadeó. Al menos ahora tenía un lugar adonde ir.

Pero Billy no había terminado. Dio un paso adelante, bajando la voz. "Antes de que te vayas, hay algo que necesitas saber".

Me preparé, no estaba seguro de poder aguantar más sorpresas por hoy.

"Está embarazada, hijo", dijo Billy, con voz suave pero firme. "Y si vas a por ella, será mejor que estés preparado. Ella no necesita más dolor. Necesita un hombre que esté a su lado y acepte la responsabilidad de ser padre".

El suelo pareció inclinarse bajo mis pies cuando asimilé las palabras. Embarazada. Gabby estaba embarazada. Mi mente daba vueltas, conmocionada, confusa y asustada.

Billy me observaba atentamente, con ojos firmes. "Si vas a luchar por ella, será mejor que estés seguro de estar preparado".

Capítulo 28

Gabby

Estaba de pie bajo las luces del escenario improvisado de la Fábrica de Astilleros, con el corazón latiéndome contra las costillas, el sonido casi tan fuerte como el eco de mi voz llenando el local vacío. Me temblaban las manos al agarrar el pie del micrófono, pero las estabilicé concentrándome en el ritmo de la canción. No podía permitirme meter la pata. No con Johnny mirando.

Johnny estaba sentado en una silla plegable justo delante del escenario, con los brazos cruzados sobre el pecho y el rostro impasible. Él podía cambiarlo todo para mí. Necesitaba impresionarle, demostrarle que aún me quedaba algo, que mi voz no había desaparecido junto con el resto de mis sueños.

Ahora estaba en mi segunda canción, una balada lenta que había escrito una noche después de mi última pelea con Oscar, y los ojos de Johnny se entrecerraron concentrados mientras volcaba mi corazón en la letra. Su aprobación me importaba más que nada en este momento, pero tuve que apartar ese pensamiento para mantener la concentración. La energía nerviosa se agolpó en mi pecho, pero la utilicé para canalizar la ansiedad en la canción. Al principio mi voz vaciló, pero la estabilicé, encontrando fuerza en la letra.

Era mi oportunidad de demostrar que podía hacerlo sola. Sin banda, sin Oscar, solo yo.

Terminé el estribillo, dejé reposar la última nota y me atreví a mirar a Johnny. Su expresión no había cambiado mucho, pero me pareció percibir un destello de algo: ¿interés, tal vez? Me

invadió la esperanza. Lo estaba consiguiendo. Estaba aguantando.

"Bien", dijo Johnny, casi demasiado bajo para oírlo, pero lo capté. La comisura de su boca se crispó y me permití respirar un poco más tranquila.

Me lancé a la siguiente estrofa, dejándome llevar por la música cuando, de repente, una puerta se abrió de golpe, haciendo eco en todo el local. Mis dedos resbalaron en el micrófono cuando la voz de Oscar atravesó la música como un cuchillo.

"¿Qué demonios es esto, Gabby?"

Se me revolvió el estómago. Giré la cabeza bruscamente y vi a Óscar irrumpiendo en el local, más enfadado que nunca. Tenía los ojos oscuros clavados en mí y los puños apretados a los lados. Mi pulso se aceleró por un motivo distinto: una mezcla de miedo y frustración que se arremolinaba en mi interior.

Ahora no. No aquí.

Oscar se dirigió al frente del escenario, ignorando a Johnny, que observaba la escena con expresión preocupada.

"¿Estás cantando?" Espetó Oscar, con la voz lo suficientemente alta como para que se escuchara en toda la habitación. "¿Tú? ¿Me tomas el pelo?"

"¿Cómo me has encontrado?" Pregunté. Sentí un gran temor en el estómago. Como si estuviera condenada a no tener nunca un respiro.

"Trevor me lo dijo", contestó, con los ojos entrecerrados de una forma que yo conocía bien. No tuvo que decir las palabras para que yo las sintiera. Eres tan estúpida, Gabby.

Agarré el micrófono con más fuerza, con los nudillos blancos. "Oscar, vete. No es el momento".

"Es exactamente el momento", replicó, abriendo los brazos. "¿Qué haces aquí, Gabby? Tú no eres la que tiene talento. Los dos lo sabemos. Yo debería estar ahí arriba, no tú".

Me estremecí ante el veneno de sus palabras y el aguijón familiar de sus críticas. Oscar tenía la costumbre de destrozarme en los momentos en que más necesitaba su apoyo. Y ahora, delante de

Johnny, de todas las personas, lo estaba haciendo de nuevo.

Pero no me inmuté. Esta vez no.

"Oscar", dije, forzando la voz para mantener la calma aunque me temblaban las entrañas. "Vete. Ahora mismo. No perteneces aquí".

"¿No pertenezco aquí?" Dejó escapar una risa amarga, sacudiendo la cabeza. "Gabby, tú eres la que no pertenece. No eres lo suficientemente buena. Y lo sabes".

Mis mejillas se sonrojaron de calor, la humillación y la rabia subían en mí, pero no podía dejar que viera que me estaba afectando. No dejaría que me arruinara este momento. Ya no.

"Fuera", volví a decir, esta vez con más fuerza. "O llamaré a la policía y les diré que me estás acosando".

Oscar pareció sorprendido por un momento, como si no creyera que yo fuera a hacerlo. Pero algo en mi voz debió de tocarle la fibra sensible, porque su sonrisa arrogante vaciló.

Miró a Johnny, luego de nuevo a mí, su rostro endureciéndose de nuevo. "¿Crees que puedes hacer esto sin mí? Volverás arrastrándote, Gabby. Siempre lo haces. No puedes sobrevivir sin mí".

Tragué con fuerza, se me formó un nudo en la garganta, pero luché contra él. No iba a dejar que siguiera haciéndome sentir pequeña.

"Sé lo que es ser respetada, Oscar", le dije, sosteniéndole la mirada. "Y tú nunca me has dado eso. Ni una sola vez".

Las palabras me hicieron sentir poderosa. Durante demasiado tiempo, había dejado que Oscar controlara cómo me veía a mí misma, pero eso terminó aquí. Yo no era su corista, ni su pareja. Había dejado de ser la chica que se hacía la pequeña para que él se sintiera grande.

La expresión de Óscar se ensombreció y me preparé para la desagradable réplica que iba a soltar a continuación. Pero antes de que pudiera decir nada, pronuncié las palabras que no había dicho en voz alta a nadie más que a mí misma.

"Y nunca volveré contigo. Estoy enamorada de otra persona".

Oscar se quedó helado. Su ceño se frunció, la confusión se reflejó en su rostro. "¿Qué? ¿De quién?"

No lo dudé. "De Beckett Sullivan".

En cuanto las palabras salieron de mi boca, me dieron fuerzas, como si por fin me hubiera liberado de algo pesado que me había estado oprimiendo durante años.

La cara de Oscar se torció en algo feo, algo dolido y enfadado a la vez. "¿Beckett Sullivan?" Espetó, con la voz cargada de incredulidad. "¿Ese playboy multimillonario? ¿Hablas en serio?"

"Muy en serio", dije, con voz firme. "Ya no te necesito, Oscar. He seguido adelante".

Por un momento, se hizo el silencio entre nosotros. A Oscar se le hinchó el pecho como si luchara por contener su rabia. Luego, con una mueca de desprecio, giró sobre sus talones y salió del local dando un portazo.

De repente, la habitación se quedó en silencio, demasiado en silencio.

Exhalé un suspiro tembloroso, con las manos aún temblorosas mientras agarraba el micrófono. El corazón se me aceleraba, pero ya no era de miedo. Era la constatación de que por fin me había enfrentado a Oscar, de que por fin había recuperado el control de mi vida. Y me sentí... liberada.

Pero aún no estaba fuera de peligro.

Miré a Johnny, que había estado observando todo el intercambio con una expresión ilegible. Se me revolvió el estómago al preguntarme qué pensaría ahora de mí después de todo aquel espectáculo. No sabía cómo explicarle el desastre que era mi vida, y no estaba segura de querer hacerlo.

Johnny se recostó en su silla, cruzando los brazos sobre el pecho. "Así que... eso fue inesperado".

Solté una risa nerviosa, insegura de cómo responder. "Sí. Lo lamento".

"No lo lamentes", dijo Johnny, con los ojos entrecerrados pensativamente. "He visto cosas peores".

Exhalé y parte de la tensión desapareció de mis hombros. Johnny no pareció inmutarse por la interrupción, pero no sabía si eso era bueno o no. El hombre era difícil de leer.

Se levantó, estiró los brazos por encima de la cabeza y volvió a mirarme. "Te has manejado bien ahí arriba, teniendo en cuenta las circunstancias".

"Gracias", murmuré, acomodándome un mechón de pelo detrás de la oreja. "No me imaginaba que Oscar aparecería".

"Parece que ustedes dos tienen mucha historia", comentó Johnny, su tono casual pero sus ojos afilados.

"Se podría decir que sí", dije, sin querer entrar en detalles. Lo último que necesitaba era descargar mi drama personal en el tipo que se suponía que estaba evaluando mi música, no mis decisiones de vida.

Johnny me miró como si supiera que había algo más en la historia, pero no insistió. En lugar de eso, señaló con la cabeza el soporte del micrófono. "¿Estás lista para terminar tu audición, o lo dejamos por hoy?"

Parpadeé, sorprendida de que siguiera interesado en escuchar más. Después de todo lo que acababa de pasar, pensé que ya no quería saber más de mí. Pero no, seguía aquí. Seguía dándome una oportunidad.

Me aclaré la garganta, intentando sacudirme los últimos restos de nervios. "Sí. Puedo terminar".

Johnny asintió de nuevo y tomó asiento, esperando pacientemente mientras yo me reposicionaba en el escenario.

Respiré hondo y empecé la siguiente canción, con el mal sabor de boca de lo que acababa de pasar todavía pegado a mí. Pero no dejé que me detuviera. En todo caso, me hizo estar más decidida a demostrarle a Johnny -y a mí misma- que podía hacerlo. Que podía valerme por mí misma, incluso después de todo. Sólo esperaba que fuera suficiente.

Capítulo 29

Beckett

Tomé un atajo por un callejón, con el corazón latiéndome como si se me acabara el tiempo. Tal vez fuera así. Gabby estaba a unos metros y tenía que llegar hasta ella antes de perder los nervios. Sentía una opresión en el pecho por todo lo que necesitaba decir, todo lo que había reprimido durante demasiado tiempo.

Necesitaba que supiera la verdad. Necesitaba que supiera cuánto la quería.

El olor a basura y ladrillo húmedo llenaba el callejón, y mientras zigzagueaba por las callejuelas al doblar la última esquina, con los ojos fijos en las puertas oxidadas del local, una figura salió furiosa y vino hacia mí a toda velocidad. Lo reconocí por el horrible vídeo de la ruptura de Gabby. El puto Oscar. Tenía la cara retorcida por la furia y apenas tuve tiempo de percibir la rabia en sus ojos antes de que se me echara encima.

"Tú", escupió, con la voz llena de veneno. "Por supuesto, eres tú. El niño rico que viene a salvar el día".

No tenía tiempo para esto. Necesitaba entrar para ver a Gabby, pero Oscar me estaba bloqueando el paso, con los puños cerrados como si me desafiara a hacer un movimiento. Había una mirada salvaje en sus ojos, como si estuviera a punto de estallar.

"Muévete, Oscar", dije, con voz firme pero baja. "No quiero problemas".

Pero problemas fue exactamente lo que tuve.

Antes de que pudiera esquivarlo, Oscar me empujó con fuerza, haciéndome tropezar contra la pared del callejón. El ladrillo me rozó la espalda y, por una fracción de segundo, me quedé aturdido. Pero no iba a dejar que aquel tipo me derribara sin luchar. Me aparté de la pared y, cuadrando los hombros, me enfrenté a él.

"¿Cuál es tu problema, tío?" Gruñí, sacudiendo la tensión de mis brazos. "Sólo estoy aquí para hablar con Gabby".

"¡Ese es mi problema!" Gruñó Oscar, dándome otro golpe. Esta vez, lo esquivé, evitando a duras penas el salvaje puñetazo. "Ella es mía. Siempre vuelve a mí".

"No es tuya", espeté, dando un paso adelante. "Nunca lo fue".

Oscar volvió a abalanzarse sobre mí y no tuve más remedio que defenderme. Le agarré el brazo y se lo torcí para evitar que me diera otro golpe, pero era más fuerte de lo que esperaba. Se soltó el brazo y volvió a empujarme, esta vez con fuerza suficiente para hacerme caer sobre el pavimento mojado.

Me puse en pie, con los puños en alto, preparado para lo que viniera a continuación. Mi adrenalina estaba bombeando ahora, el modo de supervivencia entrando en acción, y todo en lo que podía pensar era en terminar con esto para poder ver a Gabby. No quería hacerle daño a Oscar, pero si seguía atacándome así, no tendría otra opción.

Antes de que uno de los dos pudiera dar otro puñetazo, unas sirenas a lo lejos me hicieron reflexionar. Estupendo. Justo lo que necesitaba.

Oscar vaciló un segundo, con los ojos desviados hacia la calle. Pero luego volvió a mirarme fijamente, como si aún estuviera intentando decidir si debía terminar lo que había empezado.

"Eres un chiste", espetó Oscar. "¿Crees que puedes entrar aquí y quitármela?"

"No se la voy a quitar a nadie", respondí, con el pecho agitado. "Ella no es algo que te pertenezca, Oscar. Ella toma sus propias decisiones".

Su labio se curvó y, por un segundo, pensé que iba a atacar de nuevo, pero las sirenas se hicieron

más fuertes. La policía estaba cerca. Alguien debía de haberles avisado, probablemente alguien de la acera que había visto la pelea.

Y entonces, justo cuando la policía se detuvo, Gabby y Johnny irrumpieron por las puertas del local.

"¡Beckett!" Sonó la voz de Gabby y, por un momento, todo lo demás se desvaneció. Sus ojos azules se clavaron en los míos, llenos de asombro, miedo y preocupación. "¿Qué está pasando?"

Antes de que pudiera responder, dos policías salieron de su coche y corrieron hacia nosotros con las manos en las fundas.

"¡Eh!" Gritó uno de ellos. "¡Sepárense!"

Me alejé de Oscar, con las manos en alto, mostrándoles que no buscaba problemas. Pero Oscar, el maldito idiota, tuvo el descaro de señalarme como si hubiera sido yo quien empezó la pelea.

"¡Él me atacó!" Oscar gritó, su voz llena de indignación. "¡Él empezó!"

Los policías intercambiaron una mirada y se me retorció el estómago. Esto no era bueno. Me iban a detener por algo que ni siquiera había empezado. Miré a Óscar, que estaba de pie con los brazos cruzados, como si acabara de ganar un juego retorcido. Los policías ya me estaban agarrando las muñecas, listos para esposarme, y supe que tenía que hacer algo. Tenía que llegar hasta él. Si le quedaba algo de decencia, diría la verdad.

"Oscar", dije, con voz baja pero firme. "Diles la verdad. Sabes que yo no empecé esto".

Gabby se precipitó hacia delante, interponiéndose entre los oficiales y yo, con las manos en alto en señal de protesta. "¡No! ¡Él no hizo nada malo! Oscar le atacó primero".

Johnny asintió, poniéndose a su lado. "Sí, lo vi todo. Beckett se estaba defendiendo".

Oscar levantó la barbilla, negándose a asumir la responsabilidad.

Me volví hacia Gabby y su expresión de preocupación se suavizó al mirarme. Había preguntas en sus ojos; confusión sobre lo que acababa de ocurrir, pero no había tiempo para explicarlo todo. Todavía no.

"Si quieres que alguien te respete", empecé, con la voz cargada de emoción, "debes decirles la verdad, siempre. No importa lo difícil que sea".

Gabby frunció el ceño. Obviamente no estaba segura de a dónde quería llegar, pero seguí adelante. Era el momento de confesarme.

"Debería haberme presentado y haber asumido la responsabilidad de tu accidente. Pero no lo hice. Mi padre me dijo que no dijera nada, que lo dejara pasar. Protegía el nombre de la familia, el negocio... todo menos lo que importaba".

Los labios de Gabby se entreabrieron como si estuviera a punto de decir algo, pero levanté una mano, necesitando terminar.

"No lo hice porque tenía miedo", admití, con el corazón acelerado. "Pero fue un error. Ya no me preocupa lo que le pase a la marca Sullivan o al negocio familiar. Nada de eso importa, Gabby. Lo único que importa es que sepas cuánto lo siento".

Tragué saliva, sintiendo la culpa de todos esos años presionándome. "Arruiné tu oportunidad en Juilliard. Arruiné mucho, y lo siento".

Gabby me miró fijamente durante un largo instante, sus ojos azules escrutando los míos. Había lágrimas, conmoción, pero también... algo más. Algo más suave.

"Acepto tus disculpas", dijo en voz baja.

Me invadió el alivio, pero aún no había terminado. Me volví hacia los policías, que seguían allí de pie, observándonos atentamente. Oscar finalmente dio un paso al frente, levantando las manos.

"Es verdad", admitió, con la voz baja. "Yo empecé la pelea".

Los policías intercambiaron otra mirada y, después de lo que pareció una eternidad, asintieron. No me iban a detener. Era libre. Le pusieron las esposas a Oscar y se lo llevaron.

Dejé escapar un largo suspiro mientras la tensión abandonaba mi cuerpo. Pero mis ojos seguían fijos en Gabby. No había terminado.

"Gabby", dije en voz baja, acercándome. "¿Tienes el anillo?"

Sus ojos se abrieron de par en par y me miró sorprendida. Por un segundo, pensé que tal vez no lo llevaba consigo, ¿por qué iba a seguir llevándolo después de nuestra ruptura? Pero entonces, lentamente, metió la mano en el bolso y lo sacó.

El símbolo de nuestro engaño.

Pero, ¿había sido todo una mentira? Creíamos que engañábamos al mundo, pero yo me había engañado a mí mismo pensando que lo nuestro era casual.

Estaba listo para dejar de fingir. Sólo esperaba que Gabby sintiera lo mismo.

Capítulo 30

Gabby

Me temblaban los dedos cuando saqué el anillo del bolsillo y lo miré fijamente en la palma de mi mano, sin apenas darme cuenta de que Beckett se acercaba. El corazón me latía muy deprisa, como si me hubiera tragado un colibrí. Me quitó el anillo.

Estaba callado, sólo mirándome, su cara más suave de lo que nunca la había visto. Sin sonrisas, sin bromas. Sólo... él. Sus ojos se clavaron en los míos y las palabras salieron de su boca tan suavemente que casi no las oí.

"Lo sé todo", dijo, apenas por encima de un susurro.

Me quedé helada. "¿Qué?"

"Billy me lo dijo", hizo una pausa, con los ojos firmes, como si esperara a que me pusiera al día. "Que estás embarazada".

El suelo desapareció bajo mis pies. Instintivamente me apreté el estómago con los brazos, intentando proteger el secreto que ya no era mío. El pánico me subió al pecho y me ahogué en él, con los pulmones apretados.

"Iba a decírtelo", solté, con la voz temblorosa. "Yo sólo..."

"Lo sé", interrumpió, con voz tranquila y segura. "No hace falta que me lo expliques. Pero antes de que digas nada más, hay algo que debes saber".

Me cogió la mano y yo no la aparté. Su pulgar trazó círculos lentos y deliberados sobre mi piel, asentándome de un modo que no esperaba.

"No voy a ninguna parte, Gabby. Esta vez no", su voz era baja, áspera, como si estuviera luchando por mantener el control de algo enorme. "No me importa nada más. Me importas tú. Y nuestro bebé. Te quiero, Gabby. Más de lo que nunca he sido capaz de decir".

Se me cortó la respiración. ¿Él... dijo que me quería?

"Quiero estar ahí para ti", continuó, sin apartar los ojos de los míos. "Quiero ser el mejor padre posible para nuestro hijo, y quiero estar contigo siempre. En cada paso. Todas las noches. Cada momento que podamos ser una familia".

Las lágrimas me nublaban la vista, me costaba pensar, respirar. Ni siquiera se lo había dicho aún, no había tenido la oportunidad de decir nada, y ahí estaba él, de pie frente a mí, con todo lo que yo había soñado derramándose por su boca.

Y entonces, de repente, Beckett estaba de rodillas, sosteniendo el anillo entre los dos.

"Gabby", dijo, su voz temblando sólo un poco. "¿Quieres casarte conmigo? De verdad, esta vez. No más fingimientos. No más juegos. Sólo nosotros, empezando una vida juntos. Una familia".

El mundo pareció detenerse, el ruido de la calle se desvaneció hasta que todo lo que había era mi propia respiración entrecortada y los latidos de mi corazón. Lo miré fijamente, con la mente dándome vueltas con miles de pensamientos, ninguno de ellos con sentido.

"¿De verdad quieres esto?" Susurré, apenas capaz de sacar las palabras. "¿De verdad me quieres?"

Se levantó despacio, con las manos aún cogidas a las mías. "Más que nada", dijo, con la voz cargada de emoción. "Te quiero a ti. Quiero esto. A nosotros. Quiero que nuestro bebé crezca sabiendo que es amado, sabiendo que pase lo que pase, siempre estaremos ahí para él. Juntos".

Dejé escapar una risa suave e incrédula, sacudiendo la cabeza mientras las lágrimas caían por mi

cara. "No pensé... nunca pensé que te sentirías así".

"No creía que pudiera", dijo, con sus ojos marrones llenos de algo que no podía apartar de mi mirada, algo parecido a la esperanza. "Pero nunca he estado más seguro de nada en mi vida".

Mi mirada se posó en el anillo. Yo había hecho un viaje similar, perdida en el desagüe de la vida, sacada de la oscuridad por Beckett. Lentamente, mis dedos se enroscaron en los suyos, apretándolos con fuerza mientras la verdad se instalaba en mis huesos.

"Sí", dije, sintiendo la palabra salir de mis labios antes de registrarla completamente. "Sí, quiero casarme contigo".

El alivio que inundó el rostro de Beckett fue inmediato y, antes de que me diera cuenta, sus brazos me rodearon, tirando de mí en un beso que se sintió como en casa. Un beso que borró todo el miedo, toda la incertidumbre. Por fin éramos sólo nosotros.

Cuando nos separamos, apoyé la frente en la suya, con el corazón latiéndome desbocado en el pecho. Me puso la mano en el estómago y sentí un extraño calor en mi interior.

"Realmente vamos a hacer esto", dije, una sonrisa se dibujó en mi cara a pesar de todo. "Realmente vamos a ser una familia".

Beckett me dio un suave beso en la frente y sus labios se detuvieron. "Sí", susurró contra mi piel. "Y voy a asegurarme de que sea todo lo que te mereces. Todo lo que nos merecemos".

Por primera vez en lo que me pareció una eternidad, le creí. Íbamos a hacerlo. Juntos.

Pero justo cuando pensaba que el momento no podía ser mejor, una voz detrás de nosotros habló.

"Bueno, bueno, bueno. Parece que hay que felicitarles".

Johnny. Había olvidado que estaba allí. Había estado tan absorta en Beckett. Johnny estaba de pie, con una sonrisa en la comisura de los labios y los brazos cruzados sobre el pecho.

"Gracias", dije, secándome las lágrimas de la cara. "Apuesto a que es la audición más extraña que has tenido".

Se rió entre dientes, dando un paso adelante. "Nunca me ha dado miedo lo raro. Y tengo que decir, Gabby, que tu voz es algo especial. Tiene algo único, algo crudo y hermoso. No estoy seguro de si son las cicatrices de tus pulmones o qué, pero sea lo que sea, te hace destacar. Es angelical".

El corazón me volvió a dar un vuelco. ¿Esto estaba ocurriendo de verdad?

"Después de lo que he oído hoy", continuó Johnny, "me gustaría ficharte para mi discográfica, Gabby. Creo que tienes un brillante futuro por delante. Eso, si estás interesada".

No podía respirar. Este era mi sueño, una verdadera oportunidad de hacer música, de hacer lo que amaba. Y estaba sucediendo. Todo ello, aquí mismo, en este sucio callejón.

"No sé qué decir", balbuceé, mirando entre Beckett y Johnny, con el corazón desbocado.

"Di que sí", dijo Beckett riendo, apretándome la mano.

Le sonreí, con el corazón henchido. "Sí. Lo haré".

Johnny sonrió y me estrechó la mano. "Tienes talento, Gabby. No puedo esperar a ver a dónde te lleva esto".

Beckett volvió a estrecharme entre sus brazos y me dio un beso en la frente. "Parece que hoy no soy el único que ve sus sueños hechos realidad".

Le miré, con el corazón henchido de amor y gratitud. "Ambos estamos consiguiendo todo lo que siempre hemos querido".

Y mientras me besaba suavemente, supe que no importaban los retos que nos esperaran, los afrontaríamos juntos. Porque no solo estábamos construyendo un futuro: estábamos construyendo una familia.

Capítulo 39

Gabby

Una semana y media después, caminaba por el luminoso pasillo del Sullivan Resort, con mi ramo en la mano, casi flotando. Y ahora estábamos aquí, en la República Dominicana, a punto de pronunciar nuestros votos. Gracias al duro trabajo de Jonas y Porter, habían conseguido darle la vuelta a la situación y el complejo Sullivan se había salvado.

Aún me costaba creer que todo esto fuera real. Mis sandalias hacían clic en las baldosas. Estaba a punto de casarme con el amor de mi vida, con todas mis personas favoritas aquí para presenciarlo.

Cuando llegué a la curva cerca del vestíbulo, el director del complejo, Juan -un hombre con una energía inagotable y una sonrisa aún mayor-, me vio. Se le iluminó la cara y vino corriendo como si fuera la primera vez que me veía hoy, aunque ya había perdido la cuenta de cuántas veces me había felicitado esta semana.

"Ah, Srta. Johnson... espere, ¡próxima Sra. Sullivan!" Exclamó, aplaudiendo. "El tiempo no podría ser más perfecto para una boda, sin nubes, sólo sol y cielos azules. ¿Puedo ayudarla en algo, Srta. Futura Esposa?"

Me reí de su entusiasmo. "Gracias, pero voy de camino a arreglarme el vestido. Tuve un percance con la horquilla y se me rompió el tirante".

Le brillaron los ojos. "¡No debería ocuparse de esas cosas! Pronto será una Sullivan, ¡deje que

otro se ocupe!"

"Los viejos hábitos no mueren", dije encogiéndome de hombros. "Estoy acostumbrada a trabajar, a estar ocupada. Esto me parece normal".

Durante todos los turnos que había trabajado en *La taberna de Murphy,* trabajando detrás de la barra, atendiendo a clientes habituales como Elva, nunca había imaginado que mi vida acabaría aquí: casándome con una familia como la de Beckett, en un lujoso complejo turístico en el paraíso. Estaba agradecida de que Elva me hubiera regalado un pequeño costurero como regalo de bodas.

El director sacudió la cabeza con una sonrisa bonachona y me hizo un gesto para que le siguiera. "Muy bien, permítame acompañarle a la sala VIP donde podrá tener algo de intimidad. Y dígame, ¿ha disfrutado todo el mundo del complejo? ¿Está todo a su gusto?"

Sonreí, mirando las palmeras que se mecían más allá de las ventanas y la luz dorada del sol que entraba por los pasillos. "Creo que nunca había visto a mi padre tan relajado. Apenas he podido sacarlo de la piscina infinita con vistas al océano. Y Billy... ni siquiera me hagas hablar de Billy. Ha estado probando todos los cócteles del menú".

El director se rió entre dientes. "¡Eso es lo que nos gusta oír! Disfrutando de todas las comodidades, como debe ser".

Asentí con la cabeza, pensando en que era la primera vez que muchos de mis familiares y amigos se alojaban en un complejo con todo incluido. Lo estaban aprovechando al máximo, desde las opíparas cenas hasta el interminable tiempo en la playa. Incluso Scott se había apuntado a un partido de voleibol con otros huéspedes. Se me encogió el corazón al verlos tan felices. No era sólo un día especial para Beckett y para mí, era una celebración para todos nuestros seres queridos.

Cuando llegamos a la sala VIP, el director me abrió la puerta con una floritura. "Ya hemos llegado. ¿Puedo ayudarle en algo más antes de que se convierta en la Sra. Sullivan?"

Le sonreí, con el corazón henchido de amor e ilusión por el futuro. "No. Creo que ya lo tengo todo bajo control. Pero gracias".

Unos minutos más tarde, estaba terminando de coser el tirante -dejándome el vestido puesto esta vez- cuando una voz familiar habló detrás de mí.

"¿Lo has arreglado todo, pequeña?" Preguntó mi padre al entrar en la habitación, más relajado de lo que le había visto en mucho tiempo. Parecía que el aire de la isla también había hecho efecto en él. El director del complejo le saludó respetuosamente con la cabeza antes de dirigirse a mí.

"La dejo en las hábiles manos de su padre. Mucha suerte hoy, Srta. Gabby", dijo con una sonrisa, y luego desapareció por el pasillo.

Aferré mi ramo, todavía maravillada por cómo todo estaba tomando forma. "Estoy lista", dije en voz baja, encontrándome con los ojos de mi padre. La calidez de su sonrisa me llenó de emoción.

Me tendió el brazo para que lo cogiera. "Vamos, cariño. Te acompañaré a la playa".

Cuando salimos, la brillante luz del sol besó mi piel. La ceremonia estaba preparada a lo lejos. Una pequeña multitud de familiares y amigos ya estaba reunida junto al arco, que tenía un aspecto impresionante con el océano centelleante como telón de fondo. Todo aquello -la playa inmaculada, la suave brisa, el infinito azul del agua que se extendía hacia el horizonte- me aceleró el corazón de la mejor manera posible. Era el día de mi boda. Estaba a punto de casarme con Beckett.

Mientras nos dirigíamos hacia el lugar de reunión, Billy se unió a nosotros, caminando desde un lado con las manos metidas en los bolsillos y la cara llena de orgullo. "Maravillosa, esta es la vista más hermosa que he visto en mi vida", dijo, su voz espesa de emoción. "Gabby, no puedo expresar lo orgulloso que estoy de ti".

Se me apretó el pecho de alegría y, antes de que pudiera responder, mi padre intervino. "Sabes que siento lo mismo, Gabby. Has llegado tan lejos".

Billy asintió, mirando a mi padre. "Y Beckett... es un buen hombre, Gabby. Un buen hombre de verdad".

Oír la aprobación de Billy, seguida del asentimiento de mi padre, me llenó de una calidez que no podría describir. Ya sabía que Beckett era el mejor hombre con el que podría esperar estar, pero oírlo de los dos hombres que significaban el mundo para mí lo hizo aún más real. Esta era la familia que siempre había soñado tener.

Antes de que pudiera decir nada, Scott se acercó trotando, un poco sin aliento pero sonriendo. "Casi me olvido del trabajo", bromeó, palmeándose el bolsillo. "Tengo los anillos, no te preocupes. Pensé que sería mejor estar a cargo, ya que todos sabemos cómo manejas los diamantes", me guiñó un ojo. Como si yo no hubiera intentado ayudarle cuando perdí el anillo.

Puse los ojos en blanco, riendo. "Sí, gracias a Dios que estás a cargo. Probablemente acabaría tirándolos al océano".

Todos nos reímos y Scott me dio un codazo juguetón en el brazo. "Siempre me has dejado cuidarte, incluso cuando me esforzaba demasiado. Pero siempre has sabido lo que querías. Me alegro de que no me dejaras arreglarte la vida".

Hice una pausa, mirándole a él y luego a la impresionante escena que teníamos ante nosotros. La playa, el océano, las personas que más quería en el mundo. No había planeado que las cosas salieran así, no exactamente. Pero de alguna manera, esto era todo lo que podía esperar y más.

"Yo tampoco me imaginaba que terminaría así", dije en voz baja, con la voz llena de asombro. "Pero me alegro mucho de que así fuera".

Scott sonrió, apretándome el hombro. "Te lo mereces, Gabby. Te lo mereces todo".

Justo cuando Scott terminó, una voz llamó desde delante. "¡Gabby! ¡Ya es la hora!"

Me invadió una oleada de nervios y emoción mientras apretaba un poco más el brazo de mi padre. Era el momento. El momento soñado. Le miré y me hizo un gesto tranquilizador con la cabeza.

"¿Estás lista?" Preguntó suavemente.

"Como nunca lo estaré", le susurré, con el corazón martilleándome en el pecho. Empezamos a caminar lentamente por el pasillo, con la cálida arena moviéndose bajo mis pies. El sonido de las olas del mar era el complemento perfecto para la suave música que sonaba por los altavoces.

Delante de mí, Beckett esperaba junto al arco. Estaba impresionante: el pelo alborotado por la brisa, sus ojos clavados en los míos, llenos de amor y de la dosis justa de picardía. Le sonreí y su sonrisa se hizo más amplia, juguetona como siempre. Prácticamente podía ver cómo le daban vueltas las cosas en la cabeza, y aquella mirada familiar me hizo revolotear el estómago.

Apenas había recorrido la mitad del pasillo cuando Beckett se adelantó, haciendo que el oficiante titubeara a mitad de la frase. Se oyó un murmullo entre la multitud, pero a Beckett no le importó. Ya estaba avanzando hacia mí, sus ojos brillaban con ese destello juguetón que yo conocía tan

bien.

"¡Beckett!" Siseé, intentando no reírme. "¡Se supone que tienes que esperar!"

Pero se limitó a encogerse de hombros, con una sonrisa perezosa dibujándose en su rostro. "Nunca se me ha dado bien seguir las normas", antes de que pudiera protestar, acortó la distancia que nos separaba y me estrechó entre sus brazos.

Sus labios se encontraron con los míos en un beso tan lleno de alegría y espontaneidad que me dejó sin aliento. El mundo que nos rodeaba desapareció y todo lo que había era él: su calor, su amor, la forma familiar en que sus brazos me estrechaban. El beso no estaba ensayado ni cronometrado; éramos nosotros, desordenados y hermosos y exactamente como debíamos ser.

El público estalló en vítores, sus risas y aplausos llenaron el aire, pero yo apenas lo percibí. Me fundí en el beso, completamente inmersa en el momento. Beckett se apartó un poco y apoyó la frente en la mía, con una sonrisa torcida en los labios.

"No podías esperar, ¿verdad?" Bromeé, sin aliento y feliz.

"Ni hablar", me susurró. "Ya he esperado bastante este momento".

Me reí suavemente, mi corazón rebosaba de amor por este hombre.

El oficiante se aclaró la garganta detrás de nosotros, con una voz cargada de humor. "¡Bueno, esa es una forma extraña de empezar una ceremonia! ¿Continuamos o prefieren terminar ahora?"

Beckett se volvió, aún abrazado a mí, y sonrió tímidamente al oficiante. "Lo siento. Ya estamos listos, lo prometo".

Cuando por fin nos dirigimos al arco, cogidos de la mano, miré a la multitud: nuestros amigos y familiares, todos felices y sonriendo, completamente inmersos en la magia del momento. Era el comienzo perfecto para el resto de nuestras vidas. Y cuando miré a Beckett, supe que, viniera lo que viniera, lo afrontaríamos juntos.

Capítulo 32

Gabby

Dos semanas después

El sol estaba alto en el cielo, proyectando cálidos rayos sobre la pintoresca ciudad de Hingham, Massachusetts. El calor había llegado a mediados de Julio, pero las avenidas arboladas mantenían a raya lo peor. Mientras conducíamos por las calles suburbanas, no podía dejar de sonreír. Las casas parecían sacadas de un libro de cuentos: encantadoras y amplias mansiones con césped perfectamente cuidado, árboles altos que se mecían con la brisa y entradas anchas y acogedoras. Era difícil creer que una de ellas pronto podría ser nuestra.

"Estás sonriendo", dijo Beckett a mi lado, con la mano cómodamente apoyada en mi muslo mientras dirigía el coche con la otra. Su voz era suave pero divertida, y cuando lo miré, sus ojos centelleaban con esa jovialidad familiar de la que me había enamorado.

"No puedo evitarlo", respondí, pasándome una mano por el pelo. "Vamos a comprar una casa, Beckett. Vamos a comprar nuestra casa para el resto de nuestras vidas. Es algo importante".

Se rió y se inclinó para darme un beso rápido en la sien. "Tienes razón. Es muy importante".

Nos detuvimos ante la última casa de la lista -una mansión, en realidad- y solté un pequeño suspiro al salir del coche. La casa era alta y elegante, pintada de un suave color crema con contraventanas oscuras y una hiedra que trepaba por un lateral. La puerta principal era de caoba y estaba enmarcada por un porche de piedra con escalones. Era todo lo que siempre había soñado.

La agente inmobiliaria, una mujer burbujeante llamada Nora, nos saludó desde el porche con el portapapeles en la mano y una amplia sonrisa en la cara. "Bienvenidos, Sr. y Sra. Sullivan. ¿Están listos para la gran visita?"

Intercambié una mirada con Beckett y él me guiñó un ojo antes de cogerme la mano. "Por supuesto", dijo. "Veamos si ésta es la ganadora".

Mientras seguíamos a Nora al interior, la emoción me invadía. Me costaba creer que estuviéramos haciendo esto. Hace sólo unos meses, la idea de estar casada con Beckett, por no hablar de comprar una casa, me habría parecido una fantasía descabellada. Ahora, aquí estábamos, empezando el siguiente capítulo de nuestras vidas juntos.

El vestíbulo era grandioso, con una amplia escalera que conducía al segundo piso y suelos de madera pulida que brillaban bajo la luz del sol que entraba por los grandes ventanales. Nora nos condujo de una habitación a otra, con una voz llena de entusiasmo mientras describía cada espacio con detalle. Beckett y yo intercambiamos comentarios en voz baja, coqueteando y bromeando mientras explorábamos la casa.

"Me encanta esta cocina", dije, pasando la mano por la encimera de mármol liso. "Es perfecta para todo lo que vas a cocinar".

Beckett sonrió satisfecho. "¿Yo? ¿Cocinar? ¿Y qué vas a hacer tú?"

"Me quedaré ahí de pie, luciendo bonita", bromeé.

"No te equivocas", dijo, inclinándose para plantarme un beso rápido en los labios antes de que Nora se aclarara la garganta, recordándonos que no estábamos exactamente solos.

Pasamos a la sala de estar, que ofrecía unas vistas impresionantes del patio trasero a través de los ventanales. Ya podía imaginarnos pasando aquí noches acogedoras, acurrucados en el sofá, viendo la puesta de sol sobre los árboles. Pero fue al llegar al piso de arriba cuando mi emoción empezó a dispararse.

Nora abrió la puerta de una habitación grande y ventilada al fondo del pasillo. "Este podría ser tu estudio", me dijo, dirigiéndose a mí con una sonrisa de complicidad. "Mucho espacio para todos tus instrumentos, opciones de insonorización y una vista preciosa para inspirar tu música".

Me dio un vuelco el corazón al pensarlo. ¿Un estudio de música en mi propia casa? Era más de

lo que podía pedir. Beckett debió de ver la expresión de mi cara porque me apretó la mano.

"Sabía que te encantaría", murmuró. "Ya puedo verte aquí, escribiendo tu próxima canción".

Le sonreí, con el corazón henchido de amor. "Has pensado en todo, ¿verdad?"

"Sólo lo mejor para ti", dijo, ahora con voz seria, aunque sus ojos seguían manteniendo ese brillo juguetón. "Te lo mereces, Gabby. Y... también necesitaremos una guardería. Para el pequeño".

Al oír hablar de nuestro bebé, mi mano se dirigió instintivamente a mi vientre. Todavía no se me notaba mucho, pero cada día notaba los pequeños cambios, la forma en que mi cuerpo se adaptaba a la nueva vida que crecía dentro de mí. La idea de traer a nuestro hijo a un lugar como éste me llenaba de una calidez indescriptible.

Mientras seguíamos por la casa, mi mente vagaba por las últimas semanas. Beckett había sido increíble. Habíamos pasado horas leyendo libros de bebés, hablando de nombres y riéndonos de todo lo que no sabíamos sobre la paternidad. Estaba tan emocionado, y al verlo así, tan lleno de alegría y expectación, me enamoré aún más de él.

Nora nos condujo a la última habitación, un espacioso dormitorio principal con un balcón que daba al patio trasero. Todas las mañanas nos despertaríamos aquí, con la luz del sol entrando por las ventanas y el olor del café preparándose en la cocina.

"Entonces, ¿qué les parece?" Preguntó Nora, mirando entre nosotros con una sonrisa expectante.

Miré a Beckett, que estaba estudiando la habitación con los brazos cruzados y la mirada pensativa. Al cabo de un momento, se volvió hacia mí. "¿Qué te parece, Gabby? ¿Es ésta la indicada?"

Me mordí el labio, mirando la habitación una vez más. La casa era preciosa, sin duda. Pero era más que eso. Se sentía como nuestro hogar. Y la idea de criar a nuestra familia aquí, de construir una vida juntos en este lugar, hizo que mi corazón se hinchara de felicidad.

"Me encanta", le dije, sonriéndole. "Es perfecta".

Beckett sonrió, me rodeó con los brazos y tiró de mí. "Entonces está decidido. La queremos".

Nora aplaudió emocionada. "Maravilloso. Empezaré con el papeleo ahora mismo. Enhorabuena a los dos".

Cuando salió de la habitación, Beckett se volvió hacia mí y sus ojos se ablandaron. "¿De verdad te encanta?"

"De verdad", dije, apoyando la cabeza contra su pecho. "Es todo lo que podría haber querido y más".

Me besó la cabeza y me abrazó con fuerza. "Me alegro. Porque estoy deseando empezar nuestra vida juntos aquí. Tú, yo y nuestro pequeño. Esto es sólo el principio, Gabby".

Levanté la vista hacia él y me invadió una oleada de amor y gratitud. "No puedo creer la suerte que tengo", dije en voz baja. "De tenerte, de tener esta vida..."

Beckett me cogió la cara entre las manos, con expresión seria. "No es suerte, Gabby. Hemos trabajado duro para llegar hasta aquí. Y ahora que te tengo, nunca te dejaré marchar. Jamás".

Se me llenaron los ojos de lágrimas, pero eran lágrimas de felicidad. Me incliné para besarle, volcando todo mi amor y gratitud en aquel beso. Cuando por fin nos separamos, mis lágrimas se habían secado.

"Seremos muy felices aquí", susurré, apoyando la frente contra la suya.

"Sé que lo seremos", respondió con voz prometedora. "Esto es sólo el principio".

"Puedo ver esta casa llena de nuestra extensa familia", dije, ya imaginando la casa en invierno, celebrando las fiestas con nuestras familias combinadas. "Tus hermanos, Scott, nuestros padres".

"Hablando de eso, parece que Jonas podría hacerse cargo de Sullivan Condos pronto", me dijo Beckett.

"¿Ah, sí?" Alcé una ceja. "Creía que estaba demasiado ocupado siendo un chico malo melancólico como para preocuparse por los negocios".

"Es increíble la diferencia que puede marcar una mujer en tu vida", dijo, poniendo sus manos en mis caderas.

"¿Una mujer?" Pregunté, curiosa. No había oído hablar mucho de la vida amorosa de Jonas.

"Una bailarina", dijo Beckett con una pequeña risa. "Ella es todo lo que Jonas no es. Una buena chica de un pueblo pequeño, toda educada y correcta".

"¿Crees que está listo para sentar cabeza?" Pregunté, luchando por imaginarme a Jonas con alguien tan diferente.

"Ya veremos", se encogió de hombros. "Espero que llegue a alguna parte. Nos quedan cinco meses hasta la fecha límite".

"Las condiciones de tu padre son una locura", dije sacudiendo la cabeza. "Pero supongo que yo también estoy agradecida. Sin ellas, no estaríamos juntos".

"No se lo digas", se rió Beckett, tirando de mí hacia sus brazos.

Nos quedamos allí un momento, abrazados el uno al otro, con el futuro extendiéndose ante nosotros como las colinas ondulantes al otro lado de la ventana. Era un futuro en el que me moría de ganas de sumergirme, de la mano del hombre al que amaba.

Una vez que Nora nos dejó solos en la casa, Beckett se volvió hacia mí, con esa sonrisa traviesa que yo conocía tan bien jugueteando en la comisura de sus labios.

"Entonces", dijo, acercándose hasta que su cuerpo presionó contra el mío, "¿crees que hay una regla sobre besarse en una casa vacía antes de que sea oficialmente nuestra?"

Me reí y le rodeé el cuello con los brazos. "No creo que haya reglas al respecto. Además, ¿cuándo te han importado las reglas?"

"Exacto", murmuró, y antes de que pudiera decir nada más, sus labios estaban sobre los míos.

El beso fue lento, profundo y lleno de todas las emociones que llevábamos dentro: alegría, alivio, ilusión por el futuro. Mis dedos se enredaron en su pelo mientras me acercaba más a él y sus manos me agarraban por la cintura como si no pudiera saciarse de mí.

Cuando por fin nos separamos, los dos estábamos sin aliento, con las frentes apoyadas la una contra la otra. Le miré a los ojos y sentí que me invadía una sensación de paz.

"Te quiero", susurré.

"Yo te quiero más", contestó él, con voz suave pero firme. "Y nunca te dejaré ir, Gabby. Jamás".

Sonreí, con el corazón henchido de felicidad. "Bien. Porque no iré a ninguna parte".

Permanecimos allí unos minutos más, antes de separarnos por fin. La casa estaba en silencio a nuestro alrededor, pero era acogedora, como si ya fuera nuestra. Como si estuviera esperando a que la llenáramos de risas, amor y recuerdos.

Cuando salimos al balcón, cogidos de la mano, me invadió la gratitud. Esta era la vida con la que siempre había soñado y ahora, por fin, estaba sucediendo.

Beckett me apretó la mano y me acercó a él mientras contemplábamos el paisaje. "Esto es todo", dijo suavemente. "Nuestro futuro. Nuestro hogar".

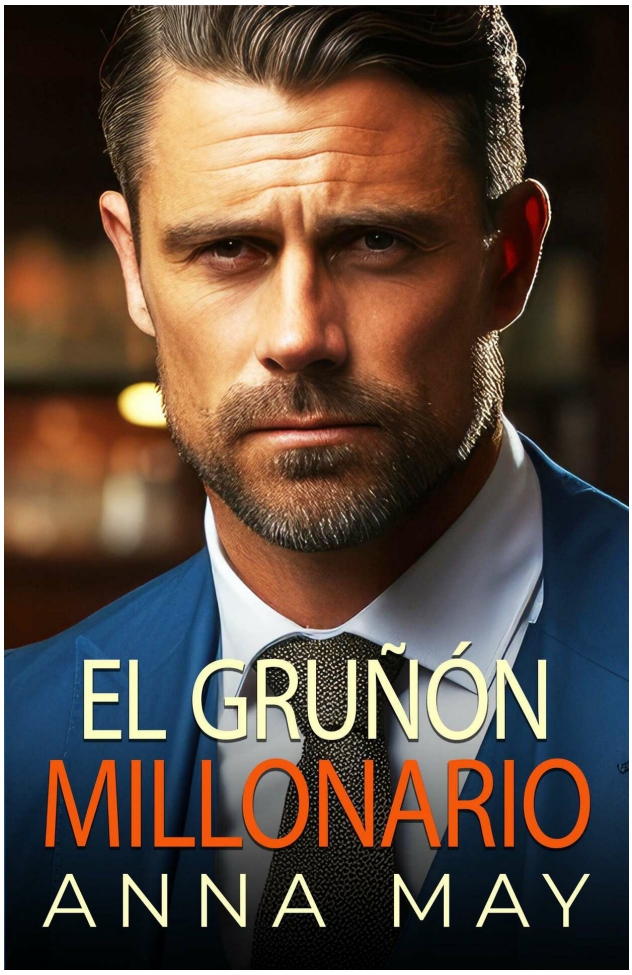
Apoyé la cabeza en su hombro, sintiéndome segura, querida y feliz.



Leer más...



El gruñón millonario: Una novela romántica sobre bebés multimillonarios sorpresa (Juegos de boda del padre nº 1)



Este es el resumen:

Todos los libros de esta serie tratan sobre uno de los cinco hermanos Sullivan y su ultimátum.

Él necesita una esposa falsa. Yo necesito un lugar donde vivir.
Sin embargo, la parte difícil llega cuando todos los falsos coqueteos y falsos besos terminan... cuando las luces se apagan y nos quedamos solos...
Porque lo falso se vuelve serio para mí y entonces mi período se retrasa...

Grant puede ser un egoísta, gruñón y pomposo, pero ni siquiera él puede rechazar a una chica temblorosa, empapada, con el pelo alborotado y una grave herida en la cabeza. ¿No es así?

Me cura y me manda de vuelta... Pero el problema es que no tengo adónde ir. ¡No puede echarme a la calle, ¿verdad?!

Como una verdadera romántica, nunca pensé que me casaría por conveniencia.
Pero ahora tengo una piedra brillante en mi dedo anular izquierdo y el hombre que está a mi lado

en la cama me llama su esposa.
Es sólo por un año...

Cada novela romántica de esta serie es independiente. Sin embargo, están vinculadas por personajes recurrentes. Una lectura obligada para todos los aficionados a las novelas románticas de jefes, directores generales, millonarios, multimillonarios, bebés, embarazos y papás sorpresa.

Gracias por comprar yleer mi libro. Espero que lo hayas disfrutado. Si quieres leer los otros librosde la serie, puedes encontrarlos en este enlace:

https://www.amazon.es/dp/B0CW18NXNZ

Paraestar al día de misnovedades y promociones, sígueme en mi páginade autora de Amazon https://www.amazon.es/Anna-May/e/B08Q4HFPK3

Capítulo 1

Molly

Mis dedos volaban por el teclado, luchando por seguir el ritmo de mis pensamientos acelerados.

"En el acto final de 'Amor bajo el cielo de medianoche', justo cuando parece que toda esperanza está perdida para Elena y Marcus, la autora da un giro audaz que me dejó sin aliento. La confesión de Marcus, un secreto que ha guardado desde el principio, no sólo cambia todo lo que creíamos saber de él, sino que también obliga a Elena a enfrentarse a sus propios miedos de una forma que se siente a la vez cruda y..."

Un golpe seco en la puerta me hizo dar un respingo, mi dedo golpeó una tecla al azar y esparció una retahíla de galimatías por la pantalla. "Maldita sea..." Murmuré, pulsando el botón de retroceso y tratando de aferrarme a mi siguiente pensamiento, pero los golpes persistían, cada golpe rompía aún más mi concentración. Sentía que la frase perfecta de hacía un momento se me escapaba como arena entre los dedos. Tenía muy poco tiempo para escribir la reseña de un libro

en mi blog. Tenía que mantener la coherencia para contentar a mis lectores, que, reconozco, son pocos.

Miré a Atticus, mi gato esmoquin, que estaba encaramado al alféizar de la ventana, mirándome fijamente con sus ojos grandes y críticos.

"Ahora no", murmuré, esperando que quienquiera que fuera se marchara. No esperaba a nadie. Si volvía a concentrarme, podría recordar lo que iba a escribir. Pero los golpes continuaron, esta vez más fuertes, acompañados de un ruido sordo, como si alguien se estuviera inclinando hacia ellos.

"¡Uf, está bien!" Me aparté del escritorio y casi se me cae la taza de té. Mi té, ya tibio, se posó en el borde del escritorio y, antes de que pudiera cogerlo, Atticus saltó sobre él y lanzó la taza por los aires. El líquido salpicó mi portátil y vi con horror cómo la pantalla parpadeaba y luego se quedaba en negro.

"¡No, no, no!" Intenté revivirlo frenéticamente, pulsando botones y deslizando furiosamente el dedo por el panel táctil, pero fue inútil. Mi artículo -horas de trabajo- desapareció en un instante. Sentí una oleada de pánico y se me hizo un nudo en el estómago. Quizá se había guardado en la nube...

Los golpes volvieron, más insistentes. Me acerqué a la puerta y la abrí de un tirón con más fuerza de la necesaria. El pobre repartidor que estaba allí parecía asustado, con una bolsa en la mano que desprendía un ligero aroma a trufa y queso.

"Tengo una entrega para el Sr. Sullivan", tartamudeó, cambiando de un pie a otro.

El repartidor ni siquiera estaba en la casa correcta. Todo ese trabajo potencialmente perdido, para esto.

"Vive en la puerta de al lado", mordí, ya intentando cerrar la puerta para poder volver a mi portátil empapado de té. Pero el repartidor me detuvo.

"Sus instrucciones eran dejarlo aquí, con usted, hasta que pueda recogerlo", insistió, tratando de entregarme la bolsa.

Por supuesto que sí. Grant Sullivan. Mi adinerado, imposiblemente guapo y molesto vecino desconsiderado. No era la primera vez que usaba mi casa como almacén para sus lujosas entregas.

Suspiré, exasperada. "No soy su portera personal, ¿sabes?"

El repartidor parpadeó, claramente sin saber qué responder. "Eh, espere... Creo que tengo instrucciones sobre esto", sacó su teléfono y hojeó lo que supuse que eran notas de Grant. "Sí, aquí dice que 'si monta un escándalo, recuérdale que le daré propina como la última vez'".

Hice una pausa, recordando el crujiente billete de cien dólares que Grant me había entregado la última vez que acepté una entrega para él. No podía permitirme decir que no. No con el estado de mi antigua casa de piedra rojiza, las reparaciones interminables y mi blog a duras penas.

"Bien", refunfuñé, arrebatándole la bolsa al repartidor. "¿Qué es, por cierto?"

"Pizza", respondió con una sonrisa, aparentemente contento de que hubiera cedido.

Puse los ojos en blanco. ¿Todo este alboroto porque mi vecino quería una pizza y ni siquiera se molestó en estar en casa para la entrega?

"Lo sé", dijo el repartidor al notar mi escepticismo. "Pero no es una pizza cualquiera. Es una creación del chef Giacomo Ricci, de la Trattoria Giacomo. Me aterrorizo cada vez que tengo que entregar una de estas, por si me estrello y tengo que pagarla. Dos mil dólares, cubierta con langosta y caviar".

Casi me atraganto. "¿Dos mil dólares? ¿Por una pizza?"

Asintió con la cabeza, disfrutando claramente de mi reacción.

"¿Verdad?" Aceptó. "¡Es más de lo que gano en un mes!"

"Dímelo a mí", gemí, pensando en mi blog que no hacía más que tartamudear. "Espero que mi vecino te esté dando buenas propinas".

"Hizo que el estrés de entregar la pizza valiera la pena", guiñó el tipo.

"Bien", asentí. "Y oye, siento haberte gritado antes. Estoy estresada y no debí desquitarme contigo".

"No hay problema", el tipo se encogió de hombros como si nada. "Honestamente he pasado por cosas peores".

Eso no me hizo sentir mucho mejor.

"Disfrute de la velada, señorita", con eso, se dio la vuelta y se apresuró a bajar los escalones, probablemente ansioso por escapar de la loca que ni siquiera podía recibir una pizza sin meterse el pie en la boca.

Me quedé mirando la bolsa que tenía en las manos, estupefacta. Dos mil dólares por una pizza. La dejé sobre la encimera de la cocina, mirándola como si fuera a explotar. La idea de que Grant comiera despreocupadamente algo tan absurdamente caro mientras yo luchaba por pagar la compra me hizo sentir humilde. No es que debiera sorprenderme. Grant Sullivan era la personificación del privilegio: guapo, alto y siempre impecablemente vestido con trajes de diseño. Probablemente ni siquiera tenía que pensárselo dos veces antes de gastarse tanto dinero en una comida. Me lo imaginaba descansando en su casa de al lado, saboreando cada bocado de pizza con una sonrisa de satisfacción.

A diferencia del lustroso palacio de Grant, mi casa era una reliquia de tiempos mejores. El ladrillo se estaba desmoronando en algunas partes y las ventanas, con sus encantadores cristales originales, dejaban pasar más corrientes de aire que luz. Las cañerías gemían como un anciano con problemas de espalda y el suelo crujía a cada paso. La heredé de mi abuela, que había vivido aquí durante cincuenta años, dejando poco a poco que el mantenimiento decayera a medida que su salud declinaba. Cuando falleció, la casa era lo único que me quedaba de ella, junto con los impuestos imposibles de pagar y una pila de facturas de reparaciones que parecía no acabar nunca. A veces tenía la sensación de que el lugar se mantenía unido más por los recuerdos que por la argamasa, y lo amaba ferozmente, aunque me volviera loca.

Volví a mi escritorio, necesitaba terminar mi trabajo para poder, con suerte, ganar suficiente dinero para pagar los impuestos y las facturas. O al menos sobrevivir un mes más.

"¿Crees que voy a poder hacer que vuelva a funcionar?" Le pregunté a mi gato mientras limpiaba mi portátil con una toalla. Atticus me miraba con expresión aburrida. No le importaba si el portátil funcionaba o no. Su vida giraba en torno a la comida, el amor y algún que otro momento en el que se dignaba a jugar con alguno de sus juguetes. Se lamió la pata blanca lentamente, sólo para dejar claro su punto de vista. "Sí, eso pensaba".

Golpeé las teclas, esperando una chispa de vida, pero mi portátil seguía muerto, mi artículo perdido en algún lugar del éter. Me quejé y saqué un viejo portátil de reserva que rara vez utilizaba. Era antiguo, lento y tenía tanta memoria como un pez de colores. Esperé diez minutos a

que encendiera y mis últimas esperanzas se desvanecieron cuando por fin entré en la nube y mi archivo no estaba allí. Tendría que reescribirlo todo desde cero. Justo lo que necesitaba además de todo lo demás.

Dios, soy tan torpe.

Veinte minutos después, seguía intentando reconstruir de memoria mi trabajo perdido. Mis dedos revoloteaban sobre el teclado, pero las palabras no salían. Estaba demasiado distraída, demasiado enfadada, sobre todo conmigo misma. Era culpa mía por haberme olvidado la taza de té cerca del portátil. Y entonces, como el universo me tenía claramente preparada, llamaron a la puerta.

"Tiene que ser una broma", murmuré, dirigiéndome de nuevo a la puerta. Esta vez, era una mujer que sostenía una elegante botella de vino negro, del tipo que parecía pertenecer a un museo más que a un botellero. "Déjame adivinar", dije antes de que pudiera hablar, "Grant Sullivan te pidió que me dejaras esto".

Sonrió disculpándose, con los ojos mirándome nerviosamente. "Sí, señorita. Siento las molestias".

"No es culpa tuya", le aseguré.

Cogí la botella y miré la etiqueta. Parecía ridículamente caro. "¿Cuánto cuesta esto?"

La vendedora de vino estaba a punto de responder, pero antes de que pudiera hacerlo, se oyeron pasos en las escaleras. Apareció Grant, tan exasperantemente perfecto como siempre, con un abrigo a medida. Llevaba el pelo castaño peinado a la perfección y sus ojos marrones, enmarcados por gruesas pestañas, brillaban con una mezcla de fastidio y diversión.

"Vecina", me saludó con una inclinación de cabeza, como si nada fuera de lo normal.

"Tengo un nombre", le dije con el ceño fruncido. Hacía una década que éramos vecinos y aún no se había molestado en saber nada de mí. Mientras tanto, yo lo sabía todo sobre sus reformas cuando convirtió las cuatro casas de piedra rojiza continuas que había comprado en una enorme mansión. Y las entregas que me dejaba, de comida y vinos caros, sus trajes a medida y, una vez, incluso un reloj que costaba tanto que me daba miedo tocarlo. No tenía problema en ser amable, pero era una calle de doble sentido.

"¿Y entonces?" Me miró expectante.

"¿Y entonces qué?" Fruncí el ceño.

"¿Vas a decirme tu nombre para que pueda recoger mis entregas o no?" Resopló.

Mis mejillas se encendieron de vergüenza.

"Molly", le dije. "Molly Markie".

"Genial, ¿ahora podrías darme mis entregas?" Preguntó, dando golpecitos con el pie con impaciencia.

Le entregué el vino, intentando contener mi irritación. "Sabes, tengo una vida. No puedes seguir usando mi casa como tu almacén personal".

Grant me miró, con expresión ilegible. "No creí que te importara. Estás en casa todo el tiempo".

¿En casa todo el tiempo? Me hervía la sangre. Por supuesto, el Sr. Todopoderoso supuso que no tenía nada mejor que hacer. Quería gritarle sobre mi artículo, mi portátil estropeado, la convención de blogs para la que tenía que prepararme... pero me mordí la lengua. No cambiaría nada. Rápidamente me metí dentro para coger su otra entrega. Quería que se fuera cuanto antes para poder volver al trabajo.

Le empujé la bolsa de pizza, apenas manteniendo la voz firme. "Aquí está tu preciada pizza. Sabes, algunas personas tienen que trabajar para vivir, Grant".

Cogió la bolsa, aparentemente imperturbable. "Gracias, Molly".

"Da igual", murmuré, dándome la vuelta para volver dentro. Pero entonces no pude contenerme. "Por cierto, es imposible que esa pizza cueste algo cercano a los 2000 dólares, te están timando".

Grant hizo una pausa y miró la bolsa.

"El precio no me molesta", dijo rotundamente, como si no mereciera la pena seguir explicándolo. "Es sólo pizza".

Un dolor de cabeza empezaba a formarse en una gruesa banda a lo largo de mi cabeza. Cenaba la

comida más cara de la ciudad y ni siquiera la apreciaba. La ingratitud por lo que tenía era exasperante.

"Oh", dijo Grant, sacando su cartera. "Aquí está tu propina".

Abrió su cartera de cuero y descubrió un montón de billetes, todos de cien dólares. Me dio uno.

"Gracias", murmuré, cruzándome de brazos y aplastando el billete en mi mano. Me resultaba difícil no sentirme como un instrumento, aceptando dinero por hacer algo amable y de buena vecindad, pero no estaba en condiciones de rechazarlo. "No deberías llevar tanto dinero encima. Si alguien te robara la cartera, perderías mucho".

"Eh", se encogió de hombros. "Es sólo calderilla".

Me quedé mirándole como si fuera un extraterrestre. No pareció darse cuenta.

Estaba a punto de dar un portazo a todo este ridículo encuentro, pero antes de que pudiera hacerlo, Grant me lanzó una de esas miradas que sólo él podía lanzar, entre divertida y condescendiente. "Bonitas zapatillas", dijo, sonriendo ligeramente mientras se daba la vuelta para irse. La curvatura de sus labios lo hacía aún más atractivo.

Fruncí el ceño, viéndole alejarse. ¿Bonitas zapatillas? ¿De qué demonios estaba hablando? Miré hacia abajo y me ruboricé. Todavía llevaba puesto mi pijama de franela y una sudadera vieja, con mis zapatillas de conejo grandes y peludas, con orejas y todo. Había estado tan ocupada todo el día que se me había olvidado cambiarme el pijama.

"Genial", murmuré para mis adentros, cerrando la puerta de un portazo. Probablemente Grant pensara que yo era una especie de reclusa loca que se pasaba el día holgazaneando con ropa infantil. El Sr. Traje a Medida probablemente nunca andaba en pijama como el resto de nosotros, los plebeyos. Eran las zapatillas de conejo lo que me molestaba que viera. Las había comprado para darle un toque de fantasía a mi vida, pero no esperaba que nadie las viera. Gemí y hundí la cara entre las manos. "¿Por qué siempre me pasa esto?"

Volví a sentarme en mi escritorio. Atticus, sintiendo mi angustia, saltó a mi regazo y empezó a ronronear; su cuerpo cálido era un pequeño consuelo contra mi frustración. Lo acaricié distraídamente, aún furiosa por Grant y lo absurdo de todo aquello.

Pero no tenía tiempo para regodearme en la vergüenza. Mi artículo no se iba a escribir solo y ya

llevaba retraso. Respiré hondo, aparté de mi mente los pensamientos sobre mi exasperante vecino y volví a sentarme en el escritorio. Atticus se acurrucó cómodamente en mi regazo, proporcionándome un ronroneo tranquilizador que me ayudó a concentrarme.

"No más interrupciones", me dije con firmeza, decidida a terminar lo que había empezado. Podía hacerlo. Tenía que hacerlo.

Capítulo 2

Molly

Miré el reloj, consternada por lo tarde que se había hecho, y me invadió una nueva oleada de cansancio. Eran más de las tres de la madrugada y por fin había terminado el artículo del blog. Me ardían los ojos, me escocían de mirar la pantalla durante horas y horas, y sentía los dedos agarrotados, doloridos a cada pulsación. Me dolían todos los músculos de la espalda, mi silla de escritorio de segunda mano había pasado por mejores momentos e incluso después de unas horas en ella empezaba a lastimarme. Me eché hacia atrás, estirándome, y un dolor sordo me subió por el cuello.

"¿Atticus?"

Miré a mi alrededor buscando a mi gato, pero no estaba por ninguna parte. Sin duda se había ido a dormir hacía tiempo, como debería haber hecho yo.

Entonces, como me gustaba castigarme a mí misma, revisé mi correo electrónico personal y apareció una nueva factura de Brookdale Memory Care. La residencia de mi madre.

Asunto: Recordatorio: Cita mañana a las 11 AM - Brookdale Memory Center

Querida Srta. Markie,

Este es un recordatorio amistoso de su cita programada para mañana, 8 de enero, a las 11:00 AM,

para discutir la cuenta de su madre en Brookdale Memory Center.

Como usted sabe, la cuenta está actualmente en mora. Revisaremos el saldo pendiente, abordaremos la factura más reciente de...

Cerré de golpe el portátil antes de leer el importe de la última factura, intentando ignorar el creciente nudo en el estómago. Sabía que necesitaba dormir, pero la ansiedad me mantenía despierta.

Tiré los restos de mi triste cena -una barrita de cereales a medio comer y unos fideos para microondas empapados- a la basura. El olor me revolvió el estómago: estaba lejos de sentirme satisfecha. No dejaba de pensar en la lujosa pizza y el vino que Grant había pedido antes, y en el maravilloso aroma a trufa y langosta. Incluso su recuerdo parecía burlarse de mí. Aquí estaba yo, esforzándome por escribir una entrada para el blog que me diera lo suficiente para pagar el alquiler y la comida, mientras que él podía gastarse dos de los grandes en una pizza sin pensárselo dos veces.

Me restregué las manos por la cara, intentando sacudirme la frustración que me corroía por dentro. No era sólo la comida, era todo. La incesante presión por mantenerme al día con mi blog, la preocupación constante por el dinero, las constantes reparaciones que necesitaba esta vieja casa de piedra rojiza... Todo ello me pesaba como una manta pesada y deshilachada que me apretaba con cada respiración. Me quedé mirando el cursor parpadeante de la pantalla, pero el estrés no me abandonaba a pesar de haber terminado. Nunca lo hacía.

Sentía que las paredes de la casa se cerraban sobre mí, como si el aire fuera demasiado denso para respirar, así que cogí una manta del respaldo del sofá y la envolví alrededor de mis hombros. El aire frío de enero me golpeó como una bofetada, pero fue un choque bienvenido, algo que me sacó de mis pensamientos en espiral. Las previsiones anunciaban una "mezcla invernal" y la aguanieve empezó a caer como estaba previsto. Me senté en el último escalón y me envolví en la manta, con la esperanza de que el aire fresco ahuyentara el miedo que se había instalado en mi pecho como una pesada losa.

Eché un vistazo a la tranquila calle, donde las farolas proyectaban largas sombras sobre la nieve. El vecindario parecía dormir plácidamente, todas las ventanas a oscuras, excepto una. La de Grant. La luz se filtraba a través de las cortinas de una de las muchas ventanas de su enorme casa de piedra rojiza, resaltando en la fría noche. Por supuesto, él también estaría despierto. Probablemente disfrutando de algún capricho nocturno en su lujoso pijama o haciendo ejercicio en su gimnasio privado con aparatos de última generación. O tal vez estuviera al teléfono, haciendo otro negocio que le reportaría una ridícula suma de dinero, todo mientras yo estaba aquí fuera, envuelta en una manta como un vagabundo.

Si yo tuviera lo que él tenía, lo apreciaría y estaría agradecida todos los días.

Me lo imaginaba tumbado en un sofá de diseño, con un vaso de whisky en la mano, mirando al fuego de su perfecto salón digno de una revista, sin preocuparse de nada. O tal vez estaba hojeando uno de esos libros gruesos y caros que siempre le traían: primeras ediciones o alguna colección rara que costaba más que mis facturas mensuales. Hiciera lo que hiciera, dudaba de que estuviera preocupado por cómo llegar a fin de mes o estresado por la fecha de entrega de algún artículo. No, Grant Sullivan no tenía que estresarse. Se limitaba a ir por la vida con esa confianza que tenía en sí mismo, sabiendo que todo le saldría bien.

Pero una parte de mí quería creer que se había levantado porque algo también le preocupaba, que quizá no era tan inmune a las noches de insomnio y a los pensamientos ansiosos. Pero probablemente no era más que una ilusión. Fuera lo que fuese lo que le mantenía despierto por la noche, desde luego no era el mismo tipo de preocupación que me carcomía a mí.

Ojalá las cosas fueran más fáciles. Estoy trabajando hasta la extenuación para llegar a fin de mes.

El crujido de las botas sobre la aguanieve me sacó de mi imaginación y me devolvió al mundo real. Gabby, mi vecina, volvía a casa. Trabajaba de camarera en un bar cercano y a menudo volvía tarde. Después de todo, Grant y yo no éramos los únicos despiertos a estas horas de la noche.

Gabby se fijó en mí y esbozó una gran sonrisa, saludando con la mano mientras se acercaba. "Hola, Molly. ¿Qué haces aquí fuera? ¿No podías dormir?"

El pelo rubio de Gabby captaba la luz de la farola y sus ojos azules brillaban a pesar de lo tarde que era. Llevaba un grueso abrigo, unos vaqueros negros ajustados y unas bonitas botas de ante debajo. Incluso a esa hora tan intempestiva, se las apañaba para ir arreglada sin esfuerzo, como si perteneciera a la portada de una revista en lugar de caminar a casa después de otro agotador turno en el bar.

"Algo así", respondí, intentando esbozar una sonrisa. "¿Y tú? ¿Acabas de salir del trabajo?"

Ella asintió, aún sonriendo. "¡Sí! Un poco más tarde de lo habitual esta noche. El bar estaba lleno. Pero bueno, más propinas para mí, ¿verdad?"

Se rió y yo me encontré riendo con ella, a pesar de mi mal humor. Así era Gabby: siempre veía el lado bueno de las cosas, siempre llena de energía por muy agotada que estuviera. Tenía un entusiasmo contagioso capaz de iluminar una habitación. La envidiaba por eso. Por la forma en

que podía aguantar los golpes, mantener el ánimo y hacer que todo pareciera un poco divertido.

Gabby se unió a mí en la entrada, frotándose las manos para entrar en calor. Respiraba entrecortadamente, como de costumbre. Tenía un problema pulmonar, pero nunca me había contado toda la historia, algo sobre una lesión cuando era más joven. Compartí mi manta con ella y su respiración se hizo más fácil.

"¿Cómo va el negocio de los blogs de libros?" Preguntó, cruzando las piernas y echando los pies a un lado.

Suspiré, encogiéndome un poco de hombros. "Oh, es genial, realmente me encanta. Pero... no me da exactamente el dinero que necesito".

La sonrisa de Gabby vaciló un segundo, pero luego volvió a iluminarse, siempre buscando una solución. "Bueno, ¿sabes lo que deberías hacer? Deberías reformar el piso de arriba. Ponerlo bonito y alquilarlo. Podrías sacar un buen dinero. Yo vivo en el último piso de una casa de piedra rojiza reformada al final de la calle, y Dios sabe que ya pago bastante por ello".

Solté una pequeña carcajada. "Créeme, me encantaría. Pero eso requeriría fondos. Y lo de no tener suficiente dinero también se aplica a arreglar el piso", desvié la mirada, tratando de mantener un tono ligero, pero Gabby captó el filo de mi voz y probablemente se dio cuenta de que había tocado un nervio.

Rápidamente cambió de marcha y me dirigió una mirada comprensiva. "¿Servirá de algo que te cuente la horrible cita que tuve la otra noche?"

"Claro", le dije, dedicándole una sonrisa. "Cuéntame".

"Fue un desastre. El tipo era un completo idiota. Se pasó toda la cena hablando de su colección de coches antiguos Hot Wheels. Dos horas enteras hablando de coches en miniatura", puso los ojos en blanco y yo me reí.

"Suena como un verdadero ganador", dije, sonriendo a mi pesar.

Gabby se inclinó hacia mí y le brillaron los ojos. "¿Y tú? ¿Estás saliendo con alguien actualmente?"

Negué con la cabeza. "No".

"¿Por qué no?" Preguntó ella, ladeando la cabeza con curiosidad.

Me encogí de hombros. "Me invitaron a salir el otro día, pero no me pareció que el tipo fuera tan bueno, así que lo rechacé".

Gabby jadeó y me dio un codazo juguetón. "¡Oh, Molly! Siempre te pasa lo mismo. Lo dejas antes de empezar. Tienes que tener al menos una cita con un chico antes de juzgarlo así. ¿Cómo sabes que no es genial si dijiste 'no' enseguida?"

"No me interesa perder el tiempo, Gabby. Cuando conozca al hombre adecuado, lo sabré".

Gabby se echó hacia atrás, enarcando las cejas con escepticismo.

"¿Qué esperas sentir exactamente si encuentras al hombre adecuado?"

"No sé", me encogí de hombros. "Ese aleteo del corazón, supongo. Como si toda mi vida me llevara a conocerle. Quiero ser barrida de mis pies. Debería haber una conexión innegable".

"Oh, vamos, has estado leyendo demasiadas novelas románticas. Te has construido a ese chico perfecto en tu cabeza... ¡Es una fantasía! Ningún chico va a estar a la altura".

"Tengo una lista de comprobación", dije con una sonrisa burlona.

"Y ningún hombre va a marcar todas esas casillas, Molly. Tienes que empezar a arriesgarte, salir y tener citas. Eres demasiado romántica para tu propio bien".

Le dediqué una pequeña sonrisa, sintiendo una mezcla de frustración y cariño. "Sólo... quiero sentirme bien, ¿sabes?"

El tono de Gabby se suavizó. "Lo entiendo. Pero a veces, sentirse bien viene después de intentarlo. Nadie puede causar una buena primera impresión si siempre estás esperando a que llegue alguien perfecto. Pero si te abres, puede que te sorprendas".

Asentí, pero en el fondo no estaba dispuesta a renunciar a mis esperanzas de algo real, algo

extraordinario. Aunque eso me convirtiera en un poco soñadora.

"¿Así que dices que tengo que besar unas cuantas ranas para encontrar un príncipe?" Me reí.

"Bueno, creo que podrías besar algo un poco mejor que las ranas", rió Gabby. "Háblame del último chico que rechazaste, ¿por qué no dijiste que sí?"

Era una buena pregunta, de la que no sabía la respuesta.

"Supongo que no tenía chispa con él", dije, apretando más la manta a mi alrededor.

"¿Puedes ser más específica? ¿Qué es lo que dijo o hizo?"

Me mordí el labio y reflexioné sobre su pregunta.

"No era tan malo en realidad, era lo suficientemente agradable y atractivo", me encogí de hombros. "Simplemente no era lo que me imaginaba".

Quizá soy demasiado romántica.

"Lo que imaginabas", me repitió Gabby. "Ningún hombre va a estar a la altura de tu imaginación, Molly. Apuesto a que ni siquiera los héroes de tus libros favoritos son tan perfectos".

"Tienes razón", me reí. "Normalmente son del tipo gruñón y melancólico. Sin embargo, cuando pienso en los libros que escribía mi abuela... Esos héroes eran más bien el caballero de brillante armadura, listo para salvar a la damisela en apuros".

Pasé demasiado tiempo de mi infancia imaginando a un héroe apuesto que venía a sacarme de mi soledad.

Gabby chocó su hombro contra el mío.

"No necesitas que te salven", dijo con una mirada amable.

Algunos días me seguía pareciendo que sí, pero eso era sólo yo compadeciéndome de mí misma.

"Tienes razón", asentí. "La próxima vez me arriesgaré, diré que sí cuando alguien me invite a salir y veré a dónde me lleva".

Hacía tanto tiempo que no le daba una verdadera oportunidad a alguien. Me había aislado demasiado, me había atado a las preocupaciones y me había olvidado de vivir. No era como si el Sr. Perfecto fuera a llamar a mi puerta.

"Eso es genial", sonrió Gabby. "Te mereces una oportunidad de ser feliz".

"Gracias", dije, con el corazón apretado. Gabby era una gran amiga. Tendría que hornearle unas galletas para mostrarle mi agradecimiento.

Cuando la aguanieve empezó a arreciar, Gabby se levantó para marcharse. "Debería irme. Ya he tenido bastante de este tiempo por una noche".

"Gracias por charlar, Gabby. Te lo agradezco", le dije, aunque me pesaban los pensamientos que me había suscitado.

Después de que Gabby desapareciera de mi vista, a unos cuantos edificios de distancia, me quedé fuera un momento más, mirando la calle como si el aire de la noche pudiera ofrecerme alguna respuesta. Finalmente, con un suspiro, me levanté y volví a entrar en mi casa. Al cerrar la puerta, mi mirada se posó en una fotografía que colgaba de la pared. Era una imagen en blanco y negro de un edificio derruido en algún lugar de una lejana zona de guerra, captada en el momento exacto en que el sol se abría paso entre las nubes, un frágil rayo de luz que atravesaba las ruinas.

Mi madre, Isabella, había hecho esa foto. Era una de sus fotos más famosas, de una serie que le valió varios premios y una reputación de fotógrafa atrevida con un don para captar el espíritu humano en medio de la devastación. Antes de que yo naciera, recorrió el mundo sin descanso: zonas de guerra, catástrofes naturales, lugares donde la mayoría de la gente nunca se atrevería a ir. Sus fotos eran crudas, reales y a menudo desgarradoras, y cada una de ellas contaba una historia que parecía saltar de la página.

El edificio parecía tan solitario.

Me quedé mirando la fotografía un momento más, con una sensación de pesadez en el pecho. Quizá había llegado el momento de dejar de esperar un gran momento cinematográfico y

empezar a vivir en el mundo real, por incierto e imperfecto que fuera.

Ya era demasiado tarde para pensar en nada. Subí las escaleras, esperando que mi cerebro me dejara dormir. La mejor manera de olvidar mis preocupaciones y calmar mi cerebro siempre había sido la misma.

Me metí en la cama, la manta desgastada apenas mantenía el frío a raya. Con un suspiro, saqué mi libro de la mesilla de noche, con la esperanza de perderme en sus páginas y caer en una evasión temporal.

Mientras me instalaba, no podía evitar una sensación de inquietud. La grieta del techo siempre me había recordado el estado de deterioro de mi casa. Había una fina línea de daños que se extendía por la escayola, pero yo la había apartado de mi mente, con la esperanza de que se quedara ahí hasta que pudiera reunir el dinero y ocuparme de ella. Esta noche, sin embargo, en el estado de ánimo en que estaba, se sentía más como una fatalidad inminente.

Iba por la mitad de un capítulo cuando un repentino y agudo crujido resonó en toda la habitación. Sobresaltada, levanté la vista justo a tiempo para ver cómo un trozo de moldura de escayola caía en picado desde el techo y me golpeaba de lleno en la frente. Grité e instintivamente levanté una mano para protegerme mientras una cascada de polvo y escombros caía a mi alrededor. Me estremecí al tocar el lugar donde me había golpeado el yeso. Me dolía, pero no era nada comparado con lo que estaba ocurriendo encima de mí.

La grieta se había abierto, dejando al descubierto las vigas, con daños por agua que manchaban la madera. El pánico se apoderó de mí cuando me di cuenta de que debía de haber una fuga en la parte superior de la casa, una sección que había cerrado hacía meses para ahorrar en calefacción. Los daños causados por el agua eran considerables y no hacían más que empeorar.

Resonó otro ominoso crujido, esta vez más fuerte, y cayó más yeso. Me levanté de un salto, apartándome justo a tiempo para que más trozos del techo cayeran sobre mi cama en una lluvia de polvo y escombros.

"¿Atticus?" Llamé en pánico. Necesitaba saber que mi gato estaba a salvo. Afortunadamente, lo encontré escondido debajo de mi escritorio. El pobre gato estaba asustado pero ileso, y me miró con ojos muy abiertos y asustados. Estaba bien.

La herida de mi cabeza palpitaba. Era yo quien necesitaba ayuda. Alimentada por mis pensamientos asustados, salí corriendo. Las luces de Grant seguían encendidas. Mis pies chapoteaban en los charcos y la lluvia helada empapaba mi delgado pijama y mis calcetines.

Golpeé la puerta de Grant, esperando contra toda esperanza que abriera a esta hora. Los segundos parecían horas, y cada uno de ellos se alargaba en el frío cortante. Finalmente, la puerta se abrió con un chirrido.

Grant se quedó allí de pie, con una mezcla de confusión y enfado al ver mi aspecto desaliñado.

"¿Puedo entrar?" Pregunté, ya empezando a temblar.

"Estás chorreando. Y polvorienta", señaló.

Me mordí el labio. Fue estúpido por mi parte pensar que Grant me ayudaría.

"No debería haber venido aquí", balbuceé, ya retrocediendo. "Simplemente... encontraré a alguien más que me ayude".

Sin mediar palabra, se apartó y me hizo un gesto para que entrara. Dudé, pero se levantó una ráfaga de viento e incluso el corto camino de vuelta a casa me pareció demasiado. Traspasé el umbral a trompicones, temblando incontrolablemente al entrar en su cálida y bien cuidada casa.

"Gracias", dije, con los dientes castañeteando mientras intentaba recuperar el aliento. La lluvia goteaba de mi ropa y caía al suelo, estropeando la calidez del entorno perfectamente cuidado de Grant. Yo era un completo desastre en su pulido y ordenado mundo.

Me miró con una mezcla de curiosidad y recelo, pero no dijo nada. En lugar de eso, cerró la puerta tras de mí y fue a buscar una toalla. Me quedé de pie en su pasillo como una rata ahogada, sintiendo que el peso de mi hogar en ruinas me presionaba.

https://www.amazon.es/dp/B0DMTPH9M7